



Silencio Sepulcral

Eva M. Soler-Idoia Amo
Margot Recast

Emma Crespo
Iria Blake

SILENCIO SEPULCRAL



Eva M. Soler – Idoia Amo
Margot Recast
Iria Blake
Emma Crespo

Edición: Octubre 2019

©2019 Eva M. Soler, Idoia Amo, Margot Recast, Iría Blake, Emma Crespo

ISBN: 978-84-09-14402-0

Depósito legal: BI-636-19

Diseño de cubierta: Maialen Alonso

Maquetación: Idoia Amo

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

PARTE I

En Battle Hollow nunca sucedía nada extraordinario; al menos, que la gente supiera.

El pueblo estaba situado en una ladera, al pie de una pequeña montaña que lo mantenía oculto de la vista de sus vecinos más cercanos en el sur. Era pequeño, tanto en extensión como en población, y tenía un cierto encanto anacrónico que te hacía viajar al pasado, como si casi dos siglos de historia no hubieran sido capaces de barrer la ceniza que lo había cubierto tras la encarnizada batalla a la que debía su nombre. El espíritu de la Confederación permanecía firmemente aferrado a aquella tierra y, en ocasiones, los fantasmas de los aniquilados daban la sensación de ir a levantarse para emprender un desfile marcial a lo largo de la calle principal.

La pequeña biblioteca de Battle Hollow estaba frente al ayuntamiento, al otro lado de la plaza del Gobernador McEnzie. Ambas edificaciones, junto a la iglesia evangélica, eran las únicas que se habían construido, desde un principio, usando piedra en lugar de madera. Las tres semejaban, en un alarde de escasa imaginación, torreones europeos de estilo gótico; si bien el ayuntamiento se asentaba sobre una base rectangular que le confería, con la fachada plana, un aspecto más institucional. Flanqueada por sendos edificios de cierta altura que parecían querer aplastarla hasta hacerla desaparecer, la biblioteca, por su parte, resistía el paso de las décadas con más orgullo que esplendor y sobrevivía, sorprendentemente, a pesar de los escasos fondos que se dedicaban a su restauración.

Para los habitantes de aquella localidad apartada del bullicio y la prisa del progreso, la biblioteca era una reminiscencia viva de tiempos pasados, un recordatorio del origen humilde de su comunidad y, no obstante lo anterior, del interés que siempre habían mostrado por el acervo cultural y la literatura. El hecho de que la junta siempre denegara una partida para hacer arreglos estructurales y de que el patrimonio de la biblioteca se sustentara principalmente en donaciones particulares —y en excedentes llegados de otras localidades, cuyos fondos rebosaban hasta desbordar— no parecían calar en la conciencia de los lugareños, que seguían considerándose fieles defensores del saber y la lectura, pese a que el número de carnés que en la actualidad estaban en vigor no se correspondiera, ni remotamente, con las visitas que se recibían al cabo del año.

Situada más o menos en el centro de la calle principal —la Avenida de la Confederación—, la biblioteca parecía desaparecer ante los ojos de la gente que paseaba arriba y abajo. Como si fuera invisible o, efectivamente, el banco y la tienda de armas y artículos de caza que tenía a derecha e izquierda hubieran acabado por engullirla, en una imaginaria pugna por la atención de los transeúntes. Sin embargo, su presencia siempre volvía a la memoria de todos y todas en fechas señaladas, tales como el final del trimestre de otoño —cuando la señora Piglet, maestra de la escuela elemental, pedía a su alumnado, año tras año, el mismo trabajo monográfico sobre la historia del pueblo— o la fiesta de la primavera, en la que se conmemoraba el primer poblamiento de aquel territorio y se celebraba la incommensurable labor de los colonos por civilizar a la comunidad recién asentada.

Entonces, la vanidad de poseer un fondo literario ubicado en un enclave centenario hinchaba los pechos de aquellas buenas personas, que celebraban el día de la biblioteca, cortaban una cinta

en una simulada reinauguración y organizaban tres pases en un día para, por grupos, perturbar la paz que se respiraba intramuros y toquetear los estantes con descuido, muy al estilo de los profanos.

La señorita Penny —Penelope Cartwright, la joven bibliotecaria—, asistía como espectadora a aquellas visitas guiadas por el alcalde y su secretaria, que eran, curiosamente, quienes más manoseaban sus adorados libros. «Un libro fuera de su lugar es un libro perdido», pensaba ella, mientras observaba con fingida impasibilidad cómo aquellos dos cogían y dejaban ejemplares sin ningún interés por devolverlos a sus lugares correctos. Con los labios fruncidos, ponía todo su empeño en recordar con minuciosa exactitud qué ejemplares habían sido tocados, para luego poder recorrer los pasillos uno por uno y devolver el orden al caos que llegaba del exterior.

«Un libro fuera de su lugar, un libro fuera de su lugar...» iba repitiendo, como un mantra que la mantenía concentrada en lo que hacía. Cuando al fin devolvía cada uno a su sitio, se permitía respirar con alivio y recolocaba en el recogido de su cabello los mechones que se hubieran desordenado con el trajín.

Penelope amaba la paz y el silencio a partes iguales. Había estudiado para ser maestra en educación primaria; pero visto que, por un lado, la señora Piglet no pensaba jubilarse jamás y que, por otro, ella no deseaba dejar Battle Hollow, había acabado por aceptar el empleo en la biblioteca hacía ya unos tres o cuatro años. Y no se arrepentía. Muy al contrario, había sido la mejor decisión de su vida, porque le permitía disfrutar de una quietud deliciosa en la que era capaz de escuchar cada uno de sus pensamientos, que eran prolijos, al tiempo que se mantenía cerca de los millones de universos posibles que se desarrollaban en todas aquellas páginas de las que se sentía dueña y señora.

Cierto era que su pequeño tesoro en custodia no contenía apenas joyas incunables, más allá de la carta de fundación de Battle Hollow, algunos textos jurídicos de la misma época y un puñado de clásicos de la literatura norteamericana que había sobrevivido a la expurga de la congregación de fieles del padre Moore. Aparte de eso, la señorita Penny atesoraba infinidad de lecturas que había ido escondiendo afanosamente de aquellos ojos inquisidores; montones de libros cuya llegada a la biblioteca no había sido notificada; páginas y páginas que otros habían descartado y que ella, como una hormiga, había ido almacenando en las distintas secciones de sus mimadas estanterías.

Todo el trabajo lo había hecho sola: sin ayuda, sin censura. Se había dejado la piel para conseguir que *su* biblioteca fuera un remanso en el que la palabra escrita tuviera el lugar que merecía, y lo había conseguido. Poco le importaba a ella que no fuera el local más frecuentado del pueblo. De hecho, casi lo prefería. Eso le permitía engullir con avidez una historia tras otra y, algunas veces, cuando la puerta se abría con aquel particular sonido de chirriar de goznes al que estaba más que acostumbrada, hasta se sentía molesta por la interrupción de la visita. Sin embargo, solía recordarse que aquel era su puesto de trabajo y se obligaba a ser amable y mostrar una sonrisa. Trataba, además, de que fuera sincera: la educación y la hospitalidad del sur eran conceptos que llevaba grabados a fuego en lo profundo de su psique, allí donde su madre los había esculpido, en su más tierna infancia, a fuerza de reiteración y alguna que otra cachetada.

Aquel día no había dejado de llover ni un minuto. Las ventanas permanecían cerradas para que los libros no se estropearan con la humedad y, a través de los cristales, Penelope veía cómo el cielo se iba deshaciendo sobre las calles en forma de incesante aguacero. Aún era temprano, si bien daba la sensación de que el sol no había llegado a salir por la mañana. La luz de la tarde, grisácea y mortecina, que se colaba por el vidrio transparente, no alcanzaba a iluminar la totalidad de la estancia, y la bibliotecaria había encendido la lámpara de despacho de cristal verde que

presidía su mesa.

Escondido tras los pasillos de libros, que conformaban una suerte de laberinto en el que cualquiera podía perderse durante unas horas, aquel mamotreto de madera vetusta y gastada —apolillada, posiblemente— contenía un fichero de los volúmenes en préstamo, un libro en el que se apuntaban los que salían de la biblioteca y un juego de llaves que abrían la puerta principal, la de la hemeroteca y la del pequeño aseo, cuyo uso estaba restringido al criterio, por otro lado bastante amable, de la propia bibliotecaria.

La hemeroteca era otra cuestión. El acceso a la cantidad de periódicos que Penelope almacenaba allí dentro estaba totalmente fiscalizado para cualquier persona, puesto que tanto el papel como la tinta eran sensibles al uso. La joven tenía por norma obligar a cualquiera que deseara realizar una consulta —cosa infrecuente, por otro lado— a lavarse las manos con esmerada meticulosidad, como lo haría alguien antes de entrar a operar a un quirófano, hiperbólicamente hablando.

Aquella habitación era casi un secreto para todo Battle Hollow, incluso para el alcalde, a quien, pese a sus reivindicaciones, también se le vigilaba cuando traspasaba el umbral que la bibliotecaria defendía cual Cerbero. Siempre cerrada con llave, al abrirla enseguida se percibía el extraño aroma del aire estanco y del papel antiguo, el frío mortecino de todo compartimento cerrado y la temida humedad, que ella combatía con bolsas de gel de sílice y un tesón por la limpieza puntual hasta lo obsesivo.

Cansada de estar sentada a la mesa, sabiendo que nadie se pasaría por allí con aquel tiempo de perros, Penelope decidió que ya era hora de ponerse en movimiento. Cerró cuidadosamente el archivo de los libros en préstamo —ni siquiera la mitad de los títulos que había en la biblioteca— y se dispuso a darse un paseo por el piso de arriba, donde se hallaba su selección personal, la que ocultaba de aquellos que no tenían reparo en expurgar las estanterías que consideraban indignas. No era que tuviera nada en contra del reverendo Moore... Nada, al menos, al margen de una importante discordancia de opiniones en torno a los temas que debían tratarse en una novela.

El piso superior era un escondite tan evidente como idóneo, puesto que, debido a la decrepitud de la escalera por la que se accedía, aquella zona no estaba abierta al público. A Penelope le había costado muchas horas de papeleo —así como la amenaza velada de una posible denuncia por accidente laboral— convencer al alcalde para que cerrara oficialmente la zona alta de la biblioteca. Reacio a limitar el espacio municipal a la mitad, el hombre había insistido cansinamente en que el edificio pertenecía a todos los habitantes de Battle Hollow y, por tanto, cualquiera podía hacer uso de él en toda su extensión. Solo cuando la señorita Penny lo obligó a subir con ella y el hombre comprobó cuán precario era realmente el estado de las escaleras, se avino a la petición de la joven y el piso superior quedó clausurado. Penelope respiró satisfecha al recibir una notificación en la que se informaba de que, hasta que se aprobara una partida presupuestaria, la planta superior permanecería fuera de uso.

¿Una partida? Sí, claro. Como si eso fuera a ocurrir...

A partir de ese día, se dedicó a almacenar allí toda suerte de libros que, tenía la certeza, no habrían aprobado el examen de acceso del reverendo. Los tenía ordenados y bien alineados y, fiel a sus principios, les quitaba el polvo una vez al día, aun a riesgo de su propia vida. Era la primera vez que se sentía agradecida por aquel cuerpecillo suyo, pequeño y escuálido, cuyo escaso peso apenas resultaba amenazante para una escalera a punto de desintegrarse.

En el silencio solamente roto por el sonido amortiguado de la lluvia, Penelope caminó con parsimonia hasta la escalinata de madera. Arriba la esperaba su pequeño reino de ficción.

Llevaba en la mano un plumero que había sacado del tercer cajón de su mesa y con él pensaba despojar a los ejemplares alfabéticamente ordenados de la pátina de polvo que se les adhería y hacía que el blanco de sus páginas se tornara, primero marfileño y, después, avainillado.

Fue subiendo los peldaños uno a uno, escuchando cómo la madera gemía a cada paso. «Algún día la escalera cederá —se dijo—, y me encontrarán desnucada en el suelo». No era la primera vez que le sobrevenía aquel pensamiento de mal agüero y, ciertamente, el estado de aquellos escalones era tan lamentable como para sentir cierta preocupación mientras se ascendía por ellos. Sin embargo, aquella tarde la madera no cedió y Penelope pudo llegar arriba sin ver su vida truncada por el infortunio.

El piso superior abarcaba todo el edificio y constaba de un solo espacio abierto en el centro, debido a que la madera de los tabiques que en su día lo dividieran había pasado a mejor vida mucho tiempo atrás. En aquella ocasión, y temiendo por el riesgo de que las llamas se lo comieran todo, los vecinos sí que se habían encargado de vaciar el segundo piso, dejando una oscuridad oscura y quizá un tanto siniestra que Penelope había ido recuperando poco a poco con el mimo de una madre.

La mujer encendió la luz —una triste bombilla que pendía del techo— y, con ternura, comenzó a inspeccionar la primera estantería. Eran volúmenes de poesía, páginas enteras de lenguaje amoldado a la belleza, a la mujer, al dolor... A Penelope le maravillaba la forma en que algunas mentes eran capaces de expresarlo todo retorciendo las palabras hasta elevarlas a un nivel superior y dotarlas de un significado profundo capaz de conmover el más insensible de los corazones.

Más adelante, la esperaban las novelas de amor, aunque aquella tarde no tenía el ánimo para romances. De modo que pasó de largo hasta las policíacas, que se acercaban más a lo que le interesaba en aquel momento. Sin embargo, esas también las dejó atrás.

En la oscuridad del rincón, como si desearan esconderse en su propio mundo de sombras, las historias de suspense la esperaban, casi todas con sus lomos oscuros y sus títulos en blanco, gris o encendido carmesí. Ejercían aquellos libros una peculiar atracción hacia la joven, que caminaba hacia ellos con la mirada desenfocada, haciendo un repaso mental de lo que podía encontrar y tratando de decidir cuál de ellos la acompañaría en aquella tarde silenciosa de lluvia y soledad.

Sacudía el plumero con delicadeza, apartando unas motas de polvo más imaginarias que corpóreas, cuando uno de los volúmenes, súbitamente animado, dejó su lugar y se precipitó al suelo en un salto casi suicida.

—Oh —dijo ella, antes de agacharse a recoger el libro, que parecía mirarla de una forma anhelante, casi dolorosa.

Como una gata reconduciendo a su cría, lo agarró y le echó un vistazo, comprobando que las esquinas de las páginas no se hubieran dañado al caer. Acarició la cubierta mate suspirando de alivio y olvidando por completo el plumero.

La elección había resultado mucho más fácil de lo esperado: Penelope tan solo había tenido que recoger aquel libro que, literalmente, se había lanzado a sus brazos. Eso le evitaba la indecisión y la incapacidad patológica que tenía para descartar los títulos que no le interesaban. Tanto era así, que ni siquiera se cuestionó qué tipo de fuerza había podido provocar el súbito movimiento de un objeto inanimado. Eso no era, ni por asomo, tan interesante como la historia contenida en aquellas páginas.

Echó un vistazo a la portada: «Sigue siendo primavera», decían las letras, ornadas de forma escueta sobre la imagen impactante de una muchacha con la mirada perdida. Estaba a punto de voltear el libro para leer la sinopsis cuando pensó «¿Acaso importa?», e ignoró deliberadamente

su contenido. El azar había depositado en sus manos aquella obra, y lo que hubiera escrito en la contraportada poco podía alterar el deseo de Penelope por devorar sus páginas en ese mismo momento.

Antes de abrirlo, no obstante, a la bibliotecaria se le ocurrió consultar su diminuto reloj de pulsera y comprobó, horrorizada, que pasaban de las once de la noche. ¿Cuánto tiempo había pasado contemplando los lomos de sus libros en aquella estancia fría y mal iluminada? Por Dios santo, ¡habían pasado horas!

Apresuradamente, apagó la luz y se precipitó escaleras abajo. La prudencia solo le alcanzó para ser cuidadosa al bajar por la escalera; una vez abajo, recogió sus cosas y miró a través de la ventana. Sin darse cuenta, había dejado pasar la hora de cerrar la biblioteca y la oscuridad se había comido los fragmentos de Battle Hollow que podían verse desde allí. Por otra parte, había dejado de llover, de modo que aquel era un momento idóneo para salir corriendo y no parar hasta llegar a casa.

No había recibido una sola visita en todo el día, así que no tuvo que preocuparse por colocar las sillas en su lugar ni por devolver ningún ejemplar a su estantería. Tan solo fue apagando las luces de dentro afuera, dejando para el final el interruptor que había junto a la puerta. Con su pesado bolso —abultado por una ingente cantidad de objetos dispares de dudosa utilidad— colgado del hombro, y el libro bajo el otro brazo, echó un vistazo alrededor antes de apagar la última lámpara. Todo estaba en orden.

Cuando la luz blanca de las fluorescentes desapareció, la biblioteca quedó en penumbra, iluminada tan solo por la iridiscencia ambarina de las luces de emergencia que se encendían de forma automática sobre el marco de la puerta. En aquella cálida penumbra, reforzada por el resplandor de las farolas a través de los cristales, la estancia se llenaba de sombras puntiagudas que parecían ir a moverse en cualquier momento. Las estanterías del piso de abajo —las mismas que formaban un laberinto ante la mesa de Penelope— se transfiguraban en una suerte de monstruos reptadores que permanecían silenciosos y acechantes.

—Buenas noches —susurró la bibliotecaria, despidiéndose de los libros, sus amigos más fieles.

Después, salió de la sala y se detuvo a echar la llave en cada uno de los tres cerrojos que aseguraban el bienestar de aquel tesoro de papel que dejaba atrás. Las doce vueltas de llave resonaron en la quietud de la noche como doce campanadas graves y fantasmales. Para Penelope, sin embargo, aquel sonido era uno de los más tranquilizadores que se podían imaginar.

Casi corriendo llegó hasta su casa, unas cuantas calles más allá. No se había cruzado con nadie en todo el trayecto, pero eso tampoco la inquietó. Lo cierto era que se sentía cansada y somnolienta. No era para menos, teniendo en cuenta el tiempo que había pasado desde que iniciara su jornada, aquella mañana. Por ello, pese a que la lectura que llevaba bajo el brazo había logrado captar toda su atención minutos antes, para entonces ya había decidido meterse directamente en la cama.

El descanso era esencial para una vida plena y libre de malestar. Su abuelo solía repetirlo a menudo y, aunque aquellas palabras exasperaban a la abuelita, que siempre lo tachaba de poco amigo del esfuerzo, Penelope sabía que él tenía razón. Por ello, observaba aquella recomendación con la misma puntualidad que demostraba en el resto de sus deberes cotidianos.

De modo que, tras una cena rápida y frugal, se fue directa a su habitación, se desnudó y se metió en la cama. La luz de la luna se colaba, tenue, entre los visillos blancos, y cubría el dormitorio de un resplandor plateado que delineaba los contornos de los muebles. Al principio, cerró los ojos y trató de conciliar el sueño. Poco después, sin embargo, se descubrió con la vista

fija en las sombras que la lámpara proyectaba sobre la moldura de escayola del centro del techo. La ventana, abierta unos centímetros, dejaba colarse una fina brisa, que hacía ondear levemente el ligero tejido que ocultaba el interior de la habitación a las miradas curiosas.

Comenzaba a aceptar que aquella sería una noche larga y pesada cuando, de pronto, un ruido inesperado la sobresaltó. Se levantó apresurada y con el corazón palpitando con fuerza. Si alguien intentaba colarse en su casa en plena noche... no sabría cómo reaccionar.

No podía escuchar ningún otro sonido; no obstante, iba encendiendo todas las luces a medida que avanzaba y, cada vez, esperaba toparse con alguien dispuesto a echarse sobre ella. Al llegar a la sala de estar, después de haber comprobado que las demás estancias estaban vacías, se detuvo en una mirada minuciosa alrededor. Bien, estaba claro que allí no había nadie: las cortinas eran tan finas que resultaba imposible esconderse tras ellas y, por lo demás, no había otros vericuetos en los que ocultarse de la vista. Entonces, ¿qué era lo que había provocado el estruendo que la había inquietado?

Lentamente, dio un paseo mirando a todas partes, en busca del origen de su intranquilidad. Y entonces lo vio. Era el libro que había sacado de la biblioteca, que descansaba en el suelo, junto a la mesa en la que lo había dejado al llegar.

—¿Otra vez tú? —le preguntó con cariño, aliviada por el descubrimiento—. Sí que eres persistente... Está bien, ven aquí.

Por segunda vez en el mismo día, lo recogió del suelo atendiendo a su evidente demanda de atención. Volvió a la cama desandando el camino y apagando las luces, y se dispuso a comenzar la lectura, en vista de que las señales para que lo hiciera eran tan claras:

SIGUE SIENDO PRIMAVERA ¹¹

DÍA 1

—Número siete.

La voz se deslizó por su cerebro semiinconsciente con suavidad, como si temiera hablar demasiado alto. Shelly apenas se movió, resistiéndose a salir del plácido sueño en que se encontraba: giró sobre su cuerpo, y aferró la almohada con fuerza entre los brazos.

—Despierta, número siete. Es hora de levantarse.

El tono se había incrementado, y en esa ocasión penetró en su cabeza con lentitud. Parpadeó, alzando la vista sin abrir del todo los ojos, aún atontada.

—Vamos, ya has dormido suficientes horas. Tienes que cumplir el horario del programa.

Shelly reaccionó por fin. Se incorporó por completo sobre la cama, donde quedó sentada; fue necesario frotarse los ojos varias veces para aclarar su visión. Cuando eso sucedió, se encontró mirando a una mujer que permanecía inmóvil frente a ella.

Alta y de complexión atlética, vestía ropas color crudo de formas rectas, sin ningún adorno. El cabello, pulcramente recogido en una sobria coleta, acentuaba su mandíbula cuadrada y unas orejas más grandes que la media. Tenía ojos pequeños y grises, inteligentes. Tal vez porque la genética no había sido muy generosa, o quizá por su gesto serio, no resultaba demasiado agraciada. Pero sí muy intimidante.

Shelly la miró sin saber qué decir, y después estudió su entorno. Estaba en una habitación, o eso parecía, aunque desconocía el lugar y lo que hacía allí; esto último le pareció una excelente pregunta.

—¿Dónde estoy? —Se frotó la cabeza, haciéndose consciente en ese mismo momento de que la sentía dolorida—. Ufff.

La mujer meneó la cabeza y cogió un montón de ropa que depositó sobre la cama, junto a ella.

—Vístete —ordenó, con un tono tranquilo, pero de esos que no admitían réplica.

—¿Y vas a quedarte mirando?

Ella se cruzó de brazos, y Shelly supuso que aquello era un sí. Era una joven alta, pero no merecía la pena perder el tiempo peleando con una mujer que a todas luces podía tumbarla de un bofetón. Tampoco tenía nada que esconder.

Se sacó el camisón por la cabeza y lo arrojó sobre la colcha. Bajó la vista a sus brazos, para percatarse de las marcas que atravesaban algunas zonas. Se giró hacia la mujer, pero ella permaneció inexpresiva. Si las vio, no dio muestra alguna de que le importaran lo más mínimo.

—¿Y esta ropa? —preguntó, al coger dos prendas anodinas y de tacto áspero.

—Tuya.

—No eres muy habladora, ¿eh? —Todavía en ropa interior, se volvió para enfrentarla—. ¿Tienes nombre? ¿Qué es este lugar? ¿He sufrido algún accidente?

—Soy tu cuidadora.

—Entonces, ¿debo llamarte así? ¿Cuidadora? —se burló la joven—. Muy bien, lo que tú digas. Y supongo que esta ropa budista, fea y ancha forma parte del espectáculo.

Se deshizo de sus vaqueros y, por primera vez, tuvo que hacer memoria al ver su ropa interior.

¿Cuánto hacía que la llevaba puesta? No tenía la menor idea del día de la semana en que se encontraba. Solo recordaba haber salido el viernes, haber entrado en el Trip y... fundido en negro. Podía rellenar la mayor parte de las lagunas con sus prácticas fiesteras habituales, pero en aquel momento algo más importante se abrió paso a través de su oxidado cerebro.

—¿Qué hago aquí? —preguntó, quedándose en bragas y con los pantalones beige entre las manos.

Cuidadora negó con la cabeza, mientras la miraba con frialdad. Estaba claro que no tenía la menor intención de responder a sus preguntas, al menos por el momento. Con un suspiro, Shelly hizo ademán de ponerse la ropa.

—Quítatelo todo —dijo Cuidadora, antes de que metiera el tobillo en el pantalón.

Shelly se incorporó, haciendo que su melena lisa pelirroja ondeara con el movimiento. Hacía tiempo, ese cabello había sido una hermosa y aterciopelada cortina brillante, pero los años de abusos y descontrol pasaban factura. Ahora, la cortina se veía desvaída y debilitada.

—No pienso hacerlo.

Cuidadora se cruzó de brazos con gesto hostil.

—Por tu propio bien, obedece.

—¡Oblígame a hacerlo! —Shelly no logró controlar su carácter provocador.

La aparente calma que había conseguido reunir durante unos segundos acababa de esfumarse ante aquella mujer esperpéntica que le ordenaba desnudarse como si tuviera alguna obligación de obedecer. Que se fuera a la mierda. Estaba muy equivocada si pensaba que iba a ser dócil, ella no tenía motivos para ser retenida en contra de su voluntad.

—Venga, vamos. ¡Tócame y te arrancaré el pelo, zorra! —amenazó, alejándose un par de pasos hacia la ventana, preparada para atacar si era necesario—. No es la primera vez que lo hago.

—Sí, eso tengo entendido. —Cuidadora sacó un walkie-talkie y pulsó el botón para hablar—. Necesito ayuda en la habitación número siete, ocupante hostil.

—¿Ocupante hostil? ¡Esta es buena! —Shelly lanzó una mezcla de carcajadas e histerismo al mismo tiempo, mientras se le formaba una bola de opresión en el cuello ante la escena que protagonizaba—. ¿Qué se supone que debo hacer cuando me despierto en un sitio extraño con una puta pervertida que pretende que me desnude delante de ella?

Cuidadora permaneció impassible. Shelly trató de controlar el miedo y los jadeos ante la amenaza que corría por el pasillo hacia la habitación, podía escuchar el retumbar de las botas sobre el suelo. La puerta se abrió de golpe, dando paso a dos hombres altos que llevaban sendos uniformes de color violeta. La preocupación de que la estuvieran viendo sin nada encima, excepto sus bragas raídas, se hizo pequeña al contemplar sus rostros hoscos y determinados.

La joven miró a su alrededor en busca de algo con lo que atacar, pero no había nada. La mesita de noche estaba vacía de objetos, ni siquiera una triste lámpara que poder arrojar.

—Así que también hay matones aquí —murmuró, retrocediendo hasta chocar contra una de las paredes—. ¿Qué coño es este lugar, una cámara de tortura?

Ambos hombres se comportaban como si no la oyeran. Pero sí prestaban atención a Cuidadora, tanto que con un solo gesto de la mujer se encaminaron hacia ella.

Shelly se revolvió como una culebra cuando la atraparon con sus enormes brazos. Hizo el mayor esfuerzo del que fue capaz, pero no sirvió de nada y en unos segundos la tenían bien agarrada.

Cuidadora sacó con calma un estuche del bolsillo de su ropa, lo abrió y comenzó a preparar una jeringuilla con parsimonia.

—¿Qué demonios es eso? ¡No podéis drogarme! —pataleó Shelly, sintiendo la impotencia más terrible de todas al no poder defenderse.

No es que tuviera miedo del pinchazo, en eso era una verdadera experta. Pero temía lo que pudieran inyectarle, porque estaba claro que no iba a ser la heroína a la que ella estaba acostumbrada: obvio. No quería perder el conocimiento, ¿qué le harían estando indefensa?

Se sacudió, desesperada, pero aquello solo consiguió que ellos hicieran fuerza para inmovilizarla. Impotente, observó cómo Cuidadora se acercaba hasta ella y le clavaba la aguja en el brazo derecho. Su rostro no expresaba emoción alguna, excepto por un temblor casi imperceptible del labio inferior.

Shelly notó el efecto casi al momento. Los hombres aflojaron su agarre mientras ella resbalaba hacia el suelo y, entre la nebulosa que iba nublando su consciencia, sintió que la depositaban en una camilla. No tenía la menor idea de cómo había aparecido allí.

Fue consciente de las correas que la dejaban inmóvil cuando estas se cerraron con fuerza alrededor de sus hombros. Estaba casi desnuda, le hacían daño...

El rostro de Cuidadora apareció ante sus ojos, ya casi cerrados.

—La violencia engendra violencia —dijo.

Un segundo después, Shelly se alejaba, perdida en el placentero sueño de la química.

DÍA 4

Shelly no sabía calcular el tiempo que llevaba encerrada. Donde se encontraba no había luz solar, de forma que las horas se sucedían sin que supiera si era de noche o de día. El tiempo se había vuelto una goma, una goma elástica sin fin.

Parte del tiempo lo pasaba llorando, gritando, suplicando. Las drogas habían abandonado su organismo por completo y la necesidad era insoportable. Veía los rostros de sus padres, pero nunca se materializaban de un modo real, sino que iban y venían, desapareciendo como sucedía en los sueños.

El suelo de la horrible habitación donde estaba se hallaba repleto de restos de la comida que le depositaban en una bandeja de plástico, pero solo el hecho de pensar en tocarla le producía náuseas y ya había vomitado suficientes veces.

No tenía ni idea de cuándo entraban a limpiar porque pasaba mucho rato sumida en un inquieto duermevela, pero cada vez que salía de uno de esos sueños, los vómitos habían desaparecido, y también la comida.

Por fin, después de berrear y caer agotada un montón de veces, despertó de una de aquellas pesadillas y todo se recolocó en su sitio. Veía con claridad, y su cabeza también. Cuando la puerta se abrió para que le dejaran la bandeja con la comida, se aproximó para cogerla.

Comió tostadas y bebió zumo, y eso le asentó el estómago. Los sudores habían remitido, se notaba mejor y más entera. Y los de fuera también debieron notarlo porque, unas horas después, la puerta se abrió por segunda vez, pero en lugar de comida apareció Cuidadora con un albornoz entre los brazos.

Igual de inexpresiva que la primera vez que se habían encontrado, dio dos pasos y la observó mientras Shelly se incorporaba. Al ver su aspecto pulcro y limpio, la joven fue consciente de su desagradable olor corporal: durante el tiempo que había permanecido allí metida no había podido ducharse ni lavarse el pelo, que ahora estaba apelmazado y revuelto. Era difícil mantener la dignidad de aquel modo, pero logró buscar un poco en su interior para ponerse recta y enfrentar a la mujer.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Cuidadora, estudiándola.

—Mejor —Shelly mantuvo un tono neutral, aunque lo que deseaba en realidad era lanzarse contra ella y abofetearla durante horas.

—¿Crees que, si te permito salir, sabrás comportarte?

Shelly cogió aire, tratando de calmarse. Le vino bien contar hasta diez para no soltar una sarta de improperios, tal y como estaba acostumbrada.

—¿Cuánto he estado aquí? —preguntó.

—Lo normal en un período de desintoxicación, unos días. Supongo que ahora te sentirás un poco mejor y podrás acatar las normas sin tanta agresividad.

La pelirroja asintió, alicaída. ¿Normas? No comprendía nada.

—Desnúdate.

Shelly arqueó la ceja, recordando el motivo por el cual había dado con sus huesos en la habitación de aislamiento. Y algo le decía que, si volvía a actuar igual, quizás no pudiera abandonarla.

De cualquier manera, la ropa que llevaba encima apestaba, así que no sería un gran drama deshacerse de ella. Se quitó todo hasta quedarse otra vez en bragas.

—Si aún dudas, tenemos una manguera de agua fría a presión para este tipo de casos — comentó la mujer, sin parecer preocupada en absoluto—. No imaginas lo bien que viene para bajar los humos a los adolescentes de tu tipo. Y después volverás aquí.

Esas palabras no ayudaron a tranquilizar a Shelly, pero tenía el suficiente sentido común para imaginar que ser enchufada con agua fría a presión no debía ser una experiencia muy agradable; lo mismo que volver a estar encerrada.

Con un gesto despectivo, introdujo los pulgares en los costados de las bragas y tiró de ellas hacia abajo, siempre bajo la atenta mirada de Cuidadora. Notó cómo examinaba cada centímetro de cuerpo que dejaba expuesto: con esa luz blanca artificial era muy consciente de sus muslos ligeramente gruesos, del piercing del ombligo, del estómago liso, de sus pechos pequeños... de los arañazos, los cardenales, las marcas. El escrutinio de Cuidadora no tenía nada que ver con ningún tema sexual, sino más bien con la desaprobación de su estilo de vida. Movi6 la cabeza y le entreg6 el albornoz que tenía entre las manos.

—Vamos a la ducha y luego te daré ropa limpia —dijo, con tono más amable.

Siguió a Cuidadora por un pasillo hasta una puerta que resultó ser una ducha individual. De nuevo se preguntó qué hacía allí, si estaba detenida... pero manipuló los grifos del agua y durante los diez minutos que estuvo debajo de ella dejó la mente en blanco. Cuando salió, con el pelo goteando y el albornoz bien abrochado, se sentía de maravilla.

Cuidadora continuaba allí, apoyada contra la puerta, y el mismo uniforme del primer día reposaba encima del lavabo. Shelly buscó la ropa interior con la mirada, pero no la vio por ninguna parte.

—Vístete —ordenó la mujer, con tono autoritario.

Shelly obedeció, pensando que había cosas peores en el mundo que ir por ahí metida en un uniforme tipo reclusa sin bragas ni sujetador. Una vez vestida se sintió mejor, y aguardó instrucciones. Hasta ese momento, mostrarse preguntona e impertinente no había dado buenos resultados, de manera que decidió probar la técnica de permanecer callada y ver qué pasaba allí.

—Sígueme.

Y obedeció, abandonando ese lugar al que no deseaba regresar. Fue recibida por paredes de piedra, antiguas pero cuidadas. Vio más puertas como la suya, todas cerradas, y percibió un leve olor en el ambiente: una mezcla de hierba y abono. Por el aspecto, ese olor y la ausencia de ruidos, parecía estar en una casa en medio de ninguna parte.

Se apresuró a seguir a Cuidadora, sin perder detalle de lo que veía a su paso, hasta que esta bajó unas escaleras. Desde luego no estaba en ninguna cárcel: sus ojos escudriñaron un salón enorme, sofás, televisión, incluso una chimenea.

—El comedor está por aquí. —Cuidadora le hizo un gesto para que no se entretuviera—. Vas a comer, y más adelante te entregaré tu programa.

—¿Mi qué? —Shelly se detuvo en seco.

—Tu programa. Una lista de las cosas que tienes que hacer, con sus horarios.

Shelly sacudió la cabeza, haciendo que la mujer pareciera exasperada.

—Si crees... en fin, tienes que explicarme dónde estoy. Qué hago aquí, por qué. No creerás en serio que voy a ponerme a cumplir tus órdenes sin más...

Cuidadora dio un paso hacia ella.

—Aquí se come entre las doce y las dos, y esa es toda la explicación que voy a darte. —La cogió por el brazo para forzarla a caminar—. A menos, claro, que prefieras no comer. En ese caso no te obligaré, pero te advierto que la hora de la cena no es hasta las seis, así que decídete.

Shelly frunció los labios, soltándose de su brazo, y se encaminó hacia la cocina sin esperarla.

Cuidadora recuperó el ritmo tras el arrebató y abrió la puerta: si Shelly esperaba ver a otras personas allí, se equivocaba. El lugar estaba vacío, pese al tamaño de la habitación. La longitud de la mesa y el número de sillas indicaban que, en aquella casa, fuera lo que fuera, vivía un respetable grupo de personas.

Shelly esperó a que le indicara dónde acomodarse, y obedeció cuando Cuidadora la mandó a la izquierda de la mesa. Encontró una servilleta, cubiertos, y una tarjeta con su nombre delante. Qué extraño era todo, no entendía nada. Quizá se tratara de un secuestro. El secuestro más raro del mundo, sí, pero no se le ocurría ninguna otra explicación.

Por primera vez desde que había despertado en aquel lugar, pensó en sus padres. Seguro que estarían muy preocupados por ella, e hizo nota mental de preguntar a Cuidadora si podría llamarlos por teléfono. Aunque ya imaginaba la respuesta, viendo sus dotes de comunicación.

—Aquí tienes. —Cuidadora colocó una bandeja delante de ella.

Shelly miró la comida y sintió que su estómago se revolvía en una mezcla de hambre y náuseas, la misma sensación sufrida durante la incomunicación. Tuvo que esperar unos segundos hasta que los síntomas remitieron.

La comida tenía buen aspecto: una tortilla de brillante color amarillo, dos tostadas con aguacate y una botella de zumo. Cuidadora la miraba fijamente, así que empezó a mordisquear una de las tostadas para alejar la atención de su persona.

No podía ser un secuestro, no tenía sentido. ¿Dónde estaba y por qué?

—¿Puedo hacer una llamada? —preguntó, por si colaba.

—No estás autorizada a comunicarte con el exterior.

—Pero mis padres...

—No te preocupes por ellos. Come, debes seguir el programa.

Frunció el ceño y siguió mordisqueando la tostada. La respuesta de la mujer le había provocado suspicacia: quizá todo aquello había sido idea de ellos. Al fin y al cabo, ya le habían insinuado más de una vez que debía buscar ayuda, ingresar en un centro de rehabilitación. Y aquello tenía toda la pinta de ser uno. Lo que no entendía era cómo habían conseguido encerrarla sin su consentimiento. Bueno, no importaba, todos los sitios tenían una puerta de salida, solo era cuestión de encontrarla.

Cuidadora no iba a ser de ninguna ayuda, eso lo tenía claro, pero quizá el resto del personal, sí. O tal vez pudiera examinar el lugar mientras seguía el programa, y encontrar así la forma de salir o comunicarse con el exterior. Entonces maldijo para sus adentros, pensando en su móvil. Tenía todos los números de sus amigos ahí guardados, no se sabía ninguno de memoria, nunca le había hecho falta marcarlos. Así que, si por suerte encontraba un teléfono, de poco le iba a servir. Porque, durante un segundo, se le pasó por la mente llamar a la policía, pero, claro, ¿qué podía decirles? No sabía dónde estaba, ni si era realmente un secuestro. Y solo tendrían que buscar su nombre para encontrar sus antecedentes, un par de detenciones por posesión y algún que otro altercado por una borrachera descontrolada. Todo eso no les haría ir corriendo en su ayuda, precisamente. En fin, esperaría su oportunidad, por el momento no se le ocurría otra cosa.

Consiguió terminar una tostada y parte de la tortilla. El zumo sí se lo tomó entero, esperando que el azúcar ayudara a despejar su mente, aún algo embotada por todo lo sucedido en los últimos días.

Cuidadora no parecía muy contenta al ver que no se lo había tomado todo, pero se limitó a indicarle un cubo donde tirar los restos y una balda donde dejar la bandeja, y la guio hasta un pasillo. No había ventanas y todas las puertas eran iguales: blancas y lisas, por lo que dedujo que ninguna de ellas conducía al exterior.

Cuidadora se detuvo delante de una y llamó con los nudillos antes de abrir y empujarla al interior con más fuerza de la necesaria.

—Traigo a número siete —dijo—. No se ha tomado toda la comida.

La mujer detrás del escritorio, vestida de igual forma que ella, se ajustó las gafas y examinó a Shelly de arriba abajo por encima de las lentes.

—Gracias, ya me ocupo.

Hizo un gesto con la mano y Cuidadora se marchó. La mujer señaló la silla frente a ella y Shelly la ocupó sin decir nada.

—Soy la doctora Crane, voy a ocuparme de tu caso.

—Quisiera...

—¿Te he dado permiso para hablar? No, ¿verdad? Pues no lo hagas. —Le tendió una hoja—. Este es tu horario de actividades, debes cumplirlo todos los días. Te acompañará siempre una persona autorizada, te recomiendo que lo sigas escrupulosamente o habrá consecuencias.

—¿Consecuencias?

—Duchas frías, quitarte alguna comida, doble sesión de ejercicio, más días en aislamiento... Tenemos múltiples opciones.

La doctora Crane no parecía comprensiva y las horas pasadas en aislamiento le habían quitado a Shelly las ganas de pelear por el momento, de modo que decidió guardar silencio. La doctora leyó su historial completo sin que ninguna emoción se reflejara en su rostro, y cuando terminó lo dejó sobre la mesa.

—No puede decirse que tu entrada haya sido la mejor —murmuró—. Pero supongo que te ha venido bien para eliminar tanta droga de tu organismo. Aquí no tendrás acceso a ellas, ni al tabaco. Tampoco podrás probar el alcohol.

—¿Qué hago aquí? —se atrevió a preguntar Shelly.

La doctora frunció el ceño.

—Hoy quedas eximida del programa, te vendrá bien descansar después de los días que has pasado. Pero mañana espero de ti un comportamiento ejemplar, ¿comprendido? No quisiera tener que recibirte de nuevo aquí por mala actitud.

Shelly tenía muchas preguntas. ¿Programa? ¿Comportamiento ejemplar? Pero ¿cuánto tiempo pensaban retenerla allí? ¿Por qué se portaban como si fuera legal y estuviera en una especie de vacaciones, y no secuestrada?

—Puedes irte.

—¿Puedo tener papel y bolígrafo?

La doctora la observó con curiosidad, como valorando si era capaz de cortarse las venas con un simple bolígrafo. Se encogió de hombros con un suspiro.

—Sí, claro. Por qué no. —abrió su cajón y sacó una libreta en blanco, que le tendió—. Aquí tienes, aunque ya imaginarás que no puedes enviar cartas ni nada por el estilo.

Shelly mantuvo su expresión tranquila. Recogió la libreta y el bolígrafo, que agradeció con un gesto de cabeza, y salió de aquel despacho.

Cuidadora esperaba fuera, con la espalda recta y la mirada fija en algún punto de la pared. Shelly esperó a que dijera algo, pero entonces notó que ella contemplaba la libreta.

—¿Has robado eso a la doctora Crane? —preguntó.

—No, claro que no. ¿Acaso crees que soy una ladrona?

—Recuerda que he leído tu expediente.

Shelly enrojeció levemente. ¿Acaso venía toda su vida en ese maldito fajo de papeles? Sí, era cierto que había cogido dinero a sus padres en infinidad de ocasiones, pero ¿cómo podía contener

su expediente esa información?

—Se lo pedí y dijo que sí, pregunta si no me crees —se defendió, ofendida.

Cuidadora valoró unos segundos entrar a preguntar, pero al final desistió. Shelly no estaría tan tranquila con el botín en las manos si lo hubiera cogido sin permiso, además de que la doctora Crane ya habría salido a protestar.

—Te irás a tu habitación y solo saldrás para la cena —informó.

—Está bien —aceptó la pelirroja, decidida a no causar más problemas de momento.

Siguió a Cuidadora hasta la habitación en la que había despertado días atrás. Apenas había pasado tiempo allí antes de dar con su culo en aislamiento, así que fue como si la viera por primera vez. No era muy grande, pero sí lo suficiente para tener una cama, un armario y un escritorio. Todo era muy sobrio y sencillo, con paredes pintadas en color blanco roto, colchas y cojines en tono gris y una ventana con las cortinas corridas.

—Avísame si necesitas algo —dijo Cuidadora, antes de salir cerrando la puerta tras de sí con llave.

Shelly dejó la libreta encima del escritorio y se aseguró de que Cuidadora se había marchado. Oía sus pasos alejarse, pero giró el pomo por si acaso, para asegurarse de que estaba encerrada bajo llave. No tenía muy claro cómo la avisaría en caso de necesitar algo, a no ser que fuera golpeando la puerta y gritando como una loca... Cosa que no pensaba hacer para evitar volver al aislamiento.

Suspiró y recorrió el cuarto con la mirada: deprimente. No había ni una sola cosa bonita allí, ni siquiera un cuadro o un detalle personal; todo era muy aséptico. Fue hasta la ventana y abrió las cortinas esperanzada, para ir a encontrarse una serie de barrotes que hacía imposible salir por allí. Claro, qué tonta había sido siquiera por pensarlo.

Abrió el armario, examinando las baldas. Tres conjuntos de ropa idénticos al que llevaba puesto, planchados y plegados para que pudiera cambiarse, tres pares de zapatillas blancas, pero nada de ropa interior. Qué cosa tan rara.

Cerró el armario y decidió ir a inspeccionar el baño, tan aséptico y minimalista como su cuarto. El lavabo era pequeño, y el armarito sobre él, aún más pequeño: espejo por fuera y poco espacio en el interior, lo justo para un cepillo de dientes, un tubo de dentífrico, un bote de champú, otro de gel y un cepillo para el pelo. Al lado de la taza habían colocado un montón de rollos de papel higiénico y cuatro toallas limpias.

Shelly abandonó el baño y se tumbó encima de la cama para probar la comodidad del colchón. Al menos aquello no estaba mal, no se levantaría con dolor de espalda. Miró la pared desnuda, lamentando que no hubiera una televisión con la que entretenerse... pero a esas alturas sabía bien que el objetivo de estar allí no era el entretenimiento, con lo cual tenía sentido. Así podría dedicar horas y horas a reflexionar, una idea que no la atraía en absoluto.

Agarró la libreta y se sentó en el escritorio, tomándose unos minutos antes de empezar a escribir.

Papá y mamá:

No sé desde dónde os estoy escribiendo esta carta. Todavía no he podido salir de la casa donde me tienen retenida, así que no sabría dar ni una pista sobre mi ubicación. De hecho, no creo que pueda enviar esta carta, es una idea absurda que pueda escribiros ya que no me permiten apenas abrir la boca, pero no sé... A lo mejor puedo sacarla a la calle y quizás alguien la encuentre, o, si hay guardias...

Sé que son desvaríos, pero en las películas los guardias siempre tienen un precio, así que puede que haya tráfico de cosas varias. Lo intentaré de alguna forma para que tengáis noticias mías, imagino que estaréis muy preocupados y buscándome... No tengo la menor idea de cómo he terminado en este sitio, la verdad, pero no son demasiado amables, que digamos. Lo primero que me mandaron fue desnudarme del todo y, como no quise hacerlo, me tuvieron varios días metida en un cuarto, sin poder hablar con nadie, sin ducharme y a pan y agua. Ha sido bastante espantoso, pero hoy al fin me han dejado salir. Me dicen que tengo que seguir no sé qué «programa», ¡y no tengo la menor idea de a qué se refieren!

Bueno, si consigo un teléfono (me da que no) os llamaré a toda leche, pero, por favor, llamad a la policía o algo. Estoy deseando volver a casa. ¿Qué tal está Tally? Se me hace superraro dormir sin ella por las noches.

Bueno, eso. Os veo pronto a los dos.

Shelly firmó la misiva y puso la fecha. Entonces se dio cuenta de que no tenía sobre donde meterla, así que la dejó sin arrancar, en espera de decidir qué haría con ella.

Miró a su alrededor, muerta de aburrimiento, y terminó por tumbarse encima de la cama. Qué diantres, no había nada más que hacer, así que dormiría un rato. Se acomodó la almohada, miró al techo blanco y aburrido y cerró los ojos. Su cabeza seguía dándole vueltas a todo, llena de preguntas sin respuesta, por lo que no consiguió del todo su objetivo: solo alcanzó un duermevela en el que, al menos, logró descansar un poco.

Por eso, cuando se abrió la puerta, no se sobresaltó demasiado. Se sentó en el borde de la cama y observó a la chica que permanecía de pie junto al marco, con postura rígida, los brazos a la espalda y gesto inexpresivo.

—Hora de cenar —dijo.

Su voz había sonado mecánica, como si fuera la de un robot. Ni siquiera había desviado la mirada, y Shelly estuvo tentada de pasar la mano por delante de sus ojos, a ver si pestañeaba. Se acercó y la chica se dio la vuelta inmediatamente, por lo que una vez en el pasillo, Shelly se apresuró a ponerse a su altura para poder hablar con ella.

—Hola, me llamo Shelly —se presentó, con voz amable—. ¿Me puedes decir dónde me llevas? O, mejor, ¿qué sitio es este?

—Te llevo a cenar.

Shelly intentó hablar con ella un par de veces más, pero no consiguió ninguna otra respuesta., ni siquiera un nombre o rango o lo que fuera que hubiese allí, así que decidió llamarla Miss Robot.

Pocos minutos después llegaron a la puerta del comedor y Miss Robot la abrió para ella. Shelly pasó al interior y miró las mesas. Esta vez, sí había más gente en el interior. Pero también había más «robots» y «cuidadores» paseándose entre la gente o mirando desde las esquinas.

Miss Robot la llevó hasta donde se servía la comida y la dejó sola, tras decirle que volvería a por ella en una hora.

—¿Número? —preguntó la mujer tras el mostrador.

—Siete —contestó Shelly.

El mostrador era opaco y no se podía ver el interior, así como tampoco escoger comida. La mujer sacó una bandeja cubierta por una tapa y se la entregó, por lo que Shelly dedujo que tampoco en eso tenía opinión. Se dio la vuelta con ella entre las manos, mirando las mesas, y se dirigió a una donde había tres chicas de su edad.

—Hola —saludó—. ¿Puedo sentarme con vosotras?

Una de ellas apartó la vista con gesto hosco. Era bajita, con un pelo corto y muy oscuro que la hacía parecer mucho más aniñada de lo que debía ser en realidad. Se podía imaginar cómo sería fuera de allí, con los ojos pintados de negro y aspecto gótico, pero claro, tampoco podía estar segura, porque ninguna llevaba maquillaje. Dudó si cambiar de mesa, pero las otras dos chicas que estaban allí sonrieron.

—Claro, adelante —contestó una, señalándole la silla junto a ella. Tenía la melena larga y castaña, y una sonrisa agradable—. Yo soy Tres, ella Ocho. —Señaló a la chica que estaba a su lado, una especie de muñeca rubia con ojos azules, y esta le hizo un gesto con la mano—. Y la que está enfadada con el mundo, Diez.

Diez le sacó la lengua sin decir nada y volvió su atención al plato al instante, aunque, más que comer, removía el contenido con gesto aburrido.

Shelly se sentó y automáticamente dijo su número. Se le hacía extraño no presentarse con su nombre, pero al no saber el de ellas, lo aceptó como normal. Quitó la tapa de su bandeja y se encontró con un filete, patatas fritas y ensalada, acompañados por un zumo de frutas.

Cortó un trozo del filete y se lo llevó a la boca. Al masticarlo, notó un sabor extraño.

—¿Te pasa algo? —preguntó Tres.

—No sé, tiene una textura rara...

—¿Nunca has tomado un filete de verdad? —intervino Ocho.

—¿Qué quieres decir con «de verdad»? —Shelly miró su plato, sin creerlo—. ¿Es real? ¿No es sucedáneo?

—No, aquí nos dan comida de verdad, chica.

Tres le guiñó un ojo, dando un mordisco a su propia hamburguesa.

—Pero, ¿estáis seguras? —Shelly no daba crédito a lo que estaba escuchando—. ¿Cómo lo sabéis? Puede ser un tipo nuevo de sucedáneo que...

—Oh, ¿no tienes tu programa? —le interrumpió Ocho.

—Aún no.

—Cuando te lo entreguen, aparte de las actividades, tendrás también los menús detallados —le explicó Tres—. Y ahí lo pone bien claro: ingredientes, calorías, azúcares, grasas...

Diez hizo un gesto de asco, apartando su comida de sí.

—El mundo con escasez de animales y vosotras aprovechando vuestro encierro para comer los pocos que quedan. Dais asco.

—Y tú te vas a poner enferma si no comes —replicó Ocho—. Eres la que más llevas aquí, ¿cuánto tiempo hace que llegaste? ¿Un mes? Y no haces más que adelgazar. Así no te van a dejar salir nunca, con ese aspecto enfermizo.

Shelly se zampó medio filete casi sin respirar, mientras pensaba que, después de todo, aquello no tenía pinta de ser un secuestro. Aquella buena alimentación, los comentarios del programa... empezaba a pensar que sus padres estaban detrás, aunque se habrían dejado los ahorros de toda su vida en aquel lugar. Si iba a recibir aquel tipo de tratamiento y comida real todos los días, seguro que valía una pasta. Casi le hacía desear rehabilitarse. Casi, aunque todo aquello estaba muy bien, no podía compararse con un buen fiestón lleno de sustancias sintéticas y alcohol.

Suspiró pensando en sus amigos, pero siguió comiendo. Probablemente Ocho tenía razón, mejor comer que no tener el aspecto anoréxico de Diez.

—¿Cuánto lleváis vosotras? —preguntó.

—Tres semanas —contestó Ocho.

—Dos y media —dijo Tres—. Pero pronto saldré, mi encargada dice que voy genial con el programa. Estoy deseando volver a casa.

—Esto es una cárcel —dijo Diez, con gesto hosco—. No sé por qué os dejáis impresionar por la comida y esas chorradas. —Se inclinó hacia Shelly, para hablar en voz baja—. Aquí pasa algo raro.

—Y aquí llega la «conspiranoica» —replicó Ocho, poniendo los ojos en blanco.

—No soy «conspiranoica» —protestó la chica, enfurruñada.

—¿Sabes lo que creo yo? Que estás paranoica por la falta de comida.

Diez se cruzó de brazos, haciendo que su mirada se perdiera entre la gente. Estaba claro que no era la primera vez que hacía algún comentario al respecto, y también que ninguna de sus compañeras parecía tomarla en serio.

Tres chasqueó los dedos delante de los ojos de Shelly, que se había quedado mirando a Diez con gesto de curiosidad.

—Ni caso, en serio. Diez tiene tantas horas libres aquí que su imaginación se descontrola.

La puerta del comedor se abrió de nuevo y todas miraron hacia allí. Una de las «robots» entró con un chico. Llevaba el pelo negro revuelto y parecía también de su misma edad. Al igual que diez, tenía aspecto de estar enfadado con el mundo y no apartó la vista del suelo. Cogió su bandeja sin decir nada y se dirigió a una mesa apartada, donde se sentó y, entonces sí, elevó los ojos azules y su mirada se cruzó con la de Shelly.

—Es Uno —susurró Ocho.

—No hace falta que hables tan bajo, si no te oye —dijo Tres.

El chico se ajustó las mangas del uniforme estirándolas de forma que le cubrían las muñecas y parte de las palmas, en un gesto que a Shelly le pareció defensivo, y rompió el contacto visual.

—Ya estaba aquí cuando llegué yo —explicó Ocho—. Así que no sabemos cuánto lleva, pero más que cualquiera de nosotras.

—¿Siempre se sienta solo? —preguntó Shelly.

—Cuando yo llegué había un par de chicos con él, pero desde que se marcharon no ha vuelto a juntarse con nadie.

—Una vez pensábamos que le habían dado el alta también —añadió Tres—. Estuvo una semana sin aparecer.

—Bueno, no sabemos si le dieron el alta y después lo volvieron a ingresar —razonó Ocho.

—O si le metieron en aislamiento —replicó Diez, con un gruñido—. Les encanta hacer eso.

—Nadie está tanto tiempo.

—A mí me tuvieron una vez tres días, ¡tres! Así que es posible.

Shelly se imaginó tres días en aquel agujero y no pudo evitar estremecerse. No quería ni pensar si la metían una semana, ¿qué tendría que hacer alguien para algo así? ¿Intentar escaparse?

Movió la cabeza mientras cortaba otro trozo de filete. No volvería a aislamiento, eso lo tenía claro. Así que por el momento seguiría la corriente y no perdería detalle, para poder trazar un buen plan de fuga.

—¡Quince minutos! —avisó una de las que vigilaba.

Las chicas, menos Diez, se apresuraron a terminar de comer. Shelly echó un vistazo a Uno, que apartó su plato vacío, y de nuevo sus ojos se encontraron. ¿Cuál sería su historia? Aunque era guapo tenía ojeras, pero no parecía un drogadicto como ella, no estaba pálido ni demacrado. Quizá coincidieran en alguna de las actividades del programa y podría entablar una conversación con él.

Miss Robot fue a buscarla, acompañada de otras como ella que se acercaron a sus nuevas tres amigas, por lo que se despidieron hasta el día siguiente, quedando para desayunar juntas.

Su «feliz» guía la dejó en la habitación. Cuando se cerró la puerta tras ella, Shelly recordó las

palabras de Diez sobre esa cárcel y una posible conspiración. Pero quizá las demás tuvieran razón y fuera un poco paranoica...

Se sentó en el escritorio y abrió la libreta. Revisó la misiva escrita la noche anterior sin entretenerse demasiado y luego empezó en una nueva hoja.

Papá y mamá:

Os escribiré algo todas las noches para coger costumbre. Desde la última carta solo me llamaron para ir a la cena, no es muy interesante excepto por dos cosas: al fin he podido estar con otras personas y la comida que dan aquí es de verdad.

Me senté en una mesa con tres chicas y dos de ellas son bastante simpáticas, Tres y Ocho. Tres es bajita y tiene una melena castaña superchula, además de ojos oscuros y unas cejas divinas. Me recuerda un poco a esa chica que salía en la serie que veías el año pasado, mamá, esa del grupo de amigas que buscaban a una desaparecida. Es bastante jovial, no me importaría charlar más con ella.

Ocho parece una muñeca, es rubia y tiene bucles, ¡lo prometo! Bucle dorados que caen en cascada. No sé qué producto usará para el pelo, pero desde luego no es el mismo que hay en mi baño. Tiene ojos azules y grandes, es muy mona. No sé qué hace aquí porque su aspecto es sano y es muy educada, o sea, que no la imagino haciendo nada malo. En fin, supongo que en algún momento me enteraré, si logro coincidir más veces con ellas.

Diez es un poco rara. Flaca y amargada, es muy desconfiada y las chicas la llaman «conspiranoica». Dice que esto es una cárcel y que no nos dejemos engañar por las apariencias... La verdad, me gustaría hablar con ella y saber los motivos por los que piensa así, pero no sé si tendré oportunidad o si ella querrá hablar conmigo. No prueba bocado, la pobre.

La comida: en serio, si me habéis mandado aquí, tengo que decir que es estupenda. O sea, ni siquiera vosotros tomáis carne real, así que imaginad mi cara al encontrarme un filete en el plato. No sé cómo lo habrán conseguido, se supone que apenas quedan animales para consumo, pero el caso es que aquí lo sirven. En fin, creo que hacía tiempo que no comía tanto y ya veo por qué nos visten con esos horribles pijamas blancos, ¡es porque nuestros pantalones se quedarían pequeños en unos días! Con esta alimentación...

Entonces, ¿estoy aquí por vosotros? Alguien tiene que estar pagando esto, obvio, un lugar así debe de ser muy caro. Si ha sido así, aunque os lo agradezco y es muy agradable (excepto el aislamiento y las puertas cerradas con llave), preferiría volver a casa.

Veré si logro tantear a alguno de los del pijama morado, que son una especie de vigilantes, para saber si es posible enviaros mis cartas.

¡Ojalá pueda veros pronto!

Shelly cerró la libreta y la guardó en el cajón del escritorio. Se tumbó en la cama pensando en el tiempo pasado con las chicas y en el misterioso Uno, pero pronto comenzó a sonar una música relajante de fondo y se apagaron las luces, lo que la hizo caer en un sueño profundo.

DÍA 7

Un sonido parecido a la alarma de un despertador la sacó de los brazos de Morfeo. Durante unos segundos, Shelly se quedó mirando aquel techo blanco y desnudo, desubicada, sin recordar dónde se encontraba. Pero al incorporarse, su cerebro terminó de espabilarse y los últimos días regresaron a su mente de forma dolorosa.

No, no había sido una pesadilla ni un mal viaje provocado por las drogas: la habitación era real, al igual que su ropa blanca y los muebles aburridos.

Fue al baño con paso lento, preguntándose qué le depararía el día. Odiaba las actividades grupales en las que cada uno contaba sus miserias. No entendía cómo ayudaba el saber que otro lo había pasado igual o peor que ella, y tampoco le gustaba hablar de sus cosas. Cuando la habían obligado a ir, había acabado inventándose historias para pasar el rato. Lo único bueno habría sido coincidir con alguna de las chicas o con Uno, pero seguro que con su suerte no sería así.

Se aseó y se puso uno de aquellos uniformes blancos limpios, justo a tiempo de que Miss Robot llegara a buscarla. La expresión de la mujer era la misma que el día anterior, y también su actitud, ya que no respondió al «Buenos días» con el que Shelly la saludó. Por lo tanto, la chica decidió no perder el tiempo tratando de entablar conversación con ella, sino que se dedicó a prestar atención al edificio y al trayecto que recorrían. Había supuesto que irían al comedor, pero no, Miss Robot la llevó de nuevo al despacho de la doctora Crane.

Cuando entró, se encontró con que Cuidadora estaba allí también. Las dos mujeres estudiaban unos papeles y, al verla entrar, dejaron de hablar para examinarla de arriba abajo.

—Tiene mejor aspecto —dijo Cuidadora.

—Sí, estoy de acuerdo. —Firmó uno de los papeles y se lo entregó—. Mantenemos las noches así, la veré en una semana.

Cuidadora cogió los papeles y se acercó a Shelly para entregarle uno a ella y otro a Miss Robot. Shelly se obligó a permanecer callada, no fuera a empezar el día con un castigo, pero no le gustaba nada que hablaran como si no estuviera allí. Miró la hoja, pero tampoco le fue de mucha ayuda porque las actividades solo tenían la hora de inicio y fin, y las descripciones eran muy escuetas: «detox», «limpieza», «manual», «sol»... Todo muy críptico.

Shelly miró a la doctora y a Cuidadora, pero ninguna le dio ninguna otra explicación: la primera estaba concentrada en algo en su ordenador, y la segunda agitó la mano en dirección a la puerta, indicándole que saliera, así que obedeció.

Siguió a Miss Robot hasta el comedor y vio que las chicas ya estaban allí en una mesa, así como Uno, que la miró unos segundos al verla llegar. Shelly levantó un poco la mano, moviendo los dedos para saludarlo de forma tímida. Él pareció sorprendido, pero le devolvió el gesto. No llegó a sonreír, pero al menos era un avance.

Cogió su bandeja y se dirigió a la mesa de las chicas. Diez emitió un sonido que supuso era un saludo, mientras Tres y Ocho le sonreían.

—Parece que has dormido bien —comentó Ocho.

—Sí, la verdad es que me encuentro mucho mejor.

—Eso son las drogas —gruñó Diez.

Tres puso los ojos en blanco.

—Por millonésima vez: si nos drogaran, nos daríamos cuenta. Aquí todas tenemos nuestras experiencias.

Shelly se quedó unos segundos pensativa. Había dormido bien, demasiado bien, de hecho, pero no tenía la sensación de que le hubieran dado nada para lograrlo, ni el malestar típico de después de una dosis de algún relajante.

Había dejado su horario sobre la mesa y Diez lo cogió sin pedir permiso.

—Plan completito —comentó—. Hasta tienes una hora al aire libre.

—¿En serio?

—Sí. —Señaló la palabra «sol»—. Deben pensar que eso abre el apetito, o será por la vitamina D; a saber.

—¿A ti no te dejan?

—Sí, pero me quedo a la sombra. Paso de seguir sus órdenes todo el día y esa es una de las pocas cosas en las que consigo salirme con la mía.

—Déjame ver. —Tres extendió la mano y Diez le pasó la hoja—. A ver qué tienes por aquí...

—Vaya, hoy no coincidimos en nada —comentó Ocho, mirando por encima de su hombro.

—¿Hay actividades conjuntas? —preguntó Shelly.

—La salida al aire libre, ahí fuera siempre hay gente. Y a veces alguna actividad física: baloncesto, fútbol o algo así.

—Odio hacer deporte —protestó Shelly, recuperando su hoja para revisarla—. Bueno, esta semana no parece que tenga nada.

—Suelen esperar a que estés bien alimentada.

Shelly sopesó seguir la estrategia de Diez —comer poco o nada para librarse del ejercicio—, pero tenía un hambre de caballo y decidió que al menos esa semana no llegaría a tanto. Además, necesitaba sus fuerzas por si tenía que correr para huir de allí o, Dios no lo quisiera, escalar algún muro alto. Eso no podría hacerlo si estaba débil.

Después del desayuno, cada una se fue con su «robot» en diferentes direcciones y Shelly siguió a la suya por un nuevo pasillo, sin ventanas ni salidas. Por fin accedieron a otra zona, de puertas igualmente blancas, pero con letreros en los que aparecían los nombres de su lista de actividades. La primera, «Detox», daba a una sala con un banco y unas perchas. Al fondo, una sauna. Miró a Miss Robot con incredulidad, y la chica siguió inmóvil, sosteniendo la puerta. En fin, una sauna no era nada malo. Le vendría bien para sudar todo que había tomado... «Ajá —comprendió—, de ahí el nombre, claro».

En cuanto entró, Miss Robot cerró tras ella y Shelly escuchó el sonido de un cerrojo. Probó por si acaso, pero, sí, la puerta estaba bloqueada. Junto a ella, descubrió un minuterero que descontaba el tiempo que debía permanecer allí. Se desnudó y metió la ropa en un cubo que así lo indicaba. En el banco había un albornoz y unas zapatillas, con un cartel encima que decía «Usar tras la sauna».

Se metió desnuda en la habitación y notó al momento el golpe de calor. Pero las saunas la relajaban, así que se acomodó en una esquina y cerró los ojos, decidiendo que al menos aprovecharía para descansar.

Un rato después sonó la alarma, al mismo tiempo que se abría la puerta y aparecía Miss Robot. Shelly salió con rapidez y se cubrió con el albornoz. La chica la llevó hasta la habitación de al lado, donde se dio una ducha que le supo a gloria.

Pero lo mejor fue la tercera actividad: «Manual», que resultó ser un masaje a cuatro manos con aceites de aromas de vainilla y canela que la dejaron entre relajada y hecha polvo. Sentía doloridos algunos músculos que no sabía que existían. Por suerte, después tenía la comida y una hora al aire libre. Si hubiera algún árbol —Diez no había especificado cómo se zafaba del sol, pero esperaba que fuera así—, se tumbaría debajo y se echaría una buena siesta. Se lo preguntaría

en la comida, decidió mientras se vestía.

Casi sonrió al salir de la sala de masajes, pero la cara inexpresiva de Miss Robot mientras la acompañaba la hizo desistir. Era como si le absorbiera las buenas vibraciones: cada vez que la veía se le quitaban las ganas de todo.

Por suerte, en el comedor estaban las tres chicas y, tras coger su bandeja, fue a sentarse con ellas.

—¿Qué tal la mañana? —preguntó Tres, con una sonrisa.

—Genial, nunca me habían dado un masaje a cuatro manos, pero quiero otro ya.

Todas rieron menos Diez, que sacudió la cabeza con gesto serio.

—Os dejáis engañar por cualquier cosa. Es todo apariencia, ¿no lo veis? Todo lo hacen para lograr su objetivo.

—Como centro de desintoxicación es original, eso te lo admito —dijo Shelly, levantando la tapa de la bandeja y aspirando el aroma de su lasaña de atún—. No digo que no quiera salir de aquí, pero que esto es mejor que un sitio tradicional, no puedes negarlo.

—Tú lo has dicho: quieres salir. Y no puedes. Ahí está la cuestión.

—Bueno, al menos luego voy al aire libre. ¿Hay árboles?

—Unos cuantos —contestó Ocho—. No es el típico patio de recreo de cemento, hay hierba y sitios donde tumbarse.

—Genial.

—Ninguno cerca de los muros —replicó Diez—. Ya los he comprobado todos, no se pueden utilizar para saltar por encima.

Aquello no desanimó a Shelly. Al menos sabía que había árboles y podría echarse a la sombra. Y sobre los muros... En fin, que Diez no hubiera encontrado una salida no significaba que no la hubiera.

Cuando pasó la hora de la comida, Miss Robot la escoltó por otro pasillo nuevo. Al llegar al final, abrió unas puertas dobles y la luz del sol deslumbró a Shelly durante unos segundos. Después de tantos días sin salir, hasta el aire olía mejor. O quizá era que allí era diferente al que estaba acostumbrada, porque no notaba olor a humo ni a coches, ni parecía espeso como solía ocurrir en los días de más calor, cuando costaba respirar y había que ponerse mascarillas. Era como si hubieran puesto un ambientador, pero no, al dar un paso al exterior, se dio cuenta de que el aroma provenía de los matorrales de flores que había por todas partes: jazmines, rosas... ¿Qué sitio era ese? Achicó los ojos, mirando en la distancia, pero los muros estaban muy lejos y no podía calcular bien su altura.

—Una hora —informó Miss Robot.

Y cerró la puerta tras ella. Vaya, era la primera vez que Shelly se encontraba sin vigilancia, aunque al levantar la vista, vio que había varias cámaras en la cornisa del edificio. Bueno, se alejaría todo lo posible, a ver qué encontraba.

Comenzó a caminar en dirección a un grupo de árboles, mirando de vez en cuando hacia atrás. Una de las cámaras apuntaba hacia allí, pero no creía que fuera capaz de atravesar las hojas así que se metió entre el follaje. Sonrió satisfecha con su pequeño acto de rebeldía.

Apartó varias ramas para poder avanzar, hasta llegar a un pequeño claro entre ellas. Pero, cuando pensaba que aquel sería el lugar perfecto donde descansar, se dio cuenta de que no estaba sola. Sentado en el suelo, junto al tronco de uno de los árboles, estaba Uno. Al verla, escondió las manos y estiró el cuello para mirar tras ella.

—¿Vienes sola? —preguntó.

—Sí. Perdona, no esperaba que hubiera nadie aquí. Solo buscaba un sitio para tumbarme un

rato.

Él la miró unos segundos, como si sopesara si decirle la verdad, y afirmó con la cabeza.

—Quédate aquí, si quieres. —Sacó sus manos de su escondite—. ¿Fumas?

—¿En serio? —Corrió a sentarse junto a él—. ¿Tienes tabaco?

Fumar tabaco —o lo que fuera— no era su forma favorita de drogarse, pero en aquel momento hasta una aspirina le hubiera parecido un éxtasis.

—Algo así.

Cogió una piedra plana y extendió sobre ella trocitos de hojas secas. De uno de sus bolsillos sacó un par de servilletas de papel del comedor, repartió las hojas en ellas y las enrolló. Le dio uno de aquellos improvisados cigarrillos a Shelly y se puso el otro en la boca. De otro bolsillo extrajo una cuchara metálica, también del comedor, y se movió buscando un rayo de sol para que se reflejara en ella. Tardó un par de minutos, pero por fin consiguió encender su cigarrillo y, con este, el de Shelly.

—¿Qué es? —preguntó ella, sin reconocer aquel olor.

—Un poco de todo, de las plantas que hay aquí. No sube mucho, pero menos es nada.

Shelly dio una calada. El humo le entró demasiado rápido por el ansia con la que había aspirado, y no pudo evitar toser. Uno le dio un par de palmadas en la espalda.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, no ha sido nada. —Carraspeó—. Soy Siete.

Él levantó una ceja.

—¿Eso pone en tu partida de nacimiento?

—No, bueno. —Enrojeció—. Pero aquí...

—No veo a nadie mirándonos. Soy Greg, aunque ya te habrán dicho que aquí me llaman Uno.

—Shelly. —Dio otra calada—. Dios, qué ganas tenía de meterme algo. —Lo miró de reojo—. ¿Por eso llevas tanto tiempo aquí? ¿Te han pillado alguna vez con esto?

—No. —Desvió la mirada, estiró las mangas de su camiseta, y dio una calada—. No estoy aquí por drogas.

Aquello la sorprendió. Aunque había oído hablar de centros que mezclaban gente con diferentes adicciones, así que probablemente fuera uno de esos. Había asumido que todos eran como ella, por lo que tampoco había preguntado a las chicas por qué estaban allí. Dio otra calada, consciente de la forma en que Greg se estiraba las mangas. Cabía la posibilidad de que estuviera mintiendo, aquel gesto estaba claramente destinado a esconder sus brazos, y si los tenía llenos de marcas como ella, era normal que no quisiera que los viera.

—Las chicas me han dicho que llevas aquí más que ellas —tanteó.

—Un par de meses.

—¿Seguidos?

Greg volvió a levantar una ceja y entrecerró los ojos.

—¿No eres muy curiosa?

—Eso me han dicho, sí. —Le sonrió—. Aunque no creo que tú me metas en aislamiento por hacerte preguntas.

Él sonrió a medias como respuesta a su broma. Se quedó en silencio unos segundos, mientras consumía el cigarrillo.

—Estuve una semana fuera del programa —comentó.

A Shelly no se le pasó por alto que especificara «del programa», sin mencionar el lugar. Eso, y que no añadiera nada más, le hizo pensar que el comentario de Diez podía no ir descaminado: el chico podía haber estado una semana en aislamiento.

—Seguro que te mandan a casa pronto —dijo, intentando animarlo.

—Eso esperamos todos, ¿no?

Pero su tono de voz era bastante amargo, por lo que Shelly dedujo que esa casa no era su lugar favorito en el mundo.

—¿Vienen a buscarnos cuando termina la hora, o hay que ir a alguna parte?

—Te encontrarán, descuida. No hay mucho donde ocultarse.

—¿Has conseguido comunicarte con tus padres alguna vez desde que estás aquí? ¿Te dejan hacer llamadas con buen comportamiento, o algo así?

Greg negó con la cabeza.

—No y no.

—Entonces, ni siquiera sabemos si son nuestros padres quienes nos han metido aquí.

—Tanto en un caso como en otro, ninguna opción es buena —respondió el joven. Al ver la mirada perpleja de Shelly, se encogió de hombros—. Piénsalo un poco, no pareces tonta.

La pelirroja se ruborizó.

—Es un sitio de lujo, pese a su apariencia austera; al menos para nosotros. Comida de verdad, masajes, ejercicio, aire puro y la maldita música relajante a todas horas. ¿Tus padres se lo pueden permitir?

Los de Shelly podían, pero antes de que pudiera verbalizarlo, Greg siguió:

—En el caso de que la respuesta sea no, pues eso. En el caso de que sea sí, ¿por qué lo harían? Creo que es obvio que todos los que estamos aquí no somos hijos ejemplares.

Shelly permaneció callada, dando vueltas a sus palabras. Lo cierto era que su relación con sus padres no era la mejor del mundo, pese al esfuerzo de ellos. Nunca le habían sido ajenos sus intentos por protegerla y ayudarla, pero Shelly se negaba a abandonar su estilo de vida. No es que no los quisiera; los quería, pero... era como si existieran para amargarle la vida. Porque todos los chicos de su edad hacían las mismas cosas que ella: ir de juerga, tomar alucinantes drogas de diseño, beber, tener sexo, participar en orgías, desaparecer durante un par de días... lo normal. Era una fase; cuando cumpliera veintiuno, o veintitrés, maduraría y entraría en otra, ¿no? Solo hacía lo normal en una chica de su edad.

Aunque, en realidad, no todos lo hacían. Shelly sabía de primera mano que había gente en su clase que no tenía la menor idea de cómo divertirse, pero eso no era asunto suyo.

—Quizá sea un último intento —sugirió—. Si estamos aquí el tiempo suficiente no nos quedará otro remedio que limpiarnos, ¿no?

—Eso si el problema son drogas o alcohol. Si es otro tipo de problema, no lo veo.

—¿Y si no es cosa de nuestros padres?

—Entonces, pregúntate por qué un grupo de desconocidos tendría interés en darnos este tipo de vida así, sin más. Si algo sé, es que no hay nada gratis en este mundo... Siete.

—Shelly.

—Ah, bien, veo que queda en ti algo de personalidad —sonrió Greg.

—¿Y tú por qué estás aquí? Deduzco que tienes «ese otro tipo de problema».

Greg pareció reacio en un primer momento, pero al final volvió a encogerse de hombros, como si pensara «a la mierda». Se levantó las mangas, dejando a la vista múltiples cicatrices.

—Dos intentos— murmuró— La primera vez lo hice mal. «Río hacia abajo, no cruzando la calle». No sabía que había que cortar en vertical, así que me salvaron a tiempo.

—Oh, joder...

Sin ser del todo consciente de lo que hacía, Shelly estiró la mano y recorrió aquellas cicatrices con su dedo. Ella también tenía: de otro tipo, pero le recordaban cada día quién era.

—La segunda lo hice mucho mejor, pero aun así me salvaron otra vez. Y no lo entiendo... Cuando alguien lo intenta dos veces, ¿por qué no lo dejas? Puede que tenga muchas ganas de morir.

La chica no podía creer lo que oía. Qué lástima, con lo guapo que era y quería morir, ¿tan graves serían sus problemas para no encontrar otra solución?

—Deja esa cara de pena —protestó Greg—. Ya he visto demasiadas en mi vida.

—Lo siento —corrigió a toda prisa su expresión—. ¿Y sigues queriendo morirme?

—Qué directa eres.

Antes de que Greg pudiera añadir algo más, las malezas se abrieron de par en par y apareció Miss Robot. Aunque su mirada era tan inexpresiva como siempre, los labios se torcieron de manera sutil.

—Ya ha pasado tu hora de sol —comunicó—. Volvamos.

Shelly hubiera preferido quedarse un rato más charlando con Greg, pero era pronto para volver a transgredir las normas. Se incorporó, se sacudió el uniforme blanco, y se despidió del chico con un gesto de cabeza.

—Ya nos veremos.

—Espero que tengas buena tarde.

La pelirroja siguió a Miss Robot de regreso al interior de la casa. Esperaba que esta le dijera algo o le recriminara por estar a solas con un chico, pero no fue así. Miss Robot la dejó en su cuarto, donde Shelly comprobó en su programa que le tocaba algo denominado «Puesta a punto». Se sentó sobre la cama, dispuesta a averiguar qué era aquello, y no habían pasado ni cinco minutos cuando la puerta se abrió de nuevo y apareció Cuidadora.

—Genial —murmuró Shelly.

No quería estar con Cuidadora. Seguía deseosa de agarrar su pelo y arrastrarla por el suelo, aún no había olvidado lo sucedido el primer día.

—Ponte el albornoz y sígueme —indicó ella.

—¿Me desnudo aquí o en el lavabo? —preguntó ella, provocadora.

—Donde quieras —dijo Cuidadora, en tono neutro.

—Si tanto te gusta mirar, puedo hacerlo delante de ti.

Se sacó la parte de arriba del uniforme, arrojándolo sobre la cama. Sí, era peligroso provocar de esa forma a la persona que se encargaba de todo lo relacionado con su persona en aquel lugar, pero el rencor era muy poco inteligente.

—Por lo que he leído en tu historial, es a ti a la que le gusta ser observada —comentó Cuidadora, sin pestañear—. No entiendo por qué tantos remilgos con quitarte la ropa, si estás acostumbrada.

Shelly notó que enrojecía y se puso furiosa. ¿Quién coño se creía que era aquella santurrona para juzgar su estilo de vida? Se desnudaba cuando y donde quería, punto; no por obligación y delante de cualquiera.

Se bajó los pantalones y los apartó de una patada.

—¿Eres lesbiana? —preguntó, sin apartar la mirada de ella—. No pasa nada si lo eres, he estado con muchas. Reconocería esa mirada en cualquiera.

—Te estás pasando de la raya —el tono de Cuidadora se volvió tan glacial que Shelly tuvo la sensación de que acababa de revelar una aplastante verdad—. ¿Tantas ganas tienes de volver a aislamiento?

Aquello frenó en seco las provocaciones de Shelly. Se recompuso, pensando en cómo demonios podía ser tan poco lista. Tenía que ganar confianza, no despertar animadversión en su

Cuidadora.

—Lo siento —dijo, en tono humilde.

La mujer entró al baño, cogió el albornoz y se lo echó por encima de los hombros. La envolvió con él en un abrazo que Shelly no sintió como amistoso, sino amenazante, y después apretó el cinturón mientras le hablaba en voz baja.

—La vida aquí puede ser fácil o muy difícil —siseó—. Escoge bien.

Pasó por delante de ella mientras Shelly se rozaba la nuca, allí donde los pelos se le habían erizado al notar su aliento. Terminó de ajustarse el cinturón y la miró.

—Te pido perdón de nuevo.

—No pasa nada, aprenderás las normas antes o después —respondió Cuidadora—. Aunque tengo una que será mejor que sepas cuanto antes: nada de sexo. No se os prohíbe charlar entre vosotros, ni estar a solas en la hora libre, pero eso es todo.

De manera que Miss Robot había informado. La muy canalla no perdía el tiempo, no.

—¿El sexo está prohibido? —preguntó Shelly.

En realidad, tampoco le sorprendía tanto. Por alguna razón, en ese lugar todo era muy zen, y la idea de que la gente sudara practicando sexo en sus habitaciones resultaba absurda.

—Exacto.

—Pues qué aburrido debe ser vivir y trabajar aquí —comentó, sin maldad.

Cuidadora la atravesó con la mirada, pero pareció decidir que Shelly no había hablado con sarcasmo, porque la empujó hacia la puerta.

—Vamos. La puesta a punto empieza en tres minutos.

Echó a andar y Shelly fue tras ella, decidida a no abrir más la boca. No tenía la menor idea de qué sería eso de la puesta a punto y tampoco iba a preguntarlo; de cualquier modo, tendría que acatarlo quisiera o no.

Llegaron hasta unas puertas que poseían el cartel «Belleza» sobre ellas. Cuando Cuidadora las empujó, a Shelly le llegaron varias voces y risas femeninas. Dudosa, echó un vistazo al interior y descubrió que había varias chicas sentadas en unos sillones similares a los de la consulta del dentista. Todas llevaban toallas sujetas en el pecho y estaban estiradas mientras una serie de personas con ropa verde aguardaban a la altura de los pies.

—Vamos. —Cuidadora le dio un empujón suave mientras entraba tras ella—. Yo estaré allí, con el resto de Cuidadoras.

Entre las chicas, Shelly reconoció a Tres, así que se aproximó hasta ella y se dejó caer en el sillón contiguo.

—Anda, hola —saludó Tres, entusiasmada—. Pedicura y manicura.

—¿De verdad?

—Claro. Y después tratamiento facial —sonrió la morena—. Otro día nos arreglarán el pelo, ya verás, es muy divertido. Te dejan cambiar el color si quieres, yo antes era rubia.

A Shelly le parecía surrealista. ¿En serio les iban a hacer la pedicura? ¿Qué sentido tenía aquello?

Se puso un poco tensa cuando la mujer que tenía a sus pies la sujetó por los tobillos, pero Tres le puso la mano en el brazo.

—Tranquila —dijo—. Es una pedicura, nada más.

—Esto es tan raro —musitó Shelly, mientras notaba como sumergían sus pies en una cubeta de agua templada—. No comprendo la utilidad de esto.

—Dios, eres como Diez, piensas demasiado. —Tres se echó a reír—. Solo tienes que agradecer el haber acabado aquí, nos tratan a cuerpo de rey. Pedicura, manicura, maquillaje,

peluquería... son actividades que hacen para que nos divirtamos. Como el hecho de que nos permitan estar juntas, ¿por qué piensas que es así?

—No tengo ni idea.

—Este tipo de cosas se hacen entre amigas y al mismo tiempo charlamos, nos divertimos. También quieren que fluyan las endorfinas y seamos felices, Siete.

—Shelly —corrigió la pelirroja.

—Habla más bajo —se apresuró a corregirla Tres—. No les gusta que nos llamemos por nuestro nombre.

—¿Y por qué no? No comprendo qué importancia puede tener eso. Ponernos un número es tratarnos como si fuéramos... cosas. ¿Te gusta que te llamen Tres?

El rostro de la morena se contrajo unos segundos y dejó de mirarla. Shelly temió haber estropeado las cosas con ese comentario, pero no entendía el motivo de que las chicas se portaran como si estuvieran de vacaciones en un spa. Sobre todo, cuando ninguna sabía cómo habían acabado allí ni cuándo iban a salir.

—Mira —Tres empezó a susurrar—. Claro que no me gusta que me llamen Tres, no soy imbécil. Yo también llegué aquí en plan bravucona y me llevé unas cuantas bofetadas. Es solo que no sirve de nada rebelarse, en serio. Nos vigilan todo el tiempo, aunque no lo creas.

Un breve tirón en el pie hizo que Shelly apartara la mirada de la muchacha para volverla hacia la mujer de verde que le cortaba las uñas.

—Lo único que te digo es que vamos a estar aquí hasta que alguien decida que podemos irnos. Hasta entonces, es mejor que te comportes. Lo contrario no termina bien, tú ya lo sabes. Y ahora haz como que te relajas y seguiremos charlando, si no llamaremos la atención.

Tres se recostó en su sillón y cerró los ojos.

—¿Cómo llegaste aquí? —quiso saber Shelly, imitándola.

—Ufff, es una historia larga, no creas. La puedo resumir: era una estudiante de diez que se obsesionó con estudiar. Terminé enganchada a las anfetaminas versión 3.0. ¿Las conoces?

—Sí. —Shelly logró no abrir los ojos para seguir la conversación—. Muy potentes. Buenas para bailar.

—Y para estudiar, pero al final sufrí una especie de colapso y tuvieron que llevarme al hospital... Perdí los exámenes y no logré ingresar en la universidad que quería, así que la espiral me arrastró con ella. Incluso me detuvieron un par de veces por robar.

—Oh, vaya...

En circunstancias normales le habría dado un apretón, pero Shelly no se atrevió a tocarla. Además, aunque las cuidadoras simulaban charlar, no perdían detalle.

—Lo siento mucho —dijo.

—Todos los que estamos aquí nos hemos torcido en algún momento, imagino que por eso estamos aquí. ¿Y tú?

—Me descarrié con quince años —comentó Shelly, manteniendo el tono de voz bajo para que las operarias verdes no la escucharan—. Sé que es muy típico, ya sabes, el núcleo familiar se va al carajo y esas cosas, pero fue así. Me eché un grupo de amigos nuevos y empecé a salir de juerga.

—¿Drogas?

—Todas. Con ellas siento que puedo ser más yo, es como... ser libre.

Aunque no podía ver a Tres, Shelly tuvo la sensación de que estaba asintiendo.

—¿Sexo?

—De todo tipo. Soy más de chicos, pero he estado en tríos y alguna que otra reunión grupal...

Sé cómo suena, pero la verdad es que cuando vuelas alto no hay límites. No me siento culpable por mi sexualidad, la disfruto a mi manera.

—Pues claro, ¿Quién te juzga?

—Ya sabes, todo el mundo en general. Es una pena que aquí esté prohibido, ¿no?

Tres le dio un pellizco en el brazo y las dos rompieron a reír al mismo tiempo.

—¿Creía que nadie lo diría nunca! —exclamó Tres divertida— ¿Qué clase de norma es esa? Estamos atrapados aquí, es una de las pocas cosas que podríamos hacer para divertirnos... Esto reafirma mi teoría de que todo lo bueno lo prohíben.

—No tiene nada de malo.

—Liberas tensiones, quemas calorías, disfrutas... Créeme, no me importaría nada tener un par de asaltos con Uno. Es tan mono que ni siquiera te fijas en esas horribles cicatrices de las muñecas.

Shelly mantuvo su sonrisa, aunque notó un leve malestar. Las cicatrices de Greg no le parecían horribles, quizá porque ella también tenía y las consideraba heridas de guerra, de la vida. Vivir dejaba marcas y estas se reflejaban en la piel; no había que odiarlas, sino amarlas, porque mostraban el camino recorrido.

—¿Crees que también estará prohibido... ya sabes, tocarse una misma? —siguió Tres, sin percatarse de su breve silencio.

—Bueno —murmuró—. Cuando estamos durmiendo y encerradas no nos vigilan, ¿no?

—Ni idea. Por si acaso nunca me he atrevido a hacerlo, aunque ganas no me faltan...

La pelirroja se tapó la boca para controlar las ganas de reír a carcajadas. Aunque el ambiente general era jovial, ninguna chica lloraba de la risa y ella no iba a ser la nota discordante. Tres había resultado ser muy divertida y hablaba sin tapujos. Qué pena no haberla conocido fuera de aquel lugar, seguro que habrían sido amigas.

—Bromeaba —se rio Tres.

—Lo sé, lo sé, pero me hacía falta reírme. Gracias.

—No hay que darlas, somos todo lo amigas que podemos ser en este lugar, ¿no? —dijo risueña, incorporándose— ¡Huy, qué preciosas han quedado! Me encanta el color y la forma, una maravilla de trabajo.

La mujer de verde mostró una sonrisa y le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que pasara a las mesas de manicura. Shelly no se hizo de rogar y fue a sentarse, más animada que cuando había entrado. Por lo menos ya tenía alguien con quien compartir confidencias, quizá aquello no fuera malo del todo, sobre todo con aquellas manicuras maravillosas. Quizá toda aquella obsesión por mantenerlas relajadas y con buen aspecto fuera para que, cuando tuvieran visitas, su aspecto mostrara los progresos que habían realizado. Claro que ninguna de sus nuevas amigas había tenido una visita todavía, pero eso no quería decir que no las hubiera. Al menos, eso era lo que esperaba.

DÍA 10

Shelly se sobresaltó al escuchar la alarma que anunciaba la hora de levantarse. Se frotó los ojos somnolienta y entonces se dio cuenta de que se había quedado dormida con la libreta en las manos, tras escribir su nota diaria a sus padres. Se apresuró a guardarla en el cajón, pero, en el proceso, se le escapó de las manos el bolígrafo, que cayó al suelo y rebotó, desapareciendo bajo la cama. Se agachó para cogerlo; sin embargo, no llegaba hasta él y tuvo que mover la cama para poder alcanzarlo. Las patas chirriaron al arañar el suelo y la joven se quedó quieta durante unos segundos, temerosa de que el ruido hubiera atraído a alguna de sus guardianas. Por suerte, parecía que no había sido así; nadie acudió a su puerta.

Alargó la mano para coger su preciado tesoro y, al levantar la vista, satisfecha por haber logrado su objetivo, encontró algo en la pared. Tras el cabecero de su cama, el blanco no parecía tan inmaculado como el resto. Podía distinguir manchas bajo la capa blanca de pintura, algún tipo de salpicaduras. Extendió un dedo y rascó un poco con la uña, de forma que parte del blanco se desprendió en pequeños trocitos y pudo ver que, fuera lo que fuera aquello que cubría, en su origen parecía haber sido rojo o granate.

Se quedó mirándolo unos segundos, pero entonces escuchó unos pasos acercándose y no tuvo más remedio que darse prisa en devolver la cama a su lugar. Metió la libreta y el bolígrafo en el cajón y consiguió cambiarse de ropa justo antes de que la puerta se abriera. Ni siquiera había podido ir al baño, pero eso a su querida Miss Robot no le importaba, así que se conformó con hacerlo en el comedor.

Ya estaba acostumbrada a no obtener ninguna información que no estuviera relacionada con su horario, así que no hacía preguntas. Había intentado acercarse a alguno de los vigilantes, pero por el momento no lo había conseguido: en cuanto daba un paso fuera del pasillo asignado, aparecía ella; o, si salía antes de alguna de sus actividades tras cambiarse a la velocidad del rayo, ocurría lo mismo. No había manera de librarse de su sombra.

Solo había visto a Cuidadora un par de veces, cuando esta había pasado a verla después de uno de sus masajes para comprobar su horario, echarle un vistazo y preguntarle qué tal estaba. Aquello la había sorprendido, pero estaba segura de que su amabilidad solo era interés profesional —para informar a la doctora Crane—.

Como todos los días, recogió su desayuno y fue a sentarse con el que ya era su grupo de amigas.

—Mmm, te toca ración doble de tortitas —dijo Ocho, mirando su plato—. Alguien se está portando bien.

—Creo que ya he engordado un par de kilos desde que estoy aquí —comentó ella, tras dar un trago a su zumo de naranja.

—A todas nos pasa. —Tres se echó a reír—. Bueno, menos aquí a Diez, que sigue en los huesos.

La aludida le hizo un gesto despectivo, mientras removía su leche y daba un par de pequeños sorbos con desinterés.

—Hoy he visto algo raro —dijo Shelly.

Aquello hizo despertar a Diez de su habitual actitud pasiva, porque levantó la vista al momento y fijó los ojos en ella.

—¿Raro, en qué sentido? —preguntó Tres—. ¿Alguien nuevo?

—No, en mi habitación. Hay unas manchas en la pared... No sé, como de salpicaduras. He rascado un poco la pintura y parece que es rojo.

—Sangre —murmuró Diez con tono lúgubre.

—Por favor, no digas tonterías ¿cómo va a ser sangre? —replicó Tres—. Será alguna bebida que se haya caído y salpicado la pared. De frutos rojos, por ejemplo.

—Claro, seguro —corroboró Ocho—. Eso mancha muchísimo, no hay manera de quitarlo, ni pintando encima. Una vez se me estropeó un vestido...

—¿Por qué no queréis escucharme? —interrumpió Diez—. ¿Por qué no vemos a nadie de fuera? ¿Por qué no nos dejan comunicarnos con nadie?

—Es parte del tratamiento.

—Os digo que este sitio no es normal. Mi habitación está cerca de los ascensores, y he oído cosas raras. Ruidos...

—Claro, los ascensores son tan silenciosos —replicó Ocho, poniendo los ojos en blanco.

—... gritos —continuó Diez, lanzándole una mirada enfadada—. Y los ruidos son raros.

—Estarán de obras, o talando el jardín —dijo Tres—. Yo no he oído nada raro, no le hagas caso. —Miró a Shelly, encogiéndose de hombros—. Está paranoica por la falta de comida.

—¿Tú qué piensas, Tres? —Diez la miró también—. ¿Piensas que esto es el paraíso en la tierra, como ellas dos?

—Bueno...

—Oh, no, no le des más pie —pidió Ocho—. Ya bastante ha sido lo de las manchas.

—¿Por qué no puede ser sangre?

—Claro, sangre —repitió Tres—. A ver si adivino tu teoría. ¿Un payaso asesino va en el ascensor con una sierra mecánica y se dedica a matar a la gente en sus habitaciones? —Diez frunció el ceño—. ¿No crees que, si fuera así, ya lo habríamos oído también? ¿O gritos, o algo?

—Puede ser de hace tiempo, de alguien defendiéndose de un ataque o... intentando suicidarse.

—Los cuchillos son romos.

—Se pueden afilar, lista. O puede haberse emparanoiado...

—Como tú, quieres decir —Tres y Ocho soltaron un par de risitas.

—Puede haberse emparanoiado o tener el mono o algo —insistió Diez—, y golpear las paredes con los puños. Hay mil cosas que pueden haber ocurrido.

—Y otras mil que, seguro, son más lógicas.

Shelly las miraba como si estuviera en un partido de tenis, sin decantarse por una u otra. Era más fácil creer la versión de Tres y Ocho. Más fácil, más segura, y, desde luego, mejor para su tranquilidad mental.

Pero, por otro lado, una vocecita en su interior no hacía más que repetirle que todo aquello era demasiado bonito para ser verdad. Ojalá pudiera hablar con sus padres, aunque fuera solo un minuto, para poder saber. Incluso (y esto era algo inaudito en ella), para ver si estaban bien o si se preocupaban por ella.

—¿Qué tienes ahora? —preguntó Tres.

—Sauna y después aire libre —contestó, mirando de reojo hacia la mesa de Greg.

El chico estaba concentrado en su desayuno, o eso parecía, porque Shelly se dio cuenta de que también la miraba de forma disimulada.

Greg se levantó a llevar su bandeja de desayuno a una de las papeleras y Shelly se apresuró a imitarle, mientras las tres chicas la miraban en silencio, preguntándose qué mosca le habría picado.

—Tengo aire libre en una hora —susurró Shelly, mientras vaciaba su bandeja.

—Yo también. ¿Te veo donde siempre?

—Claro.

«Donde siempre» era el pequeño claro entre los árboles. Solo habían coincidido otra vez más después de su primer encuentro, y Shelly estaba deseando pasar un rato a solas con él. No solo por aquel sucedáneo de tabaco al que ya le había cogido el gusto, sino porque Greg suponía un cambio sobre su rutina diaria y las chicas y, qué demonios, estaba como un queso. No le importaría nada saltarse alguna norma con él, aunque claro, seguro que luego le caería el aislamiento como castigo y, por muy buen polvo que tuviera el chico, no podía estar segura de que mereciera el riesgo.

Se fue a su sauna relajante y, tras una ducha, Miss Robot la acompañó al exterior, donde la dejó sola. Al menos en apariencia, ya que siempre sabía dónde encontrarla. Shelly suponía que había más cámaras de las que podían ver, o que los vigilantes los seguían sin que se dieran cuenta. Fuera como fuera, no había manera de escapar de aquel control.

Encontró a Greg en su lugar habitual, tal y como le había indicado, enrollando un par de cigarrillos. Se sentó junto a él y el chico, tras encenderlos, le pasó uno.

—¿Cómo vas? —preguntó ella.

—Sin novedades. —Se encogió de hombros—. Ya sabes. Ayer tuve cita con la agradable doctora Crane.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que coma más, que me dé más el sol... lo de siempre.

—¿No crees que te vayan a dar el alta?

—No tiene pinta. ¿Tú qué tal?

—Mosqueada. —El levantó una ceja—. Bueno, no de enfadada, sino de... cosas.

—¿Cosas?

—Conoces a las chicas con las que me siento, ¿verdad?

—Sí, vinieron después de mí. A Tres parece que se le va a romper la cara con tanta sonrisa; justo lo contrario que Diez, que parece que tiene una nube negra sobre su cabeza. —Shelly le miró—. Sí, vale, algo así como yo. Aunque yo sí me alimento.

Sonrió a medias y Shelly le dio un golpecito en el hombro.

—No seas malo, la pobre tendrá sus cosas. Lo que pasa es que es un poco... Las demás dicen que paranoica, pero no sé, a veces pienso que puede tener razón en alguno.

—¿En qué?

—Bueno, dice que escucha sonidos extraños. Que todo esto es demasiado bonito para ser verdad, que hay algo oculto detrás de tanta maravilla. Por ejemplo, esta mañana he visto unas manchas en mi pared. Ella dice que puede ser sangre, las demás que zumo o yo qué sé. ¿Tú qué opinas?

Lo miró expectante. Greg dio una calada y al final movió la cabeza.

—No sé, no puedo opinar sin verlo. Pero este sitio me da escalofríos a veces. He estado con no sé cuántos psicólogos, psiquiatras y todos los psi que se te ocurran, y ninguno me ha dado tan mal rollo como este sitio. No entiendo sus técnicas, quizá sea por eso. Algunos me han drogado, otros me han preguntado hasta por mis vidas anteriores mediante hipnosis... —Shelly rio—. En serio, no sé qué pretendían encontrar en mi cabeza. Pero aquí... es diferente. No hay las típicas terapias grupales ni tengo que soltar rollos cada dos por tres.

—Ya, eso mismo pensé yo cuando vi el horario. Es todo tan...

—... relajante.

—... relajante.

Se miraron y se echaron a reír. Shelly sintió un calor en el pecho, algo que hacía mucho tiempo que no notaba. Con Greg era como si estuviera en una especie de realidad paralela, fuera de todo el artificio de paredes blancas, gente sin expresión en la cara... Como si en aquel diminuto claro entre los árboles tuvieran un pequeño mundo en el que podían ser ellos mismos. Y eso, sin drogas: no recordaba cuándo había sido la última vez que había compartido con alguien esa complicidad sin que hubiera química de por medio.

De pronto, algo cambió en el ambiente. Mientras las risas iban decayendo, sus ojos se encontraron, y Shelly tragó saliva. Vaya, si seguía mirándola así, acabaría tirándose a su cuello, o quizá fuera él quien...

Pero justo cuando ambos comenzaban a acercarse, sus respectivas Miss Robot se asomaron entre las hojas con gesto serio. Apenas si tuvieron tiempo de ocultar los cigarrillos a todo correr, aunque Shelly estaba segura de que los habían visto.

—Hora terminada —dijo su Miss Robot.

Ella se levantó, se sacudió la parte trasera del uniforme y miró a Greg con gesto de pena.

—Adiós —se despidió, moviendo la mano.

Él respondió al gesto mientras se levantaba sin decir nada y se fueron en direcciones opuestas.

Shelly fue a su siguiente actividad, uno de aquellos masajes a cuatro manos que le encantaban, pero aquel día no lo disfrutó tanto como solía: no podía dejar de pensar en Greg, por un lado, y en Diez y sus paranoias, por el otro.

Volvió a encontrarse con su grupo en la comida y la cena, pero Diez se mantuvo callada y lúgubre, haciendo, solo de vez en cuando, algún gesto de desagrado ante el entusiasmo de Ocho y Tres. Parecía que ya había tenido suficiente con la discusión de la mañana o, simplemente, que no estaba de humor para continuar con el tema. Fuera lo que fuera, Shelly no comentó nada para no fastidiar el ambiente. Quizá en otro momento, si veía alguna cosa nueva que le llamara la atención.

Se despidió de ellas hasta el día siguiente. En su habitación, como cada noche, sacó su cuaderno y se dio unos golpecitos con el bolígrafo en el labio, pensativa, antes de ponerse a escribir.

Papá y mamá:

Por aquí todo sigue igual de bien, tan inusualmente perfecto que me siento extraña. Debería gustarme, disfrutar de la experiencia, pero algo falla. No sé qué es, no puedo explicarlo. A veces me siento como si fuera el cuerpo de otra persona el que está aquí y mi mente en otro lado. Como si todo fuera una especie de sueño o realidad alternativa. No sé. Diez (os he hablado de ella, la chica paranoica), tiene muchas teorías y ninguna buena. En cambio, a Tres y a Ocho les encanta este sitio. Así que no sé qué pensar.

Sueno rara, lo sé, pero por una vez no son las drogas, y podéis estar seguros de eso.

Os he hablado de mis amigas todos los días, pero también hay un chico. Se llama Greg, aunque aquí, claro, es un número, como todos. Uno. Tiene problemas, no como yo, es diferente. Se ha intentado suicidar y supongo que le han metido aquí para quitarle esas ideas de la cabeza. No sé cómo alguien tan joven (y guapo, sí) quiere acabar con todo... Aunque ahora que lo pienso, esa es una frase que me habéis dicho vosotros alguna vez. Pero es distinto, yo no me he cortado las venas, que es algo radical. Madre mía, estoy escribiendo, pero en mi cabeza escucho vuestras voces, discutiendo conmigo sobre esto como tantas veces. Y lo peor es que lo echo de menos. Aunque parezca mentira, me gustaría discutir con vosotros.

No he conseguido nada nuevo, ni de los guardas ni sobre alguna salida o forma de

comunicarme con vosotros.

¡Ojalá me llaméis o vengáis de visita!

Leyó el texto y suspiró, mientras guardaba la libreta y el bolígrafo en el cajón. Si unas semanas atrás le hubieran dicho que echaría de menos a sus padres, se habría reído en la cara de quien fuera.

DÍA 17

—Dos kilos más —informó Cuidadora, mirando el peso donde se había subido Shelly. La miró con una sonrisa amable—. Vas muy bien, querida.

Mientras la doctora apuntaba en su ordenador, Cuidadora le examinó los ojos y los oídos. Shelly se había dado cuenta de que no tenía sus sempiternas ojeras y de que el blanco de los ojos estaba limpio, sin las habituales rojeces. Hasta ella había olvidado que era así como debían estar.

Se quedó callada mientras le medían la anchura de los brazos, los muslos y la cintura con una cinta. Ya sabía el protocolo y esperaba que, entre el buen comportamiento y la mejora de su salud, aquello la llevara a obtener algún beneficio extra.

Como una visita parental, por ejemplo.

Su esperanza no se basaba en nada sólido, puesto que ninguna de sus amigas ni Greg habían tenido nada parecido, pero se repetía que eso no significaba que no existieran. Tampoco ninguno sabía con exactitud el tiempo que solía quedarse la gente, pero que todos acababan marchándose era un hecho, así que no estarían allí para siempre.

La doctora Crane terminó de apuntar en el ordenador y miró a Cuidadora mientras Shelly se vestía.

—¿Comentarios adicionales?

—Va muy bien con el horario y el plan —contestó ella.

—¿Nuevos episodios de rebelión?

—Ninguno.

—Bien. —Volvió a escribir e imprimió unas hojas—. Ahí tenéis las modificaciones. La veré en una semana.

Cuidadora dio un ligero empujón a Shelly, que captó la indirecta y la siguió al pasillo. La mujer le entregó una copia de su nuevo horario y ella lo miró.

—¿Más horas al aire libre? —preguntó, sin poder evitar sonreír.

—Es tu premio, querida. Estamos en primavera, hay que aprovechar el aire puro y el sol. Aprovecha para pasear, no te quedes todo el rato en la sombra entre los árboles.

La miró de forma significativa. Shelly no contestó, sino que fingió mirar su horario de nuevo. Vale, siempre que salía y coincidía con Greg acababan entre los árboles, hablando y, si podían, fumando alguno de sus improvisados cigarrillos. Suponía que Cuidadora le estaba lanzando alguna velada indirecta, pero mientras no se lo dijera de forma clara o se lo prohibiera bajo amenaza de aislamiento, seguiría igual. Aquellos instantes eran demasiado preciosos para perderlos, aunque no hubieran vuelto a tener un momento tan especial como una semana atrás. A veces pensaba que se lo había imaginado, pero luego hablaba con él y sentía de nuevo aquella conexión. Quizá tendría que dar ella el primer paso.

Cuidadora la acompañó al exterior. Shelly no tenía ni idea de si Greg estaba por allí, pero por si acaso se asomó a su lugar de encuentro. No había nadie, así que la chica decidió hacer caso de su guardiana y dar un paseo.

Atravesó los árboles por el otro lado y siguió en línea recta, hasta llegar a uno de los muros. Solo se había acercado tanto una vez, pero volvió a mirarlo con igual desesperación. Era gris, completamente liso, y si miraba hacia arriba tenía que estirar el cuello para poder ver dónde acababa. En la parte superior se veían una reja metálica que reflejaba el sol y, aunque no lo distinguía bien, parecía que tenía púas. Además de que, cada pocos metros, había unos postes con

una luz que le hacían suponer que las rejas estaban electrificadas.

Si miraba a izquierda y derecha, el muro se extendía por lo que parecían cientos de metros. Ni siquiera llegaba a ver una puerta de entrada. Del edificio principal partía una carretera y de vez en cuando había visto algún vehículo pasar por allí, por lo que deducía que la distancia hasta la salida también era considerable.

Se dio media vuelta y rodeó los árboles, dirigiéndose hacia el edificio principal. Aún tenía tiempo de sobra, pero quería examinarlo de cerca otra vez. Quizá se le había pasado algo por alto.

Según llegó a la puerta de entrada, vio que Greg salía con su Miss Robot detrás. Al verla, el chico se acercó y señaló los árboles con la cabeza.

—¿Vamos a sentarnos? —preguntó.

—Me apetecía dar un paseo.

Él levantó una ceja y miró el edificio. Se encogió de hombros y se puso a su lado.

—De acuerdo. Supongo que un poco de aire puro no me matará.

Se metió las manos en los bolsillos y comenzaron a caminar.

—¿Qué tal tu control? —preguntó él.

—Genial. Espero que eso signifique algo, porque portarme bien me está matando. —Greg sonrió—. Dentro de poco empezaré a decir «gracias» y «por favor» a todo. Mis padres no van a reconocerme. —Él emitió una risita y ella lo empujó—. No te rías, no seas malo.

Pero entonces lo miró y se dio cuenta de que aquella risa era auténtica, quitaba toda la tristeza de su rostro y le hacía parecer lo que realmente era: un adolescente como ella, perdido en su mundo, necesitado de más risas y felicidad.

Él se dio cuenta de cómo lo miraba y dejó de reírse, carraspeando.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—Nada. Es que... me encanta verte reír.

Greg la miró a los ojos unos segundos, para después bajar a sus labios. Dio un paso hacia ella, pero se detuvo y miró hacia la cámara que los vigilaba.

—Vamos a ver si hay algún punto ciego, ¿te parece?

Shelly afirmó y apresuraron el paso, acercándose hasta que sus manos se tocaron y entrelazaron un par de dedos. Lo suficiente para que no pareciera que fueran de la mano, pero sí para tener el contacto que ambos buscaban.

Llegaron al final de la pared y torcieron la esquina... justo para encontrarse con un vigilante morado.

—Quietos —ordenó.

Los dos se pararon al instante. En aquella parte había una ancha puerta metálica que daba a la carretera asfaltada que Shelly conocía, pero nunca la había visto abierta. Frente a ellos, un segundo guarda vigilaba el otro lado.

El portón emitió un chirrido y comenzó a elevarse. Del interior escucharon unos sonidos de puertas abriéndose y cerrándose y de coches arrancando. El guarda apartó la vista de ellos para hablar por algún micrófono oculto en su ropa, y Shelly aprovechó para asomarse con rapidez al interior.

Le dio tiempo a ver un par de furgonetas negras. Una tenía las puertas cerradas y se dirigía ya hacia el exterior; en la otra, varios hombres estaban cargando unas cajas blancas. Eran grandes y parecían pesadas, porque para cada una se necesitaban cuatro brazos. Shelly se asomó un poco más y vio que las traían del interior del edificio, a través de unas compuertas que, al abrirse, dejaron escapar una especie de vaho frío.

Greg tiró de ella, así que se irguió al momento y fijó la vista en algún punto por encima del

guarda. Su corazón latía a mil por hora, aunque no tenía ni idea de qué había visto.

Escucharon más ruido de puertas y la segunda furgoneta salió también. Después se cerró el portón y los guardas se apartaron a un lado para que ellos pasaran, cosa que hicieron a todo correr hasta llegar a la otra esquina y doblarla.

No se pararon, sino que siguieron hasta encontrar un hueco entre dos columnas, y se metieron allí. Greg se asomó, comprobando las cámaras que apuntaban hacia ellos.

—No sé si se nos ve —dijo—. Pero da igual. —Se pegó a la pared, junto a ella—. ¿Qué has visto?

—Nada. Bueno, sí, cargaban cajas, pero no tenían nada marcado.

Él suspiró.

—¿Nadie sospechoso?

—¿Aparte de todos los que trabajan aquí? —Se encogió de hombros—. Puede ser cualquier cosa. Si pudiéramos entrar ahí o acceder a la compuerta de donde sacaban las cajas...

—Habrá que buscar más. —Miró de nuevo al exterior—. Mierda, vienen a buscarnos.

Le cogió la cara entre las manos y le dio un beso que la dejó aturdida: primero, porque no lo esperaba; y segundo, por lo intenso y agradable que resultó.

—¿Qué...? —empezó Shelly.

—Te veo pronto —dijo Greg, justo cuando su Miss Robot aparecía tras él.

Se despidió con un gesto de la mano que Shelly imitó, aún desconcertada. Pero su propia Miss Robot ya estaba allí, así que la siguió de forma automática hacia su próxima actividad. No pudo evitar una sonrisa boba que mantuvo hasta la hora de la comida, cuando se reunió con sus amigas en el comedor.

—Vaya, alguien está contenta —dijo Tres, mirándola—. ¿Te han hecho un tratamiento especial?

—Algo así —contestó ella, mirando a su alrededor por si alguien las escuchaba—. He estado paseando con Greg.

—¿Quién? —preguntó Ocho.

—Uno —rectificó Shelly—. Con Uno. Y me ha besado.

Las tres la miraron, entre horrorizadas y sorprendidas.

—Pero... pero eso está prohibido —consiguió decir Tres.

—Como os pillen vais al aislamiento fijo —sentenció Diez.

Shelly puso los ojos en blanco. Como si no lo supiera... Empezaba a arrepentirse de habérselo contado: Tres y Ocho murmuraban entre ellas y Shelly temió que llamaran la atención de algún vigilante o robot. Si se les escapara algún comentario delante de ellos, las castigarían por su culpa.

—También he visto una cosa —añadió con rapidez, para desviar su atención. Las tres la miraron—. Unas furgonetas saliendo del edificio.

—Sí, ya las hemos visto alguna vez —dijo Diez—. Nada nuevo.

—He visto que cargaban cajas en ellas.

—¿Y qué había dentro?

—No lo sé, eso no lo he visto.

—Pues qué va a haber —replicó Tres—. Basura. De alguna forma se la tienen que llevar.

—O toallas, sábanas... —sugirió Ocho—. No hemos visto ninguna lavandería aquí dentro y se utilizan un montón.

—Claro, seguro que es algo tan inofensivo como eso —refunfuñó Diez, con sarcasmo.

—Venga, ilumínanos con una de tus teorías —suspiró Tres.

—Lo que tenemos que hacer es intentar entrar ahí, donde las cargan.

—Eso es una estupidez. ¡Ni siquiera sabemos en qué parte del edificio está!

—¿Tú qué dices, Siete? —Diez ignoró a Tres y miró a Shelly—. ¿Estás conmigo?

Ella no tenía ni idea de cómo lograr averiguar algo, pero sí que se moría de curiosidad, así que afirmó con la cabeza.

—Tengo más horas al aire libre esta semana —dijo—. Iré por esa zona, a ver si vuelvo a pillar el portón abierto y veo algo más.

Diez miró a las otras dos con gesto triunfante, aunque ellas no parecían estar tan contentas.

—Siete, vas muy bien —dijo Ocho—. ¿Seguro que quieres arriesgarte a echarlo todo por la borda por averiguar que una furgoneta se lleva toallas sucias? Si te pillan en una zona prohibida, adiós privilegios.

—¿Qué privilegios? —Shelly miró su plato, donde había un buen filete—. ¿La comida?

—No, los paseos, por ejemplo.

—Imagina que te llevan otra vez a aislamiento y vuelves a empezar desde el principio —dijo Tres, sacudiendo la cabeza—. Perderías todo lo ganado. Yo no me arriesgaría. No cuando llevas dos semanas aquí y seguro que estás más cerca de salir, como nosotras.

—¿Cómo sabes cuánto tiempo te queda? ¿Te ha dicho algo la doctora Crane?

—No, pero estoy segura de que ya no mucho. Me ha dicho que he avanzado un montón y que voy según lo planeado, que siga así y pronto tendré resultados.

—Eso no es que vayas a irte —replicó Diez.

—Tú interprétalo como quieras, yo lo veo como una buena noticia.

Shelly suspiró y cortó un trozo de carne para llevársela a la boca. Ya debería estar acostumbrada a su textura y sabor después de aquellos días, pero todavía le sorprendía el hecho de saber que estaba comiendo carne de verdad. Mientras la saboreaba, oía de fondo a sus tres amigas discutiendo de nuevo sobre aquel lugar, pero no se metió en la conversación. Era una pérdida de tiempo: Tres y Ocho siempre veían lo bueno y Diez lo malo, no tenían escalas de grises: para ellas era blanco o negro. Y Shelly prefería no perder más tiempo ni energía discutiendo. Tendría cuidado, mucho, pero intentaría averiguar más cosas.

«La curiosidad mató al gato», se dijo. Pero al momento apartó ese pensamiento negativo al ver que Uno entraba en el comedor y le dirigía una mirada disimulada.

Shelly le sonrió y cruzó los dedos mentalmente, a ver si coincidía de nuevo con él. Seguro que se unía a ella en su búsqueda, como aquella tarde, y si de paso encontraban algún punto ciego... quién sabía.

Papá y mamá:

Mamá, ¿te acuerdas cuando de pequeña me contabas historias sobre cómo conociste a papá y te ruborizabas continuamente? Pues yo me siento un poco de esa manera, ¡cómo te comprendo! Cuando he ido de juerga nunca he tenido problemas para ligar, pero era diferente: no sentía esos nervios en la boca del estómago. A veces, cuando veo a Uno (Greg, ya sabes...) el corazón se me acelera y es raro y emocionante y... Me gustaría poder contarte esto mientras desayunamos juntas o algo así, no en un diario que ni siquiera sé si llegarás a leer alguna vez. Porque sigo sin encontrar el modo de comunicarme con alguno de los uniformes morados para entregarles las cartas que os estoy escribiendo.

En fin, estaríais muy orgullosos de mí. Estoy limpia y siguiendo el programa a las mil maravillas, no he vuelto a aislamiento y Cuidadora empieza a ser más amable. La doctora

Crane no, pero, entre nosotros, creo que es una amargada incapaz de tener un momento de amabilidad.

Con las chicas me llevo muy bien, hasta con Diez, la que cree que aquí hay gato encerrado. La verdad es que pasan algunas cosas raras (prefiero no mencionarlo porque no quiero que Tres y Ocho crean que estoy tan loca como Diez), pero he visto unos camiones cargando cajas y no sé qué pensar, no entiendo tanto secretismo para tirar basura o lavar sábanas. Pero estoy decidida a abrir bien los ojos y averiguar lo que sea.

Os seguiré contando cosas, prometido.

Os extraño.

DÍA 20

Shelly se levantó para vestirse y acudir al comedor. Ocupó su sitio, notando al momento que había un asiento libre: Tres.

—¿Y Tres? —quiso saber, sintiendo cierta inquietud.

—Ni idea —contestó Ocho, sin dejar de comer—. Suponemos que le habrán dado el alta, como ella esperaba, pero ni se ha molestado en despedirse. Vaya educación, después de compartir aquí tanto tiempo ni siquiera nos da la buena noticia.

—No le han dado el alta —refunfuñó Diez, atrayendo la atención de Shelly—. Ayer por la noche todo seguía igual que siempre. ¿En serio creéis que si le hubieran dado semejante noticia no la hubiera pregonado a toda voz? Ya sabéis cómo era Tres... Se fue a dormir sin más y esta mañana no estaba. Se la han llevado, sí, pero no a su casa.

Shelly sintió como el trozo de tostada que masticaba se quedaba atascado en su garganta. Si a Tres le hubieran dado la buena noticia de que volvía a su casa, lo habrían sabido. Hacer las maletas y partir durante la noche no parecía tener sentido.

—¿Habéis preguntado a su Cuidadora o Miss Robot? —quiso saber.

—Sí. Pero no responden. —Diez permanecía hosca mientras Ocho ponía los ojos en blanco, sin darle crédito—. Nunca responden.

—Luego me toca salir y mi Cuidadora viene a buscarme, puedo intentar sonsacarle algo.

—Buena suerte —se burló Ocho, meneando la cabeza. Luego bajó el tono, mientras señalaba con la cabeza a Diez—. No hagas mucho caso a esa. Ya visitaba al psicólogo antes de venir aquí, así que...

Unos días atrás, Shelly le hubiera dado parte de razón: Diez sospechaba de todo y se pasaba las horas estudiando a la gente que la rodeaba, como si esperara que de un momento a otro sacaran una pistola. Además, recibía una reprimenda tras otra por sus negativas a comer, o a mantenerse quieta en los masajes. Por lo que sabía, ya había sufrido un montón de duchas con agua fría a presión, aunque eso no parecía convencerla para cambiar de actitud. Pero claro, eso fue antes del portón y de su creciente inquietud.

Cuidadora fue a buscarla para preguntarle por su estado y la acompañó al exterior, algo poco frecuente, ya que no solía permanecer a su lado en los paseos. Durante unos minutos se limitaron a caminar en silencio, disfrutando del sol vespertino, hasta que Shelly se detuvo.

—¿Qué sucedería si un día consiguiera llegar al final del muro y quisiera salir? —preguntó, aun sabiendo que aquello le podría traer una reprimenda.

—Que no podrías —respondió Cuidadora, siguiendo su mirada.

—¿Eso significa que está vigilado por completo?

—Significa que no podrías —repitió la mujer, dándole un toque para continuar con el paseo.

—Entonces, los muros no son para que la gente no entre, sino para que no salgan. ¿Alguna vez sale alguien de aquí?

Cuidadora sonrió.

—Pues claro que sí. Solo que ya no eres la misma que al entrar.

—¿Qué le ha pasado a Tres?

Tras unos segundos de silencio, Cuidadora se detuvo.

—Que ya había completado su ciclo, y por extensión, su tiempo entre nosotros. —Y tiró de su brazo, obligándola a salir a la hierba—. Vamos, debe darte el sol.

Shelly salió y se quedó unos segundos indecisa, pensando si dirigirse a los árboles o rodear el edificio. Aún estaba pensándolo cuando vio a Greg aparecer por una esquina. Al verla, miró tras él y apresuró el paso hasta llegar a su altura.

—Justo se acaba mi tiempo aquí fuera —dijo.

—Vaya, yo acabo de salir. Escucha, Tres ya no está.

—¿Se ha ido?

—Eso parece. Anoche estaba y ahora no, pero es que ni se ha despedido ni nada. Ayer no comentó que fuera a marcharse. ¿No crees que, de saberlo, nos hubiera dicho algo?

—Bueno, tú la conoces mejor que yo. ¿Quizá le daba pena?

—No sé. —Se encogió de hombros—. A lo mejor han venido sus padres a llevársela y no le ha dado tiempo a despedirse.

—Es otra posibilidad. —Avanzó otro paso hacia ella y le rozó la mejilla con un dedo—. Aunque si a mí me ocurriera eso, ten por seguro que antes de marcharme te buscaría para despedirme.

—¿De verdad?

—Claro que sí. ¿No quieres...? —Escucharon unos pasos y vieron que se acercaba su Miss Robot—. Qué oportuna. Ya hablaremos, pero es sobre fuera. Quizá estemos lejos pero no estaría mal seguir en contacto, ¿no? —La mujer llegó a su altura y le tocó el hombro—. Piénsalo.

Le guiñó un ojo y se fue al interior del edificio, con la mirada de Shelly fija en él. Vaya, aquello sí que no lo había esperado. Y aunque por un lado le produjo cierta emoción en el pecho, por otro también la asustó. Congeniaban, había conexión entre ellos, pero de ahí a pensar en algo más... ¿Y si Greg buscaba en ella algo que no existía? Porque allí no era la misma, estaba controlada y sí, se encontraba muy bien y sana. Pero eso no significaba que una vez le dieran el alta no volviera a sus antiguas costumbres, nada garantizaba un adiós a las drogas o a estar de fiesta salvaje durante días.

Aunque la idea de perder la noción de todo no la atraía como antes, si se paraba a pensarlo. No había tenido ninguna terapia ni charla de forma directa, pero, de alguna forma, algo habían conseguido cambiar en ella, porque le gustaba cómo era en ese momento: consciente de todo a su alrededor y de sí misma.

Pensativa, comenzó a caminar por el césped rodeando el edificio, hasta llegar al portón. En ese momento estaba cerrado y no había guardas cerca, lo que le hacía suponer que tampoco se abriría pronto. Lo examinó de arriba abajo, así como los muros a ambos lados, pero no había ningún panel en ellos. Debía abrirse desde dentro, o con algún mando a distancia.

Por fuera no quedaban alternativas, así que tendría que probar desde dentro, solo que no sabía cómo. Los uniformes violetas seguían sin cruzar mirada alguna con ella, pero todavía no había probado a mantener una conversación con ninguno: tenía miedo de ser reprendida y perder los privilegios que se había ganado.

Frunció el ceño al darse cuenta de sus pensamientos, ¿desde cuándo era tan servil? Siempre se había distinguido por ser luchadora, peleona..., y ahora ahí estaba, calladita como una buena niña por temor a que le quitaran el postre.

Hizo el ejercicio que le correspondía según su programa y después alargó la ducha hasta la hora de comer, donde se reunió con las dos pseudoamigas que le quedaban. Volvió a mirar el asiento vacío de Tres y el malestar se apoderó de ella.

—Oye, ¿te encuentras bien? —Ocho la sacó de su ensimismamiento.

—Sí. Bueno, hoy ha sido un día un poco raro, la verdad.

—Como todos en este sitio —murmuró Diez, haciendo que la rubia pusiera los ojos en blanco

—, Oye, rubita, nadie te obliga a sentarte conmigo. Si tan harta estás de escucharme, lárgate a otra mesa. O a seguir lamiendo el culo al personal de esta cárcel.

—Baja el tono —susurró Ocho—. Te acabarás metiendo en líos.

—Ya estoy metida en líos, como vosotras, solo que preferís ignorarlo. Sois un par de idiotas, creyendo que estáis de vacaciones permanentes en un hotel. Tanto masaje os ha fundido el cerebro y os olvidáis de lo importante.

—¿Y qué es? —preguntó Shelly.

—Que nadie regala nada. Que esto tiene un precio.

—Nuestros padres... —empezó Ocho.

—Nuestros padres, mierda. Si tanto nos quieren como para meternos en un lugar con semejante lujo, ¿cómo es que no vienen a vernos? ¿Ni siquiera una llamada de teléfono? No me lo trago, lo siento, y además... conozco de sobra a mis viejos. Los he puteado demasiado, nunca harían esto por mí y lo tengo claro. ¿Vosotras creéis merecerlo?

Shelly se quedó en blanco. Por supuesto que no se lo merecía, pero... ¡eran padres! ¿Qué otra cosa podían hacer, excepto cargar con la responsabilidad de sus retoños? Uno no se podía librar de sus hijos así como así. Si tenían suerte y salían de provecho, mejor, pero si salían rebeldes... era la cruz que había que cargar, ¿no?

Aunque algo de razón tenía Diez. Era extraño que no hubieran hecho al menos una llamada. Viendo las normas tan estrictas del centro, solo tenía sentido si estaba prohibido.

—Puede que haya un mínimo de tiempo sin comunicación —intervino Ocho—. De hecho, es lo habitual en los centros de desintoxicación.

—¿Lo sabes por experiencia? —refunfuñó Diez, lanzando a la rubia una mirada hosca.

—¿A qué te refieres?

—Si estás aquí por drogas, rubita. Cosa que no me cuadra, porque tienes muy buen aspecto... lo llevo pensando desde el principio: no tienes aspecto de haber abusado de sustancias.

—No es asunto tuyo por qué estoy aquí, ¿vale? Y déjalo, que me estás amargando la comida.

—Y es una comida taaan buena... —se burló Diez, empezando a romper trozos de pan para espolvorear sobre los tallarines carbonara que permanecían intactos en su plato.

—Estás loca.

Ocho se incorporó con expresión molesta, agarró su bandeja y fue a sentarse a otra mesa. Shelly la miró preocupada, pero Diez no parecía estarlo en absoluto.

—Déjala que se vaya. Necesitamos a esa niña repollo tanto como una patada en el culo. —La morena se acercó a ella y bajó la voz—. Cuando entré ella ya estaba aquí con Tres, así que me la he tragado hasta ahora, aunque nunca coincidido en nada de lo que dice.

—Tampoco lo hacías con Tres —observó Shelly.

—Lo sé, pero Tres era diferente. De Ocho no me fio.

Shelly pensó que en realidad no se fiaba de nadie, pero no tenía ganas de seguir discutiendo con Diez. Decidió sacar el tema de los uniformes violetas por si sabía algo que ella desconociera.

—¿Alguna vez has tratado de comunicarte con ellos? —preguntó, mientras movía la cabeza con disimulo hacia el de la puerta.

—No responden, ni siquiera te miran cuando hablan. La única vez que vi parpadear a uno de ellos fue una vez que se llevaron a una chica en volandas por ponerse agresiva en el comedor.

—¿Quién fue?

—Uno moreno que lleva esas barbas de ahora tan retocadas. ¿En qué estás pensando? —Diez parecía interesada—. Por favor, dime que planeas una huida o algo así, me apuntaría sin dudarlo.

—¿Huida? —Shelly negó apresuradamente—. No, no es eso. Solo me preguntaba si podría

hacer llegar una carta a mis padres a través de alguno de ellos.

—¿Como en la cárcel, buscando al guarda corrupto? —dijo Diez con una carcajada—. ¿Ves? Tú sí que lo sabes. En el fondo, lo sabes.

—¿Qué?

—Que esto es una cárcel.

Shelly abrió la boca para responder, pero en aquel momento Miss Robot se plantó delante de la mesa con los brazos cruzados.

—El tiempo en el comedor es para comer, no para charlas. Se os permite hablar, pero sin descuidar el objetivo principal. Menos cháchara, os quedan diez minutos.

Y permaneció allí, de modo que las dos chicas decidieron comer sin cruzar ni una palabra más. Tras la comida, Miss Robot acompañó a Shelly hasta la puerta de su cuarto y aguardó hasta que ella estuvo dentro para cerrarla.

La pelirroja se tumbó en la cama, relajándose al escuchar el hilo musical. Nunca se le había ocurrido practicar aquello, pero estaba claro que daba resultado, siempre se quedaba dormida como un tronco.

Despertó con los golpes en la puerta que avisaban de que debía ponerse otra vez en marcha, así que se frotó los ojos y cogió el programa de encima del escritorio. Le tocaba sesión de peluquería, algo que no le apetecía mucho, pero en fin... sus deseos no contaban allí.

Se vistió y tocó en la puerta como respuesta para indicar que estaba lista. Oyó el clic que le indicaba que podía salir, pero cuando la abrió no vio ni a Miss Robot ni a Cuidadora, solo al uniforme violeta de turno. Este permanecía mirando al frente, sin girarse en su dirección.

—¿Tengo que esperar que vengan a por mí o qué hago? —preguntó Shelly, ante lo insólito de la situación.

Él no respondió.

—Oye, comprendo que tenéis orden de no hablar con nosotros, pero no sé qué tengo que hacer. A ver si me voy a quedar esperando y después me reprenden por no haber llegado a tiempo a la actividad —protestó la joven.

Él la miró de reojo.

—Tú espera a que vengan a buscarte. No tardarán.

Shelly estudió su rostro unos segundos. Era moreno, pero ni rastro de barba, así que no se trataba del hombre que se había permitido parpadear en un momento desagradable. Aunque al menos se había dignado a responder, menos era nada.

—Gracias por contestar —contestó, decidida a seguir por aquel camino—. Me hace sentir que sigo siendo una persona y no alguien invisible, así que gracias. ¿Tienes nombre?

El joven permaneció callado y con la vista fija en la pared que había frente a él.

—Bueno, perdona. No pretendía incomodarte, solo charlar. Ya sabes, algo más aparte de ir a actividades y esas cosas.

—Silencio —pidió él, con voz hosca.

—Lo siento —repitió Shelly, consternada.

—No les gusta que hablemos con vosotros. Si me pillan puedo recibir una reprimenda y tu otra, así que silencio, Número Siete.

—De acuerdo —aceptó la joven, sorprendida de sus palabras—. Gracias por avisarme. Supongo que te dará lo mismo, pero me llamo Shelly. No «Número Siete». Soy una persona, no un código de barras.

El chico volvió a mirarla de reojo, pero no respondió ante la queja. Ambos oyeron unas pisadas apresuradas que sonaban lejanas, lo que indicaba que se aproximaban a recogerla. El

retraso era poco común, de hecho, Shelly no recordaba nunca haber estado a solas con un uniforme violeta, así que de dos pasos se puso frente a él.

—¿Cómo te llamas?

—Vuelve a tu sitio y guarda silencio.

—No hasta que me digas tu nombre. Como bien has comentado, los dos podríamos meternos en problemas, ¿no?

Él frunció el ceño al oír sus palabras. Durante unos segundos, Shelly advirtió en su rostro un montón de expresiones emocionales que no había visto en ningún otro miembro del personal. Cabreo, pero también cierta aprensión. Aquel uniforme violeta no quería de ninguna manera que lo pillaran rompiendo las normas.

—David. Por favor, ponte en tu sitio y silencio —susurró, al escuchar el taconeo cada vez más próximo.

Ella obedeció al instante, justo a tiempo de no ser descubierta. Miss Robot avanzaba a toda prisa por el pasillo y se detuvo al llegar a su altura.

—Perdón por el retraso —manifestó—. ¿Vamos?

La chica afirmó y empezó a caminar tras ella, no sin alzar una última mirada al uniforme violeta llamado David. Miss Robot no volvió a dirigirle la palabra y la encaminó hasta una habitación, donde la hizo entrar después de confirmar en su programa a qué hora debía pasar a recogerla. Shelly se encontró en un cuarto grande e igual de bien equipado que el día que habían arreglado sus uñas: había cuatro lavacabezas y el mismo número de sillas con secadores, todas ocupadas en aquel momento por chicas que charlaban a gritos.

Shelly buscó a Tres con la mirada, pero entonces recordó que desde esa mañana ya no estaba y su humor se ensombreció. Recorrió la estancia hasta que vio a Ocho en uno de los asientos, con el pelo envuelto en papel de plata. La rubia le hizo una señal para que se acercara, así que Shelly obedeció.

—Hola, Siete —dijo—. ¿Quieres ponerte aquí? Ahora vendrá alguna de las peluqueras para hacerte lo que quieras.

—Claro.

—Oye, respecto a lo del mediodía... Bueno, siento haberme ido de la mesa, pero es que a veces Diez me saca de mis casillas —se excusó la chica, con una mueca.

—No te disculpes, lo comprendo.

—¿Siguió con sus paranoias?

—Sí, sí, ya la conoces. —Shelly sonrió de manera involuntaria, y vio que Ocho también se echaba a reír, lo que la tranquilizó—. Dice que no sabe nada de ti y le parece raro que en todo este tiempo nunca hayas comentado por qué estás aquí.

Ocho miró al techo con un suspiro.

—¿Ves cómo está chalada? Si nunca le he contado nada es porque jamás se ha interesado en saberlo. Me tiene catalogada como una rubia imbécil, pero bueno, no me sorprende... Diez no se interesa por nadie, excepto por ella misma, y en lugar de mejorar va a peor.

Alguien puso una mano en el hombro de Shelly, que se giró a toda prisa para encontrarse a una mujer sonriente.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó.

—Oh, pues... no sé, ¿cortar las puntas?

—No seas aburrida —la animó Ocho—. ¡Puedes hacerte lo que quieras! No tengas miedo de probar algo diferente, mujer, si no te gusta el próximo día lo arreglas.

Shelly se quedó pensativa unos segundos, y después afirmó.

—Vale. ¿Qué tal un corte por los hombros y color rubio?

—¡Menudo cambio! —exclamó Ocho, con una carcajada—. Aunque si te cortas la mitad de la melena, eso no podrás arreglarlo.

La pelirroja se encogió de hombros.

—Crece con el tiempo, ya sabes.

—Con este pelo tan precioso... —La mujer parecía apenada mientras comenzaba a sacar botes para hacer mezclas—. En fin, tú mandas.

Las dos volvieron a darse la vuelta mientras la escuchaban canturrear.

—Hagamos una cosa —propuso Ocho—. Si me cuentas tus cosas, yo te cuento las mías. ¿Qué te parece? Las dos echamos de menos a Tres, pero podemos llevarnos bien hasta que nos den el alta.

Shelly no encontró motivo para negarse. Ocho parecía bastante más equilibrada que Diez, eso estaba claro, y con aquella proposición tumbaba las sospechas de su otra compañera, ya que la rubia sí parecía dispuesta a hablar.

Miró hacia atrás para cerciorarse de que la peluquera no podía oírlas y pudo comprobar que la mujer se había puesto unos auriculares.

—Se supone que este rato es para que nos divirtamos, así que no nos escuchan —aclaró Ocho, al ver su cara sorprendida—. Podemos hablar sin preocuparnos de ser oídas.

—Qué detalle —comentó ella—. En fin, lo mío no tiene mucho misterio... De pequeña era tímida y me costaba relacionarme, así que no tenía muchos amigos. Al principio no importaba, pero cuando cumplí los quince eso cambió. Envidiaba a todas mis compañeras porque ellas sabían tener charlas divertidas y cotorreaban las unas con las otras en los lavabos mientras se pintaban los labios. A mí nadie me hacía caso.

—Con lo guapa que eres...

—Era sosa, eso no lo soluciona una cara bonita. Una noche, uno de mis vecinos daba una fiesta y me invitó a ir... Era mayor, tendría al menos treinta y dos. Mis padres habían salido a celebrar algo, ahora no recuerdo el qué, pero el caso es que yo estaba sola. No era el tipo de cosa que hacía, pero decidí ir, supongo que para saber qué me estaba perdiendo.

Ocho la escuchaba con los ojos muy abiertos, sin interrumpir.

—Me dio una copa nada más pasar. No tengo ni idea de qué llevaba aquello, pero sí recuerdo el sabor amargo. Creo que era ginebra con algo más, muy fuerte. No quería ser maleducada, así que me bebí el vaso y me emborraché bastante... Allí había mucha gente adulta, creo que yo era la única chica de quince años, ¿sabes?

—¿Y qué pasó? ¿Te emborrachaste hasta vomitar?

—Seguí bebiendo todo lo que me ofrecían, y con cada copa hablaba más y más. Todos parecían divertirse conmigo, así que me dije: «Vaya, este es el secreto». Y era verdad, porque mis compañeras, todas aquellas que cotorreaban en los lavabos, también salían los fines de semana y bebían hasta acabar tiradas por los rincones. Algunas se jactaban de vaciar las botellas de sus padres y rellenarlas con agua.

—Lo he hecho alguna vez —admitió Ocho.

—Recuerdo que estaba tan borracha que me tumbé en el sofá del salón para cerrar los ojos. Cuando los abrí, un rato después, mi vecino estaba encima de mí. Ni siquiera era del todo consciente de lo que estaba pasando.

—¿Qué?

—Mi vecino de treinta y tantos años estaba follándose a una niña de quince semiinconsciente.

—Joder...

Shelly se tomó unos segundos antes de seguir.

—¿Y qué pasó? ¿Lo denunciaste al menos?

—¿Qué? No, claro que no, ¡era mi vecino! A saber qué historia podría haber salido de ahí... No quería que mis padres se enteraran, ni ellos ni nadie. Además, había algo que me gustaba en el hecho de no tener el control.

Ocho alzó una ceja al escuchar su última frase.

—Pero, ¿de qué estás hablando?

—El sábado siguiente fui a llamar a su puerta. Me abrió en calzoncillos y con una bandeja de marihuana en las manos.

—¿Volviste a casa de ese cabrón?

—Mira, no espero que lo entiendas. Ni yo lo entiendo, la verdad, porque sé perfectamente que aquel tipo me violó. Pero no me importaba, porque en esa época no me gustaba ser yo misma y quería probar a ser otras personas. Cogí lo malo que me había sucedido y le di la vuelta, ¿vale?

La rubia no parecía terminar de entenderla. Uno de los motivos por los que a Shelly no le gustaba compartir sus cosas era ese: que a los demás les resultaba difícil descifrar su manera de pensar. Ni siquiera ella se comprendía a sí misma.

—¿Y qué sucedió?

—Me introdujo en el mundo de las drogas, a su lado probé todas y cada una de las que había en el mercado. Me gustaban. Nos colocábamos, a veces solos, y otras con más personas. A veces follaba con él, y otras con desconocidos.

Su compañera parecía disgustada ante el relato que estaba escuchando, pero era tarde para que Shelly lo maquillara. Esa era su historia, su vida, y no podía cambiarlo.

—¿Encontraste lo que buscabas?

—No lo sé. Durante tres años creía que sí, pero al estar limpia... no sé, siento la cabeza más serena y lúcida.

—Claro, sin toda esa mierda que te metías. No eras tú misma, Siete.

—¿Y tu historia? —preguntó ella, no demasiado dispuesta a que una relativa desconocida se dedicara a psicoanalizarla.

—Ah... No es tan morbosa como la tuya, ¿vale? —sonrió Ocho, relajando su expresión y acomodándose mejor en el asiento—. Tuve un episodio psiquiátrico.

Shelly la observó, con una cara de sorpresa similar a la que Ocho había mostrado al empezar a hablar ella de sus experiencias.

—¿Era la primera vez?

—Sí. Bueno, siempre he tenido ataques de ansiedad y cosas así, pero nunca un episodio como el que tuve. Estaba en el instituto y... En fin, no es muy agradable lo que voy a contar, pero... le hice daño a una persona.

—¿Cuánto daño?

—Le clavé un lápiz en la mano a un estudiante —el tono de voz de la rubia había descendido de forma inconsciente, era obvio que se avergonzaba del incidente.

—¿Por qué hiciste eso?

—No lo recuerdo. Es como si ese tiempo estuviera en blanco en mi cabeza. La psicóloga de la escuela dijo que podía ser una respuesta al estrés, pero... imagínate mis padres. Faltó poco para que me expulsaran, pero por suerte tenía un expediente intachable.

—Eso me lo creo —respondió Shelly en tono amable.

—Era animadora, estaba en el club de ciencias, en el programa de ayuda a estudiantes extranjeros y con muy buenas notas. Los padres del alumno se pusieron como locos y...

—¿Te mandaron a este lugar?

—En realidad no estoy segura, me desperté aquí sin información, como todos, pero creo que es lo único malo que he hecho en mi vida, así que imagino que fue por eso. Tendría sentido, ¿no? Si ese episodio lo provocó un fuerte estrés, este parece el mejor sitio para solucionarlo.

Shelly asimiló sus palabras y terminó por asentir. Sí, tenía sentido, ya que la granja trabajaba para relajarlos y hacer que se sintieran felices, aunque fuera bajo estrictas normas. Nunca hubiera imaginado semejante historia de alguien con el aspecto de Ocho, pero la gente no dejaba de sorprender.

—Todos acarreamos lo nuestro, Siete —murmuró la joven.

—Shelly. Llámame Shelly, por favor.

—Pero si nos escuchan...

—Pues que no nos escuchen. Vayamos con precaución, pero no más números, ¿vale? Me hacen sentir como un producto en el supermercado.

Ocho no parecía del todo convencida, pero al final se encogió de hombros tras echar un vistazo a la mujer y comprobar que aún llevaba los auriculares puestos.

—Está bien —dijo—. Yo soy Gwendoline.

—Encantada de conocerte. —Shelly se echó a reír.

—Bueno —la voz de la peluquera se superpuso a sus risas—, ¿lista para el cambio?

Shelly se tumbó en el sillón, imitando a su nueva amiga. Sí, estaba lista para ver otra cara de sí misma, por supuesto. Esperaba que esa le gustara más que la anterior.

Papá y mamá:

Hoy ha sido un día raro y un poco triste. Cuando por fin pensaba que tenía una amiga más o menos decente, Tres, resulta que ha sido dada de alta y no ha dicho ni adiós. Anoche, durante la cena, estaba normal. O sea, que no daba la sensación de que le hubieran comunicado la buena noticia de que por fin regresaba a su casa... Y hoy, de pronto, ya no estaba. Se me hace superraro que no haya sacado un momento para decir un simple «adiós», sobre todo porque hemos pasado mucho tiempo juntas y contándonos confidencias.

Pero bueno, yo qué sé, a lo mejor vinieron demasiado temprano a por ella y no la dejaron despertarnos. Es la única explicación lógica que se me ocurre, que haya sido decisión de sus padres. Supongo que Ocho y Diez también se sienten así; al fin y al cabo, la conocían desde antes que yo... Pero siento que he perdido a la persona con la que más afinidad sentía. Diez está soltando paranoias el noventa por ciento de su tiempo, y Ocho hasta ahora no me había dado pie a ninguna charla personal, aunque eso ha cambiado. Hemos hablado un buen rato y, en fin, tiene sus propios problemas. No es perfecta, pero es real y está aquí.

Por suerte está Uno, no sé qué haría sin él.

Yo estoy segura de que os gustaría, tiene una historia triste detrás de sus cicatrices, pero es un chico muy agradable. Y creo que le intereso en serio, porque me ha dejado caer que tal vez al salir de aquí podríamos seguir viéndonos. Ya os lo presentaré para conocer vuestra opinión, pero creo que vais a coincidir conmigo, ¡el tiempo de las malas decisiones se ha terminado! Empiezo a sentirme muy distinta a como era antes y puedo comprender por qué estabais siempre enfadados conmigo, es que era un desastre.

Tengo muchas ganas de veros. De verdad, hay muchas cosas que quiero decir, he tenido tiempo para reflexionar y... en fin, tenemos que hablar.

Os echo de menos ??

DÍA 24

—¿Ojos? ¿Oídos?

Cuidadora realizaba una nueva revisión, con el mismo aspecto concentrado de siempre. Hizo un par de ruidos afirmativos a los que siguió el teclear apresurado de la doctora Crane. Como de costumbre, no alzó la mirada de la pantalla de su ordenador en ningún momento, sino que solo se limitó a transcribir los datos.

Y aquí llegaba la cinta métrica... Shelly conocía el procedimiento después de casi un mes, le hacían aquellas pruebas dos veces por semana. Estiró los brazos para que Cuidadora pudiera medir el ancho de estos y miró a la mujer con una ceja arqueada cuando esta soltó una exclamación.

—Vaya, muy bien —comentó, para pasar a la cintura.

Shelly no estaba tan contenta como ella. De hecho, pese a lo increíble que pudiera parecer por el poco tiempo transcurrido, sabía que había engordado mucho. Estaba claro que la buena vida pasaba factura: el uniforme del primer día ya no le servía. Y ella tenía tendencia a acumular grasa en caderas y muslos, así que no, el tema no le hacía ninguna gracia.

—Creo que voy a prescindir del postre —murmuró.

La doctora Crane apartó la vista del portátil e intercambió una mirada con Cuidadora que no pasó desapercibida a la joven.

—¿Y eso por qué? —preguntó Cuidadora, dejando la cinta en la mesa de la doctora.

—El uniforme no me abrocha —respondió Shelly.

—Eso no es problema —contestó la doctora, mirando a la otra—. Que le entreguen nueva ropa.

—Desde luego.

—Es que... —siguió Shelly, pasando la mirada de una a otra—. Bueno, estoy engordando muy rápido y eso no me gusta, la verdad. Cuando salga de aquí no me valdrá nada de lo que tengo en casa.

—Llevas una alimentación correcta y adecuada. No hay exceso de azúcar ni grasas, así que yo diría que evolucionas bien. —La doctora Crane regresó a su ordenador.

—Bueno, desayunar tortitas tres veces por semana no creo que...

Ambas la miraron de forma fija, así que Shelly se calló. Otra cosa que había aprendido, además de estirar los brazos como un autómata cada vez que la cinta métrica se aproximaba a ella, era a cerrar el pico cuando debía, y parecía que ya aquel día había cubierto el cupo. Uniforme más grande... pues vaya solución.

No protestó más, aunque no paraba de dar vueltas al tema del peso. ¿A quién pretendían engañar diciéndole que su alimentación era correcta? Vale, la comida era de calidad y eso no podía negarlo, pero también era muy calórica. Y se veía con total claridad en sus brazos y muslos, incluso en la cintura, que ya no se marcaba tanto como al llegar. Por no hablar del azúcar; por mucho que la doctora dijera que no se lo daban en exceso, seguro que con la mitad o menos valdría como ración diaria.

No parecía que pudiera hacer mucho al respecto: en el comedor siempre vigilaban que comieran y su pequeño intento de hacer dieta se había saldado con un fracaso.

—Hay una cosa que puedes hacer, si te preocupa el peso —dijo la doctora, y Shelly le dedicó un gesto de sorpresa—: ejercicio. ¿Programo algo?

La pregunta iba dirigida a Cuidadora, por supuesto. Shelly sintió deseos de gritar que detestaba el ejercicio con todas sus fuerzas, pero solo habría servido para acarrearle un castigo, de forma que se contuvo. Eso le pasaba por abrir la boca.

—Podemos empezar con un entrenamiento suave —sugirió Cuidadora.

—Perfecto —contestó la doctora, tecleando de nuevo—. No más de media hora al día y la semana que viene volveré a verla para conocer sus avances.

Aquella frase significaba que la visita llegaba a su fin. Como siempre, Crane entregó a Cuidadora un fajo de papeles que incluían su programa semanal y otras notas que Shelly nunca había llegado a ver. La mujer recogió los papeles y salió del despacho, con Shelly detrás. La siguió hasta que se detuvo frente a un armario y lo abrió.

—Vamos a por los uniformes nuevos —comentó—. ¿Una talla o dos?

—Dos —refunfuñó Shelly, a desgana.

—No te preocupes. Estar un poco rolliza no es nada malo.

—Ya, pero es que no quiero estar rolliza, ni un poco ni mucho. ¿No puedo dejar las tortitas del desayuno y comer cereales integrales o algo así? También eso es sano.

—El cerebro necesita azúcar —replicó Cuidadora, entregándole dos uniformes plegados—. Además, no se trata solo de la comida, es la suma de muchas cosas. El descanso, el relax, el aire libre, la música... todo ayuda.

—Como siga engordando, mis padres no me van a reconocer cuando vuelva a casa— se quejó Shelly, pensando en cómo les gustaba el azúcar a las dos mujeres. Entre que una decía que no se lo daban en exceso y la otra que era bueno para el cerebro... Seguro que había cosas más sanas que también valían para ese órgano.

—No te preocupes por eso, número Siete. Tienes una hora al aire libre, será mejor que te pongas tu ropa nueva y cumplas el horario. —Le tendió la copia—. Aquí tienes las actividades. El ejercicio será leve y moderado, y a primera hora de la mañana, después de desayunar.

—Gracias.

Lo cogió con la misma desgana que los uniformes y entró en su habitación para deshacerse de la ropa pequeña y dejar paso a la nueva.

Guau, dos tallas más en un puto mes. Y tampoco era que el nuevo pantalón le sobrara; ya puestos, a ese paso necesitaría otro al acabar la semana. Comprendía el tema de la buena salud hasta cierto punto, pero engordar tanto no terminaba de convencerla.

Una vez vestida, salió otra vez. Allí aguardaba Miss Robot, dispuesta a acompañarla hasta la salida como todos los días.

Greg se encontraba en el claro, sentado en el suelo y con las piernas cruzadas. Hacía días que no fabricaba cigarrillos, Shelly desconocía si por falta de material o por que le hubieran llamado la atención, pero tampoco importaba. Ni siquiera los echaba de menos, ya no.

—Hola. —Se sentó a su lado con una sonrisa amplia.

Sin duda, aquellos momentos eran los mejores. Coincidían a menudo (era realmente complicado no hacerlo, viviendo todos en el mismo sitio), pero si algún día no sucedía, su humor se apagaba.

—Hola —respondió él—. ¿Ropa nueva?

Ella suspiró, fastidiada.

—Sí... La otra me quedaba justa.

—Ya me había dado cuenta. —Shelly le dio un pequeño empujón y él sonrió—. ¿Te he dicho alguna vez que estás muy guapa?

—No seas idiota, se nota lo que he engordado.

—Eso da igual, yo también. —Se encogió de hombros—. Una talla más, y esta comienza a estarme justa.

Estiró la parte de arriba como demostración. No le faltaba razón, pero aquello no le sirvió de mucho a Shelly.

«Mal de muchos, consuelo de pocos», pensó.

Además, daba igual: le encantaba mirarlo, estar a su lado, y no importaba que pesara más o menos. Sonrojada al ver cómo la observaba, se dio cuenta de que él pensaba igual. Se miraron unos segundos más y al momento se echaron uno en brazos del otro. Sus labios se buscaron con ansiedad, como llevaban haciendo toda la semana sin haber sufrido la menor interrupción por parte de sus estrechas vigilantes.

Les había costado dar el paso de estar allí, en un lugar entre árboles donde parecían tener intimidad, aunque no estaban seguros, pero la tentación era irresistible. Y Shelly pensó que unos besos bien merecían un castigo, si así debía ser. Pero nada sucedió, excepto que la hora se convirtió en segundos mientras permanecían tumbados sobre la hierba, besándose como si esa fuera la primera vez.

Dos días después, la situación se había vuelto desesperante. Shelly notaba como si su cuerpo fuera a explotar de un momento a otro, y se apretaba contra Greg buscando en su contacto la forma de aliviar aquel anhelo. Pero ninguno se atrevía a ir más allá, sobre todo por el temor a ser descubiertos y a lo que podría ocurrir si eso sucedía. Era obvio que no les darían una medalla, dado que Cuidadora le había dejado muy claro que el sexo estaba prohibido.

Por lo general, terminaban sentados, despeinados y frustrados, los dos sin poder creer que a esas alturas fuera tan difícil poder deshacerse de la ropa y dar rienda suelta a todo el deseo contenido que sentían.

Pero, una vez pasaba el calentón, a Shelly hasta le gustaba aquella sensación. Era como si reforzara la idea de que lo suyo con Greg podía terminar en algo real, serio. Por lo general, se acostaba con todo el mundo a la primera, a veces hasta sin saber sus nombres, porque solo eran meros compañeros de cama en un momento puntual. Y no deseaba que ocurriera lo mismo con Greg, así que el hecho de ir despacio le producía una especie de felicidad por el sentido que tenía en su cabeza. Y sí, se ponía muy caliente con él, pero ya tendrían tiempo para eso una vez estuvieran fuera, libres al fin de tanto control. Sería mucho más especial y para ella sería importante, significaría algo.

Cada vez tenía más esperanzas de convertir su vida en una como la de los demás. Y deseaba que Greg la acompañara en ese viaje.

Papá y mamá:

He intentado volver a hablar con el uniforme morado, pero nada, no ha vuelto a venir a buscarme, así que lo de entregar las cartas parece misión imposible. Bueno, supongo que podréis leer esto como una especie de diario cuando vuelva.

Si me vierais... He cogido un montón de kilos, hasta han tenido que darme uniformes nuevos. Dos tallas más, ¡dos! Como siga así voy a terminar con brazos de camionero. A ver cómo me las apaño luego para quitarme todos estos kilos. Mamá, creo que ahora es buen momento para comer verduras, por mucho que las deteste, ja ja ja.

Las cosas no han cambiado mucho estos días, excepto que Ocho y yo pasamos mucho tiempo juntas. También veo a Greg todos los días y sé que esto os sonará muy cursi, pero... me tiene loca, es un chico tan especial. Tanto que no me estoy portando como haría normalmente, estoy

siendo buenecita.

Tengo muchísimas ganas de veros y regresar a casa. Sé que todo va a ir mucho mejor a partir de ahora, después de un mes aquí me siento bien, y he tenido tiempo para reflexionar.

La verdad es que antes no podía verlo, no sé el motivo, pero ahora sí. Me he portado fatal con los dos y quiero arreglarlo, en serio. No sé si encontraré la forma de compensaros, pero pienso buscarla. Ayudaré en casa, trabajaré en algo y seré una hija ejemplar: se acabaron las noches de juerga, las drogas y todo lo demás. No lo necesito, ya no, esta experiencia me ha ayudado a conocerme mejor a mí misma... No sé, se ha abierto un mundo nuevo para mí.

No bromeo, os lo prometo. Sé que todo va a irnos muy bien en cuanto vuelva a casa.

Os quiero <3

DÍA 30

—Siete.

—¿Mmmm...?

—¡Siete!

La joven entreabrió los ojos, notando que no había luz en su cuarto. Aún era de noche y no sabía por qué se había despertado, pero...

—¡Soy yo!

Se incorporó de golpe en la cama, asustada, pero entonces vislumbró a Diez. Permanecía junto a su cama, agachada, de modo que la joven trató de normalizar su respiración.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —protestó en voz baja, para no despertar a nadie.

—No ha sido difícil. Ven, quiero enseñarte una cosa.

—Es hora de dormir, Diez...

—Es muy importante. Así, Ocho y tú por fin me creeréis.

Shelly salió de su comfortable cama y se puso las zapatillas sin molestarse en echarse una bata por encima. Era probable que solo fuera otra de las paranoias de Diez, ya que Ocho le había contado que era muy amiga de hacer excursiones nocturnas para descubrir la conspiración que escondía aquella granja. Bueno, tampoco hacía falta que nadie se lo contara: después de un mes conviviendo con ella, la conocía a la perfección. Una vez pasado el susto inicial, sabía que era otro momento paranoide de la joven.

La siguió por la oscuridad de los pasillos, sorprendida de que no hubiera vigilantes apostados en todas las puertas. Aunque tampoco tenía sentido, ya que no tenían donde huir, menos con las verjas exteriores.

Diez se detuvo frente a un cuarto, donde entraron tras asegurarse de que nadie las seguía.

—¿Qué es esto?

—El cuarto de la ropa. Pero me interesa subir ahí. —Señaló a la rejilla de ventilación del techo con gesto decidido.

—¿Estás loca?

—He subido un par de veces, solo que nunca había llegado donde quería. Es seguro, de verdad.

Shelly no parecía muy convencida, pero Diez le hizo un gesto para que se acercara y así poder impulsarse apoyándose en su hombro. Una vez colgada, hizo fuerza para subir hasta el hueco y Shelly vio cómo sus piernas desaparecían en el hueco del techo. Dos segundos después, Ocho emergió de nuevo y le tendió la mano. Shelly la agarró y, tras un breve y vergonzoso salto, se encontró metida en el estrecho túnel de ventilación. No tuvo tiempo de dudar, pues Diez se arrastró hacia delante sin detenerse, así que siguió sus pasos. Esperaba que las dos tallas que había ganado no hicieran que se quedara atascada en algún lugar del trayecto, porque además de pillarlas, sería de lo más vergonzoso que la encontraran así.

Durante un buen rato ninguna dijo nada, concentradas en hacer el menor ruido posible, y de repente Shelly notó que su compañera se detenía.

—¿Qué...?

—Ven, mira esto. Dime si no es extraño.

La muchacha se acercó hasta otra rejilla de ventilación, que daba a una especie de cámara. El frío ascendía hasta donde estaban, pero eso no era lo que le llamaba la atención, sino los bultos.

Había barras metálicas que sostenían un montón de hileras, y de ellas pendían unos bultos plastificados que Shelly no supo identificar.

—¿Qué son?

—¿Qué crees tú? ¡Cuerpos!

La muchacha sacudió la cabeza al escuchar semejante disparate, pero entonces recordó un documental que había visto con sus padres hacía años en el que explicaban las antiguas prácticas llevadas a cabo en los lugares donde antes se mataban animales... Mataderos se llamaban, si no recordaba mal. Le había dejado muy mal sabor de boca, pero, aparte de eso, nunca más había vuelto a preocuparse porque ya no se consumían animales como si fueran productos. Sin embargo, sí recordaba cómo eran almacenados, y se parecía a lo que estaba contemplando en ese momento.

Observó los bultos con detenimiento. Vale, eran grandes y alargados, pero no tenían forma de cuerpo. Le recordaban a las bolsas de lavandería cuando le entregaban de vuelta un abrigo de invierno... Joder, sí que cabría un cuerpo, pero...

—No, debe ser un error. Habrá una explicación, seguro —musitó, notando cómo la sangre se le helaba en las venas.

—¿Cuál? ¿Maniqués de diseño guardados en plástico?

—Mira, no lo sé, pero esto no...

Diez le dio un codazo para que se callara al ver que la puerta se abría, dando paso a un grupo de hombres vestidos de gris. Todos llevaban mascarillas y delantales, de manera que era difícil reconocerlos a simple vista. La doctora Crane entró tras ellos, con su eterna tablilla entre las manos, y recorrió las hileras examinando etiquetas y comprobando datos.

Shelly mantenía la vista fija en la escena que se desarrollaba a sus pies, muda de estupor y con una sensación de angustia creciente en el pecho. No, era un error, seguro. ¿Cuerpos almacenados? No tenía el menor sentido, ¿con qué objetivo? ¿Por qué iban a querer asesinarlos, si no valían nada?

Diez le rodeó los hombros con un brazo y le puso la mano en la boca. Shelly notó que había empezado a emitir una vibración que nacía justo en su garganta, y trató de controlarla. No podían descubrirlas ahí arriba, si se enteraban de que habían visto la cámara... Bueno, no quería ni pensarlo, estaba convencida de que la celda de aislamiento sería una fiesta al lado de lo que les pasaría.

No hizo esfuerzo por zafarse de la mano de Diez y siguió mirando hacia abajo. La doctora Crane continuaba su recorrido, marcando alguno de los plásticos e, inmediatamente, el equipo de hombres procedía a descolgarlos para depositarlos sobre las mesas alargadas de acero.

Cuando la mujer dio por finalizado el paseo, en total había ocho paquetes alineados sobre las mesas metálicas. Uno por uno, fueron abiertos para revelar las sospechas de ambas jóvenes: todos aquellos cuerpos pertenecían a sus propios compañeros, gente con la que habían compartido comedor, paseos y aficiones.

—Dios mío —murmuró Shelly, con la voz amortiguada por la mano de su compañera—. Diez, son... son...

—Shhh. Vas a hacer que nos descubran, idiota.

Los tacones de la doctora Crane llamaron de nuevo su atención. La mujer se había colocado en medio de la cámara, y les hizo a los demás un gesto con la cabeza.

—Estos dos enteros —dijo, señalando a los que tenía a su derecha—. Y estos otros, a despiezar. Avisadme cuando esté todo listo para avisar a transporte.

Las cuatro cabezas sin identidad asintieron al mismo tiempo. La doctora abandonó la estancia tras corresponder al gesto, dejándolos a solas con la hilera de cuerpos. La pareja que trabajaba

con la derecha efectuó una revisión exhaustiva de aquellos, asegurándose de que estaban en perfecto estado antes de precintar los orificios con cinta y empaquetarlos de nuevo. Shelly contempló con horror las cabezas lisas y rapadas, sin el menor rastro de pelo, y contuvo una arcada.

—Ni se te ocurra —siseó Diez.

Mientras unos cuerpos eran preparados para transportar a saber dónde, los otros parecía que iban a correr peor suerte: los encargados, después de sacarlos de los plásticos, acababan de regresar armados con sendas sierras metálicas.

Shelly apretó con fuerza el brazo de su compañera y cerró los ojos al comprender lo que estaba a punto de ocurrir.

Aquello no podía ser real, de un momento a otro despertaría en la cama de su habitación, estaba segura. Esas cenas tan copiosas pasaban factura y esa era una de las formas: provocando pesadillas terribles sobre compañeros que eran despiezados en una fría cámara en medio de ninguna parte. No, no era verdad. No podía ser que todo el personal tuviera conocimiento de lo que allí se hacía y formara parte de ello, ¿cómo asimilarlo?

—¿Me crees ahora? ¿Me crees? —Diez reflejaba en su cara una mezcla de terror y satisfacción, el horror de los hechos mezclado con el saber que todo el tiempo había tenido razón y que lo que allí vivían solo era un sueño, un placebo, una mentira.

Observó, con los ojos muy abiertos y fijos, cómo los brazos y piernas eran serrados y apartados en bolsas individuales.

Chuletilas, filetes, muslos, costillar... Durante un largo rato de pesadilla, ambas derramaron lágrimas al contemplar las mil maneras de despiezar un cuerpo y convertirlo en algo consumible.

Porque estaba claro que aquello iba a ser destinado a su consumo, por muchas náuseas que pudiera provocarles la idea.

A Shelly le pareció que el tiempo se estiraba en una enfermiza agonía compuesta de sangre, vísceras y el ruido de la sierra. Estuvo a punto de llorar de alivio cuando los hombres dieron el trabajo por finalizado y dispusieron los paquetes sobre una mesa con ruedas.

Una vez descuartizado, un cadáver humano no parecía gran cosa... Solo un montón de paquetes sin identidad envasados al vacío, listos para engrosar neveras y supermercados.

Al fin, las luces se apagaron y la puerta de la cámara se cerró. Las dos chicas aguardaron en un ominoso silencio sepulcral hasta que las pisadas y chirridos de las camillas se perdieron en la noche, y entonces Diez liberó a Shelly de su mordaza.

—Tenemos que irnos —dijo esta, con cuidado de no alzar la voz.

—¿Dónde?

—Tenemos que avisar a Greg y a Gwen. Hay que contarles lo que está pasando.

—Ocho no te creerá, ya lo sabes. Greg no lo sé, supongo que si de verdad es tan majo como cuentas y confía en ti...

—¡No podemos permanecer tan tranquilas aquí después de lo que hemos visto! —susurró, atónita por la respuesta de Diez—. Además, ¿tienes otra sugerencia mejor?

Esta se encogió de hombros.

—Debemos huir.

—Ah, muy bien, Sherlock, ¿y cómo? Porque es imposible. Las verjas están vigiladas todo el tiempo, además de que están electrificadas. —Shelly fue consciente del temblor en su voz, y se tomó unos segundos para recuperarse—. ¿Crees que...?

Diez alzó la mirada, sin comprender.

—Bueno, ¿crees que Tres...?

—¿Si creo que terminó aquí convertida en múltiples trocitos? Pues claro, Siete.

—Esto no es legal —murmuró Shelly—. No puede serlo. Es algo parecido al tráfico de órganos, ¿no? Solo que lo que se llevan es nuestra carne.

—Parece que a la gente le cuesta dejar de comerla —dijo Diez, con una mueca de asco—. Mira que os lo dije un montón de veces... No paramos hasta acabar con los animales. Pero ya ves lo que da de sí el cerebro, se inventan una granja humana y listo.

Shelly se frotó los ojos, que estaban húmedos. Dios, sus padres... Y ella todo ese tiempo creyendo que la habían ingresado en un centro de desintoxicación, ¡debían estar muy preocupados! ¿La estaría buscando la policía?

Sin duda estaban muy bien ocultos, porque si después de un mes todavía no habían dado con ese sitio... ¡y ella escribiéndoles cartitas estúpidas sobre chicos, amigas y colores de uñas!

—Mira, tú haz lo que quieras —dijo, volviendo a restregarse los ojos en un intento por reorganizar su tristeza y miedo—. Yo voy a buscar a Greg y a Gwen para ponerlos sobre aviso. Y seguro que cuatro cabezas piensan más que dos.

Diez se quedó pensativa un momento, y después terminó por asentir.

—Es bastante tarde —dijo—. Por la noche no hay vigilancia personal, solo un uniforme morado por planta. Como las habitaciones las cierran con llave...

—Por cierto, ¿cómo has conseguido abrir la tuya?

—Soy una chica de recursos —respondió Diez—. He robado muchas veces. No hay puerta que no pueda abrir con una simple horquilla.

—Estupendo, así podremos ir a por ellos a sus habitaciones.

Diez asintió y ambas se pusieron en marcha para deshacer el recorrido por el túnel de ventilación. Bajaron en el lugar exacto en el que habían subido, con cuidado de dejar todo tal cual lo habían encontrado. La rejilla del techo no quedó muy bien, porque ninguna llegaba para encajarla a la perfección, pero podía colar a menos que alguien se fijara con detenimiento.

El cuarto de Greg estaba más próximo, y las dos jóvenes se movían con sigilo en la oscuridad de los interminables pasillos. Al llegar, Diez se apresuró a ponerse de rodillas para sacar la horquilla del bolsillo de su uniforme.

—Asegúrate de que no tenemos visitas inesperadas —le susurró a Shelly, mientras se afanaba con la cerradura en la oscuridad.

La joven afirmó, dando varios pasos pasillo adelante para cerciorarse de que no había uniformes morados a la vista. Ni siquiera tenía demasiado claro qué harían con lo que habían descubierto, pero sabía que debían compartirlo con Greg y Gwen. Juntos podrían pensar en algo, contando al menos con toda la información. Fue entonces cuando se dio cuenta de algo, lo más importante: vivían tiempo prestado, en cualquier momento podían ser ellos los cuerpos inertes sobre el acero de la cámara frigorífica. Un número más de la lista, como Tres, solo que serían ellos mismos: Diez, Ocho, Uno... y Siete.

Ahora comprendía por qué nadie los llamaba por sus nombres de pila; ¿para qué, si el proceso consistía en deshumanizarlos? Nadie estaba interesado en conocer sus vidas, sus historias o anhelos. Las pequeñas anécdotas que convertían la vida en algo personal no tenían ni sentido ni cabida allí.

Por eso las pequeñas Miss Robot que no interactuaban con ellos, los uniformes morados que no miraban a los ojos. Los desayunos interminables, las cintas métricas que gritaban cada centímetro de grasa nuevo destinado a otro paladar. Las horas de sol que proporcionaban vitamina D, los masajes que mejoraban los músculos. La música suave que producía bienestar y relax, las risas y sesiones de belleza que traían felicidad.

No eran sino vacas en el matadero, deslumbrados por el brillo de un sol tan luminoso que hería más de lo que curaba, ajenos a la realidad que los aguardaba más allá de las verjas.

Como los antiguos bueyes wagu, criados en la naturaleza, con música y cuidados especiales, mimados hasta que el cuchillo llegaba a sus gargantas.

Un siseo la sacó de sus téticos pensamientos. Regresó a toda velocidad hasta Diez, que empujaba la puerta con cuidado para evitar chirridos que llamaran la atención. Se deslizó en el cuarto, que estaba a oscuras, y Shelly la siguió tras cerrar con el mismo sigilo.

Se aproximó hasta la cama donde Greg dormía de costado y lo movió con cuidado de no sobresaltarlo. El chico parpadeó y la observó, entre somnoliento y sorprendido.

—¿Shelly? ¿Qué haces...? —Se incorporó, frotándose la cara—. ¿Cómo...?

—Sshhh. —Ella le puso un dedo en los labios para que no hablara.

Greg había empezado a sonreír, tal vez pensando en un pequeño escarceo amoroso, pero entonces enfocó mejor y descubrió que Diez estaba de pie, de brazos cruzados. Miró a Shelly sin entender qué sucedía y ella le agarró el brazo.

—Tenemos que contarte una cosa —dijo entre susurros—. Hemos averiguado algo sobre este lugar y ahora no sabemos qué hacer.

—¿Qué?

Shelly le hizo un relato abreviado de lo que habían visto desde el conducto de ventilación. La expresión del joven iba cambiando según avanzaba la historia y los detalles se volvían más sórdidos y desagradables. La incredulidad dio paso al miedo al comprender, igual que ella, la finalidad de que estuvieran allí y lo muy plausible que resultaba.

—Joder —dijo, una vez Shelly terminó y asimiló lo que había escuchado—. Joder... ¿qué hacemos? ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé, pero debemos pensar algo cuanto antes. No sabemos quién puede ser el siguiente, ni cuándo.

—¿Creéis que podríamos planificar una huida o algo similar? Aunque fuera la vigilancia es bastante... potente.

—Es lo primero que hemos pensado, pero parece complicado.

—Bueno, quizá no. —Diez se acercó a los dos—. Quieres avisar a Ocho, ¿verdad? Ella tiene un comportamiento ejemplar y muchos privilegios. Quizás pueda conseguir hacerse con algo que nos ayude en la huida. Una llave, un intercambio...

—¿Vamos a decírselo a Ocho? —quiso saber Greg, mirando a Shelly de nuevo—. ¿Confías en ella?

—No podría dejarla aquí —asintió Shelly—. No después de lo que hemos pasado juntas.

—Entonces vamos a hablar con ella y así sabremos si tiene alguna carta en la manga que nos pueda servir —decidió Diez, impaciente.

Greg asintió. Se deshizo de su pijama con gestos rápidos para ponerse el uniforme reglamentario y siguió a las dos chicas fuera. El camino hasta la habitación de Ocho se hizo eterno, porque la chica dormía justo en la otra punta y a cada paso que daban tenían ver aparecer algún uniforme morado o, aún peor, alguno de los hombres enmascarados.

En aquella ocasión, Shelly y Greg permanecieron cogidos de la mano mientras Diez batallaba con la cerradura, sin dejar de quejarse por el trabajo que le estaba dando cuando la ocupante ni siquiera le caía bien.

Finalmente, logró su objetivo y la puerta se deslizó abriendo una rendija. Shelly asomó la cabeza y vio que Ocho se incorporaba, quedando sentada en la cama al escuchar los leves ruidos.

—Soy yo —dijo Shelly—. No te asustes, ¿podemos entrar?

—¿Cómo habéis abierto? —preguntó la rubia, pasando del sueño al asombro en cuestión de segundos. Al ver a Greg, su sorpresa aún fue mayor—. ¿Qué hacéis? Si se enteran de que estáis aquí, y con un chico además...

—Tenemos que hablar —anunció ella, acercándose hasta la cama.

Ocho encendió la luz de la mesilla y recorrió sus rostros, estupefacta. Sus bucles rubios estaban sueltos y desordenados, pero seguía pareciendo una princesa escapada de algún cuento. Se cruzó de brazos, dispuesta a escuchar.

—Hemos averiguado dónde vamos al salir de aquí.

—¿Cómo?

—Por el conducto de ventilación. Diez y yo hemos subido para seguir el camino hasta encontrar una cámara, Gwen —relató Shelly—. Y no imaginas lo que hemos visto allí, es horrible.

—¿Qué quieres decir?

—La gente no se va. O al menos, no de una pieza.

—¿Qué?

—Escúchame, la doctora Crane y un grupo de tíos con la cara medio tapada estaban allí, han elegido unos cuerpos al azar y después... —Notó que las palabras se atascaban.

—Ve más despacio, no entiendo nada.

Ocho salió de la cama, sentándose en el borde. Se mordió una uña mientras esperaba una explicación coherente.

—La cámara estaba llena de cuerpos empaquetados. —Vio cómo una sonrisa de incredulidad asomaba al rostro de la rubia—. ¡Hablo en serio! Las dos lo hemos visto. Hay un montón de cuerpos ahí dentro, Gwen, y cuando los han sacado... Son nuestros compañeros. Somos nosotros.

—¡Qué estupidez! ¿Cuál es el fin de meternos ahí?

—Bueno, es una sala de despiece —comentó Diez—. Imagínatelo.

—¿Qué estáis diciendo?

Diez sacudió la cabeza, exasperada... Cuando le cogía manía a alguien, era con motivo, estaba claro. A la niña repollo le costaba sumar y ellos no tenían tiempo que perder, no después de su descubrimiento. El panorama no se presentaba muy bien, y cuanto más tiempo dejaran pasar, peor sería, así que era necesario buscar soluciones ya.

—Mira —dijo, acercándose a ella—: Nos matan, punto. Y tal y como lo han hecho, lo más probable es que la carne sea para consumo.

—Qué tontería...

—No, no lo es —insistió Shelly—. Yo estaba allí y lo he visto con mis propios ojos, no imaginas lo terrible que es.

La rubia suspiró, recorriendo a los presentes con la mirada. Parecía valorar si estaban en plena posesión de sus facultades, con una mezcla de condescendencia y lástima, pero sin excesiva sorpresa.

—Bueno, supongamos que me creo esta historia —repuso—. ¿Qué pretendéis hacer? La vigilancia fuera de la granja parece imposible de burlar, ¿no dijiste que las verjas parecían dar descargas?

Shelly asintió, a su pesar.

—Aún no hemos trazado un plan, queríamos contártelo primero. Así podemos ver si se nos ocurre algo entre los cuatro.

—Tú llevas mucho tiempo —intervino Diez—. Y estás bien vista. ¿No tienes nada que pueda ayudarnos a salir de aquí? ¿Alguien que te deba un favor o alguna llave u objeto con el que abrir una verja?

Ocho frunció los labios, pensativa, y después se incorporó.

—Tengo una cosa, sí —dijo, abriendo uno de los cajones de su escritorio—. ¡Algo que no utilizo hace tiempo!

Diez se inclinó hacia ella, emocionada ante la perspectiva de que la rubia se sacara de la manga algo que pudiera serles útil para escapar. Sentaba bien no ser tratada como una loca para variar, haber demostrado al fin que sus sospechas eran ciertas.

Por el rabillo del ojo, Shelly observó un brillo metálico entre las manos de Ocho. No tuvo tiempo siquiera de abrir la boca cuando la rubia se giró y le asestó una puñalada en pleno cuello a Diez. Esta dio un grito y se tambaleó hacia atrás, con el rostro desencajado como si no pudiera creer lo que estaba ocurriendo. Chocó contra la cama y cayó sentada en ella mientras Shelly se le unía en sus gritos y Greg tiraba de su brazo hacia la puerta.

—¿Sabes lo harta que estoy de oírte? —Ocho dio dos pasos hacia Diez, que apretaba las manos en torno a su cuello, tratando de detener de forma inútil la sangre que salía a borbotones—. Siempre con quejas: «Esto no me gusta, aquí nos vigilan, la comida es un asco». Eres realmente maleducada, no sé si te lo habían dicho antes, pero me moría de ganas de hacer esto.

Alzó el cuchillo de nuevo. Diez se encogió al verla y trató de hablar, pero solo logró farfullar una serie de sonidos ininteligibles.

—¡Gwen! —exclamó Shelly, con voz horrorizada—. ¿Qué estás haciendo?

La joven detuvo su brazo y ladeó la cabeza para mirarlos.

—¿Qué estoy haciendo? Nada, facilitar un poco el trabajo aquí. De vez en cuando hay chicos que se enquistan y no van hacia adelante ni hacia atrás.

Shelly negó con la cabeza, sin comprender sus palabras. Retrocedió al son que le marcaba Greg, igual de horrorizado, mientras veía cómo Ocho, la angelical rubia de rizos, asestaba una puñalada tras otra a Diez hasta convertirla en un guiñapo sangrante. Las sábanas se tiñeron de rojo a la misma velocidad que la joven perdía la vida entre gorgoteos.

Greg abrió la puerta de un tirón y los dos salieron al pasillo a toda prisa. De repente, ya no parecía importante guardar silencio ni discreción, solo alejarse lo más posible de Ocho, que silbaba una canción.

—No tiene sentido que corráis —dijo, a sus espaldas—. No vais a salir de aquí, vamos, eso os lo digo yo.

Los dos se sobresaltaron al oír su voz y se dieron la vuelta de nuevo. Ocho permanecía en el otro extremo del pasillo, limpiando la sangre que goteaba del cuchillo en su pijama. Sonreía como si fuera una niña pillada en medio de una trastada, sin parecer en absoluto arrepentida.

Shelly se agarró a Greg, sin poder creer lo que sucedía. ¿Acaso Gwen había perdido la cabeza? Dios, si era una chica tan dulce y tranquila...

—Siete —dijo la voz de Cuidadora a sus espaldas.

Shelly dejó de mirar a Ocho, que daba pasos cortos en dirección a ellos, descoordinados como si no tuviera claro el camino y sin dejar de canturrear una canción infantil.

—¿Qué está pasando? —preguntó, sin soltar el brazo de Greg.

Este no quitaba ojo a Ocho, quien había demostrado ser peligrosa pese a su aparente fragilidad. Ella le devolvió la mirada, sin quitar la sonrisa de sus labios ni dejar de avanzar.

—Ocho nos ha dado el aviso —informó Cuidadora—. Ya sabes que no se puede salir de las habitaciones por la noche.

—¡Pero ha matado a Diez! —gritó Shelly—. ¡Con ese cuchillo!

Cuidadora miró a Ocho, que se encogió con cara risueña. De nuevo la niña pillada in fraganti robando galletas, la expresión ladina de su cara dejaba entrever que no era la primera vez que lo

hacía. Se encogió de hombros, balanceándose de un lado a otro.

—He sido buena, he pulsado el botón del cajón al sacar el cuchillo —dijo.

—Ocho tiene ciertos problemas. —Cuidadora se acercó a ella—. Ven conmigo ahora mismo y te llevaré a tu cuarto.

—¿Cómo que tiene problemas? —gritó Greg—. ¿Es que no vais a detenerla? ¡Te repito que ha apuñalado a Diez, y un montón de veces!

—¿Detenerme? —Ocho se echó a reír—. Cómo van a hacer eso, si soy los ojos y los oídos de este sitio. Sin mí no se enterarían de la mitad de las cosas que se cuecen entre la gente. Controlo el rebaño para que todo salga bien... y a veces tengo deslices.

Greg se quedó sin habla, al igual que Shelly. Ella la miró, otra vez desencajada. ¿Los ojos y los oídos de aquel lugar? ¡Con razón Cuidadora y los demás siempre iban un paso por delante de ellos! Ya tenían dentro a alguien que les informara de absolutamente todo lo que hablaban y compartían.

Recordó la historia que Ocho le había relatado, el episodio del lápiz. Y al ver su gesto de satisfacción y sus ojos, un poco perdidos, comprendió que la historia era cierta, y también que disfrutaba. Ahora entendía lo de las manchas en las paredes... No eran pintura roja, eran de alguna otra víctima de aquella locura.

—¡Estás enferma! —escupió.

—Ya he estado en tratamiento, ¡es evidente que no me ha servido de nada!

—Siete. —Cuidadora llegó hasta ella y la agarró del brazo—. Será mejor que vengas conmigo inmediatamente.

Por primera vez desde que la conocía, Cuidadora parecía preocupada. ¿Acaso eran incapaces de controlar a Ocho, una vez iba cuchillo en mano? No podía creerlo. Con la cantidad de vigilancia, uniformes morados...

—¿Vosotros le permitís hacer esto? —murmuró, dándose cuenta de que estaba verbalizando una obviedad.

—Ocho es una buena chica —explicó Cuidadora—. Es cierto que tiene un pequeño punto de sadismo, pero lo saca muy de cuando en cuando. Su trabajo aquí es valioso, puesto que genera un clima de confianza entre el personal y al mismo tiempo consigue que la mayor parte respete las normas y cumpla los programas.

—Oh, Dios mío...

Greg la agarró del brazo libre y entonces fue consciente de cuánto había avanzado Ocho. La tenían a tan solo un par de metros, lo suficiente para observar cómo de reluciente había dejado el cuchillo, y cómo de desquiciados se veían sus ojos sin la máscara de normalidad que la chica se aplicaba a diario. Tenía sangre en las mangas y el cuello, pequeñas salpicaduras en la cara y... parecía feliz.

Dios, parecía tan feliz.

—Ocho, es suficiente por hoy. —Cuidadora elevó la voz—. Recuerda las reglas.

La rubia curvó los labios en una mueca de falsa desilusión. Era obvio que habían jugado a ese juego más veces, porque siguió con su canturreo y pasando el cuchillo de una mano a otra. Le devolvió la mirada a Cuidadora y entonces levantó la mano y estiró un dedo.

Uno.

Cuidadora permaneció quieta unos segundos, los ojos inexpresivos, y finalmente asintió.

Tiró de Shelly con fuerza para apartarla del pasillo, casi llevándola a rastras mientras ella se resistía. Oyó los gritos de Greg y algo se rompió en su interior al saber que el joven nunca saldría de allí, jamás podrían verse fuera de la granja.

Trastabilló y estuvo a punto de caer al suelo, pero Cuidadora la sujetó a tiempo.

—¡Déjame! —gritó ella—. ¡Estáis locos, sois todos unos asesinos despreciables! ¡Déjame, qué importa morir de un modo u otro!

—Sí importa.

Sin fuerzas, Shelly dejó que Cuidadora la llevara a rastras hasta su habitación. Una vez allí, esta la empujó a la cama y sacó un estuche pequeño del bolsillo de su uniforme.

—Has permitido que mate a Greg —sollozó Shelly, cerrando los ojos con fuerza—. ¿Por qué?

—Cuando Ocho tiene un episodio psicótico no es fácil de controlar.

—A nadie le importa. —Shelly notó el temblor en su voz al decir aquella cruda realidad.

—Cálmate.

Preparó una jeringuilla, esperando que la joven tratara de impedir la sedación. Pero Shelly continuaba con los párpados apretados, sin dejar de llorar, y no hizo ningún gesto para deshacerse de ella cuando le pinchó el calmante.

Poco a poco, su pecho dejó de agitarse y los latidos de su corazón disminuyeron hasta alcanzar un ritmo pausado. Cuidadora la metió en la cama y fue en busca de una toalla para limpiar las lágrimas de su cara; después, la cubrió con las sábanas para asegurarse de que estaba cómoda.

Pasó un dedo de forma suave por su mejilla, con un suspiro.

—¿No podías seguir el programa sin más? —murmuró, con voz suave.

Shelly se alejó, arropada por las drogas y el agotamiento.

DÍA 31

Cuando despertó, se encontró con que había demasiada luz en la habitación. Eso significaba que era tarde y que nadie la había avisado para el desayuno, dejando que descansara. Lo primero que pensó fue en el programa, pero de pronto no parecía tan importante. Después de lo sucedido la noche anterior— ¿un mal sueño?—, todo había dejado de importar. Ahora que por fin sabía la verdad, daba lo mismo cómo se comportara o si seguía el programa, dado que de ninguna de las dos maneras saldría de allí.

Se metió bajo la ducha como un autómata y allí permaneció hasta que notó que su cuerpo estaba helado. Se secó cuando el frío resultó insoportable y se puso el uniforme, sin preocuparse de si estaba arrugado o limpio. Daba igual.

Cuando al fin estuvo preparada para abrir la puerta, encontró a Miss Robot aguardando al otro lado.

—Ven conmigo. Tienes que ir al comedor.

Shelly la siguió sin responder. Su corazón se había acelerado al escuchar la palabra «comedor», solo pensar que podía cruzarse con Ocho allí...

Pobre Greg. Lo había escuchado gritar mientras Cuidadora la sacaba por la fuerza del pasillo, presumiblemente para ponerla fuera de peligro. ¿Qué importaba morir de un modo u otro? Según ella, si importaba. Quizá tuviera razón, pero eso no aplacaba el dolor.

Se detuvo de golpe. Miss Robot tardó un momento en notar que no la seguía, y al advertirlo regresó sobre sus pasos.

—No tengo hambre.

—Debes venir igualmente.

—Pues arrástrame tú.

Un pequeño gesto apenas imperceptible en el rostro de Miss Robot le demostró a Shelly que no era ninguna máquina. Sacó un pequeño aparato que llevaba en el bolsillo y apretó un botón. ¿Seguridad? ¿Más uniformes morados?

Cuidadora no tardó en aparecer. Se aproximó a Miss Robot y ambas intercambiaron unas palabras. Al final, la primera le dio un toque en el hombro para que se marchara, y se acercó a Shelly.

—¿No quieres comer? —preguntó.

—Necesito respuestas.

La mujer esperaba algo así, porque afirmó.

—Ven. —Cuidadora alargó el brazo—. Demos un paseo. Hace un día precioso, es buen momento para salir.

Durante unos minutos, ninguna abrió la boca mientras salían a la cálida brisa primaveral. Shelly observó la valla a lo lejos, imaginando que podía atravesarla.

—¿Por qué? —preguntó al fin, aturdida.

—Por la escasez —respondió Cuidadora—. El hombre ha abusado de todo desde el momento en que puso los pies en la tierra. Hace mucho que se agotaron los recursos, de forma que el gobierno tuvo que tomar otras medidas.

—¿Y esas medidas son asesinar a inocentes?

—No sois exactamente inocentes... sino jóvenes complicados, con problemas de conducta, drogas o psicopatías. Sois personas cuya reinserción es ya imposible.

—Pero... pero... mis padres no...

—Vuestros padres son quienes nos contactan —la voz de Cuidadora se volvió amable, casi tierna, y sonrió por primera vez—. Siempre asegurándonos de que estéis bien, relajados, tranquilos, que vuestros últimos días sean los mejores. No queremos un sufrimiento innecesario.

Shelly recordó su pensamiento sobre el matadero. No había estado alejada de sus suposiciones.

—Solo hasta el día de la matanza —terminó.

Cuidadora se encogió de hombros.

—Será rápido, número Siete. Un corte en el cuello y listo... No se tarda mucho en ser desangrada.

—¿No podéis anestesiarme o algo así?

—Se perdería la calidad de la carne. Aquí todo lo hacemos a la antigua usanza.

—¿Y la gente compra esto, aún a sabiendas de que...?

No tuvo fuerzas para terminar la frase. Sí, por supuesto que la gente lo compraría. Muchos incluso optarían por ignorar de dónde provenía; a otros directamente les daría lo mismo saber que consumían carne humana. Anestesiados contra todo, la humanidad cerraba los ojos para no ver lo que no les gustaba.

Y ella... ella era problemática, tanto que sus padres habían decidido deshacerse de su presencia, entregándola como ofrenda a una sociedad enferma.

Si pudiera hablar con ellos, dejar que leyera sus cartas, esas misivas que demostraban que ya no era esa chica de la que tanto deseaban deshacerse. Que tenía amor para ellos, ganas de vivir, cosas que compartir, deseos por cumplir. Pero no podía. Era tarde.

Pensó en Greg, en sus esperanzas de futuro, en cómo todo había desaparecido en un gran charco de sangre. Entonces las palabras de Cuidadora sobre una muerte fácil calaron en su cerebro. Ella no sufriría, pero...

—¿Y qué ha pasado con Greg? —susurró—. No ha muerto en paz precisamente. Ni Diez, ¿qué ha sido de ellos?

—Cuando dejamos a Ocho ocuparse, disponemos de esa mercancía de otra forma. Interna, digamos.

Shelly notó el comienzo de una náusea, pero pronto desapareció. Era tanto lo que asimilar que se veía que a su cuerpo le daba igual esa información adicional. Y ella pensando que estaba comiendo ternera... Claro que también había creído que saldría de allí y eso no ocurriría.

Shelly aspiró el olor del cálido aire primaveral, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Tras llorar un rato, al fin la congoja fue remitiendo con suavidad. Se cogió del brazo de Cuidadora para continuar el paseo.

—¿Prometes que no me dejarás sola hasta que llegue mi hora?

—Sigue siendo primavera, Shelly. Y yo estaré a tu lado hasta que termine.

FIN

Con el corazón aún latiéndole con fuerza, Penelope cerró el libro y lo sostuvo un momento entre sus manos. Había desarrollado el hábito de visualizar a los personajes de las historias que leía, y las imágenes de la macabra cámara frigorífica todavía estaban vívidas en su mente.

Estaba segura de que aquel era exactamente el tipo de novela que el reverendo Moore jamás habría aceptado en la biblioteca municipal, por encontrarla salvaje y, posiblemente, inspirada por el propio Satanás. Así era él: un hombre obtuso regido por una línea de pensamiento aún más

obtusa, que le llevaba a una puerta al final del camino sin dejarle ver las ventanas que se abrían a lo largo del pasillo. Y su esposa, Harriet, no era muy distinta a él.

En momentos como aquel, se sentía orgullosa del trabajo que había realizado para nutrir el escondite del segundo piso de toda aquella literatura libre que, a su manera, le devolvía parte de su esfuerzo en forma de íntima satisfacción.

Meditando sobre un distópico futuro caníbal y sus posibles consecuencias para la especie humana, todavía tardó en conciliar el sueño, que no fue profundo ni reparador. Cuando los rayos del sol la despertaron, tuvo la sensación de que apenas acababa de cerrar los ojos; y así había sido, ciertamente.

PARTE II

El despertador sonó a su hora, y Penelope sopesó la posibilidad de ir a trabajar un poco más tarde. ¿Quién se daría cuenta, si casi nadie visitaba la biblioteca? Sin embargo, enseguida descartó semejante nivel de autocomplacencia. En el tiempo que llevaba siendo la bibliotecaria de Battle Hollow, solo una vez había faltado a sus obligaciones, y se había debido a una fuerza mayor: su apéndice.

De modo que, respirando para infundirse ánimos, se desperezó y se obligó a caminar hasta la cocina, donde se preparó algo de desayunar antes de meterse en la ducha. A las nueve en punto estaba ante la puerta del vetusto edificio, dispuesta a descerrajarla por tres veces.

—Buenos días, señorita Penny —dijo una voz a su espalda.

—Buenos días, Arthur —respondió ella, dedicando una hermosa sonrisa al jefe de policía—. ¿Qué tal Cindy y los niños?

—Estupendamente, gracias. Ya casi hemos conseguido dormir cuatro horas seguidas...

Penelope volvió a sonreír. No era la primera vez que Arthur mencionaba el hecho de que, desde que los niños habían nacido, sus noches se habían convertido en una tortura de insomnio.

—Eso es fantástico. Cuando menos lo esperéis, serán seis. Y luego...

—Oh, querida —dijo entonces él—, espero ese día con impaciencia. ¿Qué tal te van a ti las cosas?

—No puedo quejarme.

—La señora Moore dice que, tal vez, trabajas demasiado —repuso el hombre, visiblemente incómodo.

—¿Demasiado? No entiendo a qué te refieres...

—Verás —se interrumpió, algo avergonzado—. Dice que anoche te vio salir de la biblioteca ya tarde y... bueno, ya la conoces. Me ha sugerido que te pregunte si consideras prudente caminar sola en mitad de la noche.

—¿Ella te ha sugerido eso? —pregunto Penelope, incrédula—. ¿Cuándo?

—Esta mañana —confesó él—, a primera hora.

—Oh, Dios mío... Verás, Arthur —explicó la mujer, contrariada—, anoche me entretuve escogiendo un libro de lo más interesante. ¿Sabes?, leer es un hábito saludable que enriquece el intelecto y agiliza la mente. Y, que yo sepa, no está prohibido. Eso es todo lo que ocurrió, la razón por la que se me hizo un poco tarde.

Arthur sostenía la gorra de su uniforme entre las manos y parecía a punto de retorcerla. La señora Moore era la esposa del reverendo y toda una autoridad en Battle Hollow, extraoficialmente hablando. Todos sabían lo inconveniente de desoír sus sugerencias: a nadie le interesaba ganarse la animadversión del reverendo. Tan solo por ese motivo, el jefe de policía se había visto forzado a ponerse en evidencia ante la joven bibliotecaria, que ahora lo miraba con cierto recelo, debido a la evidente intromisión en su vida privada. Al fin y al cabo, era una mujer libre, trabajadora y, como todo el mundo sabía, formal.

—Lo siento mucho, señorita Penny —se disculpó el hombre—. Yo...

El gesto del policía ablandó a la bibliotecaria, que recompuso la sonrisa y trató de quitarle

importancia al asunto.

—No te disculpes, Arthur. Al fin y al cabo, ¿qué haríamos si tú no velaras por nuestro bienestar?

Aquellas palabras bastaron para contentar al hombre, que se despidió mucho más tranquilo.

—Bien, si todo está en orden —dijo—, la dejo trabajar tranquila. Y... —añadió, en el último momento—. Cuente conmigo si alguna vez necesita algo.

—Descuida, Arthur. Así lo haré.

Una vez dentro de la biblioteca, Penelope recuperó el gesto hosco que la actitud controladora de la señora Moore le había provocado. ¡Maldita chismosa! ¿Por qué no se ocupaba de sus propios asuntos?

Sospechaba que aquella intromisión se debía al tira y afloja que el reverendo y ella misma mantenían en torno a ciertos libros, pero el hecho de que la mujer se hubiera presentado en la comisaría para informar de sus idas y venidas... Aquello superaba ampliamente los límites del respeto cívico, y hasta de la más elemental educación.

Penelope se dijo que ya pensaría si tomar o no cartas en el asunto. Por el momento, tenía que ocuparse de mantener su biblioteca perfectamente inmaculada, y a eso dedicó la mayor parte de la mañana.

A media tarde, mientras pasaba el plumero por las estanterías del piso de abajo, la bibliotecaria recibió una visita más inesperada que el fantasma de la Navidad del pasado. El señor Miller, alcalde de Battle Hollow, se presentó ante ella luciendo la misma sonrisa simplona con la que agasajaba a toda persona que se cruzaba en su camino.

—Señor Miller —le saludó Penelope—, ¿a qué debo el placer de su visita?

—El placer es siempre mío, señorita Cartwright. Siento molestarla —añadió de forma ridícula, puesto que allí no había nadie más que ellos dos—, pero lo cierto es que me gustaría consultar cierta información.

—Usted dirá —respondió la joven, con su mejor y más profesional expresión.

—Verá, se trata de un asunto... viejo, por decirlo de alguna manera.

—¿A qué se refiere?

—Lo cierto es que, si no tiene inconveniente, me encantaría consultar la hemeroteca...

La frase quedó suspendida en el aire, mientras Penelope digería las palabras una por una, con tanto desagrado como hastío. Richard Miller era un hombre tosco, embrutecido por un trabajo en el campo que, gracias a la prosperidad, había conseguido dejar atrás. No podía decirse lo mismo de algunas de sus costumbres, como tampoco de aquellas enormes manos que ahora sembraban el caos donde antes habían sembrado hectáreas de tabaco. Por todos esos motivos, la joven se echaba a temblar cada vez que el alcalde se aparecía por allí y solicitaba su, por otra parte, legítimo derecho a visitar una zona de la biblioteca de la que ella no era más que fideicomisaria.

—Comprendo —fue su escueta respuesta—. ¿Puedo preguntarle qué noticia es depositaria de su interés personal?

—No es que eso importe —adujo él, ante la reticencia de la mujer—, pero supongo que podría decírselo si le genera mucha curiosidad...

—Hágalo, por favor —masculló Penelope, buscando cualquier excusa para retrasar el momento inevitable en que aquel hombre pusiera sus zarpas en los periódicos que ella tanto se afanaba en conservar.

—Se trata de una desaparición —informó entonces el alcalde—. Ocurrió aquí, en el pueblo, hará unos tres años. No sé si recordará...

Penelope supo al instante de quién estaba hablando. Battle Hollow era tan pequeño que aquella había sido la noticia del año: el viejo Spencer Olson, un ganadero que vivía en una pequeña granja de las afueras, había desaparecido sin dejar rastro un día de primavera. Por aquel entonces, Penelope ya era la bibliotecaria y recordaba perfectamente al señor Olson: un vejete con gafas de pasta negra que solía pasar algunas tardes allí, leyendo libros sobre la historia de la Confederación. Había sido tan repentino... Un día estaba allí y, al otro, nadie había vuelto a saber de él. Todo el pueblo había estado conmocionado por aquello durante semanas, y ahora el alcalde venía a desenterrar a su fantasma con su habitual falta de tacto —y de escrúpulos—. Lo peor de todo era la impotencia de saber que estaba en su derecho.

—Creo que ya conoce el procedimiento —dijo Penelope.

—Si es tan amable de abrir la puerta del lavabo —respondió el hombre, con una sonrisa de satisfacción, antes de entrar al pequeño aseo en el que iba a eliminar de sus manos todo resto de suciedad traída del exterior.

Penelope lo esperó fuera, por supuesto, y después lo acompañó hasta la puerta detrás de su escritorio, donde se detuvo de forma solemne antes de abrir.

—Le ruego que respete las normas —le dijo entonces, compungida como si estuviera segura de que eso no ocurriría.

—Vamos, vamos —respondió él, ufano—. No tengo intención de romper nada ahí dentro. No son más que periódicos viejos —añadió, para granjearse el rencor eterno de una mujer que era la mayor y más cuidadosa amante de la letra impresa.

Y así, el señor Miller entró en el santuario de Penelope dispuesto a encontrar lo que buscaba; algo sencillo, por otra parte, habida cuenta del meticuloso orden que ella mantenía en el interior de aquella sala fría y estanca. Cuando ella le ofreció un par de guantes de vinilo de una caja de cartón que descansaba en un pequeño mostrador junto a la puerta, resopló con una reticencia que enseguida se vio barrida por la inquisitiva y resuelta mirada de la mujer.

—Las normas son las normas —dijo Penelope, quien aún sostenía los guantes azules ante él.

—Todo esto me parece excesivo, francamente —refunfuñó Miller, mientras se los arrebatava para enfundar sus manos en ellos.

—Bien, así está mucho mejor —asintió la bibliotecaria cuando el hombre le mostró las manos, libres de agentes contaminantes—. ¿En qué fecha dice que sucedió la desaparición?

—El quince de marzo, hace tres años.

—Entonces, el periódico correspondiente estará entre este montón de aquí —señaló la mujer, con seguridad—. Haga el favor de sacarlos todos y llevarlos fuera, a la primera mesa.

Miller obedeció por segunda vez, visiblemente molesto por que su autoridad como alcalde se viera en entredicho ante una simple funcionaria pública. Tomó los periódicos y los depositó donde ella le había indicado: en una mesa perfectamente a la vista de su propio escritorio. ¿Acaso había pensado que le permitiría ojearlos lejos de su supervisión? Nada de eso, ella jamás sería tan negligente.

Una hora después, Miller había curioseado la mayoría de los ejemplares, encontrado el que buscaba y examinado con interés cada una de sus páginas, incluso las de deporte. Penelope había estado a punto de ofrecerle un lápiz, por si sentía deseos de rellenar el crucigrama; no obstante, se había abstenido: no lo veía capaz de captar un sarcasmo de tal magnitud y, por otro lado, él siempre llevaba un bolígrafo con prendedor de oro, a juego con el alfiler de su corbata, en el bolsillo de la camisa. La bibliotecaria esperaba que no sintiera la tentación de usarlo para garabatear en sus periódicos, aunque permaneció atenta para poder evitarlo hasta que él terminó

sus pesquisas y se levantó con parsimonia de su asiento.

—Ya tengo todo cuanto necesitaba —le dijo, tras aproximarse a su mesa y hacer ademán de quitarse los guantes.

—En ese caso —respondió ella, con un gesto que detuvo al hombre—, le sugiero que vuelva a ordenar los periódicos y que los deje donde los ha encontrado.

—¿No es ese, su trabajo, señorita Cartwright? —dijo el hombre, rojo de ira.

—¿Y no ha de ser usted, como alcalde, el primer ejemplo de orden y civismo para todos los ciudadanos y ciudadanas de Battle Hollow? Está bien —añadió Penelope, haciendo ademán de levantarse—, quizá sea demasiada responsabilidad colocar unos periódicos en una estantería...

—No se moleste —bufó Miller—, soy perfectamente capaz de hacerlo, gracias.

—A usted, señor Miller.

Mientras el alcalde se adentraba de nuevo en la hemeroteca para hacer lo que, efectivamente, era un trabajo de la bibliotecaria, ella se preguntó de dónde le habría nacido aquel afán por tener la última palabra. Quizá se debiera a que Richar Miller la molestaba con sus maneras bruscas y su desdén por las normas. Nunca había soportado a las personas que se amparaban en un cargo para hacer realidad sus más estúpidos caprichos. Tal vez por eso se mostraba con él más severa que con cualquier otra persona.

Estaba distraída en aquellos pensamientos cuando escuchó unos golpes sordos en el interior del almacén de periódicos. Seguido de estos, la voz de Miller la sobresaltó.

—¿Qué demonios hay tras esta pared? —preguntó, alzando la voz de forma inaudita en una biblioteca.

Penelope se apresuró a levantarse y acercarse hasta el alcalde, a quien encontró golpeando de nuevo el fondo de la hemeroteca con los nudillos.

—No tengo la menor idea —respondió la señorita Penny, tras comprender a qué se refería—. Esa pared siempre ha estado ahí. Imagino que detrás habrá una cámara de aislamiento, o algo así.

—¿Aislamiento? —repitió el hombre, con cierta incredulidad.

—Sí, ya sabe, unos centímetros de vacío para evitar que la humedad...

—Ya sé lo que es un aislamiento —la interrumpió, desagradable.

—Entonces, ¿por qué ha preguntado? —dijo ella, molesta.

—No importa... Volveré en otro momento, si no es inconveniente. —Miller se despidió y se quitó por fin los guantes azules, que depositó en la papelera que había junto al escritorio de la bibliotecaria. Parecía haberse rendido, quizá convencido de que su escasa simpatía por aquella mujer acabaría pasándole factura.

—Aquí me encontrará, dispuesta a ayudarlo. —Penelope ni siquiera lo miraba, ya. De espaldas al alcalde, estaba cerrando con llave la puerta de la hemeroteca. Cuando hubo terminado, suspiró de alivio de manera casi imperceptible. Él ya se había encaminado hacia la salida, y ninguno de los dos dijo nada más.

Recuperados el silencio y la paz en la sala, se sentó a su mesa, por fin. Aquella tarde no llovía, pero el cielo estaba totalmente cubierto por oscuros nubarrones que la habían obligado a encender de nuevo más luces que de costumbre.

Tener a Miller husmeando en sus dominios —y haber pasado la noche en vela— le había producido un dolor de cabeza tenue, aunque persistente, y Penelope dudaba entre aliviarlo con un Tylenol o tratar de que serenarse lavándose la cara con agua fría y ocupando su mente en algo que la distrajera. Poco amiga del abuso de los medicamentos, optó por lo segundo: a pesar de que la falta de sueño empezaba a hacer mella en su capacidad de concentración, decidió que aquel era un momento estupendo para escoger otra lectura. Después de todo, no tenía por qué terminarla de una

vez, nadie la estaba vigilando.

Ese pensamiento le arrancó una sonrisa. Solía pensar que su abuelito siempre la vigilaba desde el más allá, pero estaba segura de que su espíritu guardián no se involucraría en algo tan poco importante como la cantidad de páginas de un libro que ella devorara en su tiempo libre. Los espíritus de los difuntos estaban para evitar que a una le pasaran cosas malas, no para promover campañas por el fomento de la cultura.

Le echaba de menos. Siempre se habían entendido a la perfección y, en su corazón, su abuelo había sido tan importante para ella como su propio padre. Lástima que el Señor se lo hubiera llevado tan pronto...

Entristecida por los recuerdos, Penelope suspiró y fue andando hacia la escalera ruinosas. Despacio, comenzó a subir los peldaños sin olvidarse de esquivar el tercero, que era el más frágil de todos. «Una cadena es tan fuerte como el más débil de sus eslabones...». Ahí estaba otra vez, la voz de aquel hombre que, con cada palabra, transmitía cuanta sabiduría atesoraba.

Al llegar arriba, se dirigió con decisión al mismo estante del que había sacado el libro que la había tenido toda la noche en vela. No pensaba dejarse engatusar de ese modo otra vez, pero la lectura le había gustado y sentía la necesidad de continuar con otra historia. Con entusiasmo, se colocó ante los libros y esperó, emocionada, a que alguno saltara a sus manos.

Esperó y esperó, pero no pasó nada.

¡Por supuesto que no, qué gran absurdo! ¿Acaso había dado por supuesto que cada vez que lo deseara volvería a suceder una proeza semejante? No todos aquellos libros eran iguales y, por tanto, no todos tendrían la misma forma de llegar hasta sus manos. Tenía que pensar en una alternativa, otra manera de que alguno de ellos se comunicara con ella.

Con delicadeza, comenzó a pasar el dedo índice por el lomo de los libros. Todos estaban suaves, impecables y perfectamente alineados; ella se encargaba a diario de que así fuera. Al llegar a la mitad de la segunda balda, su dedo tropezó con uno que estaba fuera de su lugar. Era imperceptible a la vista, pero no al tacto, y Penelope supo, sin ninguna duda, que la estaba esperando.

—Ven conmigo, entonces —le dijo, y lo extrajo de la fila con suavidad, de forma que ninguno más que él se movió de su lugar.

Susurros de muerte parecía, a juzgar por su portada, una breve novela policíaca. Aunque nunca se sabía: una siempre podía encontrar más, mucho más de lo que esperaba, cuando se daba un paseo por las páginas de un libro.

Sin siquiera volver al piso de abajo, la mujer se disponía a acomodarse en el suelo y comenzar a leer cuando el teléfono —un trasto arcaico que el conserje pluriempleado del ayuntamiento había ido a instalar allí en su día y que apenas había sonado en cuatro años— comenzó a emitir aquel sonido desvaído suyo que hacía que pareciera a punto de quebrarse en pedazos.

Como ciudadana responsable, Penelope Cartwright nunca se negaba a participar en una encuesta: cada persona era importante cuando se quería mantener el buen funcionamiento del país, y ella quería, por descontado. El único problema de tanta conciencia social y política fue que, respondiendo a aquella ingente cantidad de preguntas, se le fue la tarde y, para cuando colgó el viejo trasto, ya era hora de cerrar.

Penelope se había prometido que no se iba a privar de otra noche de sueño. Para asegurarse de cumplir esa promesa, tuvo que tomar medidas drásticas y desesperadas: no se llevaría el libro a casa. De lo contrario, sabía que no sería capaz de resistirse a su llamada silenciosa. En cuanto el reloj marcó la hora en que terminaba su jornada laboral, se marchó a casa, donde se dejó caer en la cama y durmió con placidez toda la noche.

Al amanecer del día siguiente, las ganas de desayunar la despertaron y, tras una vivificante ducha fría, volvió a la biblioteca.

Los nubarrones del día anterior se habían disipado y el sol brillaba con modestia, aunque de forma constante. Era uno de esos días en los que bastaba con sentarse cerca de una ventana para poder leer con luz natural, y eso fue exactamente lo que hizo:

SUSURROS DE MUERTE^[2]

UNO

Los habitantes de Athea Town nunca pensaron que algo así podría pasar en un pueblo tan pequeño, tranquilo y, hasta entonces, seguro. La aparición de un cadáver en el gimnasio del John Huxley High School había puesto muy nervioso a todo el pueblo, sobre todo cuando supieron que se trataba de la pobre Katherine, una de las alumnas que estudiaban allí.

Cinco mil habitantes no eran demasiados, cierto, pero se lo estaban poniendo bastante difícil al sheriff Twins: nadie parecía dispuesto a dar mucha información sobre lo que la joven había hecho en el día de su muerte.

—¿Has descubierto algo nuevo sobre el caso? —le preguntó Anna, su mujer, mientras le ponía el café medio frío encima de la mesa de la cocina—. Una desgracia muy grande para esa familia... —añadió, como hablando para sí misma.

—Lo sé —suspiró el hombre—. Nada nuevo, todavía. Nadie quiere hablar sobre lo que pasó ese día en el instituto y sus padres lloran y lloran, sin dejarme claro el tipo de relación que tenían con ella.

—Recuerda cómo era Juliet a su edad, y lo poco que nos contaba sobre lo que hacía con su vida. Los dieciséis años son muy críticos para todos los jóvenes, y es casi imposible explicar la relación que se tiene con ellos sin quedar como unos malos padres.

—Me tengo que marchar, cariño —respondió él, apurando el café. Al fin y al cabo, no le estaba permitido compartir información confidencial con nadie, ni siquiera con ella, así que decidió que la charla durante el desayuno se daba por terminada.

Su mujer le dio un beso en la mejilla y se puso a hacer las labores de la casa. Albert le echó un vistazo: tenía el pelo negro agarrado en una coleta y un camisón que dejaba entrever aquel trasero respingón que tanto le gustaba. Antes de cerrar la puerta, el sheriff se giró para mirarlo, sonrió de forma pícaro y pensó que, a pesar de los años, ella se conservaba muy bien.

Además de su indescriptible trasero, Albert se había enamorado de ella por sus muchas cualidades positivas. Él mismo había sido un joven deseado por muchas mujeres del pueblo: era alto y corpulento, el típico hombre que con solo verle sabes que va a cuidar de ti pase lo que pase; y tenía unos ojos azul claro que parecían infinitos. Había llegado al pueblo hacía años para ocupar el puesto de sheriff y, en el momento en que pisó la comisaría, todas las mujeres solteras de Athea Town habían soñado con que les pusiera las esposas —en sentido figurado, la mayoría— para siempre. Anna, por su parte, fue la única que no le hizo caso hasta que la llevó al altar y le dio el sí definitivo. Todavía podía recordarla con su vestido blanco y un velo que la hacía parecer... No sabía qué, pero era una imagen resplandeciente en su memoria. A pesar de llevar veinticinco años casados, seguía sintiendo por ella el mismo deseo que el día en que la conoció. Y los años le habían demostrado, además, que era una compañera leal, cariñosa e inteligente. Más, mucho más de lo que nunca hubiera soñado encontrar.

Se dirigía hacia la comisaría sonriendo sin darse cuenta, cuando vio a dos de las compañeras de clase de Katherine. Rápidamente, apagó las luces del coche patrulla para que no se pusieran nerviosas por su presencia y, sin dudar, se acercó hasta ellas. Detuvo el vehículo, bajó la

ventanilla y les dedicó una mirada tranquilizadora. Por Dios que no quería espantarlas.

—Hola, chicas —Erika y Mady frenaron en seco y le dedicaron una sonrisa tan radiante que a Albert le pareció que escondían algo—. Me gustaría que me contarais dónde estabais el día que murió Katherine, así que me pasaré por vuestras casas en estos días.

—Pero... —fue a responder la primera.

—Decídselo a vuestros padres, por favor.

No les dio tiempo a contestar nada más y arrancó el coche, otra vez camino a la comisaria. No obstante, era perro viejo y, mientras se alejaba, les echó un ojo por el retrovisor. Así, pudo comprobar que Erika cogía el teléfono y Mady comenzaba a morderse las uñas. Albert sonrió al verlo: no había mejor forma de inquietar a un adolescente que decirle que iba a hablar con sus padres.

Al llegar al trabajo, el día se había aclarado del todo y, aunque el sol brillaba con fuerza, se notaba que el invierno estaba a punto de llegar. Un escalofrío le subió por la espalda al salir del coche y no dudó en subir corriendo las tres escaleras que daban acceso a la puerta de la vieja comisaria.

—¿Qué tal jefe? —Jason, con una gran sonrisa y expresión emocionada, se acercó a él con un café del Fontanus. A Albert le encantaba aquel sitio por dos razones: allí era donde había conocido a su mujer y, por otro lado, el café que servían era mucho mejor que el que ella preparaba en casa.

—Buenos días, ¿a ti que te pasa? —le dijo, a la vez que se sentaba en su asiento de cuero desgastado—. No me digas que tienes alguna pista del asesinato...

—No —respondió. Albert suspiró y se relajó mientras le daba un sobo al café—. Sin embargo, ha llegado a mis oídos que una de las chicas, compañera de clase de Katherine, tuvo una discusión muy fuerte con ella: por su novio, si no he entendido mal.

—¿Katherine le quería quitar el novio? —preguntó Albert con incredulidad, poniendo los ojos en blanco. Le parecía una soberana tontería insinuar que hubieran matado a la chica por algo tan estúpido—. Absurdo, tiene que haber algo más que eso, solo que no lo hemos encontrado.

—Por algo hay que empezar, ¿no le parece?

Albert asintió con la cabeza: sabiendo que no tenía ninguna pista mejor para empezar a investigar, tenía que agarrarse a lo que fuera. Jason cogió aire al darse cuenta de que, por una vez, el jefe no le había cortado las alas.

—He pensado que podría pasarme ahora mismo por el instituto y hacer algunas preguntas, a ver si saco algo en claro...

—Claro, ¿por qué no? —le autorizó, sin mucho entusiasmo.

El sheriff miró a su ayudante mientras se marchaba. No podía evitarlo, Jason le recordaba a él mismo unos años antes, cuando llegó al pueblo. Corpulento y con gran presencia, tenía una expresión agradable en la cara; qué demonios, hasta pensó que era guapo, más de lo que había sido él en su juventud. Sus ojos mostraban la nobleza que había en su interior y esa podía ser la razón por la que todas las jovencitas estuvieran siempre pendientes de él. Quién sabía, quizá había llegado el momento en que el tópico de chico malo pasara a la historia de una vez por todas y, por fin, los buenos empezaran a ganar alguna que otra partida.

Albert consideró que todavía era muy temprano como para ir a casa de las chicas, y pensó que lo mejor sería ir con Jason al instituto. Así que volvió a levantarse, bebió de un trago lo que le quedaba del café y se apresuró a salir tras él antes de que arrancara el coche y lo dejara atrás sin remedio.

Los alumnos del John Huxley formaban grupos y hablaban de lo sucedido a Katherine. Realmente, nadie lloraba su muerte, aunque algunas de las chicas se debatían entre una expresión de tristeza y otra de miedo, alternativamente. Albert y Jason caminaban uno al lado del otro por los anchos pasillos del instituto, de camino hacia la taquilla de la fallecida.

La directora, Olivia McNee, muy bien trajeada y toda de negro, estaba perfecta para la ocasión. Les había indicado enseguida cuál era la taquilla pero, en vez de acompañarlos, se había parado a mitad de camino y ahora estaba hablando con el conserje, Peter, como si no le importara lo más mínimo lo sucedido.

El sheriff, algo molesto, pensó que no era momento para el coqueteo.

—Perdón... —carraspeó, y directora dio un salto. Luego levantó la voz y le preguntó—: Esta es la taquilla de Katherine, ¿verdad?

—Sí —Olivia, que se acercaba hacia él a toda prisa, tenía las mejillas sonrojadas—. Nadie la ha tocado, como usted me dijo.

—Gracias. Aunque, de todas formas, no habrán tenido mucho tiempo para abrirla mientras estaban en clase, ya que el instituto no ha decretado ni un día de duelo —apostilló el sheriff, indignado por la falta de sensibilidad que se estaba encontrando.

—No era... —La directora fue a decir algo, pero en el último momento se lo pensó mejor y guardó silencio hasta que se le ocurrió cómo reparar el error que había estado a punto de cometer—. Estamos estudiando las medidas de duelo que vamos a tomar por la pobre y adorable Katherine...

—Perfecto —dijo Albert, desganado—. Se puede marchar, luego pasaremos por su despacho, gracias.

Olivia no tardó nada en abrir la taquilla y volvió junto al conserje con el ceño fruncido. Albert y Jason los vieron cuchichear, pero no pudieron escuchar lo que decían. Ella, desde luego, parecía molesta: puede que porque no le dejaran ver lo que había dentro de la taquilla; o porque el sheriff hubiera cuestionado su decisión de no suspender las clases ni un solo día. Eso no lo sabrían.

A Katherine la habían encontrado los de la limpieza en el gimnasio del instituto, y les habían avisado enseguida. La joven llevaba puesto el vestido que había lucido en el baile y solo mostraba un enorme tajo que rebanaba su cuello de izquierda a derecha. Yacía sobre una mancha oscura, el charco de su propia sangre, que estaba casi del todo seca, en medio de un silencio sepulcral. Su postura y una revisión inicial del estado general de su cuerpo hicieron pensar al sheriff y a su ayudante que no se había resistido. No había signos de pelea en el cabello, las uñas o el rostro.

De hecho, todo parecía tan preciso que Albert había llegado a dudar si no se trataría de la obra de un profesional. Sin embargo, hasta tener algún indicio más claro, el protocolo era el protocolo y había que seguirlo: ningún adolescente quedaba libre de culpa.

En un arranque de cinismo, pensó que lo sucedido era típico de película de bajo presupuesto: baile del instituto el sábado por la noche y el domingo, mientras el equipo de limpieza contratado se esmeraba en dejarlo todo impoluto, aparecía el cadáver de una jovencita. Solo faltaba el chivatazo de un testigo atemorizado, y el caso estaría resuelto.

—Vamos a ver qué tenemos por aquí —dijo su ayudante mientras revolvía en el interior de la taquilla de la chica—. Un cuaderno vacío, fotos de actores pegadas en la puerta, una agenda escolar...

—Dame la agenda, Jason.

Mientras el joven se giraba y le tendía la libreta de colores al sheriff, le pareció escuchar una

voz que susurraba: «Han sido ellas». Recorrió todo el pasillo con la mirada, buscando el origen de aquellas palabras, pero gran parte del alumnado ya se había metido en clase y el resto evadía la mirada del joven policía. El único movimiento que pudo percibir fue el de la puerta de los aseos, que se cerraba.

Desconcertado, pensó en entrar a echar un vistazo, pero enseguida se lo pensó mejor. Jason no era un hombre excesivamente decidido y eso, sumado a la actitud a veces condescendiente del sheriff, hacía que le costara tomar decisiones rápidas a la hora de entrar en acción. Pocas veces se dejaba llevar por un impulso, y aquella no fue una excepción. Hasta se dijo que tal vez había sufrido una alucinación: aquel caso había hecho que su adrenalina se disparara, ya que era la primera vez que investigaba un asesinato y, además, había cierto misterio alrededor de los hechos, sobre todo porque la gente cercana a la chica parecía negarse a aportar cualquier información que ayudara a resolverlo.

—¿Estás bien? Te estoy hablando. —Jason volvió en sí metió la cabeza en la taquilla de nuevo —. ¿Me quieres escuchar? —insistió el sheriff.

—Perdón, estaba...

—No hace falta que lo digas, me ha quedado claro que estabas totalmente distraído. —Albert no dejó que el pobre chico respondiera, solo siguió hablando—: Como te decía, en la agenda hay una nota, y me da la sensación de que está escrita por una chica. ¿Qué te parece a ti?

—Podría ser, la letra es redonda y muy ordenada. ¿De quién es? —preguntó entonces, buscando algún nombre que les diera una pista.

—No creas que los casos de este tipo son tan fáciles de resolver como ves en las películas o como nos dicen en la academia —comentó Albert, mientras negaba con la cabeza.

—Ya veo, no tiene remitente. ¿Para qué quería quedar una chica con Katherine, en el gimnasio, el día de la fiesta del instituto?

—Eso es lo que tenemos que averiguar —contestó Albert—, y sobre todo a quién pertenece esta letra. No podemos dar por sentado, aunque lo parezca, que es de una chica. Podríamos equivocarnos, y necesitamos estar seguros antes de empezar a dar pasos.

—Por supuesto —convino Jason.

Los dos terminaron de revisar al completo la taquilla. No encontraron ninguna otra prueba que les diera información útil sobre Katherin ni lo que había ocurrido los días anteriores al crimen, tan solo objetos cotidianos que cualquier chica de su edad podía tener guardados.

Una vez que la volvieron a cerrar, se dirigieron al despacho de la directora. Necesitaban datos para saber cómo enfocar el caso: con quién se relacionaba la fallecida, a qué clases asistía, quiénes eran sus mejores amigas...

Jason se sentía observado por las jóvenes que esperaban a que sonara el timbre para volver a clase. No lo miraban directamente, pero sí de reojo, con disimulo. Normalmente, hubiera hinchado un poco el pecho para poder lucir uniforme y estatura, pero en aquel momento solo podía buscar entre todos aquellos ojos un indicio, un parpadeo o cualquier otra cosa que le ayudara a descubrir algo, por insignificante que pudiera parecer.

Al llegar al despacho, justo al final de la larga fila de taquillas, se encontraron con una alumna que los miraba con interés. Era esbelta, tenía el cabello rubio y los ojos claros. «Muy bonita», pensó Jason, consciente de que no era más que una niña. Como seguía con la vista fija en ellos, pensó que quizá debería acercarse y comprobar si tenía algo que decirles. Fue a dar un paso en su dirección, cuando escuchó por segunda vez la misma voz que le hablaba en un susurro: «¡Ella! Ella lo sabe».

Jason giró sobre sí mismo como movido por un resorte. Buscaba a alguien justo detrás de él, a

la alumna que le estaba hablando, pero a su alrededor no había nadie más que el sheriff y la joven de la última taquilla. ¿Qué le pasaba? Se preguntaba qué habría tomado por la mañana, si algo le habría sentado mal y por eso ahora estaba mareado y escuchaba voces que no existían. No tuvo tiempo de hacerse más preguntas, porque entonces dos cosas sucedieron a la vez: la joven, nerviosa por su cercanía, se había ido a clase precipitadamente; la directora, por su parte, escogió ese instante para abrir la puerta del despacho y, con gesto agrio, invitarlos a entrar.

—Ustedes dirán —empezó, cuando los tres estaban ya sentados a ambos lados de su mesa.

—Ayer domingo una alumna suya apareció degollada en el gimnasio —dijo el sheriff, con aplomo—, pero es usted la que nos atiende con arrogancia...

—Bueno...

—Pues bien —la interrumpió, sin darle tregua. No le caía bien, sentía un rechazo visceral hacia aquella desagradable mujer—, lo que queremos es que nos cuente con pelos y señales todo lo que sepa sobre esa chica, dentro del instituto e incluso fuera. Amistades, clases, horarios, extraescolares... No se corte. Puede empezar por el baile del sábado.

—No era más que un baile normal y corriente —respondió la directora, sin amilanarse—. Es una práctica común en los institutos, para elevar la moral de los estudiantes.

—Hemos oído que las parejas no podían elegirse libremente —aventuró Jason. Su prima Colleen tenía una amiga del John Huxley con la que hablaba a través de Tumblr y, gracias a eso, había logrado aquella información. Había llamado a su tía, la madre de Colleen, jugándose el todo por el todo, pero la suerte había hecho que le saliera bien—. ¿Es cierto que debían asistir con alguien de su misma clase?

—Fue una decisión del claustro —explicó Olivia, quien había adoptado el frío tono profesional de directora—. Ya saben, intentar que los alumnos se relacionaran con otras personas que no fueran de su círculo de amigos. Cuando me lo plantearon, no me pareció mala idea; más bien pensé que todos estarían más que contentos.

Jason arrugó la nariz de forma involuntaria. ¿En qué universo un adolescente estaría contento por una decisión impuesta por sus profesoras del instituto? Sin embargo, lo dejó correr y se dedicó a escuchar la pregunta que Albert le hacía a Olivia.

—¿Quiénes se opusieron a tal idea?

—Todos los alumnos y alumnas que tenían pareja en clases diferentes —reconoció la mujer—. Todos querían ir en pareja y... ya saben, aprovechar la ocasión para convertirla en una iniciación al sexo —acabó diciendo, al tiempo que fruncía los labios.

—¿Y ustedes permiten eso? —El padre que Albert llevaba dentro habló sin pensarlo al recordar que su hija había ido a esa fiesta cuando estudiaba ahí, pocos años antes.

—No es algo en lo que nosotros nos podamos meter, más bien es un rumor que corre por las aulas —se justificó la directora—. Desde el centro, intentamos evitar cualquier comportamiento obsceno en el baile, pero fuera de aquí, ya no son responsabilidad nuestra.

—Ya veo —asintió con desaprobación—. Al menos podrá decirme con quién le había tocado asistir a Katherine...

—Espere un momento. —La directora fue a uno de los cajones que tenía junto a la pared, los cuales tenían aspecto de no haber sido renovados en años y de contener innumerables carpetas sobre generaciones y generaciones de jóvenes—. Aquí tengo las parejas de cada aula.

—Necesitaré una copia de eso —dijo Albert.

—Comprenderá que yo necesito una orden para el papeleo —le contravino la directora—, son menores y no quiero problemas.

—La tendrá —afirmó el hombre, rotundo—. Ahora díganos con quién fue ella al baile.

—Kirt Adams —leyó—, el novio de Sarah Person. Ella es una chica de lo más educada y él, de los más guapos y populares del instituto.

Había cierto orgullo en su voz que no pasó desapercibido a ninguno de los agentes, como si el hecho de que fueran populares supusiera un añadido a otras cualidades menos importantes. Jason no comprendía ese tipo de actitudes elitistas, pero no dijo nada. Solo se encargó de que aquella reacción no se le olvidara en el futuro.

Los dos policías asintieron con la cabeza y siguieron haciéndole todo tipo de preguntas, primero sobre el alumnado y, luego, con respecto al personal. La mujer esquivó con habilidad lo que se refería a los estudiantes, contestando con vaguedades y desviando la atención a temas sin importancia como sus notas o sus actividades deportivas. Pero nada sobre relaciones personales o problemas de conducta, como si todos y todas fueran modelos a imitar.

Sobre el resto del personal, resultó que el conserje era uno de los mejores profesionales que había en aquel instituto, según ella. Hasta Jason se dio cuenta de que le elogiaba demasiado y no paraba de hablar de él. Después de media hora de escuchar las proezas de aquel hombre, los dos agentes se miraron y decidieron que ya había llegado el momento de despedirse de la directora. El poco tiempo que llevaban hablando con ella había sido suficiente para darse cuenta de que no sabía ni la mitad de lo que pasaba en aquel lugar.

Caminaron de nuevo por aquel pasillo en el que en ese momento no había nadie. Todos los alumnos están en sus clases y Jason no dejaba de pensar en las voces que había escuchado. O que creía haber escuchado, aunque la verdad era que estaba bastante seguro, por más que tratara de negarlo, de que no se las había imaginado.

El sheriff decidió echar un vistazo a los espacios en los que se había celebrado la fiesta, a saber: el salón de actos, primero; y, luego, el propio gimnasio. Quería comprobar si había algún lugar, algún escondrijo por el que alguien hubiera visto u oído algo. Sin embargo, no fue así. Los baños estaban en dirección contraria a cualquiera de los dos lados; para poder llegar al gimnasio, había que bajar un tramo de escalera justo en frente de la puerta principal del edificio; por último, el salón de actos estaba al fondo de un largo pasillo, en el lado derecho.

El tema empezaba a complicarse: todo, desde el tajo en el cuello hasta el extraño secretismo que se respiraba, parecía indicar que la muerte de Katherine no había sido accidental, ni siquiera casual.

Una vez en el coche patrulla, esperaron a que sonara el timbre que daba por finalizadas las clases. Albert quería observar a los alumnos después de la muerte de una compañera, ver hasta qué punto se podía decir que algo como aquello les había afectado. La directora les había enseñado las fotos de Kirt y Sarah, y también quería conocer a su círculo de amigos. La gran mayoría estaba de lo más normal, fumando y hablando entre risas; o en pareja, comiéndose a besos como si no estuvieran en un lugar concurrido.

Jason no quitaba la mirada de la puerta. La alumna rubia de la taquilla no tardó en salir. Estaba sola y caminaba con el semblante especialmente serio. Sin embargo, en un momento dado levantó la vista y clavó sus ojos en Jason. La voz volvió a sonar, esta vez de una forma mucho más clara, urgente: «Pregúntale. Ella lo sabe. Por favor, ¡pregúntale!».

Tragó saliva y hizo el amago de salir del coche, por encima del rapapolvo que Albert le echaría si alguna vez le confesaba lo que estaba pasando. Pero había otra razón que no era tan fácil de pasar por alto: no podía ir en busca de aquella chica y confesarle que una voz en su cabeza le había pedido que hablara con ella, que le preguntara por lo que había ocurrido. Le tomaría por loco y quizá hasta les diría a sus padres que le denunciaran, o algo así. ¿Cómo le

haría quedar eso delante de su jefe? No es que sintiera el ayudante más apreciado del mundo; no hacía falta echar más leña al fuego. Así que no hizo nada. Se quedó sentado en el asiento del copiloto, mirando fijamente hacia la puerta, por si acaso las voces —a las que empezaba a acostumbrarse— le decían algo más. Pero aquella mañana no hubo más susurros.

DOS

A mediodía el sol relucía y tanto el sheriff como su ayudante decidieron que era hora de ir a comer. Querían hacerlo cuanto antes para ganar un poco de tiempo, así podrían ir temprano a las casas de Erika y Mady, y hablar con las familias de estas. Jason fue el encargado de hacer las llamadas de teléfono pertinentes: Albert temía que las chicas no hubieran avisado de su encuentro de aquella mañana, y no andaba desencaminado. Sin embrago, ahora ya no había excusa. Antes de salir por la puerta, los dos agentes trataban de ponerse de acuerdo sobre quién iría a cada casa. Jason hizo una propuesta:

—Piedra, papel o tijeras, jefe. Ya sabe que es un método infalible.

El sheriff asintió; era fácil hacerle picar, tenía una vena muy competitiva. Acordaron que ganaba el mejor de cinco, y se pusieron a ello.

—¡Siempre me haces trampa! —le reprochó a Jason cuando este le vapuleó de forma aplastante.

—Es fácil adivinar lo que va a sacar.

—Pero...

—Elijo a Mady —dijo entonces Jason, aprovechando la victoria—. Sé que la madre de Erika estará encantada de que usted pase por allí. —Intentó aguantar la risa, pero no pudo.

—Creo que te has olvidado de que soy tu jefe y que puedo cambiar esto ahora mismo, ¿no?

El tono de voz de Albert hizo que los demás compañeros, que se habían acercado a contemplar la batalla, se dispersaran de inmediato a sus asientos. El sheriff le guiñó un ojo a su ayudante, para dejar claro que no había sido más que una forma de mostrar su autoridad.

—Gracias, Señor. Es usted muy amable —respondió Jason, a media voz.

Salieron de la comisaría, cada uno en una dirección, para ir a comer a sus casas. Albert iba conduciendo el coche patrulla —Jason vivía cerca y había preferido dar un paseo—, y al pasar frente a la floristería de la señora Abott, la madre de Erika, el semáforo se puso en rojo y tuvo que detener el vehículo. Trató de mantener la vista al frente para evitar cualquier contacto visual: desde que había enviudado, Molly Abott se había puesto como objetivo a cualquier hombre que llevase placa, y eso incluía a los casados.

—¿Sheriff? ¿Sheriff? —Albert buscó el botón para subir la ventanilla, pero le entró la risa solo de imaginarse la situación y no consiguió atinar.

—Hola, Molly —dijo, cuando la mujer ya estaba junto a él.

—Le espero en casa para cenar, no se retrase que mañana tengo que abrir temprano la tienda y... no quiero acostarme muy tarde.

Le guiñó un ojo, pero Albert ni se inmutó.

—No te preocupes, en cuanto cierres aquí, te espero en casa.

—¡Pero, estará mi hija! —dijo ella, ruborizada.

—Esa es la intención —sonrió el sheriff—, las preguntas son para ella.

El semáforo se puso en verde y Albert se despidió de Molly con un gesto triunfal que incluía levantar completamente las cejas, lo cual la dejó estupefacta. ¿Y qué había pensado? ¿Acaso creía

que él caería rendido a sus pies por un puñado de insinuaciones poco imaginativas? La conocía bien, y era inmune a sus intrigas: el propio Jason había tenido problemas con ella, cuando se había empeñado en que fuera el novio de su hija; además, era una asidua de la comisaría, se presentaba de vez en cuando para llevarle bizcochos al sheriff.

Y no era que Albert tuviera el corazón de piedra, nada de eso. Sabía lo dura que había sido la vida de aquella pobre mujer, la conocía desde hacía años. De hecho, nunca lo había compartido con nadie en la comisaría, pero antes de conocer a Anna, Molly había hecho lo imposible por seducirle, aunque él nunca había sentido ningún interés por ella. Lamentaba mucho que la suerte la hubiera cruzado en el camino de Luke, aquel maldito maltratador, y no se había apenado en absoluto cuando encontró su cadáver en el bosque, tres días después de que saliera de caza con una escopeta y una botella de whiskey. Pero nada de eso justificaba la actitud anhelante de Molly ni su escaso respeto por el matrimonio de Albert.

Jason llegó a casa cansado de pensar en lo que había pasado. Cogió un bote de judías, lo echó en un plato y lo puso a calentar en el microondas. Una vez que pitó, se acercó a sacarlo. El cristal de la puerta del pequeño horno relucía de forma extraña, aparentando una limpieza que Jason sabía que no era tal. Se fijó con atención en un destello que refulgía una y otra vez, y entonces la vio. La cabeza de Katherine, con el cuello tajado, tal y como la habían encontrado en el gimnasio.

La voz de aquella mañana resonó una vez en su cabeza, clara y nítida como si la estuviera oyendo de verdad: «Ayúdame. No es Mady...».

Jason parpadeó varias veces y, al volver a mirar hacia el cristal, la imagen había desaparecido, así como también la voz que le suplicaba ayuda. ¡Mierda! Había perdido la oportunidad de hacerle preguntas, de entender lo que estaba ocurriendo, aunque supusiera aceptar que el trabajo y la tensión habían acabado por volverlo majara.

Abrió el microondas esperando encontrar dentro la cabeza de la chica, pero, evidentemente, solo vio el plato de judías. ¡Estaba frío! Mierda, otra vez. Lo metió de nuevo y volvió a conectar el temporizador. Estaba viviendo algo realmente extraño, y no sabía cómo describir las sensaciones que le producía. Para cuando el pitido sonó, avisando de que el minuto y medio había pasado, se le habían quitado las ganas de comer.

Se tumbó en el sofá. Necesitaba descansar un rato antes de ir a casa de Mady, pensar un poco, a ver si se le ocurría por dónde empezar a investigar quién había matado a Katherine.

El teléfono vibró en ese momento sobre la mesita y, al desbloquearlo, Jason descubrió una imagen de Betty en el fondo de pantalla. La imagen de la joven alumna de ojos claros le vino a la memoria de repente. La había visto en algún otro sitio, y hasta podría jurar que había hablado con ella, pero no conseguía recordar dónde ni cuándo. El parecido entre su amiga y la chica del instituto era... asombroso. Resultaba increíble que no se hubiera percatado hasta ese momento, y Jason lo achacó al estrés que estaba sufriendo en los últimos días. ¿Y si fuera...? Sin dudarlo, cogió el teléfono.

—Hola, Betty. ¿Qué tal todo? —le dijo, con naturalidad. Había una atracción entre ellos, aunque nunca hubiera pasado nada.

—¡Jason! —respondió Betty, nerviosa al escucharle. Carraspeó para serenarse y prosiguió—: Todo va bien, es que hace tiempo que no hablamos...

—Sí, es cierto... Entre el trabajo y... bueno, ya sabes.

—Sí, claro. El trabajo es lo peor —respondió ella, quizá decepcionada por lo que parecían ser excusas. Luego, ambos guardaron un silencio cargado de tensión.

—Oye... —empezó entonces Jason, que había tomado una repentina decisión con la que

esperaba no equivocarse—. ¿Te apetecería tomar algo en el Angel's Café?

—¿Hoy? —preguntó la chica, sin poder creer que su suerte hubiera cambiado de un día para otro—. Sí, claro, eso sería genial. ¿Nos vemos allí a las siete?

—Perfecto. Nos vemos, Betty —se despidió, satisfecho.

Ella, encantada por el inesperado giro que había dado su día, colgó el teléfono y se puso a canturrear. Sus compañeros de la academia de idiomas la miraron, sorprendidos.

—¿Qué? ¿No habéis visto nunca una chica de buen humor? —les dijo, y todo el mundo volvió a sus quehaceres.

Jason también estaba contento. Llevaba tiempo soñando con aquella cita, y aquel era un día tan bueno como cualquier otro. Salió de casa y caminó hacia la comisaría. Iba a matar dos pájaros de un tiro: pasaría un rato con Betty y, si lo que había supuesto era cierto, podría explicar su parecido con la chica del instituto. En ello pensaba cuando la voz, descarada y urgente, gritó dentro de su cabeza: «¡Son ellas! Ella, que son dos». A su alrededor no vio otra cosa que un Mercedes CLA rojo, y ni siquiera le dio tiempo a distinguir quién iba al volante, aunque no le pareció alguien demasiado voluminoso. Sin poder contener su frustración por más tiempo, gritó con rabia:

—¿Por qué no me dices su nombre y acabamos con esto?

Se quedó esperando una respuesta, pero un hubo nada más. A pocos metros, el sheriff lo esperaba, apoyado en el coche patrulla.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? —Albert contenía una sonrisa—. Ahora hablas solo.

—Ya me gustaría...

Los dos hombres entraron juntos en comisaría. Todavía tenían que concretar las preguntas que les querían hacer a las chicas. A Jason se le ocurrió confesar a su jefe que no era necesario; que, según creía, Katherine estaba tratando de decirle quién la había asesinado. Pero lo cierto era que todavía tenía la duda de si no estaría sufriendo alucinaciones. Por otro lado, algo no terminaba de cuadrarle en aquella charada: si era cierto que la chica asesinada se estaba poniendo en contacto con él desde el ¿más allá?, ¿por qué no se dejaba de monsergas y le daba un nombre de una vez por todas?

—¿Te quieres centrar de una vez? —Albert le observaba de forma extraña, quizá porque estaba haciendo gestos con la cabeza que nunca había hecho—. Puede que necesites vacaciones.

—Hoy tengo una cita. Bueno, he quedado con Betty —respondió el ayudante, para cambiar de tema.

—¿Así que es eso? Sus padres son muy amigos de Anna —comentó Albert con aprobación—, hemos ido en varias ocasiones a su casa a comer. Betty es muy agradable, y guapa; en cambio, la hermana es reservada. ¿Cómo se llama? —El sheriff dudó unos segundos—. Ah, sí: Grace.

¡Exacto! Grace. Grace era la hermana de Betty, la joven de ojos claros que se habían topado en el instituto. ¿Cómo había podido ser tan cretino para no darse cuenta? ¡Si eran casi como dos gotas de agua! Con razón el jefe no paraba de decirle que estaba descentrado.

—Vamos a hacer las entrevistas —dijo el ayudante, que notaba cómo el nudo de su estómago se había aflojado un poco—, y si quiere, en otra ocasión hablaremos de mujeres.

El ayudante se levantó y guiñó al sheriff un ojo con complicidad. Sin embargo, Albert no estaba para bromas. No quería ni pensar en el doble trabajo que le iba a llevar aquella visita. Anna le había sugerido que tuviera paciencia y que usara su mejor sonrisa si, llegado el caso, se veía en la tesitura de rechazar a Molly. Esperaba ser capaz de hacerlo, pero le resultaba de lo más farragoso tener que recordarle a esa mujer que estaba casado. Quizá si se presentara dándole saludos de parte de Anna... Casi le dio la risa por lo ridículo de la situación, aunque decidió que,

por si acaso, lo haría de ese modo.

Media hora después, se hallaba ante la puerta de la casa en la que vivían la madre y la hija.

—Buenas tardes, Erika —saludó Albert. Respiró aliviado al ver que la joven estaba en casa —. Encantado de verte.

—Mi madre le espera en el salón —dijo ella, y al sheriff le dio la sensación de que estaba molesta, como si hubiera repetido aquellas palabras por encargo de su madre—. Yo estaré en mi habitación.

—Eso no será necesario —respondió él, para alivio de Erika—. Nos acompañarás en el salón, porque es contigo con quien tengo que hablar, no con tu madre. Ella tiene que estar presente porque todavía eres menor.

—Como quiera —dijo la joven, y le hizo pasar.

Albert la siguió adentro, con la firme convicción de que no sacaría nada en claro de aquella visita.

La casa no era demasiado grande. El porche estaba descuidado y parecía un adelanto de lo que uno encontraría en el interior. El hall, más bien pequeño, tenía dos de las tres luces fundidas, lo que le daba un aire tenebroso. El estrecho pasillo con las paredes amarilleadas por el humo del tabaco terminaba en un salón de lo más anodino. Los muebles eran bastante antiguos y había unos sofás que pedían un cambio radical. En uno de ellos, el más grande, se encontraba Molly, con un escote que no pasaba desapercibido ni para el gato que haraganeaba junto a ella. Se puso nerviosa al verle y le echó una mirada asesina a su hija por estar ahí, algo de lo que el sheriff se percató.

—Erika —dijo el hombre, antes de que Molly abriera la boca—, necesito que me contestes algunas preguntas sobre Katherine. Por lo que sé, erais amigas, ¿no?

—Tanto como amigas no diría yo —respondió Erika, nerviosa—. Alguna que otra vez nos hemos intercambiado los apuntes, y en dos ocasiones nos ha tocado hacer juntas trabajos de clase.

—Y en esas veces que habéis estado juntas, ¿nunca te habló de nadie que le interesara o de quien estuviera enamorada? —El sheriff pensó que por algún sitio tenía que empezar, y no podía ser de otra forma que intentado saber si había alguien especial en su vida—. ¿Nunca te dijo nada?

—No éramos íntimas, sheriff. —Erika parecía abstraída y daba la sensación de ocultar algo, pero Albert no sabía descifrar con claridad lo que era—. Katherine siempre estaba sola, y casi nunca se la veía hablar con alguien si no era imprescindible.

—¿Cómo le sentó a Sarah que a ella le tocara ir al baile con su novio? —preguntó, sin tapujos. Necesitaba información y parecía que nadie estaba dispuesto a salirse de un guion que parecía pactado por todo el pueblo.

Erika no pareció impresionada por que el sheriff supiera aquello.

—Sarah fue hasta su taquilla y esperó allí a que saliera de clase. En cuanto la vio, le gritó delante de todo el mundo que no soñara con ir al baile con el chico más guapo del instituto. Fue todo muy extraño, como demasiado cutre, no sé si me entiende... —frunció el ceño y se calló al darse cuenta de que estaba hablando más de la cuenta.

—Erika —dijo el sheriff, jugando un poco al policía bueno—, sé que tú no eres culpable de nada, pero tengo que saber que pasó para poder brindarles a sus padres el descanso que merecen tras la muerte de su hija.

—Si sabe que no fue ella, podemos darle un respiro y tomar algo nosotros solos. —Molly comenzó a coquetear y al sheriff le molestó mucho: no quería que Erika dejara de hablar.

—Perdona, Molly. Estoy trabajando, no se me permite beber.

Ella sonrió con desdén y Albert se volvió a concentrar en Erika, que movía la pierna con

rapidez, incapaz de ocultar su nerviosismo.

—Entonces —continuó—, en el momento de la discusión pasó algo que extrañó a todo el mundo.

—No sé si a todo el mundo, pero a mí sí. Y había más gente mirando en el pasillo, aunque no le puedo decir quiénes eran, porque no me acuerdo. Lo que sí sé es que la cosa se complicó más cuando Kirt salió en defensa de Katherine, dejando en vergüenza a su novia.

—Interesante —comentó Albert. Por fin tenía algo por lo que empezar—. ¿Era habitual que Kirt hablara con Katherine o nunca se les había visto juntos?

—A principios de curso les tocó hacer juntos un trabajo de literatura, pero si soy sincera, nunca los vi juntos en la biblioteca. Sacaron la máxima puntuación y muchas pensamos que Katherine lo había hecho todo, que él solo se había aprovechado de la situación.

—Entiendo. ¿Hay algo más que crees que sea importante y me quieras contar?

—No, señor. Creo que eso es todo.

—Gracias por la información. —Albert se levantó del sofá para irse y Molly no dudó en ofrecerle algo de nuevo, a lo que él contestó—: Lo siento, me espera mi mujer para cenar.

El sheriff sonrió de forma amable. Lo último solo lo había dicho para dejar claro que no tenía ningún interés en entablar una relación con ella, de ningún tipo. Le daba mucha pena la vida que Molly se había visto obligada a llevar hasta la muerte de su marido, pero lo cierto era que esa pena se mitigaba cada vez que ella se le insinuaba sin importar quién fuera testigo de su comportamiento. A Albert le parecía que era una falta de respeto y estaba seguro de que nunca había dado pie a que se portara así, por lo que no sentía remordimiento a la hora de cortar de raíz invitaciones como aquella.

Erika, por su parte, se quedó sentada en el sofá, pensativa, valorando si habría dicho lo correcto o si, por el contrario, se habría podido meter en problemas. Ella no tenía ni la más remota idea de quién habría hecho algo así, y menos a alguien como Katherine, que nunca se había metido con nadie. La pelea de la taquilla le había parecido absurda, como a todo el mundo, ya que era completamente ridículo que Sarah tuviera celos de una chica tan poco importante.

Cuando por fin se hubo marchado de aquella casa, Albert respiró tranquilo. Al menos, ya tenía por dónde empezar. Montó en el coche patrulla y llamó a Jason para saber si había obtenido algo más de información en casa de Mady, pero su ayudante ni siquiera sabía nada sobre lo que Erika le había contado a él. El sheriff decidió que el siguiente paso sería hablar con Kirt para saber el motivo por el que la había defendido con tanto ímpetu. Era la única forma de ir atando cabos. Su hipótesis, por lo que había dicho Erika, era que Katherine se ocupaba de entregar trabajos de calidad que beneficiaban a la media de Kirt. Quizá por eso el chico la había defendido, para no perder a la gallina de los huevos de oro. En fin, ya se vería.

TRES

Jason se miró en el espejo del baño, cogió el frasco de colonia y se dio el último retoque antes de su cita con Betty. No podía olvidar lo de las voces en su cabeza, pero intentaba, como al principio, pensar que todo era debido al cansancio.

Desde el asesinato de Katherine, no había tenido ni una tarde libre, ni un momento para despejar la mente, y solo esperaba que aquella noche saliera bien y tuviera la oportunidad que estaba esperando para empezar algo importante con Betty. Ella era tan inteligente que en ocasiones le intimidaba. Su familia, además, era una de las más adineradas del pueblo, y el miedo a no ser aceptado por ser un simple ayudante de sheriff le había hecho reprimir sus sentimientos en el

pasado.

Su hermana Grace, ahora estaba seguro, iba a la misma clase que Katherine; aunque Jason se dijo que, quizá, aquella noche no era el mejor momento para sacar ese tema. No quería hacer que Betty se sintiera incómoda y, por otra parte, dudaba mucho que alguien como Grace se pudiese involucrar en algo así: era poco más que una niña, callada y muy dulce. Tenía ese tipo de mirada en la que no podías encontrar más que limpieza y transparencia.

Jason se miró por última vez al espejo y sacudió la cabeza para ver si se podía sacar de dentro aquel caso que ocupaba toda su atención. De pronto, la puerta del cuarto de baño se cerró de un portazo, haciendo que el joven se sobresaltara. La pequeña ventana sobre la bañera también se había cerrado, y comprendió que se había asustado por una simple corriente de aire.

Sin embargo, al ir a abrir la puerta descubrió que se había quedado atrancada y que todo empezaba a llenarse de un vapor que lo empañaba todo. El espejo sobre el lavabo ya no mostraba su imagen. En su lugar, unas letras se iban dibujando lentamente, formando palabras que solo podían ir dirigidas a él. La sangre se le heló en las venas cuando al fin pudo leer: «Ayúdame o no tendrás paz».

Forcejeó con la puerta un poco más, nervioso, hasta que logró que cediera y pudo salir del cuarto de baño, donde el ambiente había llegado a cargarse de verdad. Respiró profundamente para librarse de la sensación de humedad que le ahogaba, se sentó sobre la cama y supo, sin ninguna duda, que no podía seguir fingiendo que aquello no estaba ocurriendo.

—Quiero ayudarte —murmuró, sintiéndose un tanto ridículo—, pero necesito que me digas quién es el asesino.

«No me lo permiten», escuchó en su mente.

—¿Quién? —Mientras hablaba, recorría su habitación con la mirada, aunque no encontraba nada fuera de su lugar—. Katherine, sé que eres tú. Ayúdame a ayudarte, y así los dos podremos descansar.

«Ella es una mentirosa —respondió la voz—; en realidad, son dos, pero nadie las conoce tanto como él».

—¡Eso parece un trabalenguas! —protestó Jason.

El teléfono empezó a sonar y se quedó con las ganas de preguntar más, porque la voz de Katherine quedó silenciada al momento. Cogió el móvil y vio que se trataba de Betty. Se repuso como pudo y carraspeó antes de contestar: no quería que notara nada raro. Ahora más que nunca, quería quedar con ella y despejarse por unas horas.

Por suerte, ella lo llamaba solo para recordarle que habían quedado en el Angel's Café a las siete. Fue una conversación breve en la que la joven no tuvo tiempo de percibir nada extraño, y Jason respiró aliviado.

Después de colgar, en cambio, se echó las manos a la cabeza. ¿Qué había sido todo eso? No podía creer hubiera mantenido una conversación con alguien a quien ni siquiera veía. Todo era demasiado extraño para ser real, pero tenía claro que, por mucho que lo negase, Katherine —la chica asesinada en el gimnasio del instituto— le estaba pidiendo ayuda de forma desesperada.

Condujo hacia el bar sin dejar de pensar en aquellos susurros desde el más allá. Intentaba relacionar lo que el sheriff le había dicho con las palabras de ella. No entendía a lo que se refería cuando decía que eran dos, y que era una mentirosa. ¿Haría de gemelas?, se preguntó. Sí, tenía que ser algo así, porque Kirt era el novio de Sarah, y ella tenía una gemela llamada Cat.

Lo tenían enfrente de la nariz y no se habían dado cuenta. Katherine tenía que estar refiriéndose a aquellas dos chicas y, gracias a que había intervenido —Dios sabía que Jason no se explicaba cómo—, pronto se resolvería el caso.

Lo único que le faltaba por hacer era encontrar la forma de explicárselo a su jefe. A pesar de todo, no podía darle apariencia de normalidad a algo que era tan extraño. ¿Hablaban con los muertos? Sí, claro. Ya se imaginaba cómo lo miraría Albert y, la verdad, no le apetecía pensar en ello entonces.

Tenía que hablar de aquello con alguien, pero la persona indicada no era la que le esperaba en la puerta del café... Más bien tenía que llamar a su madre y preguntarle si alguien en la familia había tenido este tipo de apariciones. Sí, eso podría hacerlo. A su madre le encantaba todo lo sobrenatural, estaría feliz de que su escéptico hijo hubiera, por fin, empezado a creer en los sucesos paranormales.

Al fin y al cabo, se dijo, no era la primera vez que trabajaba en un caso de asesinato y le ocurría algo... difícil de explicar. En la academia, el sargento Risan lo había llevado como ayudante para un caso de desaparición que tardó alrededor de quince días en resolverse. Encontraron a la víctima justo donde Jason había indicado, pero aquella vez había estado seguro de que la visión de la chica ensangrentada no había sido más que un sueño, y la revelación de su paradero, una conexión lógica de toda la información que él conocía del caso.

Ahora solo quería centrarse en Betty, puesto que pedirle aquella cita le había costado meses. No sabía si sería posible, pero al ver lo guapa que se había puesto para su encuentro, no pudo hacer otra cosa que sonreír y respirar profundamente, para no tartamudear como un idiota.

—Hola —dijo Betty, con las mejillas sonrojadas.

—Estás muy guapa. —Jason no dudó en adularla y darle un beso en la mejilla—. Vamos dentro.

Se notaba en cada uno de sus pasos que los dos estaban nerviosos: no fueron capaces de mirarse a los ojos hasta que se sentaron en una de las pocas mesas vacías que había en el Angel's. Jason sabía que a Betty le gustaba mucho aquel lugar, ya que la había visto muchas veces ahí con sus amigas mientras patrullaba. Era una chica muy risueña, y eso era lo que más le gustaba de ella.

El café no era nada del otro mundo, pero por las noches se llenaba de gente entre los veinticinco y los treinta años, quizá algo más. Todas las paredes estaban pintadas de blanco y había cuadros de los grandes músicos de Estados Unidos. Jason, caballeroso, fue a buscar unas bebidas y, cuando regresó y se sentó, comenzaron a hablar con timidez.

—¿Qué tal las clases? —Pensó que por algún lado tenía que empezar—. Tienes muchos alumnos aprendiendo francés, ¿no?

—Más de los que me imaginé en un pueblo de este tamaño —respondió ella—. ¿Tú qué tal en el trabajo? ¿Os ocupáis del caso de Katherine?

—Estamos empezando. Es algo complejo, pero creo que lo tenemos más o menos encaminado. Si no me equivoco, tu hermana estudiaba con ella, ¿verdad?

Jason se mordió la lengua. Se había prometido que no sacaría el tema, pero se le había escapado a la primera de cambio.

—No tengo ni idea —respondió Betty—. Grace no es muy habladora. Llega a casa, se encierra en su cuarto con música y solo sale para alimentarse. Sé que iban al mismo instituto, claro, pero nada más.

—¿No ha hablado sobre lo sucedido con vosotros? —preguntó él, dando por perdida su intención de no hacerlo.

—Ni de eso ni de nada. Es una persona muy introvertida, he intentado acercarme muchas veces para ayudarla a estudiar o solo para que me contara sus cosas, y siempre me ha rechazado.

—Atraviesa una edad difícil. Estoy convencido de que con el tiempo será mucho más comunicativa. —Le cogió la mano y sus miradas se cruzaron, provocando que esbozaran una

sonrisa tímida—. De todas formas, la investigación está centrada en otras personas. Y es complicado que en un pueblo tan pequeño la gente quiera colaborar.

En aquel preciso instante, el ayudante del sheriff se dobló de dolor. Un grito estridente y agudo resonaba dentro de su cabeza, que estaba a punto de explotar. Nadie más parecía darse cuenta, pero cuando el volumen alcanzó un nivel lo bastante alto, todo el cristal que había en el café comenzó a resquebrajarse: vasos, copas, ventanas...

La gente entró en pánico debido al estruendo y a que los cristales saltaban en pedazos y les caían encima. Betty temblaba y, cuando Jason se percató de su estado, se echó sobre ella, la abrazó y la empujó bajo la mesa. Desde allí, pudieron ver cómo la gente salía corriendo del establecimiento, entre empujones y gritos de pavor.

¿Qué había sido eso?, se dijo, una vez que el estruendo cesó y todo quedó en silencio. Luego se reprendió: sabía de sobra quién lo había provocado, aunque no tenía ni la más mínima idea de cuál era la razón de que hubiera hecho algo así. Los oídos todavía le zumbaban cuando le pareció que la voz de Katherine le susurraba: «Idiota». Genial, pensó, ahora tenía riñas con chicas fallecidas.

El caso era que Jason era el ayudante del sheriff y, a pesar de ser su noche libre, no podía salir de allí sin hablar con el propietario y comunicar lo sucedido a la comisaría. Luego intentaría seguir con su cita, aunque sabía que no iba a ser igual, ya que Betty estaba aterrada y él... de lo único que tenía ganas era de llegar a casa para poder increpar a Katherine por haberle estropeado su oportunidad.

Después de que acabara su trabajo, ambos intentaron que todo volviera a la normalidad, pero Jason estaba demasiado ausente como para atender a Betty como le hubiera gustado. Ella le miraba con expresión comprensiva, y no le hizo ningún reproche. Pasadas unas dos horas, él la llevó hasta su casa, una mansión a las afueras del pueblo. El estómago se le encogió a recordar esa diferencia social que los separaba. Ella, en cambio, se despidió dándole un beso en los labios con tanta naturalidad como si no hubiera sido el primero. Después, salió corriendo como si de una quinceañera se tratara. Él sonrió, emocionado.

Cuando Betty entró en la casa, Jason trató de ponerse en contacto con Katherine, aunque ella no le respondió. Arrancó el coche, dispuesto a retirarse, y se puso en marcha. Era de noche y conducía sin dejar de pensar en todo lo que le estaba sucediendo. Parecía que la comunicación no siempre era bilateral —o, quizá, que Katherine le ignoraba y solo le hablaba cuando le venía en gana—. En todo caso, si creía que se había librado de ella por el resto de la noche, se engañaba. De pronto, la voz en su cabeza gritó: «¡La tienes delante!». Jason dio un volantazo, creyendo que iba a atropellar a alguien, pero luego comprendió que en la carretera solo había otro coche por delante del suyo: un Mercedes rojo cuya matrícula se le había escapado por segunda vez. Tenía que investigarlo cuanto antes: no podía haber muchos coches como aquel en Athea Town, y era urgente descubrir a quién pertenecían los que hubiera.

Cuando Jason llegó a la comisaría, a la mañana siguiente, no tenía claro cómo explicarle a su jefe que debían investigar a las gemelas Peerson. Además, estaba seguro de que le esperaba todo un interrogatorio sobre lo ocurrido por la noche en el café, así que se armó de paciencia, decidido a salir del paso lo mejor que pudiera. Solo esperaba que Albert se hubiera levantado comprensivo aquel día.

—Buenos días, jefe —saludó, y fue derecho a sentarse a su mesa.

—Te estaba esperando, Jason —le dijo el sheriff, con gravedad—. ¿Se puede saber que pasó anoche en el Angel's? ¿Quién pudo provocar semejante desastre?

Jason se levantó de su silla, en la que apenas había tenido tiempo de acomodarse, para ir a sentarse en una de las que había frente a la mesa del sheriff. Suspiró y se encogió de hombros. No podía decirle que había sido Katherine, porque le tomaría por loco. Sin embargo, tampoco estaba en situación de inventar nada, porque eso supondría buscar un culpable que, en realidad, no existía. Así que, en definitiva, se debatía entre parecer un loco o mentir como un bellaco; cosa que, por otra parte, en su vida se le había dado bien. Tomó un sorbo del café que había sacado de la máquina al llegar y trató de demorarse lo más posible, escondido tras el vaso de papel.

—¿No tienes nada que decir? Tú estabas allí, ¿no?

Por segunda vez, lo miró y levantó las cejas, pero no supo responder. Albert parecía a punto de saltarle al cuello, podía ver su incredulidad, palpitando como el reloj de una bomba.

—Es lo mismo —dijo entonces, y Jason se preguntó por un segundo si de verdad iba a tener tanta suerte—. De todas formas, ayer Erika me dio una pequeña pista para poder avanzar en la investigación, que es un asunto mucho más urgente. Ya hablaremos de lo de anoche en otro momento —continuó—. Este caso me está sacando de mis casillas, ¿sabes?

Jason asintió. Él se sentía exactamente igual, quizá peor.

—Iremos a ver a Kirt —dijo el sheriff, y Jason pensó que aquella era una buena ocasión para soltar lo que él había averiguado.

—Quizá deberíamos hacer una visita a las gemelas, ¿no cree, jefe?

Se quedó esperando una respuesta, pero esta no llegó. No tenía claro si Albert realmente no le había oído o si le estaba ignorando a propósito, pero el caso es que el hombre se levantó de su silla, cogió su chaqueta, que colgaba del respaldo, y le dijo:

—Vamos. Tenemos que hablar con ese chico. Tengo la sensación de que todo el mundo oculta algún secreto y, cuanto más tiempo perdamos, más nos costará ir desvelándolos todos.

—Yo, en cambio, creo que estamos más cerca de la verdad que antes —comentó Jason, mientras seguía a su jefe hacia la salida.

El sheriff le sonrió, condescendiente, y le pasó la mano por la cabeza para despeinarle, un gesto que Jason no podía soportar. Al salir del despacho, dio órdenes a dos de sus compañeros para que investigaran a fondo lo sucedido en el club y salió de allí directo al coche patrulla. Era sábado, y supuso que tanto Kirt como sus padres estarían en casa. Jason, frustrado, le siguió en silencio, decidido a encontrar el momento de hacerse oír.

—Algo me dice que el chico ha tenido mucho que ver —comentó Albert poco después, cuando llegaron a la casa—. Mira esta mansión —añadió entonces, con desagrado—, es obscenamente cara, lo mismo que ese coche...

Jason giró la cabeza y el corazón le dio un vuelco al comprobar que delante de la casa había aparcado un Mercedes rojo como el que Katherine le había mostrado. Sin embargo, su confusión fue en aumento al darse cuenta de un detalle que había estado a punto de pasar por alto: la voz en su cabeza siempre hablaba de una conductora, en femenino; nunca de un hombre ni, en fin, de un chico como Kirt. Tal vez fuera solo una coincidencia, pero ¿cuántos Mercedes rojos podía haber en Athea Town? Y, por si eso fuera poco, en lo que a aquel caso se refería, Jason no estaba dispuesto a creer que nada hubiera pasado por casualidad.

—Eh, muchacho, ¿estás bien? —le dijo el sheriff, mientras golpeaba la luna de la puerta del copiloto. Jason comprendió que había pasado demasiado tiempo abstraído en sus pensamientos.

—Claro —le dijo, mientras abría la puerta—, solo intentaba pensar en la mejor manera de sacarle el máximo de información... —mintió.

—Desde que estamos con este caso, te veo especialmente ausente —le reprochó Albert.

—Me gustaría resolverlo cuanto antes, eso es todo. Nunca pensé que algo así pudiera pasar en

un pueblo como este, ni tampoco que la gente se mostrara tan reticente a la hora de resolver el asesinato de una pobre niña.

—Nunca se sabe cómo reaccionan las personas ante un crimen —dijo Albert.

—Estoy de acuerdo —concedió el ayudante—, el problema es que todo el pueblo ha reaccionado de la peor manera posible.

—Estas son las cosas que no nos enseñan en la academia —le dijo el sheriff, de nuevo condescendiente—, y la razón por la que nunca te aburres en este trabajo.

La conversación se dio por terminada en el instante en que el sheriff llamo al timbre. Tardaron un poco en abrir la puerta, pero la suerte hizo que se tratara del propio Kirt, que miraba a los agentes con una mezcla de extrañeza y algo que quizá podría interpretarse como tristeza. El sheriff le preguntó si sus padres estaban en casa y él asintió con la cabeza. Se apartó de la puerta y les invitó a pasar.

Jason no pudo evitar echar un vistazo alrededor. El recibidor era enorme, todo pintado de blanco, y daba acceso a un salón en el que, para sorpresa de los agentes, los padres del chico estaban reunidos con la madre de Betty y Grace. Jason contrajo las mandíbulas sin darse cuenta. Luego recordó el rato que había pasado con la chica y el beso que ella le había dado antes de entrar en casa, y sintió cómo sus mejillas se sonrojaban. ¿Qué hacía allí aquella mujer? ¿Es que todo tenía que complicarse una y otra vez?

—Buenos días —saludó el sheriff—, venimos a hablar con Kirt, si no les importa.

—¿Con Kirt? —repitió la madre del joven—. Pero...

—Por supuesto, sheriff —atajó el padre—. Si hay algo en lo que podamos ayudar...

—Pobre chica —comentó, apenada, la madre de Betty—. Todo el que tenga una hija debería estar aterrado. No entiendo cómo alguien en este pueblo ha podido hacer algo así.

—No se preocupe, daremos con el responsable —dijo Albert—. Por el momento, estamos entrevistando a sus compañeros y compañeras del instituto.

Lo último lo había dicho para tranquilizar a la familia. La gente solía estar más dispuesta a colaborar si creía estar a salvo de sospechas.

—Pueden pasar por nuestra casa para hablar con Grace cuando quieran —respondió la mujer, solícita. Después se levantó y tendió la mano al sheriff, que se la estrechó con amabilidad—. No sé si será de ayuda, pero al menos les invitaré a un café —añadió, para tratar ella también de ser amable.

—Gracias. Lo haremos, antes o después.

Jason fue a dar la mano a la mujer, quien lo miró de arriba abajo, torció la nariz y se marchó, despidiéndose solo con un asentimiento. Si el sheriff se percató de lo sucedido, no hizo ningún comentario.

—¿En qué podemos ayudarle? —dijo entonces el padre de Kirt—. Tome asiento y pregunte lo que sea necesario.

Kirt se sentó en uno de los sofás individuales, y Jason observó que movía la pierna de forma continua sin poder ocultar su nerviosismo. Las palabras de Katherine se repetían una y otra vez en su memoria, así como la imagen del coche. Se sentaron enfrente de él y Albert comenzó a hacer preguntas.

—Bien, Kirt, ¿podrías decirnos desde cuándo salías con Katherine?

La cara del chico se desencajó por completo. Sus padres tampoco pudieron evitar asombrarse al escuchar tal pregunta, y Jason no quiso ni mover un músculo de su cuerpo, a pesar de estar igual de sorprendido que el resto.

—Lo siento, pero usted está muy equivocado: Kirt tiene una relación con Sarah Person desde

hace años. Considero que, antes de venir hasta aquí, debería haberse informado —dijo la madre, manteniendo un tono de voz calmado y respetuoso—. ¿Quieren un café?

—No, gracias. —Albert no le quitó la vista de encima a Kirt, que había dejado de mover la pierna y miraba a sus padres sin saber qué responder—. Chico, no te estoy acusando de nada.

—Como le digo... —insistió la madre.

—Hará unos cinco meses —confesó entonces Kirt, de improviso—, desde que nos tocó hacer juntos un trabajo.

Los padres no salían de su asombro y esa imagen de familia feliz que habían proyectado al entrar en el salón se desmoronó por completo.

—Pero hijo... ¿Y Sarah? No me digas que la cambiaste por... una chica como esa.

La madre se mostraba abiertamente horrorizada, mientras que el padre resopaba y se frotaba la frente con la mano. Kirt, por su parte, se había puesto a la defensiva.

—No entiendo el repentino interés que tienes por mi vida privada. Nunca te ha preocupado si engaño o no a Sarah, ni con quién. —El padre se removió en su asiento—. No hace falta que finjamos delante del sheriff y su ayudante, creo que ya se han dado cuenta de la poca confianza que tenemos entre nosotros.

—¡Kirt! —espetó la madre, furiosa—. No sigas por ahí.

—Mamá, dudo mucho que los policías aireen nuestros trapos sucios —siguió el adolescente, cada vez más crecido—. Me imagino que saben de sobra con el tipo de mujeres que te engaña papá y con quién haces más que pilates los martes y los jueves.

—¡Kirt! —estalló la mujer, y fue a acercarse a su hijo, probablemente dispuesta a abofetearlo por lo que acababa de decir.

—Perdonen, pero estas cosas no son de nuestra incumbencia. —Jason se había levantado para interrumpir aquella escena de drama familiar. Estaba aburrido de tanta palabrería que no ayudaba en nada—. ¿Te dijo Katherine si alguien la estaba molestando?

—No. Nunca me dijo nada. Le costaba mucho hablar sobre sus sentimientos, era demasiado tímida —dijo, con sinceridad.

—¿Sarah sabía que había algo entre vosotros? ¿Alguien de vuestro entorno o del instituto en general lo pudo haber intuido? —El sheriff hacía lo que podía para sacarle información.

—El día que me tocó ir al baile con Katherine, fue cuando entendí que era el momento de dejar a Sarah —reconoció el chico—. De ahí la bronca que montó en cuanto lo supo. Tuvimos mucho cuidado para que nadie nos viera. Ella no quería que sus padres lo supieran, y menos ser el tema de conversación de los pasillos del instituto. Creo que eso era lo que más me gustaba de ella, su sencillez y el hecho de no querer ser el centro de las miradas.

—¿Qué coche conduces? —le preguntó Jason, quien sin querer obvió la carga personal de lo que Kirt acababa de contarles.

—Un deportivo gris, pero no entiendo a qué viene la pregunta. —Suspiró. Se notaba que estaba tratando de reprimir las lágrimas—. Oiga, yo la quería, ¿sabe? Nunca en toda mi vida me han querido como ella ni me han tratado con tanta dulzura. Era una chica especial

Los dos policías asintieron con la cabeza y, después de agradecer a los padres de Kirt que les hubieran ayudado con la investigación, se marcharon peor de lo que habían llegado.

Jason no se fijó en que el coche rojo ya no estaba aparcado fuera. Después de todo lo que había escuchado en aquella casa, se le había ido el santo al cielo.

—Donde menos te lo esperas... saltan chispas, ¿no te parece? —dijo el sheriff, mientras conducía.

—Escuche, jefe, ¿por qué no vamos ahora a hablar con las gemelas?

—La verdad, no es que muera de ganas por escuchar cómo una adolescente se queja de su exnovio...

—Lo sé —insistió—, pero no puede negar que Sarah está tan implicada como pueda estarlo Kirt, ¿no?

—Está bien —cedió el sheriff—, acabemos con esto cuanto antes.

CUATRO

La casa de Sarah estaba a cinco minutos en coche de la de Kirt. Todas las mansiones de la zona estaban reunidas en un mismo barrio: Marnison. Allí vivían las familias que podían permitírselo, las más adineradas, y disfrutaban de una zona tranquila, hermosa y repleta de grandes y frondosos árboles.

Jason se preguntó por qué habrían elegido precisamente Athea Town para establecerse, cuando no había más que un instituto público que sus hijos e hijas tenían que compartir con el común de los jóvenes del pueblo. En cierta ocasión, se lo había preguntado a Albert.

—Nuevos ricos —había dicho él—. Prefieren el privilegio insano de la ostentación, a la sana competición en otras ciudades donde lo que ellos poseen no impresionaría a nadie.

Jason se había conformado con aquella teoría, puesto que no se le ocurría ninguna otra mejor.

Ahora estaban allí, y solo podía pensar que, en cuanto entraran en aquella casa, tendrían la respuesta a todas sus preguntas. Katherine se lo había dicho: «Una, que son dos»; solo podía tratarse de Sarah y de su hermana.

Al llegar al edificio, Albert detuvo el vehículo y, sin haberse puesto de acuerdo, ambos suspiraron y se prepararon para entrar allí a escuchar verdades y mentiras. Todo podía ser...

—¿Sí? —La chica del servicio les abrió la puerta.

—Queremos hablar con los padres de Sarah y Cat —dijo el sheriff.

—Pasen, por favor. Les anunciaré.

El sheriff y su ayudante intercambiaron una mirada cómplice y se esforzaron por mantener el semblante sereno, aunque lo que de verdad les apetecía era estallar en carcajadas. Nunca nadie les había tenido que anunciar en ninguna casa.

El hogar de las gemelas era muy similar al de Kirt: un amplio recibidor que daba paso al salón, ostentosas cortinas, sofás de cuero, alfombras caras... El lujo se respiraba en cada uno de sus rincones, a pesar de que ninguno de los dos hombres habría elegido aquella decoración para sus propias casas, llegado el momento.

—¿En qué podemos ayudarle, sheriff? —preguntó, atento, el padre de las chicas, que había salido a su encuentro. Albert tuvo que contenerse al darse cuenta de que todo el mundo comenzaba las frases de la misma forma al verle llegar—. Mis hijas están arriba.

—Es un mero trámite —dijo él—. Estamos hablando con los compañeros de Katherine para tener más información sobre lo que sucedió.

El hombre asintió con la cabeza y los tres se quedaron en silencio hasta que bajaron las dos hermanas. Resultaba turbador pensar en la apariencia de lujo y felicidad que ofrecían aquellas familias, con sus casas caras y sus ropas de marca, cuando la verdad era que solo se trataba de una fachada de cara a la galería. No podían estar seguros en este caso, pero con Kirt les había quedado bien claro, al ver cómo se habían desmoronado bajo la más mínima presión.

—Chicas, quieren haceros unas preguntas —explicó el padre, cuando las gemelas hubieron llegado al salón.

—Nosotras no sabemos nada sobre esa marginada de la sociedad —dijo Sarah, con el ceño

fruncido—. No éramos amigas ni nos relacionábamos con alguien como ella —recalcó, de forma despectiva.

Jason estaba empezando a empacharse de tanto *snob* y estuvo cerca de decir algo desagradable, pero el sheriff se adelantó:

—Kirt no piensa lo mismo de ella —dijo. Trataba de hacer que Sarah estallara, para ver si así podía sonsacarle algo más. La gente mentía peor cuando estaba nerviosa—. Ahora mismo hemos estado hablando con él y nos ha contado que Katherine era inteligente y amable.

—Eso es mentira —soltó Cat, de improviso—. Katherine no hablaba con nadie y nadie se le acercaba. Solo el conserje, algunas veces. Pero ella nunca se entretenía a hablar, ni siquiera con él...

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó su hermana, usando el mismo tono desagradable.

—Porque lo vi, más de una vez. Hasta le regaló unos dulces por su cumpleaños, y me pareció de lo más injusto que tuviera esa deferencia con ella. ¿Es que las demás no tenemos derecho a que nos hagan regalos?

—¿Cuándo dirías que empezó ese interés del conserje por Katherine?

Jason, pasando por alto lo que opinaba de las dos hermanas, se interesó por el tema, a pesar de saber que, según la voz que escuchaba en su cabeza, la culpable del crimen había sido una chica.

—No estoy segura. Pero el día de los dulces, ella estaba junto a su taquilla, hablando con Kirt. Eso me extrañó —le dijo a su hermana, que la miraba como si pretendiera asesinarla—, pero luego me di cuenta de que estaban haciendo un trabajo de clase juntos. Eso lo explicaba todo, no sé si me entendéis... El caso es que Kirt le quitó el paquete y lo tiró a la papelera. Si les interesa mi opinión, le hizo un favor. Katherine no necesitaba comer chocolate, precisamente...

—No seas vulgar —le reprochó Sarah—. Eso no es cierto, Katherine no tenía ningún problema con su físico.

—¡Pero si tú eres la primera que...! —protestó Cat.

—Está muerta, ¿entiendes? —escupió entonces Sarah—. Ten un poco de categoría. Una cosa es señalar que no era de nuestra clase, pero hacer comentarios propios del servicio...

El sheriff, sorprendido por el cinismo de la joven, trató de ordenar en su mente la nueva información. Entonces, recordó la escena que había presenciado entre la directora y el conserje, en su visita al instituto.

—¿El conserje reaccionó de alguna forma en particular o se marchó sin decir nada? —preguntó. Le parecía que el tema empezaba a ponerse interesante.

—Eso no lo recuerdo. Comprenderá que no voy por ahí vigilando lo que hace un simple conserje de instituto, ¿no? Creo que ni siquiera vio a Kirt hacerlo.

A Jason no le pasó desapercibida la hipocresía de Sarah, que en esta ocasión no hizo ningún comentario ante el flagrante clasismo de su hermana. Al parecer, sus escrúpulos se limitaban a respetar a las personas fallecidas y poco más.

Los dos hombres se marcharon de aquella casa pensando que se hallaban ante una nueva pista. En el trayecto hasta la comisaría, no estuvieron muy comunicativos. Apenas cruzaron palabra, pues cada uno iba sumido en sus pensamientos, intentando ordenar las ideas, aunque aún no tenían un sospechoso claro.

—¿En qué estás pensando? —dijo el sheriff, una vez que estuvieron sentados en sus asientos de la comisaría—. Si te soy sincero, yo odio los casos en los que hay adolescentes implicados.

—Ya no tengo nada claro —reconoció Jason—, no sé si en realidad el conserje tiene importancia en este caso. ¿Celos? Demasiado típico para ser real...

—Los conserjes saben más cosas de las que pensamos —dijo el sheriff, pensativo—. Son esas personas que se recorren los pasillos de los institutos entre las conversaciones de los alumnos, sin ser vistos ni escuchados. Nadie se preocupa por lo que dice o deja de decir cuando un conserje pasa por su lado, así que ellos lo saben todo, o casi.

Pero Jason, influenciado por lo que la voz de Katherine le había desvelado, no se dejaba convencer.

—Jefe, vamos a ser sinceros. No tenemos ni idea de por dónde seguir la investigación. Las gemelas no han dicho nada interesante, más que comentarios altaneros que evidencian su complejo de superioridad. Y a Kirt se le veía afectado por la pérdida, no creo que haya tenido nada que ver.

El sheriff abrió la carpeta del caso y comenzó a colocar en la mesa, ante sí, las fotos de cada una de las personas con las que habían hablado. Una vez que los tuvo delante, interrogó a Jason con la mirada para que le indicase de quién sospechaba, sobre quién creía que recaía la culpa de lo sucedido.

Antes de que Jason pudiera abrir la boca, las luces de la oficina se pusieron a temblar y todas las fotos salieron volando hasta esparcirse por el despacho. Jason no se movió, pero entendió a la perfección lo que ella quería decir: ninguna de aquellas personas había sido su asesina.

Albert, por su parte, no entendía nada y lo único que hizo fue maldecir las dichosas corrientes de aire. Se levantó y recogió las fotos. Quería colocarlas de nuevo, pero esta vez en una de las pizarras de corcho que tenía en la pared. Una vez que todo estuvo listo, una imagen al lado de la otra, Albert se giró para coger un rotulador y, antes de que pudiera hacer nada, las fotos volvieron a caerse, las luces se fundieron y las bombillas de la vieja lámpara del despacho cayeron al suelo en pedazos provocando un estruendo considerable.

—¡Alguien quiere cerrar las malditas ventanas! —bramó, pero una agente se asomó a la puerta y le respondió que no había ninguna abierta.

Jason no dijo nada, seguía sin ser capaz de pronunciar las palabras.

—Algo me dice que este no es un buen momento para seguir trabajando —dijo el jefe, riendo por su propia salida de tono—. Este caso se complica por momentos, solo hay que esperar el instante adecuado para darse cuenta de quién es el culpable.

—Las respuestas no aparecen solas, jefe. Los casos no...

—Eso ya lo sé —protestó Albert, que no estaba dispuesto a permitir que su ayudante le diera una clase teórica—. Las dos hermanas escondían algo —añadió, y Jason se sorprendió—, y Kirt nos ha contado lo de su relación, pero no creo que haya sido sincero del todo. Tengo la impresión de que hay más.

—¿Y Erika...?

—Erika enseguida se dio cuenta de que había hablado más de la cuenta. Tenía miedo, aunque no sé de qué. Se lo vi en los ojos.

—Conclusión: todo el pueblo calla sobre algo de lo que nosotros no tenemos ni idea, pero deberíamos de saber.

—Yo no soy del pueblo —comentó el sheriff—, y tú tampoco. Creo que tenemos que empezar a conocer la historia del lugar en el que vivimos antes seguir preguntando sobre relaciones amorosas de adolescentes que no nos llevan a ninguna parte. Quizá haya secretos familiares ocultos desde hace generaciones, hijos de infidelidades, parentescos desconocidos... Qué sé yo...

Los dos hombres compartieron una mirada significativa y fue entonces cuando empezaron a ver el caso de una forma distinta: Athea Town ocultaba un secreto celosamente, por eso la gente guardaba silencio.

Se fueron a casa con la firme convicción de que por fin habían alcanzado un punto de inflexión

en la investigación. Ninguno pudo dormir esa noche pensando por dónde empezar, pero tenían claro que había que acudir a la historia de la zona si querían descubrir por qué todo el mundo se empeñaba en echar tierra sobre lo ocurrido. Al menos, Albert llevaba tiempo en el pueblo y había tenido ocasión de familiarizarse con los habitantes de más edad, y quizá entre ellos pudieran encontrar alguna respuesta, algo que les ayudara a explicar qué era lo que todo el mundo pretendía tapar a costa de silencios.

El lunes llegó más pronto de lo que habían imaginado. Jason había pasado todo el domingo buscando información sobre Athea Town, pero nada especial se decía en cada una de las páginas que había consultado sobre el lugar. Acabó tomando la determinación de informar a su jefe de que sería él quien acudiera a la biblioteca municipal a seguir investigando, pues una vez que había empezado, sentía la necesidad de continuar hasta el final.

Para no dar que hablar, había sustituido el uniforme por su vestuario habitual. Era la primera vez que entraba en la biblioteca. No era un lugar demasiado grande y se veía que era muy antiguo. Las estanterías llenas de libros formaban pasillos estrechos por los que apenas podían converger dos personas a la vez. Pero no se podía negar que estaba surtida.

Jason no tenía muy claro por dónde empezar a buscar, así que decidió hacer lo más sensato: acercarse al mostrador y preguntar directamente a la bibliotecaria.

—Disculpe —dijo, con la voz algo temblorosa—. Me gustaría buscar información sobre este lugar y no sé en qué estantería mirar.

La señora, con arrugas en la frente y el pelo totalmente blanco, parecía una octogenaria y, además, no tenía una expresión muy agradable. Él le sonrió para ver si así lograba hacerla cambiar de actitud, pero no funcionó: la anciana volvió a mirar los papeles que tenía delante.

—Después de tantos años aquí, agente, ¿cómo es que ahora le interesan la historia y la vida de las personas de Athea?

—Nunca es tarde, ¿no? —dijo Jason, con una voz pretendidamente jovial—. Si este va a ser mi lugar de residencia y donde quiero formar una familia, tendré que conocerlo mejor antes de asentarme, ¿no cree usted?

—Y supongo que, de esos planes, estará informada la bellísima profesora de francés...

Jason se quedó sorprendido de que aquella mujer estuviera al tanto de lo suyo con Betty. En otras circunstancias, le habría dado un buen corte por chismosa, pero dado que necesitaba su ayuda, decidió dejarlo pasar, no sin esfuerzo.

—¿Cuál es el pasillo de los libros de historia, por favor?

—En el cuarto pasillo puede encontrar todos los libros que quiera sobre historia —respondió la señora, con los ojos en el papel—. Espero que dé con lo que necesita, le recuerdo que cerramos a las dos.

—Gracias.

Jason se dirigió hacia donde ella le había indicado, todavía estupefacto por el conocimiento general sobre su vida personal. En un momento dado, no pudo evitar volver la vista atrás para echar una mirada a la anciana. El estómago se le revolvió cuando la vio hablando por teléfono en voz baja y con el ceño fruncido. Trató de leer sus labios, pero entonces ella levantó la vista y, al ver que el ayudante la estaba observando, colgó apresuradamente. Jason solía ser un hombre calmado; incluso ante la perspectiva de escuchar voces en su cabeza había reaccionado con relativa parsimonia. Sin embargo, aquella mujer había logrado inquietarlo sobremanera. No solo se comportaba de manera extraña, sino que, además, sabía de él más de lo que le parecía prudente.

Cuando logró centrarse en su labor de investigación, pasó gran parte de la mañana buscando en las diferentes estanterías del pasillo cuatro, aunque no encontró nada que valiera la pena. Lo cierto era que Jason nunca había sido asiduo a las bibliotecas, pero empezaba a sentir que nada hasta entonces le había parecido tan difícil como encontrar un maldito libro en aquel momento.

«¿Por qué no me echas una mano?», empezó a pensar, de forma inconsciente. Katherine nunca respondía cuando era él quien la llamaba, pero aquella habría sido una ocasión perfecta para que lo hiciera. Al fin y al cabo, se trataba de su muerte, ¿no? Lo mínimo que uno podía esperar era que el fantasma —o lo que fuera— de una joven asesinada se involucrara un poquito en aquella investigación. Pero no tuvo suerte, solo obtuvo silencio.

Por fin, Jason empezó a cuestionarse las indicaciones de la bibliotecaria. Aquello no tenía ningún sentido, pero no pudo evitar pensar que tal vez lo había enviado al lugar equivocado para hacerle perder el tiempo. Con disimulo, recorrió el pasillo pegado a la pared y llegó al final, que daba acceso a un pasillo corto y este, a una zona en la que había una cristalera llena de libros antiguos con un letrero que rezaba: «Ejemplares fuera de préstamo y consulta». El corazón se le aceleró al pensar que por fin había encontrado algo interesante, aquel rincón de volúmenes prohibidos.

Al acercarse más, descubrió que la vitrina estaba cerrada con llave. ¡Maldita vieja! Seguro que la llevaba encima. Tenía que idear una estrategia para que aquella arpía le abriera la cerradura y le dejara consultar aquellos libros. Comenzó a caminar de un lado al otro sin saber qué hacer, y estaba a punto de perder la paciencia y exigírselo —para algo era el ayudante del sheriff— cuando escuchó un chasquido metálico que lo hizo detenerse. El cerrojo que mantenía los cristales en su lugar se desprendió y cayó al suelo, y Jason pudo acercarse a toda prisa para echar un vistazo a lo que se escondía allí dentro.

Empezó a pasear la vista por los lomos de los libros, hasta que la voz susurró: «Ese». El libro se titulaba Normas y leyes de la logia Atheana. Jason se lo llevó a hurtadillas a una mesa medio escondida en un rincón y, sin perder un segundo, empezó a leerlo. No podía creerlo: una logia en un pueblo tan pequeño, en el que todo el mundo se conocía y la convivencia parecía de lo más cordial. Él sabía que las clases sociales estaban muy bien diferenciadas; había visto el clasismo en las gemelas, en la madre de Kirt y en muchas otras ocasiones. Aun así, suponía que la mayoría de los habitantes, los que no vivían en mansiones ni tenían nada que aparentar, se relacionaban con normalidad y de tú a tú.

Empezó a ponerse nervioso cuando un grupo de estudiantes se sentó dos mesas más allá. Tenía que sacar el libro de allí como fuera para poder llevárselo a casa y leerlo con atención. Era un libro antiguo y algo pesado, pero no muy grande. El problema era que, seguramente, haría sonar la alarma si trataba de llevárselo. Se puso a mirarlo con atención, en busca del hilo metálico que le delataría, pero no lo encontró. Esperanzado, se dijo que tal vez no hubiera ninguna alarma. Quizá por esa razón, ese libro y otros estaban encerrados bajo llave, para evitar que fueran robados.

Jason decidió arriesgarse. Escondió el libro bajo la camisa, sujeto por la cinturilla del pantalón, y caminó en dirección a la salida. Al pasar junto a la bibliotecaria, le dio las gracias por su ayuda, aunque ella no se dignó mirarle. El hombre lo agradeció enormemente, aunque en otra ocasión le hubiera parecido una grosería.

El ayudante del sheriff fue a casa a ponerse el uniforme y condujo hasta la comisaría lo más rápido que pudo. Tenía que hablar con el jefe y enseñarle lo que había encontrado antes de que la bibliotecaria se diera cuenta de la desaparición e hiciera una llamada acusatoria.

—¿Tienes algo? —le dijo Albert apenas entró, sin dejar de mirar la pantalla del ordenador—. Por mucho que miro y le doy vueltas a una página y a otra en internet, ninguna me da datos

concretos sobre este pueblo.

—Y no los encontrarás. —Jason puso el libro encima de la mesa—. ¿Has oído hablar de la existencia de una logia o te parece tan surrealista como a mí?

—¿Perdona? —Sus palabras captaron toda la atención de su jefe—. No me digas que ahora tenemos que lidiar con una panda de obsesos y sus leyes...

—Empiezo a entender el motivo por el que todo el mundo calla en este pueblo. He oído hablar de este tipo de... grupos, en otros lugares, y te adelanto que no será fácil lidiar con esto.

—Ya lo veo —gruñó el sheriff—. Pero, ¿cómo enlazamos eso con lo que ya tenemos?

—¿Te refieres a Kirt y a las gemelas?

—Exacto. Hay que hilar muy fino para que una línea de investigación encaje con la otra, ¿no crees?

—¿Alguna idea?

—Bueno, veamos: por un lado, están Sarah y Cat, que son un par de snobs, al igual que sus padres, imagino; luego está el chico, Kirt, que se había enamorado de la persona equivocada. No me malinterpretes, Jason, estoy tratando de verlo desde el punto de vista de su propio entorno. El caso es que no creo que su madre habría llegado a aceptar a alguien como ella.

—Aunque, por otro lado —intervino el ayudante—, no tuve la sensación de que esa relación fuera lo que más molestó a la madre.

—No, es cierto. Ni tan siquiera el que el chico les reprochara a ambos sus múltiples aventuras. Lo que sí levantó ampollas fue que tú y yo estuviéramos allí, ¿verdad?

—Eso pensé. Oiga, jefe, una vez leí algo sobre un caso en alguna fraternidad que no recuerdo. También había una logia de por medio, ¿sabe? Supongo que no todas serán iguales, pero aquella en concreto tenía algo que ver con actividades sexuales.

—Busca en ese libro —le dijo el sheriff—, mira a ver si puedes hacerme un resumen de sus normas o leyes o lo que sea, a ver cómo atamos cabo. Mientras, volveré a hablar con Kirt... y tú lo harás con Betty.

Jason se sorprendió al escuchar el nombre de la chica que le gustaba. Pero luego comprendió: ella provenía de una de aquellas familias ricas, y su madre estaba en casa de Kirt el día que fueron a interrogarle.

Al sheriff le hubiera gustado evitarle aquello a Jason, pero, por otro lado, si él mismo la interrogaba dejaría en evidencia su línea de investigación. Y no estaba dispuesto a enseñar sus cartas tan pronto. Lo mejor sería que Jason sacara el tema de una manera informal, que se las apañara para tantearla y sacarle algo. Ya tendrían tiempo de hacerlo oficial si su ayudante encontraba algún indicio.

—Supongo que sería demasiado pedir que también hablaras con Grace, ¿verdad?

—Veré lo que puedo hacer, jefe. Aunque no puedo prometerle nada...

—En última instancia, las interrogaremos en serio. Aunque, sinceramente, preferiría ahorrarme ese paso, de momento. No quiero que se haga público lo que hemos descubierto, al menos hasta que no sepamos si tiene algo que ver con el asesinato de Katherine o si es una pista falsa.

Jason no podía decirle al sheriff que estaba seguro de que no lo era porque la misma Katherine le había indicado qué libro tenía que coger. Para él, estaba claro que allí había información crucial para el caso, aunque comprendía las reservas de Albert.

—El libro hay que devolverlo cuanto antes, para que la adorable anciana que me lo ha ocultado no se dé cuenta de que me lo he llevado.

—Entonces tenemos una larga noche de lectura por delante —suspiró el sheriff—. Voy a llamar a mi mujer y nos ponemos a ello. Tú deberías hablar con Betty para quedar cuanto antes.

—Lo sé, solo que utilizar una cita para esto me parece muy mezquino —respondió Jason, cariacontecido.

—Nadie dijo que este trabajo fuera fácil —respondió Albert—, y menos en un lugar tan pequeño como este. Si vamos por buen camino, en cuanto nos acerquemos al asesino comenzaran las amenazas, y puede que hasta algún intento soborno. —Al ver que eso no consolaba a su ayudante, el sheriff añadió—: Puede que ella no esté dentro de la organización, ya que decidió darte una oportunidad.

Jason asintió sin demasiado convencimiento. Lo único que quería era terminar con aquel caso, hacer su vida y que Katherine saliera de su mente para siempre. Si para eso tenía que sonsacar información a Betty... Bueno, aquello seguía sin hacerle ninguna gracia, pero tal vez el jefe tuviera razón: era mejor no dar pistas a la gente hasta que tuvieran algo más.

Aquella noche se hizo interminable y el aroma a café estuvo presente a cada instante. Por momentos, tuvieron que dormir para poder soportar tantas normas absurdas escritas en ese libro. Mientras leían, anotaron las que les parecieron más importantes.

—¿Cómo ha quedado la lista? —preguntó Albert, a eso de las seis y media de la mañana.

—Esto es lo que tenemos —respondió Jason, y comenzó a leer—:

No tendrás relaciones con nadie que esté fuera de la orden.

No permitirás que tus familiares se relacionen con nadie más que con la orden.

La lujuria no está vista como pecado, siempre y cuando sea entre los miembros de la orden.

Está permitido amenazar a cualquiera que quiera salirse del círculo, así como castigarle sin objeción alguna por parte del resto.

No se admitirán más que personas de reputación perfecta: personas de honor, leales y discretas.

La logia de Athea Town será mixta por decisión de sus miembros.

La creencia en Dios es fundamental para que la orden viva en paz y armonía.

A cada frase que Jason leía, todo aquello de la logia les parecía más y más absurdo. Ambos sabían lo que era la masonería, pero en Athea Town parecía que alguien hubiera tomado ese concepto y lo hubiera retorcido de forma pueril para obtener un sucedáneo cutre y casi ridículo con el que los ricos pudieran divertirse beneficiándose de sus propias normas. ¿Aceptar la lujuria? Parecía mentira que todos aquellos ricachones que caminaban hacia la iglesia en fila, familia tras familia, hubieran montado aquel circo para satisfacer sus apetitos sexuales de forma secreta y endogámica.

CINCO

Eran más de las siete cuando acabaron de revisar y comentar las conclusiones que habían anotado, teniendo en cuenta si eran o no importantes para el caso. A pesar de no tener todavía al asesino de Katherine, se dieron cuenta de que, si sus pesquisas iban por buen camino, cada vez estaban más cerca de entender los motivos de su muerte.

—¿Qué conclusión sacas de todo esto? —dijo el Sheriff, con la décima taza de café en la mano y las piernas encima de la mesa.

—Alguien se enteró de la relación que tenía con Kirt y la mató por el bien de la orden —

aventuró Jason.

—Puede ser —reconoció el otro—. El libro dice claramente que se puede castigar a los miembros que deseen abandonar la orden, pero... me parece excesivo por una simple relación adolescente.

—Otra de las hipótesis que barajamos son los celos. —Jason se levantó a por otro café mientras argumentaba. El que tenía en la mano se había quedado helado—. No olvidemos que la logia lleva en este pueblo más de doscientos años sin que ninguno de los que hemos llegado después nos hayamos enterado de su existencia. Debe de ser algo muy arraigado, porque no es fácil que toda una comunidad guarde un secreto sin que haya fugas, ¿comprende?

—En eso tienes razón. —El sheriff se quedó pensativo.

—Por otro lado, todavía nos queda una pieza suelta: ¿qué tiene que ver el conserje con Katherine? ¿Qué tipo de acercamiento buscaba con ella y por qué molestaba a Kirt?

Albert ya no podía más, ni siquiera el café lograría que no se desplomara sobre la mesa de un momento a otro, así que hizo un intento por zanjar de alguna manera el tema, al menos durante unas horas.

—En conclusión, estos son los sospechosos: el conserje, Sarah Peerson y los padres de Kirt.

—¿Los padres? —inquirió Jason, sorprendido—. Pero si ellos ni siquiera sabían que Kirt y Katherine salían juntos...

—No son sospechosos del asesinato, pero por alguien habrá que empezar a investigar esa logia, y ellos son los padres del novio de la fallecida. Quizá si logramos que se pongan nerviosos, no sé, puede que entonces cometan algún error.

—Comprendo.

—De acuerdo, entonces vuelve a la biblioteca y deja el libro en su sitio. A poder ser, que la vieja arpía no te descubra —bromeó Albert—. Y no te olvides de hablar con Betty —añadió, ya más serio.

Jason asintió de mala gana, ya que no quería ni sabía cómo hablar del tema con la chica que le gustaba. No era fácil ejercer de policía con ella y luego darle un beso —o los que fuera— antes de despedirse. Sin perder más tiempo, guardó con sumo cuidado el libro y se dirigió a la biblioteca con la esperanza de que la anciana no estuviera allí. No sabía cómo hacer para que no se diera cuenta de que se lo había llevado sin permiso, y lo único que se le ocurrió fue volver a guardarlo bajo la camisa.

Era muy temprano y no había casi nadie por la calle. Tenía la esperanza de que el lugar se encontrara vacío, sin embargo, su sorpresa fue enorme al ver que parte de las familias del barrio Marnison se encontraba allí. El corazón se le aceleró mientras se acercaba a saludar a la bibliotecaria con toda la amabilidad que pudo reunir. Acto seguido, se fue directo al pasillo cuatro, el que ella le había indicado el día anterior. No miró a otro lugar que no fuera el suelo para que nadie pudiera descubrir lo que había hecho, pero al ver que algunas personas pasaban cerca de él y lo miraban con una mezcla de desprecio y reproche, supo que lo habían pillado.

Caminó de forma disimulada hasta la vidriera, pero de un solo vistazo comprobó que estaba cerrada. Eso confirmaba sus sospechas, además del hecho de que las más grandes y antiguas fortunas del pueblo estuvieran allí reunidas, fingiendo que leían en las mesas del centro de la biblioteca. No es que conociera mucho sus costumbres, pero estaba seguro de que tendrían cosas mucho mejores que hacer que estar allí.

Por segunda vez, suplicó a Katherine que le echara una mano y ella no le defraudó. La vitrina se abrió y Jason devolvió el ejemplar a su lugar, aunque sabía que todo era inútil: los miembros de la logia sabían que él se lo había llevado. Por suerte, no parecía que nadie fuera a hacerle

ningún reproche en aquel momento, más bien trataban de aparentar normalidad.

Sin hacer ruido, salió de aquel pasillo a toda prisa, pero entonces se dio de bruces contra el señor Blown. El rostro del anciano estaba ensombrecido y la cantidad de arrugas que surcaban sus facciones daban idea de su avanzada edad. Jason le conocía, era el ciudadano más rico de Athea Town, y posiblemente el más anciano, junto a la bibliotecaria.

Era tan obscenamente rico que ni siquiera vivía en el barrio Marnison, con los demás, sino algo más allá, en una fortaleza que estaba rodeada por un muro de piedra bastante alto. Una puerta de hierro forjado daba paso a aquel castillo, custodiado por cuatro torres de vigilancia, que era tan antiguo como bien conservado se hallaba.

Jason tuvo una súbita revelación: Blown tenía que ser el cabeza de la logia, la cumbre de la pirámide, y lo más seguro era que las reuniones se celebraran en su casa. Aquello tenía lógica, puesto que nunca nadie había visto a las familias de Marnison reunidas en el pueblo, salvo cuando todas coincidían en el servicio religioso, los domingos. Pero, si se reunían en aquella especie de castillo, nadie los vería...

—¿Qué tal, agente? —preguntó el anciano, que trataba de sonar cortés—. Parece que le interesa la historia, ¿me equivoco?

—No está de más ampliar los conocimientos que uno tiene, ¿no le parece? —Jason no se dejó intimidar por aquel anciano—. De hecho, le recomiendo este libro —dijo, mientras le ofrecía un ejemplar que había sacado del pasillo cuatro—: La caída del Imperio romano, muy recomendable, enseña mucho sobre historia antigua.

—Ya lo he leído —respondió Blown, con el ceño fruncido al darse cuenta de que no había logrado impresionar al ayudante del sheriff—. Sin duda lo más interesante que encontrará en él será la lista de todos los que cayeron antes de que Roma fuera derrotada.

—Interesante análisis, señor Blown. Lo tendré en cuenta mientras lo leo.

Los dos hicieron un gesto con la cabeza a modo de despedida y Jason se dirigió al mostrador de la entrada.

—Me alegra saber que le gusta tanto la lectura de unos días a esta parte —le dijo la bibliotecaria, sin disimular la impertinencia—. Sin duda compartirá esa afición con la profesora de francés...

—Desde luego —respondió Jason, molesto por que ella siguiera hablándole sin levantar la vista de sus papeles—. A mí me alegra saber que mi vida amorosa la entretiene tanto.

—¿Amorosa? —dijo ella, y se echó a reír—. Es una forma de verlo —siguió—, como jugar a detectives creyéndose invisible...

Jason estaba impactado por sus palabras, y tuvo que hacer un enorme esfuerzo por responder algo tan sarcástico como lo que había escuchado.

—Siga disfrutando de mi vida, ya que en la suya no hay nada que la haga sentirse lo suficientemente feliz.

—Claro, agente.

El policía cogió el libro y salió del edificio con la sensación de haber perdido en los dos debates dialécticos que había entablado momentos antes. Sacó del bolsillo su teléfono, especialmente molesto por las palabras de la anciana, y llamó a Betty. Necesitaba verla, dar un paseo con ella. Le propuso dar un paseo por el parque Westline cuando saliera de trabajar, algo que ella aceptó emocionada.

Todo este tema de la logia se estaba empezando a complicar y, por su salud mental, tenía que saber si Betty estaba dentro de aquella locura de la masonería, si participaba en esas orgías de las que hablaban en el libro. Jason no estaba dispuesto a estar con alguien que siguiera las normas de

una orden en la que él no creía en absoluto. No se trataba de libertad sexual, sino de una organización enfermiza que controlaba las vidas de sus acólitos.

En un momento de debilidad, comenzó a pensar que la anciana podría tener razón al reírse sobre su relación con la joven. Pero, entonces, Katherine gritó en su mente e hizo que su atención se desviara de nuevo hacia aquel coche al que nunca conseguía ver la matrícula. Estuvo a punto de echar a correr para seguirlo, pero ya era demasiado tarde y, además, la noche en vela empezaba a pasarle factura.

Albert, por su parte, había tomado la decisión de ir a dormir un rato durante la mañana, para descansar la mente antes de acudir a la casa de Kirt. Pero, una vez en la cama, no hizo otra cosa que dar vueltas intentado poner en orden toda la información de la que disponían y, cuando parecía que comenzaba a coger el sueño, su teléfono comenzó a sonar. Pensó en no hacerle caso, pero su mujer llegó corriendo y le avisó de que era Jason.

—¿Tú no descansas? —le espetó—. Dime.

—Jefe, perdone si le he despertado pero necesito que venga de inmediato —le pidió el joven ayudante, visiblemente nervioso y acelerado.

—¿Qué sucede?

—Alguien ha entrado en mi casa... y tenemos mucho de qué hablar.

El sheriff colgó el teléfono y saltó de la cama para vestirse e ir corriendo a casa de Jason. Anna le miró, llena de preocupación.

—¿Qué ha ocurrido? —le dijo. Apreciaba sinceramente al joven desde el mismo día en que lo había conocido: le parecía honesto y servicial, un buen ayudante para Albert; y ella ni siquiera le había obsequiado todavía con una simple cena familiar...

—Allanamiento de morada —resumió el sheriff—. De momento, no puedo decirte más. Después hablamos.

Jason no podía dejar de caminar de un lado a otro del salón, intentando determinar quién habría sido capaz de entrar en su casa. El motivo lo tenía claro: buscaban el libro que se había llevado de la biblioteca. También por eso se habrían reunido allí aquella mañana, por descontado. Y esa era la razón de que Blown habría estado presente. ¡Caray, había pinchado en hueso!

Tras mucho pensar, y a sabiendas de que explicar lo de las voces no iba a ser nada sencillo, había decidido hablar del tema con su jefe. Tenía que explicarle lo que le sucedía con Katherine, intentar que entendiera por lo que estaba pasando y, por otra parte, hacerle ver que escuchar esa voz era la forma más sencilla y directa de resolver el caso sin verse en peligro por culpa de aquellos lunáticos. Se sentó en el sofá y se sobresaltó al escuchar el teléfono. No tenía ganas de hablar con nadie, pero la imagen de su madre en la pantalla le hizo cambiar de idea. ¿Iba a rechazar su llamada? No. Hacía tiempo que tenía que haber hablado con ella.

—Hola, mamá, ¿qué tal todo por casa?

—Hijo, hace semanas que no sé nada de ti y he empezado a preocuparme. Me he enterado de que han matado a una chica en el pueblo.

—Una desgracia, sí. Una adolescente, estamos trabajando en ello, esperamos resolver pronto el caso...

—Sé que así será —le aseguró su madre—. Ella te ayudará, si se lo permites.

—Mamá, ¿por qué...? ¿Cómo puedes saber eso? —preguntó Jason, tan aturdido como liberado por poder hablar de su secreto.

—Hijo —respondió la mujer—, no creo que lo recuerdes, porque eras muy pequeño, pero cuando tu abuelo murió, no querías que nadie te contara un cuento para ir a dormir, salvo él. Tu

padre siempre pensó que no eras normal, pero la abuela me dijo una vez que ella te entendía, porque le sucedía lo mismo. Yo te observaba por las noches y, Jason, estoy convencida de que él te hablaba. Reías y hasta le hacías preguntas... ¿Cómo crees que encontramos el dichoso testamento, que se había quedado enganchado tras la vieja cómoda de tu abuela? Tú nos dijiste dónde estaba; nos costó horrores mover aquel mueble, pero ella se empeñó en hacerte caso y... tenía razón.

—No lo recuerdo —reconoció Jason—, y no había vuelto a pasarme algo así hasta ahora, o eso creo.

—Solo ayúdala, hijo —la voz de su madre era cada vez más dulce—. No dejes que se quedé esperando por toda la eternidad.

El timbre sonó en ese instante y el joven tuvo que colgar el teléfono, no sin antes agradecer a su madre el peso que le había quitado de encima. Al menos, ahora sabía que no estaba loco. Tal vez era un poco anormal, pero seguía teniendo la dignidad de la cordura.

—Van a intentar amedrentarnos y no lo podemos permitir —dijo el sheriff, que entró en la casa con seguridad y apoyó una mano en el hombro de su ayudante—. ¿Has mirado si falta algo?

—Solo querían el libro —respondió Jason—, y no estaba aquí. Acabo de llegar de la biblioteca, donde, por cierto, he tenido una conversación de lo más tensa con el señor Blown.

Albert no tuvo que pensar demasiado para entender lo que su ayudante quería decirle. En lugar de dejar que siguiera hablando, le pidió silencio y, mediante un mensaje de su móvil, le indicó que tal vez hubieran colocado algún micrófono en el apartamento.

—No te preocupes, tengo un detector —sonrió Jason—. Todo en orden.

—Perfecto. —En momentos como aquel, Albert se sentía más que satisfecho de tener a ese hombre como ayudante—. Así que se dieron cuenta de que te llevaste el libro y hemos puesto nerviosos a los miembros de la logia.

—Más bien al jefe, diría yo. A estas alturas, seguro que habrán planeado alguna reunión para emprender acciones contra nosotros o decidir cómo actuar. Escuche, jefe, hay algo más que quiero decirle, pero no quiero que me tome por loco: sé que hay una chica implicada en el asesinato, y sé que conduce un Mercedes CLA rojo.

—Y lo sabes porque...

—Me lo ha dicho Katherine. —Cerró los ojos para no ver la expresión de Albert mientras le hablaba—. Hace poco que sé que me pasa esto, no puedo decirle nada más.

El sheriff se sentó en el sofá intentando aguantar una carcajada, y Jason fue a por un vaso de agua, más que nada por darle tiempo para digerir la información que acababa de comunicarle.

—Sé que suena muy estúpido y paranoico, pero es la verdad —repitió, al volver de la cocina—. Fue ella la que provocó el incidente en el Angel's el otro día, porque consideró que no le estaba haciendo a Betty las preguntas correctas.

—Pero...

—Y ella fue la que me dijo qué libro tenía que coger en aquella vitrina. Además..., acabo de hablar con mi madre y me ha dicho que no es la primera vez que me ocurre algo así, aunque la otra era demasiado pequeño para acordarme. Si le soy del todo franco, hubo un caso, una vez... Bueno, no puedo estar seguro de eso.

—Digamos que te creo. —El sheriff cogió el vaso de agua para beber un sorbo y apoyó la espalda en el sofá—. ¿Por qué no te dice de una vez quién ha sido y nos ahorramos horas de investigación y amenazas?

—Si pudiera, lo habría hecho —suspiró Jason—. Según parece, hay alguna razón por la que no puede hacer una acusación directa, pero sí proporcionarme pistas para llegar hasta ella.

—Lo siento, Jason. Todo esto me parece una tontería. Esa chica ha pasado desapercibida toda su vida, nadie le ha hecho caso hasta que el guaperas del instituto decidió fijarse en ella por algún motivo que desconozco y...

De pronto, el vaso de cristal se quebró en la mano del sheriff y los pedazos le produjeron un pequeño corte.

—¡Mierda! —protestó, extrañado.

—No le ha gustado nada lo que acaba de decir —Jason fue al baño a coger una toalla, sin poder evitar una sonrisa maliciosa—. Creo que lo mejor será que yo maneje el asunto de Katherine y, el resto, lo hagamos según el plan establecido.

El sheriff comenzó a mirar de un lado a otro mientras un escalofrío recorría todo su cuerpo. La situación había sido tan extraña que no sabía si salir corriendo de allí —por si era verdad y la chica quería hacerle algo—, o por el contrario dejar el tema y hacer lo que Jason había dicho. Durante un rato estuvieron en silencio: Albert recapacitando sobre lo ocurrido; Jason, dándole tiempo. Por más que lo intentó, el sheriff no encontró ninguna explicación: el vaso no tenía grietas ni él lo había apretado tanto como para provocar que se rompiera.

—Haremos lo que has dicho —aceptó, por fin—. Veamos qué puede aportarnos es familia. ¿Has quedado con Betty?

—Sí, y he decidido no andarme con rodeos. Ellos ya saben que sabemos de su existencia, así como también conocen mi interés por Betty.

—¿Sí? —Albert se mostró sorprendido.

—La anciana de la biblioteca me lo soltó como si esa información fuera del dominio público. Además, tengo una cosa muy clara con respecto a Betty.

—Que ella sabe de la existencia de la logia y que puede que forme parte —adelantó el sheriff.

—Exacto. Si eso es cierto, se acabó. No tendré una relación con alguien que pertenezca a esa especie de secta. ¡Me niego!

El sheriff Twins asintió, comprensivo. No podía objetar nada, pues él habría sentido lo mismo que Jason, en caso de estar en su lugar.

En todo caso, otros asuntos lo preocupaban más que la vida sentimental del joven: los miembros de la logia no permitirían que siguieran investigando a su orden como si nada, llegarían hasta donde fuera necesario para impedirles destapar aquel escándalo. Si un simple libro había desencadenado que Blown se acercara a la biblioteca y que alguien entrara en casa de su ayudante, no quería ni pensar en lo que podría ocurrir cuando empezaran a hacer preguntas algo más incómodas o se acercaran al verdadero asesino.

Los dos hombres se pusieron a recoger en silencio. Jason sugirió que buscaran huellas, pero Albert estuvo seguro de que no hallarían nada. Así que se quedaron un buen rato allí, poniendo orden, y luego cada uno salió en busca de sus objetivos.

SEIS

A eso de las siete, Jason llegó al parque donde había quedado con Betty. Lejos de sentarse a esperarla, el joven no podía evitar pasear de un lado para otro. Nunca se había visto en una situación así: tenía que poner las cartas sobre la mesa con una persona que no pertenecía al cuerpo y de la que, además, se estaba empezando a enamorar.

Había varias personas a su alrededor, pero ella no llegaba. Él comenzó a impacientarse: tal vez los miembros de la logia la hubieran puesto sobre aviso y no acudiera...

Sacó el móvil para mirar si le había llegado algún mensaje, pero nada. Estaba a punto de

aceptar el plantón cuando sintió que le tocaban en el hombro y supo instintivamente que se trataba de ella.

—Pensé que no vendrías —compuso su mejor sonrisa; ella estaba muy guapa—. Creo que me estaba poniendo algo nervioso.

—Por eso mirabas el móvil, ¿no? —le dejó un beso en la mejilla y él se sonrojó como un adolescente—. No me perdería esta cita contigo por nada del mundo.

—¿En serio? —Jason la cogió de la mano para comenzar a caminar—. Ya te habrán puesto sobre aviso conmigo, me imagino.

—Ya sabes dónde vivo y quiénes son mis padres. Ellos no entienden mi forma de ver el mundo, y yo no quiero saber nada de lo que ellos hacen cuando salen de casa a altas horas de la noche.

—No estás obligada a ser parte de la logia si no quieres —se lanzó Jason, dispuesto a luchar por la chica que le interesaba—. Si has decidido darles de lado..., eso tendrá consecuencias, pero no voy a mentirte si te digo que respiraría tranquilo sabiendo que no formas parte de algo así.

—En mi familia todos piensan que lo lógico es seguir el legado que mis abuelos nos dejaron dentro de la orden —confesó Betty, mientras se agarraba del brazo de Jason con dulzura—. Yo, en cambio, hace tiempo que vi lo suficiente como para saber que no era algo en lo que estuviera interesada. El poder, el dinero y todo eso... nunca me han importado.

—Por eso trabajas como profesora en una academia —pensó él, en voz alta.

—Todo lo que he logrado ha sido gracias a mis esfuerzos. No te voy a mentir: mis padres me han ayudado a tener un local y reformarlo, pero gracias a mi gestión hay varias personas trabajando allí, Jason. He creado empleo para mis compañeras y compañeros.

Después de que ella le abriera su corazón de forma tan sincera, Jason se sintió un poco traicionero cuando le preguntó:

—¿Qué hay de tu hermana? ¿Opina lo mismo? ¿Está dispuesta a labrarse un futuro por sí misma?

—No —reconoció Betty—, ella es aún más radical que mis padres. Casi ni me habla por ese motivo, y encima tiene actitudes más que extrañas.

—Pero el otro día dijiste...

—Era nuestra primera cita, no iba a contarte los entresijos de mi relación con Grace, ¿no crees? Aunque, después de lo que pasó en el café —recordó, levantando mucho las cejas—, no creo que hubiera importado tanto...

—Quizá fue algo extraño, sí —dijo él, evadiendo el tema de los cristales rotos. En todo caso, trató de volver al hilo anterior—. ¿Crees que tu hermana sabe algo sobre lo que le pasó a Katherine?

—Lo dudo, Jason.

—¿Tiene coche? —insistió.

—No, hace tiempo que decidió que le gustaba ir en bicicleta. Aunque a veces coge el de mis padres, pero no es lo habitual.

—Y tú, ¿crees que alguien de la logia ha podido hacerle algo a esa chica?

—Los conozco lo suficiente como para saber que lo único que les interesa es que nadie se entrometa en sus asuntos. Solo puedo decirte que Kirt abandonó la orden cuando se enamoró de ella, y eso fue una deshonra para su familia. Trajo algunos problemas a sus padres.

—Entonces crees que...

No le dio tiempo a decir mucho más antes de que comenzaran a dispararles. Su instinto le hizo proteger a Betty, tirándola al suelo y echándose sobre ella. Cuando los disparos cesaron, Jason se

levantó y echó a correr hacia el lugar en el que le pareció que se habían originado. Ya había anochecido y no se veía bien entre la vegetación. Miró a todos lados para asegurarse de que todo el mundo estuviera bien, pero entonces comprobó que solo quedaban él y Betty. Le pareció extraño; normalmente el parque era frecuentado por gente que paseaba o hacía ejercicio, incluso a esas horas.

—¿Estás bien? —Volvió a por Betty y la ayudó a levantarse—. ¡Tienes sangre en el abrigo!

—No soy yo —gritó ella, asustada—. ¡Eres tú!

Jason sé miró el brazo: parecía que una bala le había rozado, aunque no se había percatado del dolor hasta que Betty se lo hizo saber. La cosa se complicaba por momentos: un allanamiento y un intento de asesinato en doce horas; era demasiado para cualquiera.

Albert llegó a la casa de Kirt un poco más tarde de lo que había pretendido y, antes de tocar el timbre, su teléfono sonó. Pensó en no cogerlo, pero se trataba de Jason y, después de lo que había ocurrido en su casa, no quiso dejarlo pasar.

Su ayudante le hizo un sucinto resumen del intento de asesinato del que había sido víctima y el hombre, genuinamente preocupado al escucharle, salió disparado como una bala en dirección a su coche. Algo acababa de hacer clic en su cerebro: no estaban trabajando sobre una historia de intrigas adolescentes, sino sobre un asunto mucho más turbio y lleno de peligros. Como Jason le había dicho, la investigación se tenía que centrar en el señor Blown y la logia. Solo alguien tan poderoso como aquel hombre podía mover los hilos para que se perpetraran acciones de tal calibre.

Estaba a punto de alcanzar el coche patrulla, sumido en aquellos pensamientos epifánicos, cuando escuchó cómo una pareja discutía entre murmullos. Enseguida pudo identificar la voz de Kirt, pero la otra... no lograba reconocerla. Se acercó sigilosamente hasta esconderse detrás de unos arbustos y desde allí descubrió que se trataba de Grace, la hermana de Betty.

—¡Déjame en paz! —le estaba diciendo Kirt—. ¡No lo entiendes! No tienes ni idea.

—¡No! No lo sé y por eso estoy aquí. ¿Cómo pudiste dejarnos por una doña nadie?

—Cuida tus palabras, Grace —la amenazó—. No sabes nada y quieres juzgar a alguien sin conocerla.

—Tú también la despreciabas hasta hace poco, no entiendo qué te hizo enamorarte de ella y dejarme.

—¡Dejarte! —se burló el joven—. Que tuviéramos sexo por las estúpidas normas de esa secta en la que has decidido seguir metida no significa que tuviéramos nada serio. ¿O has olvidado que yo salía con Sarah? Porque nunca se te ocurrió pedirme que la dejara, más bien parecías disfrutar cuando...

—¡Basta! —le pidió ella, llorando—. No tiene nada que ver. Sarah era de las nuestra, y no interfería en lo que teníamos.

—No teníamos nada —repitió Kirt, con desprecio—. ¿Sabes por qué decidí salir de aquella mierda en la que todo el mundo podía decidir por mí salvo yo? —Esperó a que Grace respondiera, pero ella no dijo nada y, tras tomar aire, se atrevió a confesar—: Ella me enseñó lo que es amar.

—¡Mientes! —gritó Grace, furiosa, al tiempo que empujaba al chico con todas sus fuerzas—. Ella tenía que haber sido yo —añadió, entre sollozos.

—Tú no le llegas ni a la suela del zapato, incluso después de muerta —respondió Kirt, elevando el desprecio a cotas astronómicas—. Ella era diferente a todas las chicas que he conocido: su sencillez, la forma de mirar la vida y apreciar todo lo que ofrecía, la pasión con la

que hablaba de las cosas más insignificante...

—¡No sigas! —suplicó la chica, lejos de enfrentarse a quien tan duramente la estaba tratando.

—Vete, Grace —le pidió entonces él, hastiado—. No me interesa saber nada más de ti. Si han sido ellos... lo pagarán caro. Y yo jamás volveré a la orden.

—Kirt...

Grace se había agarrado al brazo de Kirt y el sheriff pudo ver cómo el forcejeo del muchacho por liberarse terminaba con la joven perdiendo el equilibrio y cayendo al suelo. Albert hizo además de acercarse a ayudarla, pero la necesidad de no delatarse pudo más y esperó a que la discusión terminara por completo antes de moverse. En cuanto los dos se fueron, volvió al coche para ir a casa de Jason.

En ese momento, Betty cogía una gasa limpia y se la ponía en el brazo a su chico, tapando la herida. No era nada grave, y por eso no le había insistido para ir al hospital. Ninguno de los dos pudo hablar de ello hasta que el comisario llegó a casa: Jason no sabía si confiar en ella, a pesar de que le había contado tantas cosas sobre la orden; y ella estaba en shock, no dejaba de pensar que una de aquellas balas —sin duda procedentes de la logia— podía haberla alcanzado.

—¿Estáis bien? —preguntó el sheriff, no bien hubo entrado, con evidente sorpresa—. Entonces es verdad que os han disparado. ¿Habéis visto algo?

—No había nadie en el parque —dijo ella, con la voz temblorosa.

—Eso es muy raro, a esa hora...

—Lo sabemos —le interrumpió Jason—. Todo ha sido muy extraño.

Estuvieron hablando durante un largo rato sobre lo sucedido en el parque y lo que Betty le había contado a Jason. Albert tenía dudas: no sabía si contar lo que había presenciado. Al fin y al cabo, se trataba de la hermana de Betty y no estaba seguro de que fuera buena idea. Jason enseguida se percató de que su jefe se guardaba algo, y le pidió que lo soltara para poder acabar con aquello cuanto antes. Ante aquello, Albert cedió.

—No me lo puedo creer —dijo ella, decepcionada—. Sigo sin comprender cómo los padres permiten que sus hijos tomen parte de esa... locura.

—Yo tampoco lo entiendo, pero la cuestión aquí es que tu hermana le estaba pidiendo cuentas de una forma demasiado... Estaba demasiado alterada —explicó—, y eso me sorprendió en ella.

—No sé qué decir —dijo Betty, cabizbaja—. Todo esto es nuevo para mí y lo único que puedo hacer es sentirme avergonzada por ello. No sé quién pudo matar a esa chica ni cuáles fueron los motivos, aunque la verdad es que aún me cuesta creer que haya sido cosa de la logia.

—Y esto, ¿tampoco te parece que no ha sido cosa de ellos? —Jason señaló su propio brazo, enfadado.

—No, en esto estoy de acuerdo contigo. El tío Blown no puede dejar pasar este tipo de cosas.

—¿Él tío? —Albert, sorprendido, se adelantó a Jason, que había estado a punto de preguntar lo mismo.

—Bueno, no es mi tío de verdad, claro. Es nuestro padrino, pero le llamamos así desde siempre. A mí nunca me ha hecho mucho caso, pero por mi hermana siente devoción.

Sheriff y ayudante se miraron, estupefactos, y por un segundo, el tiempo pareció que se paraba. Sin embargo, el reloj volvió a ponerse en marcha cuando, de forma inesperada, el espejo que había en el medio del salón se rompió en mil pedazos. Los tres se sobresaltaron, aunque Jason se recuperó enseguida: la presencia de Katherine había llegado a conseguir que no se sintiera tan incomprendido como de costumbre.

—No sé lo que pasa con los cristales últimamente—comentó Betty, con un escalofrío.

—No es más que una curiosa casualidad. —Jason le pasó el brazo por los hombros y ella apoyó la cabeza en su pecho—. Dicen que da muy mala suerte, pero para nosotros no está siendo tan malo, ¿no?

Ella levantó la cabeza y él aprovechó para dejar un casto beso en sus labios. Albert se sintió incomodo y prefirió marcharse, en vista de que Jason se encontraba mejor. Como a Betty, tampoco al sheriff le había hecho gracia que el espejo se desintegrara sin motivo aparente, salvo que él no pensaba comentar lo impresionado que se sentía.

—Creo que ha llegado el momento de que me pase por la casa del señor Blown —dijo, solamente.

—Te acompaño —respondió Jason levantándose del sofá—, no voy a dejar que vayas solo a ver a ese lunático.

—Lo siento, a este interrogatorio tengo que ir solo.

—No lo entiendo. —La decepción de Jason era evidente—. Están atentando contra mí.

—Precisamente —dijo Albert—. Pero, además, no es por lo que te ha pasado, sino para resolver el caso de Katherine. Por eso tengo que ir solo. —Se levantó para irse, pero entonces se detuvo: su ayudante merecía una explicación—. La logia funciona por jerarquías, y él es el que manda, al igual que yo en la comisaría. No puedo acudir acompañado, Blown no aceptaría mantener ningún tipo de conversación estando tú presente.

—Tiene razón —afirmó Betty—. Solo habla con la gente que considera de su nivel. Nosotras somos sus únicas ahijadas, y eso que ha recibido muchas peticiones.

—¿Cuál es la razón? —Albert necesitaba toda la información sobre Blown para saber por dónde atacarle.

—Mi padre es huérfano desde niño. Él siempre lo ha protegido, le trata como si fuera su hijo...

—Vaya, pues entonces tus decisiones han tenido que dolerle especialmente. —Jason le acarició la mano con dulzura—. ¿Hubo algún tipo de... represalia?

—Me retiró la palabra y me negó el contacto con la gente y el acceso a su casa, hasta que comprendió que ni con eso cambiaría mi forma de pensar.

Llegados a ese punto, el sheriff puso fin a la conversación. Quería ponerse en marcha, aunque se decepcionó al mirar el reloj y comprobar que pasaban de las doce. Lo mejor sería irse a casa con Anna. Al menos, eso le daría unas horas para preparar su estrategia frente a Blown. Por otra parte, él y Jason acordaron que, mientras durara la entrevista con el líder de la orden, el ayudante aprovecharía para hablar con Grace a solas. Nadie veía necesario enfrentar a las dos hermanas, al menos de momento, ni tampoco desvelar la información que Betty les había dado.

Anna paseaba de un lado a otro de la cocina con una taza de café en la mano. Estaba esperando que su marido llegara para pasar un rato juntos y, sin darse cuenta, se lo había terminado. Cuando Albert llegó a casa, ella le esperaba en el sofá con un libro entre las manos. Quería alguna noticia sobre Jason, confirmar al menos que el chico estuviera a salvo.

Albert la tranquilizó enseguida, como hacía siempre. Intentaba no contarle demasiado sobre las investigaciones que llevaba a cabo, para que viviera pensando que su trabajo no era tan peligroso. Sin embargo, aquella noche decidió ponerla al corriente del tipo de gente con la que convivían en aquel pueblo de mala muerte. No se fiaba de las represalias que podría tomar el señor Blown con respecto a su familia y quería que estuviera alerta en cualquier parte.

Anna no salía de su asombro, se sentía como una tonta al llevar toda la vida allí y no ser consciente de lo que se cocía en las sombras. Bueno, ella no se codeaba con las familias de

Marnison, desde luego, y ahora se sentía aliviada de saberse al margen de algo tan turbio. De lo que sí estaba segura era de que ese tipo de órdenes no eran ninguna broma, así que le pidió una y otra vez a su marido que se anduviera con cuidado.

A la mañana siguiente, Albert, perfectamente arreglado y con el uniforme limpio y recién planchado, se presentó en la mansión de Blown. Estaba delante de la gran puerta de hierro forjado negra, mirando de un lado a otro del muro que la sujetaba, cuando se percató de que nunca antes la había traspasado. Ese dato lo hizo sentirse un tanto intimidado, aunque no lo bastante como para dejar de cumplir con su deber. Pulsó el botón del intercomunicador y, sin que nadie contestara, la puerta se abrió ante él, chirriando como en una película de suspense. El sheriff se introdujo en la finca de Blown, dispuesto a aparcar el coche patrulla y acabar con aquello lo antes posible.

Estaba a punto de tocar la puerta principal cuando esta giró sobre sus goznes y tras ella pareció un mayordomo vestido con la más estricta elegancia.

—Buenos días, sheriff. Sígame, por favor.

Él no dudó. Ya había dilucidado que aquel cincuentón de pelo casi blanco y mirada cansada lo había estado observando por las cámaras de vigilancia que rodeaban el perímetro de la finca, y había supuesto que Blown lo tendría todo previsto para hacerse con el control de la entrevista desde un principio. ¡Por el amor de Dios! El mero hecho de estar en aquel lugar, con sus pasillos de piedra y sus techos altos, ya habría sido suficiente para impresionar a cualquiera. Estaba sembrado de cuadros y esculturas con los que uno se iba topando a cada paso y el sheriff no podía dejar de mirar de un lado a otro. Al fin, llegaron a una gran puerta de madera.

—Pase, por favor. —De nuevo se oyó ese sonido de bisagras oxidadas, aunque el sheriff logró mantenerse impasible.

—Buenos días, sheriff Twins. —Blown estaba sentado en su gran sillón, detrás de una mesa antigua de madera maciza—. Me alegra conocerle.

—Ignoraba que mi presencia le fuera a ser tan grata —dijo Albert, mientras estrechaba con firmeza la mano de aquel hombre—. De haberlo sabido, habría venido con mi mujer mucho antes, a ella le encantaría este lugar.

—Y a mí su presencia, estoy seguro de ello.

Albert recordó lo que hacían en sus reuniones privadas y prefirió pasar por alto el comentario de Blown. Al fin y al cabo, no era más que una jugada para comprobar si él pretendía alterar el orden establecido, la jerarquía que imperaba en sus dominios.

—Me imagino el motivo de su visita —siguió diciendo el anciano.

—Me alegra que así sea. No es fácil hablar de estos temas cuando la otra persona no está dispuesta a colaborar.

—¿Colaborar? —se extrañó Blown—. Pensé que había venido a disculparse por la arrogante curiosidad de su ayudante.

—No sé por qué tendría que hacer algo así —sonrió Albert—. Los libros de la biblioteca son para leerlos.

—Ese en concreto estaba bajo llave, así que debió forzar la cerradura para llevárselo. Uno no actúa a escondidas a no ser que sepa que lo que hace está mal.

—Estamos de acuerdo en ese punto —respondió Albert, anotándose un tanto mental—. De todas formas, dudo que las cosas hayan pasado como usted dice y, en todo caso, el suceso del que habla ha dado como resultado mi conocimiento de la orden a la que usted pertenece.

Al sheriff le pareció observar que el labio de Blown temblaba de forma casi desapercibida. Seguramente no sería agradable para él escuchar que pertenecía a la orden cuando la realidad era que aquel hombre entrado en años era la cúpula de todo el entramado.

—Le diré algo —siguió hablando el sheriff—: a mí lo que ustedes hagan o hayan hecho durante todos estos años no me interesa en absoluto.

Aquello pareció molestar aún más a Blown, pero Twins continuó hablando.

—Sin embargo, como usted sabe, ha habido un asesinato a sangre fría y la investigación nos ha llevado hasta este punto.

—No veo el motivo.

—Verá, señor Blown...

El sheriff se disponía a explicarle su línea de razonamiento, cuando la puerta del despacho se abrió súbitamente mientras las voces del mayordomo y otro hombre interrumpían la conversación que estaba teniendo lugar en el interior.

—¡Él tiene que atenderme todas las veces que yo quiera! —El conserje del instituto entró hecho una furia—. Tú no eres quién para no dejarme pasar...

—¡Peter! —La voz de Blown se alzó sobre todo lo demás y el sheriff pudo ver como el mayordomo cincuentón se amilanaba, a la espera de su reprimenda—. Estoy ocupado. ¡Márchate!

—¡Eso no me importa! Necesito... —En cuanto el alcohol que llevaba en el cuerpo le dejó ver que el hombre que estaba junto a Blown no era otro que el sheriff, su rostro cambió por completo—. Perdón —dijo, visiblemente preocupado—, volveré en otro momento.

El mayordomo se disculpó de manera servil por no haber podido evitar que aquel tipo interrumpiera la reunión, y cerró la puerta después de que ambos salieran. Blown no podía disimular su enfado.

—¿Algún problema que requiera mi intervención? —preguntó el sheriff, capcioso—. Me ha parecido que son viejos conocidos...

—Hace algunos meses Peter me suplicó que le ayudara con una deuda de juego —confesó el viejo, a regañadientes—, y yo lo hice. Conozco a sus padres y no quería que la situación les complicara la vida.

—Y ahora venía a pedirle más, me imagino.

—Siempre ha sido muy problemático —reconoció Blown—, no creo que le esté diciendo nada nuevo sobre él.

El sheriff asintió, ya que Peter era una de las personas que más veces había dormido en el calabozo de la comisaría. Había estado desde los dieciséis o diecisiete años bebiendo sin parar y, tras cumplir una breve condena, se había reinsertado como conserje del instituto, lo que había levantado algunas ampollas entre la gente del pueblo. Albert empezaba a comprender que alguien como él hubiera logrado acceder a ese puesto.

—En realidad —Albert no veía motivo para retrasar más la cuestión—, hoy he venido aquí a preguntarle sobre el asesinato de Katherine. ¿Sabe usted algo que quiera compartir conmigo?

—No entiendo el motivo por el que debería saberlo, no conocía a esa chiquilla.

—Tal vez usted no, pero Grace, su ahijada, no le tenía mucho aprecio, ¿no es cierto?

—No me interesan las discusiones de adolescentes, tengo cosas mucho más importantes que hacer.

—Estoy convencido de ello, pero debo insistir en que la investigación nos ha traído hasta aquí. Por algún motivo será.

—Estaré alerta, por si me entero de cualquier cosa, y le mantendré informado de inmediato. Ahora tengo asuntos que solucionar y no puedo perder más tiempo —dijo Blown, para dar la conversación por zanjada.

—Muchas gracias por su tiempo —respondió el sheriff con sequedad.

Albert salió de aquel despacho con la certeza de que el cabeza de la orden sabía mucho más

de lo que había dicho. El hecho de que su semblante se relajara al decirle que las actividades de la orden no le importaban demasiado no le había pasado por alto al sheriff. Además, el asunto del conserje no le había quedado del todo claro.

De regreso por el mismo pasillo que había recorrido al entrar, escuchó voces tras una puerta entornada. Alguien estaba reconviniendo a Peter.

—No puedes presentarte aquí borracho y pedirle cuentas de algo que ya está hecho. Un trato es un trato, ¿entiendes?

Albert se preguntó qué clase de trato habrían hecho aquellos dos. De inmediato le vinieron a la mente el asesinato de Katherine y el tiroteo del parque. Tal vez estaba muy desencaminado y no tuviera nada que ver con aquello, pero no podía dejar de poner todas las opciones sobre la mesa.

No quiso ser descubierto, por lo que siguió caminando hacia la salida. Iba a abrir la puerta, cuando el mayordomo se materializó a su lado y se ocupó de ello. Albert estuvo seguro de que, si había escuchado aquella conversación a hurtadillas, había sido porque aquel hombre extraño y silencioso así lo había querido, y no por casualidad. No alcanzaba a entender el motivo, pero tenía la seguridad de que así era.

«Vaya —se dijo—, no es oro todo lo que reluce y la lealtad no siempre está garantizada».

SIETE

Jason esperaba dentro del coche a que Betty entrara en casa después del trabajo. Iba a interrogar a Grace, y la joven le había pedido que la dejara estar presente.

Unas horas antes, se había pasado por el instituto para echar un vistazo, de paisano. Quería verla en aquel entorno, observar cómo se comportaba entre los demás alumnos y alumnas, ver si volvía a discutir con Kirt. A la hora de salida, se había quedado en el aparcamiento, desde donde tenía una buena vista de las escaleras.

Nadie había mirado a Grace al salir ni le había dirigido la palabra, a pesar de que la entrada estaba atestada. Grace no era una chica que pasara desapercibida, era guapa y su rostro transmitía mucha dulzura. Sin embargo, caminaba con la cabeza gacha, mirando todo el tiempo al suelo. Unos metros más allá, Jason había escuchado a un chico llamar a Kirt a gritos. Solo entonces ella había levantado la vista y lo había buscado a él. Jason se había percatado de que lo miraba anhelante, como solo se mira a la persona de la que estás enamorado. Sin embargo, no había hecho amago de acercarse. Había sacudido la cabeza y continuado andando. A Jason no le había extrañado, teniendo en cuenta la discusión que el sheriff había presenciado entre los dos jóvenes. Casi hasta había sentido pena de que Grace estuviera sufriendo el rechazo de Kirt y se la viera tan desolada y vulnerable. A fin de cuentas, era la hermana de Betty.

Unos pocos pasos después, Grace se había con Peter, el conserje, que cargaba con dos contenedores de papel recién vaciados. Para asombro del policía, su rostro había cambiado por completo y la dulzura que lo llenaba se había convertido en un profundo desprecio, en una altanería absoluta que le había recordado a las gemelas, Sarah y Cat. Solo que en Grace se percibía una agresividad velada que las otras no compartían. Era algo más que un tema de clases sociales, era... casi maldad. El cambio fue tan radical, que Jason no había podido hacer otra cosa que resoplar.

«Te dije que eran dos», había dicho de repente la voz de Katherine, haciendo que se sobresaltara.

—Podías haber sido más clara —había refunfuñado confundido el policía, a quien ya ni siquiera le preocupaba que lo tomaran por loco—. ¿Todo el tiempo te referías a Grace?

Katherine no había respondido, y Jason la había imaginado haciendo un gesto de indiferencia con los hombros. Al menos, aquella vez había podido comprender el mensaje.

Después de eso, se había dirigido a la casa de Betty y había esperado hasta que ella llegara tratando de encontrar una forma de interrogar a Grace sin incomodarla. Sin embargo, no la había encontrado. Tenía que presionar a la joven para poder sacar algo productivo de aquella visita. Por experiencia sabía que los interrogatorios espontáneos sacaban muchas más verdades que cualquier otro.

Cuando llamó al timbre, fue Betty quien abrió la puerta.

—Hola, Jason. Están en el salón, les acabo de decir que vendrías a hablar con Grace.

—¿Estás bien? —susurró él, para que nadie se diera cuenta.

—Sí, pasa por favor.

Estar en casa de la chica con la que salía, en la que nunca sería aceptado, ponía nervioso al ayudante del sheriff. Tuvo que dejar todos esos pensamientos a un lado para centrarse en lo que había ido a hacer.

—Buenas tardes a todos —saludó, serio y con confianza—. Necesito hacerle unas preguntas a su hija sobre la muerte de su compañera del instituto.

—No hay problema —dijo la madre, con un tono de desprecio que no quiso disimular.

—Katherine era amiga tuya, ¿no? —empezó, pasando por alto la grosería y dirigiéndose a Grace, que lo miraba como si fuera una niña pequeña que no ha roto un plato en su vida.

—No. Hicimos algún trabajo juntas, pero nada más que eso. No era una chica muy sociable, más bien siempre estaba sola. No era nadie, en realidad.

—Era tu compañera y la novia de Kirt —respondió él, sin dejar que la joven comenzara un juego lleno de mentiras.

—¡No! —le espetó ella, y su expresión cambió por completo—. Solo eran amigos.

Jason miró a Betty, que se veía sorprendida por el cambio de actitud tan radical de su hermana. Grace cogió el vaso de agua que tenía enfrente y bebió un poco para tranquilizarse. Su máscara de inocencia volvió a aparecer al instante, pero Jason sabía que tenía que seguir por ese camino.

—No es lo que Kirt nos ha dicho, y tengo entendido que ayer hablaste con él de forma algo acalorada sobre este mismo tema, ¿no es cierto?

—¿Cómo sabe...?

—No es bueno mentir a la autoridad —presionó el ayudante del sheriff—. No pasa nada si estabas enamorada de él, el problema vino cuando él quiso estar con alguien a quien tú despreciabas. La frustración, a veces, puede traer malos pensamientos y hacer que se confíe o se pida ayuda a las personas equivocadas, ¿no, Grace?

—¿A quién se refiere? —intervino la madre, nerviosa, mientras miraba hacia su hija y hacia Jason alternativamente.

—No lo sé, dígamelo usted. ¿Tal vez a su padrino? ¿A los ayudantes que le rodean?

—¿Cómo se atreve a hacer una acusación tan grave?! —La mujer se levantó enfurecida—. Márchese ahora mismo de mi casa y no vuelva, a no ser que tenga una algo con una base bien fundada.

—Está bien, me marcho. Pero ya les adelanto que no hemos terminado con esto.

Jason se fue sin mirar a Betty, para que no arremetieran contra ella. No era sencillo lidiar con ese tipo de familias con tantos secretos que, en cuanto se hablaba de algo que no podía salir de su pequeño círculo, se exaltaban de aquella manera. No le había pasado por alto que a Grace casi se le había parado el corazón al escuchar todo lo que él había dicho. Tardaría un rato en recuperar el

color, de eso estaba seguro, y esa reacción no habría sido por nada.

Cuando entró en comisaría, fue directo al despacho del sheriff. Tenía que contarle lo que había ocurrido.

—Jefe —le soltó, apenas se hubo sentado ante él—, Katherine tenía razón: Grace parece una chica dulce e inocente pero, en cuanto se contraría, se transforma en alguien totalmente distinta.

Albert, que no parecía demasiado dispuesto a escuchar nada que proviniera, supuestamente, de la joven asesinada, le contó lo que había averiguado por su parte sobre el conserje del instituto.

—Hay que interrogarle —dijo Jake—. Puede que fuera el responsable del tiroteo y, en todo caso, algo sabrá...

—Para Blown trabaja mucha gente —objetó el sheriff—, no podemos estar seguros de nada. Aunque creo que no te volverán a molestar; le ha quedado claro que no puede hacerlo y que le dejaremos en paz si nada nuevo pasa.

—Entonces ¿qué tiene en mente?

—Creo que lo mejor es seguirle y ver qué hace estos días. La arrogancia con la que ha entrado en el despacho de Blown... me sugiere que le ha sido confiado algo realmente importante.

—Yo me ocupo de ello. No tengo muchas ganas de ir a casa y sé muy bien dónde podré encontrarle. Le he tenido que ir a buscar en innumerables ocasiones: cuando está borracho habla de más y eso le ha buscado problemas antes.

—Ten cuidado o le provocarás a mi mujer un infarto por la preocupación.

Los dos rieron y, por un rato, estuvieron hablando sobre cosas sin importancia. Albert quería a Jason como si fuera su hijo, y muchas veces le había comentado que le daba pena que no fuera más joven, porque habría sido un buen yerno. Jason, por su parte, agradecía todo lo que habían hecho por él, y le confesó su preocupación por no ser aceptado en la familia de Betty. El jefe le dejó claro que eso no le tenía que importar, sino que tenía que tomar ejemplo la actitud de Betty frente a la logia y hacer lo mismo.

La noche no tardó mucho en llegar. Jason llevaba siguiendo a Peter desde que este saliera del instituto. Una conversación algo extraña le había llamado la atención: junto al coche del conserje, él y la directora discutían de forma enérgica, aunque el hombre, en realidad, parecía más bien divertido con lo que ella le reclamaba.

Mientras conducía, pensó que solo sería una reprimenda por no hacer bien su trabajo, algo que no era de extrañar en una persona como él: había tenido que detenerse en todos y cada uno de los bares del pueblo, esperando a que Peter decidiera que ya había terminado de beber. Habría podido detenerle por la cantidad de alcohol que llevaba encima. Le parecía patético que alguien a quien la vida había tratado mal se riera de las oportunidades que se le brindaban. No podía sentir lástima por alguien que no apreciara ese tipo de cosas, pero se había dado cuenta de que Peter era infeliz por algún motivo, y esa noche estaba dispuesto a descubrirlo.

A eso de las tres de la mañana, el ayudante del sheriff decidió poner fin a la absurda persecución que estaba protagonizando y entró al último bar después de Peter, a quien encontró acodado en la barra. Apenas se tenía en pie.

—¿Cómo tú por aquí? —le dijo, balbuceando—. Parece que tienes que ahogar las penas...

—No, solo me estoy relajando, mañana es mi día libre.

—¿Y no quedas con tu novia? —Jason sabía que quería provocarle, pero prefirió dejarlo pasar—. Es muy guapa esa profesora de francés.

—Sí, no me puedo quejar. Un pobre y una rica, esas cosas solo pasan en las películas, ¿no te parece?

Peter endureció la mandíbula y Jason se dio cuenta de que el comentario le había molestado. Al parecer, Peter sentía algo por Betty. El conserje bebió de un sorbo el whisky que le quedaba en el vaso y le pidió a la camarera, una chica rubia de grandes ojos azules, que le pusiera otra. Mientras ella le servía, miró a Jason y esbozó una sonrisa que a este no le gustó nada.

—Te veo contento —le dijo, de mala gana.

—Me han dicho que no lo has pasado muy bien en el parque con tu novia —respondió el otro, que apenas podía tener los ojos abiertos.

—Veo que las noticias corren muy rápido por este lugar. —Jason mantuvo la sonrisa, no quería que se diera cuenta de cuánto le molestaba—. Me sorprende que sepas eso, creo recordar que no había nadie a esa hora por allí.

—Bueno —carraspeó Peter, y volvió a beber el contenido del vaso de un trago—, la gente habla y a mí se me da muy bien escuchar.

—¿La gente? ¿Cómo a la directora del instituto, quieres decir? —Peter se removió en su asiento y comenzó a ponerse nervioso—. A mí también me han dicho que has tenido algún problema con ella.

—¿Quién no tiene discusiones con sus jefes? —saltó Peter, a la defensiva.

—Yo —dijo Jason—. Aunque te entiendo, Olivia Mcnee no es una persona que me haya caído bien nunca.

—Es una zorra mal agradecida —le espetó Peter—. Me debe todo lo que ha conseguido, pero tiene la arrogancia de sentirse superior a mí.

—Las mujeres son así —respondió Jason, para seguirle el juego—, no hay que dejarse manipular, porque cuando pueden te dan la espalda.

—Sí, ¿verdad?

Volvió a pedir a la camarera otra copa, pero esta vez solo le dio un sorbo.

—Yo tenía que estar ahí, en vez de ella —siguió diciendo—. Pero él se dará cuenta; si no, se lo contaré todo.

—Las mujeres son peligrosas, saben cómo hacer que pierdas la cabeza para luego dejarte en una esquina, pensando en qué momento sucedió todo.

—No me importa —dijo Peter, sin caer en la provocación de su interlocutor—. A pesar de todo, yo soy mejor que ella, y lo saben; siempre he cumplido con mi cometido.

Jason no supo a que se refería, pero no tenía muy claro cómo mantener aquella enigmática conversación. Lo único que había entendido era que tanto la directora como el conserje formaban parte de la logia, y que la primera había hecho algo que había molestado al segundo.

Peter hizo ademán de caminar, pero no pudo dar más de dos pasos, por lo que Jason se ofreció a llevarlo a casa. Quizá así pudiera sonsacarle algo más.

—Te confieso que Olivia nunca me ha caído bien —insistió—, pero tiene pinta de ser una fiera... en la cama.

Peter, absolutamente borracho, sonrió al escucharle.

—Lo es, ayudante. No te haces idea de lo que puede llegar a cambiar cuando se quita esa pose de doña Rectitud.

—Me da la sensación de que es capaz de hacer cualquier cosa por cumplir sus objetivos, y no se para por nada. Estoy seguro de que al señor Blown le encantará tenerla en sus reuniones.

—Hasta que se canse —suspiró Peter—. Al fin y al cabo, no es una de ellos. Dudo que le dure mucho la felicidad en aquel lugar al que tanto desea pertenecer. Le conozco bien, ¿sabes? Le gusta la carne nueva, hasta que deja de serlo y la cambia por otra.

—Él tampoco me cae bien —se aventuró Jason—. A su edad, pretende ser el títere de un teatro

repleto de jóvenes marionetas. Es asqueroso...

Peter le miró sin saber qué decir. Por primera vez estaba teniendo una conversación con alguien que no le reprochaba nada de lo que hacía con su vida. A pesar de estar borracho, se sintió mal por haberle tiroteado en el parque. Dudó si decírselo, por si se lo tomaba a mal, aunque estaba casi seguro de que él ya lo sabía.

Lo cierto era que él solo cumplía un encargo de su jefe: asustar a la feliz pareja para que supieran que su relación no estaba bien vista. Nunca había tenido la más mínima intención de acertar a ninguno de los dos. Peter siempre había estado enamorado de Betty, y ella no hacía otra cosa que despreciarle por haber entrado en la orden. Cuando ella se fue, él también había querido dejarlo, pero la deuda que tenía con Blown era demasiado grande como para que le dejara escapar.

Poco después, Jason aparcó frente a la casa del conserje, y este se decidió a confesar tanto lo que había hecho como su arrepentimiento por haberle herido sin pretenderlo:

—Esto se queda aquí, Peter, pero como vuelvas a acercarte a nosotros, no volverás a ver la luz del día.

—Entendido —respondió él—, sé aceptar una derrota. Quiero que sepas que todo eso de las clases sociales... a mí también me parece una basura. Y hay cosas que no solo pasan en las películas.

—Cuidate y no hagas tonterías —le aconsejó el ayudante del sheriff, sin comprender del todo el sentido de sus palabras—, no me gustaría tener que detenerte.

Jason había llegado a sentir pena por la vida de Peter, que no era demasiado agradable: señalado por sus acciones, rechazado por la comunidad, enamorado de una chica que no le correspondía... No tenía a nadie, y para sentirse partícipe de algo se había metido a cumplir los encargos de unos locos. Estaba casi convencido de que el conserje no podía ser el asesino de Katherine, porque no era lo bastante valiente como para hacer algo así a sangre fría. Sin embargo, el tema de la directora le había abierto una nueva vía de investigación.

Al llegar a la comisaria, fue directo hasta el despacho del jefe. Tenía que contarle la conversación que había tenido con Peter. Llevaba un rato dándole vueltas, y había recordado a Olivia insinuando que Katherine no era una persona lo suficientemente importante, como si su vida no mereciera la pena.

—¿Es mi imaginación o este caso no va a acabar nunca? —musitó Albert—. Estaba convencido de que Peter era el brazo ejecutor de los deseos de Blown, y ahora me dices esto.

—Las personas como Olivia son muy ambiciosas y son capaces de hacer cualquier cosa por cumplir sus objetivos —sugirió Jason.

—Sabemos por ese libro que durante años la gente ha hecho cualquier cosa por pertenecer a la orden, ya que eso proporciona respeto y poder frente al resto. ¿De verdad piensas que la directora del instituto ha podido llegar tan lejos? ¿Matar a una de sus alumnas?

—No sé, se me hace muy raro que así sea, pero las opciones se me acaban. Mi otra sospechosa es la propia Grace —reconoció, ante la mirada incrédula de su jefe—, pero ella es la ahijada de Blown; estoy convencido de que le habrá enseñado muy bien cómo hacer las cosas sin ensuciarse las manos.

—Creo que deberíamos hablar con McNee otra vez. Necesitamos algo más que una simple suposición para poder detenerla. Hay que ponerla nerviosa de algún modo. Cuando una persona no está acostumbrada a hacer ese tipo de cosas, es fácil que cometa errores. Iremos al instituto por la mañana, así la pillaremos desprevenida.

La llegada de los dos agentes levantó muchos susurros entre el alumnado: se preguntaban si irían a detener a alguien o si ya tendrían claro quién había asesinado a Katherine. El pasillo de la planta baja se llenó de sopetón y el sheriff tuvo que mandarlos a todos a clase para que no les hicieran un incómodo paseílo.

Al llegar al despacho de la directora, Jason fue a tocar la puerta, pero Peter la abrió antes. No pudo esconder su sorpresa ante la visita de los policías.

—Perdón, ya salía —dijo, agachando la cabeza—. La directora tiene una reunión y no creo que les pueda atender.

—Gracias —Albert fue cortante, a la vez que le hizo un gesto con la mano para que se quitara del medio—. Es un asunto oficial, estoy seguro de que no tendrá problema en que pasemos.

El sheriff entró primero, mientras Jason hacía un gesto tranquilizador a Peter, que estaba visiblemente preocupado.

—Siéntense —dijo Olivia, superada la sorpresa de verlos llegar—. ¿En qué puedo ayudarles, agentes?

—Seguimos con la investigación sobre la muerte de Katherine —explicó el sheriff, directo al grano—, y queremos saber si usted ha averiguado algo al respecto.

—¡Yo! —se carcajeó ella—. Ahora quieren que haga su trabajo. Lo siento, no tengo nada que contarles, esa chica no era nadie... —Carraspeó al darse cuenta de que lo había vuelto a decir—. Me refiero a que nunca dio un problema, no era nadie... problemático.

—Kirt era su novio, ¿lo sabía?

—Bueno, la verdad es que no creo que fuera nada serio. A algunos chicos les gusta jugar con chicas más... sencillas, digamos, para luego humillarlas.

—¿Eso lo dice por propia experiencia? —Albert tenía claro su objetivo y fue directo a donde creía que podía hacer daño. Por la expresión de la directora, así fue.

—Claro —respondió Olivia, y trató de recomponer una sonrisa de suficiencia—. Es algo muy común.

—¿Dónde estuvo usted aquella noche? —continuó el sheriff, cambiando de tercio—. Me imagino que estaría aquí preparando todo para el baile, o cerrando el instituto al terminar.

—¿Yo? —Olivia frunció el ceño—. Es el conserje el que se ocupa de esas cosas.

—Entonces, la última persona que pudo ver con vida a Katherine fue Peter, ¿no es así?

—Lo único que puedo decirle es que ella no debería haber estado a esa hora en el gimnasio. No sé cómo llegó allí ni con qué fin.

Esa era otra de las cosas que el sheriff y su ayudante tenían que averiguar. Habían dado por supuesto que alguien —una chica— la engañó para que acudiera a una cita después de la fiesta, pero seguían sin saber quién lo había hecho.

—Encontramos una nota en su agenda —le dijo—, escrita por alguna compañera... o compañero del instituto. Sería interesante comprobar a quién pertenece la caligrafía. Al menos, así podríamos seguir haciendo preguntas.

—Supongo que podría hacerse —respondió Olivia, que se mostró colaboradora por primera vez—. Tenemos exámenes de todo el alumnado, podría enviar a alguien a comprobar si hay coincidencia entre las letras. Supongo que llevaría mucho tiempo, pero si están lo bastante interesados en esa pista...

—Bien —dijo Albert—, pensaremos en ello y le haré saber lo que decidamos. De momento, daremos esta entrevista por terminada. Si no tiene inconveniente, volveremos a echar un vistazo al gimnasio. Saldremos por la puerta de abajo, no se moleste en acompañarnos...

Tras abandonar el despacho de Olivia, Albert y Jason bajaron las escaleras y dedicaron unos minutos a recorrer el gimnasio y los vestuarios. No había muchas opciones de entrada y salida a aquel lugar, por lo que se centraron en registrar cada rincón de las gradas y, posteriormente, se dirigieron a las duchas. No encontraron nada.

Se disponían a marcharse, frustrados y cabizbajos, cuando Jason escuchó con absoluta claridad la voz de Katherine: «Arriba», le dijo, y el ayudante supo que se refería al despacho del que habían salido hacía unos minutos.

—¡Jefe! —dijo, de forma urgente—. ¡Hay que volver atrás, arriba!

—Y eso ¿por qué? —respondió el sheriff, poco convencido.

—No pregunte, hágame caso y vamos al despacho otra vez.

—Oh, vamos, ¿no irás a empezar otra vez con ese asunto de las voces?

—Considérelo una corazonada, por favor —insistió—. Vamos, no tenemos nada que perder...

—Está bien —acabó cediendo—. Aunque me parece que sí perderemos algo: nuestro valioso tiempo.

Los dos hombres subieron de nuevo por las mismas escaleras. Jason iba delante, haciendo gestos al sheriff para que caminara en silencio y no dijera nada. El pasillo estaba vacío, todo el alumnado se hallaba en las aulas y las puertas estaban cerradas. Se movieron con cuidado en dirección al despacho de la señorita McNee y, al llegar, se apostaron tras la puerta cerrada. En el interior se oían voces, y Jason pegó la oreja al marco para escuchar con atención. Un momento después, picado por la curiosidad, el sheriff le imitó.

—¿De qué estuviste hablando con el maldito ayudante? ¡Dímelo!

—De nada, había bebido un poco y no dijimos nada más que tonterías, no es un mal tío...

—¿Que no es un mal tío? ¿Quién, el mismo al que disparaste en el parque mientras se paseaba con su novia?

—Eso fue... un error. No debí hacerlo y Blown lo sabe. Se aprovechó de mis celos para convencerme, pero no volveré a hacer algo así, no soy como tú.

Jason y el sheriff escuchaban cada vez con más atención. Habían identificado con claridad las voces de la directora y el conserje, pero no estaban dispuestos a interrumpir aquella conversación que cada vez se ponía más interesante.

—¿Cómo yo? Desde luego que no, no tienes lo que hay que tener. No pudiste terminar el trabajo porque eres blando. No levantarías la mano contra Betty, por más traidora que sea. Te ocurrió lo mismo con Katherine, ¿verdad? Sentías pena por ella, pero también te identificabas con la pobre niña enamorada del chico rico. Y por eso te acercabas y le hacías regalos. Te habría encantado ser como ella, ¿no?

—Déjalo ya, has conseguido lo que querías, estás dentro. Ya puedes acudir a las reuniones y tienes el agradecimiento de la ahijada de Blown. Solo te deseo que no se cansen de ti demasiado pronto...

Jason se preguntó a qué se referiría Peter con eso del agradecimiento. Quería creer que el conserje hablaba de Grace, y no de Betty, pero aún no había encajado todas las piezas del puzle.

—No se cansarán. Haré lo que sea, ¿entiendes? Lo que sea con tal de que me permitan quedarme.

—Eres una mujer despreciable. ¿Cómo puedes dormir por las noches?

—Si te soy sincera, nunca pensé que llegara a ser capaz. Pero ya está muerta, y nadie sabe cómo pasó. No voy a negarte que llegar a casa y verme llena de sangre me hizo vomitar, pero pensé que había cumplido mi objetivo y que estaba dentro de la orden, y eso hizo que valiera la pena. Grace me pidió que los separara, y yo lo hice de la forma más definitiva posible. Totalmente

eficaz, podría decirse. Los adolescentes son tan simples... Solo tuve que dejarle una nota en su taquilla imitando la caligrafía de Sarah. La muy boba se sentía culpable por su ruptura con Kirt y no dudó en acudir al gimnasio después del baile.

—Te has vuelto una asesina por un asunto entre niños ricos. Grace le pide a su padrino que separe a Katherine y a Kirt, y solo se te ocurre matarla, es absurdo.

Por fin todo tenía sentido. El sheriff y su ayudante se miraban, horrorizados, y casi podían escuchar los engranajes de sus cerebros funcionando a toda velocidad. Ahora todo encajaba, todo estaba claro como el agua. Jason empezaba a comprender, aunque demasiado tarde, todas las pistas que Katherine le había ido dando: la chica que era dos chicas, Grace, quien no podía soportar que Kirt estuviera con otra; la nota en su agenda, imitando la letra de Sarah, y Olivia prestándose a cederles los exámenes, sin duda para incriminar a la joven; un encargo pueril y una fanática dispuesta a todo por conseguir su fantasía de grandeza... Y, como resultado de tanto despropósito, el cadáver de una pobre chica degollado en el gimnasio.

Lo único que no le cuadraba era el Mercedes rojo que su confidente le había mostrado en un par de ocasiones. Betty le había dicho que Grace solía desplazarse en bicicleta salvo algunas veces, cuando cogía el coche familiar. Tratando de recordar dónde había visto aquel vehículo en los últimos días, pensó que había estado aparcado frente a la casa de Kirt... ¡el día que la madre de Betty estuvo allí! Aquel era el coche familiar, maldita fuera, y él había dejado pasar una pista que habría sido clave para probar la implicación de Grace. No era fácil dejarse guiar por los susurros de muerte de Katherine, se dijo, y también se prometió que, en el futuro, trataría de hacerlo mejor.

Albert, que había llegado a las mismas conclusiones, se estaba poniendo enfermo con tanta conversación sin escrúpulos y decidió que era momento de actuar. Hizo un gesto a Jason y los dos se precipitaron dentro para detener a aquella extraña pareja. La confesión de Olivia era más que suficiente para hacer que pagara por lo que había hecho.

La mujer trató de resistirse con amenazas sobre una denuncia por brutalidad policial. Peter no hizo nada. Salieron del despacho con las esposas puestas y, en ese momento, el timbre que marcaba el final de una clase sonó y el pasillo se llenó de chicos y chicas que no podían quitarles los ojos de encima. Los susurros provocaron la ira de la directora, que comenzó a gritar e insultar a todo el mundo. Aunque eso solo hizo que los más audaces rieran y los demás continuaran con los cuchicheos.

Jason no podía hacer otra cosa que sentir lástima por Peter. Al estar enterado de todo, se le juzgaría por cómplice de asesinato y no saldría bien parado.

Al llegar a comisaría, los metieron en el calabozo. Olivia empezó a gritar, a exigir sus derechos y pedir un abogado que la sacara de allí. Estaba convencida de que era su palabra contra la de los agentes y de que podría salir indemne de lo que había hecho. Sin embargo, para ella todo aquello no había hecho más que empezar. Un solo día en la sala de interrogatorios del sheriff fue suficiente para que se declarara culpable. El hacerle saber que no le permitirían volver a la orden hizo que perdiera toda la fuerza que desprendiera desde el primer día. No tenía otra obsesión que no fuera esa, y el jefe la utilizó en su contra.

Peter, en cambio, alegó que no había sabido la verdad desde un principio y que Olivia le había amenazado para que no revelara nada. Gracias a eso, y a que Jason no quiso denunciarle por el asunto del tiroteo, tuvo suerte y quedó en libertad; aunque tuvo que dejar el instituto.

Respecto a Grace, todo se volvió oscuro y complicado cuando la detuvieron. Confesó haber pedido ayuda para ponerles las cosas difíciles a Kirt y Katherine, pero su versión coincidía con la de Olivia: la joven nunca había hablado de asesinato. El sheriff y su ayudante estaban seguros de

que no sentía en absoluto la muerte de su compañera, pero no se enviaba a nadie a la cárcel por alegrarse de algo así.

Fue totalmente imposible involucrar a Blown en lo que había ocurrido: su círculo se estrechó para protegerlo y él se convirtió en intocable, con tantas coartadas como necesitara para probar su inocencia y su desconocimiento de los hechos. La propia Olivia lo eximió, en un intento por obtener su perdón, pero ni así consiguió que la logia no le volviera la espalda. Las normas eran las normas, y solo los elegidos podían jactarse de pertenecer a que aquella estructura piramidal vergonzosa y elitista.

EPÍLOGO

Jason miró a Betty antes de llamar a la puerta y no pudo evitar darle un beso apasionado. Le daba igual todo lo que su padrino hiciera para separarles, solo quería ser feliz con ella mientras vigilaba que la Logia Atheana se mantuviera a raya y no diera más problemas. El sheriff tenía un plan de ataque —basado en el hecho de que hubiera menores involucrados—, pero todavía estaban lejos de tenerlos bien pillados.

La puerta se abrió y Anna apareció con una radiante sonrisa.

—¡Chicos! ¡Pasad! —Derrochaba emoción por todos los poros de su piel—. Por fin vienes a cenar a casa.

—Gracias por la invitación —Jason le tendió una caja de bombones—. Sé que te gustan mucho.

—Si es que no puede ser más encantador, ¿verdad? —La mujer guiñó el ojo a Betty con complicidad, y esta no pudo evitar sonrojarse.

Todo estaba preparado al detalle. Se veía que Anna había sacado su mejor vajilla para la ocasión y la presentación de la comida no tenía nada que envidiar a los mejores restaurantes. Albert les saludó con una botella de vino tinto en la mano y le dijo que se sentaran a la mesa.

—¿Qué tal están tus padres? —El sheriff consideró que era mejor sacar el tema desde el principio y así poder disfrutar de la velada sin preocupación—. Ha tenido que ser duro enterarse de que Grace estaba involucrada, aunque fuera de forma indirecta.

—Han decidido no tomar en serio esas acusaciones y seguir con su vida como si nada pasara —dijo la joven, con evidente frustración.

—Y tu padrino, ¿está preocupado?

—No habla del tema conmigo. No me perdona el haber dado información sobre ello a Jason —respondió.

—Quién iba a pensar que la directora, alguien de aspecto tan profesional, pudiera hacer algo así por esa locura de la logia.

—Para ellos es muy importante pertenecer a la orden —explicó Betty—. Saben que significa poder y muchas relaciones laborales se han forjado en esas reuniones. Puede que ella anhelara ser alguien así, pero no sabía que nunca se ha aceptado de verdad a nadie que no pertenezca al círculo de antemano —añadió, algo avergonzada.

—Solo para mantener sus manos limpias... —comentó Albert, pensando en los trabajos sucios que les habían encargado.

—No sé qué será de Peter ahora —suspiró Jason—, sin su empleo y sin el respaldo de la orden... No ha hecho otra cosa que beber en días.

Sus palabras sumieron a todo el mundo en el silencio y el ayudante del sheriff aprovechó para levantarse e ir al cuarto de baño. Mientras se secaba las manos con una de las toallas de invitados

de Anna, un dedo invisible dibujó una palabra en las gotas de agua que salpicaban el lavabo. Jason no podía descifrarla, así que pidió a Katherine que fuera un poco más concreta.

«Gracias —susurró ella, con una voz cada vez más lejana—, por no rendirte y ayudarme a encontrar a mi asesina. Ahora podré descansar...».

El joven asintió en silencio, consciente de que aquello era una despedida. No volvería a escuchar aquella voz dentro de su cabeza, aunque quizá en el futuro... Esbozó una sonrisa y salió del baño para reunirse con los demás.

—Betty nos ha dicho que estáis pensado en irnos a vivir juntos —dijo Anna, emocionada—. Me parece una decisión perfecta.

—Así es —dijo el policía—. No es que ella esté demasiado cómoda con su familia, así que... nos parece la mejor alternativa.

—Entonces, brindemos por vuestra felicidad y disfrutemos de esta noche —propuso la anfitriona.

Iban por el segundo brindis cuando comenzó a sonar el teléfono del sheriff. Anna tuvo que insistir para que lo cogiera; después de todo, era el jefe de policía. Albert suspiró, descolgó el móvil y pasó varios segundos respondiendo con monosílabos. Anna comenzó a ponerse nerviosa y, en cuanto colgó, le preguntó de qué se trataba.

—Han encontrado a Peter muerto en su coche. Tenemos que irnos.

Todos en el comedor estaban seguros de quién salía beneficiado eliminando a Peter y toda la información que conocía sobre la orden. El problema iba a ser encontrar una manera de inculparlo.

FIN

Terminada la historia, Penelope descubrió que, de forma involuntaria, había hecho una identificación mental entre el sheriff Twins y una versión algo mayor de Arthur, el jefe de policía de Battle Hollow. Hasta había identificado a Anna con Moira, la esposa de Arthur, aunque no había encontrado un rostro para Jason, el joven ayudante. Con la imagen de los dos hombres aún entremezclada, Penelope no pudo evitar compadecer a Twins: creía haber resuelto el caso, pero, al parecer, su trabajo aún no había terminado.

Sin embargo, había algo en aquella historia que había logrado captar su atención mucho más allá del posible aspecto de sus protagonistas. Por supuesto, se trataba de Katherine indicando a Jason el libro que debía consultar, en la biblioteca.

Aquel pasaje era muy similar a lo que ella misma estaba viviendo, y ese hecho provocó que se hiciera algunas preguntas de difícil respuesta.

Pasó la hora de la comida deambulando nerviosamente por su casa, con medio bocadillo de pavo en la mano, tratando de organizar la abrumadora cantidad de pensamientos e hipótesis que habían surgido de forma simultánea en su mente. Pese a que no quería creerlo, al final acabó por aceptar que era su abuelito el que le recomendaba las lecturas desde la distancia que les imponía la despiadada muerte. Eso, al menos, le parecía más razonable que el hecho de que los libros hubieran cobrado vida y estuvieran deseosos de que ella les dedicara su atención.

Una vez resuelto el misterio de los libros animados, y feliz ante la perspectiva de que su querido abuelo estuviera detrás de aquellas elecciones aparentemente casuales, la bibliotecaria se sintió relajada y libre para seguir con su vida. Volvió al trabajo con la firme intención de no volver a escoger un libro que no le fuera indicado por aquel sistema transcorpóreo. Al fin y al cabo, la obediencia a los mayores era un clavo poderosamente aferrado al sistema moral de

Penelope Cartwright, sobre todo tratándose de los diseños de Samuel Cartwright, los cuales siempre se había afanado en obedecer. La vía por la que estos llegaran hasta ella era una cuestión muy poco importante.

A eso de las cuatro y media, la bibliotecaria se acercó a la ventana para echar un vistazo a la calle desde allí.

El cielo seguía despejado, aunque la luz del sol había adquirido un matiz plumizo que auguraba un empeoramiento para las próximas horas. No obstante, no fue eso lo que llamó su atención, sino la curiosa estampa que descubrió en el centro de la plaza del Gobernador: Harriet Moore se había parado junto al alcalde Miller y algún tema en concreto los mantenía enfrascados en una conversación de relativa gravedad, a juzgar por sus semblantes serios. En definitiva, una reunión que no por habitual resultaba menos inquietante.

Penelope, que nunca se había considerado dada al cuchicheo, no pudo evitar que su mirada quedara atrapada en aquellas dos figuras que, junto con el reverendo, se repartían la mayor parte del poder de decisión de Batlle Hollow. ¿A qué se debería su cónclave en esta ocasión? Tal vez un órgano nuevo para la iglesia, o quizá una partida para pulir la fachada del ayuntamiento, que nunca parecía relucir lo suficiente para las exquisitas expectativas de Miller. ¿Quién sabía? Lo único que la bibliotecaria tenía claro era que no estarían planeando una inversión en literatura. El tiempo que llevaba en su puesto y una buena ración de frustraciones la habían convencido de que eso no ocurriría jamás, salvo que el edificio se le viniera encima y tuvieran que movilizar a todo el pueblo para rescatarla de entre los escombros. Quizá ni siquiera entonces...

Estaba ensimismada en aquellos lúgubres pensamientos cuando, de súbito, los dos se giraron y miraron en dirección a la ventana tras la que ella asomaba la cabeza. Aún pudo ver, antes de saludar con una sonrisa que fue deliberadamente pasada por alto, cómo Miller explicaba algo y la señora Moore, tan mojigata como siempre, respondía con un gesto sobreactuado de espanto.

Aquello la confundió sobremanera. ¿Qué podía haber dicho el alcalde para provocar aquella reacción en Harriet? A bote pronto, pasó por su mente la idea peregrina de que les estuviera advirtiendo sobre el peligro de la escalera ruinosa. Pero eso no tenía demasiado sentido: ella misma había notificado el estado de esta en innumerables ocasiones, y Miller había accedido a clausurar la zona superior antes que a reparar la escalera o sustituirla por otra nueva. Al principio, aquella actitud había molestado personalmente a Penelope; sin embargo, con el tiempo había aprendido a ver las cosas desde otro prisma: con la escalera en tal estado, todo el segundo piso era enteramente suyo, y de sus adorados libros prohibidos. De modo que había dejado de insistir. Por eso no tenía sentido que Miller sacara ese tema a la palestra. No, debía de tratarse de otro asunto.

Tras mucho elucubrar, se le ocurrió que él la estaría criticando por el severo protocolo que le había impuesto antes de abrirle la hemeroteca. Sí, era posible que los dos se dedicaran a hablar de ella a sus espaldas, a cuestionar sus métodos y a planear algún modo de arrebatarle el único poder que tenía: la gestión de la biblioteca. Eso la preocupó, ya que no podría soportar que se presentaran ante ella a echar por tierra todas las normas que tanto le había costado idear e imponer, para garantizar el buen funcionamiento del espacio público que administraba.

Tanto la espantó la idea, que dedicó el resto de la tarde a quitar el polvo del piso de abajo y a revisar lo mejor que pudo —dado que la tarea era ingente— que no hubiera ejemplares fuera de su lugar alfabético.

—Lo siento, abuelo Sam —murmuraba mientras limpiaba uno de los estantes superiores, subida en una silla que había tomado de la mesa de consulta más cercana—, pero no puedo

permitir que encuentren un solo fallo en mi trabajo. Lo primero es lo primero, como tú siempre has dicho. Después podré leer lo que tú quieras...

Un cuarto de hora después de que, terminada su jornada, la señorita Cartwright dio por finalizado su trabajo. Echó un vistazo alrededor para comprobar que todo estaba en perfecta quietud, como siempre, y asintió para sí misma, satisfecha. Había quitado el polvo de todas las estanterías, reubicado una novela de Jonathan Swift que ignoraba cómo o cuándo podía haber cambiado de lugar sin su intervención, cambiado una bombilla que se había fundido por la mañana y hasta pasado por el suelo una mopa que después había salido a sacudir por la puerta trasera.

Al menos, nadie podría decirle que no era celosa de su trabajo, pensó, aliviada. Ya decidiría en otro momento cómo lidiar con Miller y con Harriet, cuya presencia en su vida parecía estar volviéndose recurrente hasta el hastío. Por lo pronto, salió de la biblioteca y se fue a casa dando un rodeo por la plaza, para aprovechar los últimos momentos del día que en breve tocaría a su fin.

Frente a la puerta del ayuntamiento, acompañado por su esposa y sus dos pequeños, se encontró a Arthur, el jefe de policía. Tanto él como ella presentaban signos de cansancio por el trajín que suponían dos crianzas simultáneas. No obstante, se les veía felices.

—Buenas tardes, señorita Penny —le dijo el hombre, con la misma sonrisa franca que acostumbraba a mostrar.

—Hola, Arthur. Hola, Moira —saludó Penelope, cordial—. ¿Puedo acercarme a echar un vistazo? —preguntó, señalando el doble cochecito que la mujer no dejaba de mover adelante y atrás.

—Desde luego —concedió Arthur—. Pero, por lo que más quiera, no haga demasiado ruido... Acaban de dormirse.

Penelope se arrimó sin echarse encima de los bebés. Asomó la cabeza y no pudo menos que enamorarse al instante de aquellos dos diminutos cuerpecitos que descansaban bajo sendas mantitas con sus nombres bordados.

—Isaac y Ernest —murmuró, maravillada por el descubrimiento.

—Son... —fue a decir el policía, cuando ella lo interrumpió.

—Lo sé, lo sé: Asimov y Hemingway, ¿me equivoco?

—Se te olvidaba con quién estás hablando —terció Moria, mirando a su marido con diversión—. Si alguien tenía la posibilidad de saberlo, se trataba de la señorita Cartwright.

Penelope sonrió, encantada de ser parte de aquel improvisado juego de adivinanzas.

—Me parecen dos estupendas elecciones —les dijo—. Y los bebés son los más bonitos que he visto en toda mi vida... Me alegro mucho de que todo esté yendo bien, de verdad.

La pareja dio las gracias a la bibliotecaria y, tras una amable despedida, ella continuó su camino a casa. Le gustaba aquella familia: Arthur y Moira eran amables, su sonrisa era auténtica; y los bebés... no podían ser más adorables. Además, y por si eso fuera poco, la elección de los nombres de los pequeños la había conmovido hasta el límite de la emoción. Dos grandísimos autores de literatura norteamericana, nada menos. Aquello, para Penelope, era el culmen del acierto y del buen gusto.

Ilusionada, decidió obsequiar a la familia con dos carnés infantiles para la biblioteca. Isaac y Ernest serían los socios más jóvenes que hubiera habido en Battle Hollow, y aquello marcaría el resto de sus vidas para bien, estaba segura de ello.

PARTE III

Unos días después, Richard Miller volvió a presentarse en la biblioteca. En esta ocasión, Penelope trató de tomárselo con calma y de no buscarse la antipatía del alcalde: al fin y al cabo, ya tenía bastante con el reverendo y su esposa; no era cuestión de enfrentarse a todos los altos cargos del pueblo, sobre todo después de lo que había presenciado desde la ventana la semana anterior.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Miller? —le preguntó, solícita.

—Me temo que vengo a perturbar su tranquilidad otra vez —dijo él, para tantearla. Al ver que no respondía, siguió—: si no le importa, me gustaría comprobar otra información en los periódicos viejos.

—Por supuesto, sígame —respondió la mujer, de camino al lavabo—. ¿Sería mucha impertinencia preguntarle de qué se trata?

—¿Recuerda usted a aquel turista que pasó por aquí con su furgoneta hará unos dos años? Declan Foster, si la memoria no me engaña.

—Oh, sí, claro que me acuerdo.

En Battle Hollow era imposible olvidar a alguien, sobre todo si no pertenecía a la comunidad, sino que llegaba de fuera. Eran pocos los turistas que se acercaban hasta allí porque, más allá de su interés histórico, el municipio ofrecía muy pocas alternativas de ocio: no estaba cerca de la costa ni de ningún lago; las montañas que lo bordeaban no eran fácilmente transitables y el acceso para la gente que escalaba resultaba difícil incluso en cuatro por cuatro; y, por si eso fuera poco, la carretera principal quedaba a varios kilómetros, con lo que el pueblo se había ido aislando de los enclaves limítrofes hasta quedarse solo en medio de la nada.

De modo que sí, Penelope se acordaba de aquel hombre alto y espigado que, en cierta ocasión, había acudido a la biblioteca para consultar un mapa y un par de guías de viaje. Así se había enterado ella de que detenerse en Battle Hollow no había entrado en sus planes en un principio. Lo cierto, por decirlo sin rodeos, era que Declan Foster se hallaba completamente perdido cuando apareció por allí, y solo el cansancio y la necesidad de reponer víveres le habían hecho decidirse a pasar un par de días alojado en una de las tres habitaciones de la pensión de la señora Colton.

—¿Estuvo él aquí, en la biblioteca? —quiso saber el alcalde, mientras higienizaba sus manos con una buena dosis de jabón.

—Lo cierto es que sí. Andaba perdido y necesitaba consultar un mapa de la zona. Me pidió una copia, pero le dije que no ofrecemos ese servicio porque no hay presupuesto para una fotocopidora —explicó la señorita Penny, en un tímido conato de reproche.

—¿Y qué hizo entonces?

—Me pidió permiso para sacar de aquí el mapa y copiarlo en la máquina de la escuela.

—¿Y se lo permitió?

—¡Por supuesto que no! —dijo la bibliotecaria, ofendida—. No prestamos mapas, enciclopedias ni libros sobre geografía e historia. Esas son las reglas.

—Sí, es cierto —respondió Miller, aunque resultaba bastante evidente que aquella norma le parecía especialmente estúpida—. ¿No sabrá usted, por casualidad, cómo resolvió el señor Foster

su pequeño problema?

—No puedo decirle, pero yo le aconsejé que se comprara un mapa en la gasolinera de Lewis. Y creo que lo hizo, porque después de eso no se le vio más por aquí.

—Comprendo. Entonces, ¿puedo ver esos periódicos?

—Claro, alcalde. Acompáñeme, por favor.

La bibliotecaria lo llevó hacia la puerta de la hemeroteca y, mientras la abría, Penelope preguntó otra vez:

—¿Cree que una visita casual aparecerá en el periódico? Ya sé que no somos el lugar más apetecible del mundo para unas vacaciones, pero ser noticia por recibir a un turista...

—Lo cierto es que por aquel entonces se celebró en el pueblo una fiesta en honor a la labor moral del reverendo Moore, y la mayoría de la gente asistió.

—Es cierto, ahora me acuerdo...

—Creo recordar que el periódico publicó una fotografía del evento en la página central, y me gustaría comprobar si el señor Foster aparece en ella.

—No comprendo ese interés por un forastero que estuvo aquí hace ya tanto —comentó la bibliotecaria—. ¿Era una especie de celebridad?

—En realidad no —reconoció el alcalde—. Ocurre que, hace poco, escuché la noticia de que un hombre sigue desaparecido desde hace ya dos años, y su familia está a punto de dar la búsqueda por finalizada.

—¿Y usted cree que...?

—Creo que podría tratarse del mismo hombre: Declan Foster. Me gustaría encontrar esa fotografía, comprobar si él aparece en ella y, por último, contrastar su imagen con la ofrecida por los informativos. Si es el mismo, este podría tratarse del último lugar en el que se le vio con vida.

Penelope ya había abierto la puerta y ahora le indicaba a Miller en qué montón podía hallar aquel periódico.

—No sabía que se dedicaba a la investigación en su tiempo libre —le dijo, antes de que el hombre entrara en el archivo—. Parece que a Arthur le ha salido un duro competidor...

—En absoluto —respondió el alcalde—. Lo cierto es que, si mis sospechas son correctas, me gustaría informar del descubrimiento a las autoridades. Tal vez podrían redefinir su búsqueda y, quizá, encontrar su cuerpo para que su familia tenga un poco de paz.

—¿Su cuerpo? —repitió la señorita Penny, con gravedad.

—Oh, vamos, querida. Sí, su cuerpo. ¿No creará que después de este tiempo aún sigue por ahí perdido, esperando que alguien le proporcione una copia de algún mapa que lo saque de esta zona?

—No, es poco probable, la verdad.

Penelope no preguntó más y el alcalde entró en la hemeroteca. Poco después salió de allí con una pila de periódicos que depositó sobre la misma mesa que Penny le había indicado la vez anterior. A la mujer le pareció que trataba aquellos ejemplares con algo más de cuidado, lo cual hizo que se tranquilizara, al menos en parte.

Miller se pasó un buen rato ojeando los periódicos viejos y a la bibliotecaria no le pasó por alto que, en esta ocasión, prescindía de todo entretenimiento e iba directo al grano. Al fin, cuando ya había descartado algo más de la mitad de los ejemplares, el alcalde encontró lo que había estado buscando: en la página central del diario aparecía, junto a un texto que destacaba todos los buenos atributos y mejores actos del reverendo Moore, una fotografía del día en que se había celebrado la fiesta que le había mencionado a Penelope.

La señorita Cartwright observó con atención el interés con que Miller escudriñaba la foto, con el mismo afán que si tratara de encontrar las siete diferencias. El hombre pasó al menos tres minutos con los ojos pegados a la hoja de papel, la cabeza gacha y completamente inmóvil hasta que, por fin, sus hombros se irguieron y profirió un profundo suspiro.

Lo siguiente que hizo el alcalde fue recoger los demás periódicos y acercarse hasta la mesa de la joven. Su rostro parecía congestionado y algunas gotas de sudor le caían por las sienes, a punto de gotear en la solapa de su chaqueta color tabaco.

—Quisiera llevarme este ejemplar —murmuró, con escasa decisión.

—¿Cómo dice? —inquirió Penelope, que no le había comprendido.

—He dicho —repitió él, aclarándose la garganta un par de veces—, que quiero sacar este ejemplar de la biblioteca...

—¡Pero eso es imposible! —La bibliotecaria parecía escandalizada ante la sola idea de que uno de los periódicos de la hemeroteca abandonara el nido que con tanto tesón había preparado para ellos—. Lo siento en el alma, señor Miller, pero es absolutamente imposible tomar en préstamo uno de esos periódicos.

—Necesito este periódico —repuso el hombre, cuyo tono de piel cada vez se tornaba de un rojo más intenso.

—Las normas son las normas, señor Miller —sentenció Penelope, categórica—. No puedo hacer excepciones con nadie, ni siquiera con usted. Esto es lo que pasa cuando no se dota a una biblioteca pública con un servicio de copistería —añadió, crecida por el silencio del alcalde—. Lo lamento de veras.

—Comprenderá usted —dijo entonces el hombre—, que dispongo de medios para llevármelo a pesar de su oposición. No me gustaría tener que recurrir al peso de mi cargo para lograr mi objetivo...

Aquella amenaza enervó profundamente a la señorita Cartwright, la sublevó en su fuero interno.

—¿El peso de su...? —repitió, incrédula—. Oh, ¡por el amor de Dios! Sí, hágalo. Cambie las reglas para entrar y salir de aquí a su antojo, para disponer de nuestro patrimonio y tratarlo como le venga en gana, para... para... ¡Haga lo que desee! —le gritó—, pero no se lo llevará antes de que yo vea por escrito que una ordenanza municipal lo ampara en su despropósito.

Ahora los dos estaban ruborizados por la ira: Penelope apoyaba los puños fuertemente cerrados sobre su mesa; mientras que Miller, ora contenía el aliento, ora resoplaba de impotencia.

—Esto no quedará así, señorita Cartwright —dijo el hombre, cuando fue capaz de contener el impulso de vociferar—. Se está usted extralimitando en sus tareas, pero me ocuparé personalmente de ponerla en su sitio, en todos los aspectos.

Furioso, lanzó el periódico contra la mesa. Ella apenas pudo resistir el impulso de comprobar si alguna página se había arrugado; solo la satisfacción de que Miller la viera impertérrita frenó ese instinto protector que la bibliotecaria sentía hacia todo cuanto custodiaba en aquella torre vetusta y marchita.

Acto seguido, Richard Miller se encaminó a la puerta, desde donde se volvió para dirigir una última amenaza a Penny, que fruncía los labios con fuerza para no dejar escapar ni una palabra más.

—Volveré —le escupió, aunque no sonó tan atemorizador como había pretendido.

—No crea que me quedará a esperarlo sentada —repuso la joven, aunque el alcalde ya estaba cruzando la puerta, que se cerró tras él, y no supo discernir si había llegado a escucharla.

Aquel mismo día, a media tarde, Richard Miller recibió una llamada de su hermana, Seraphine, que vivía en la ciudad, a cuatro horas de Battle Hollow.

Hacía años que se había marchado del pueblo, después de casarse, porque su marido no soportaba la vida excesivamente tranquila de aquel lugar. Desde entonces, habían vivido en un apartamento, sin que Richard pudiera entender cómo había sido capaz Seraphine de sustituir las viviendas unifamiliares y el cielo abierto por una colmena atiborrada en la urbe.

Al parecer, su esposo Morgan había sufrido algún tipo de ataque y se había desplomado. Lo habían llevado al hospital, y Seraphine había telefonado desde allí para pedir ayuda a su hermano, porque se sentía sola y tenía miedo de no ser capaz de afrontar un desenlace fatal de aquella forma tan repentina.

Sin pensarlo dos veces, Richard comenzó a preparar una pequeña maleta de mano, dispuesto a pasar unos cuantos días junto a Seraphine. El tiempo que fuera necesario, de hecho. La amaba con predilección y lo abandonaría todo con tal de no fallarle en aquel fatídico momento. El asunto que se traía entre manos, concerniente a la señorita Cartwright, tendría que esperar hasta su regreso. Sin embargo, antes de marchar tuvo la ocurrencia de levantar el teléfono y poner en conocimiento de Harriet Moore todo cuanto había sucedido en la biblioteca. Debía mantenerla al tanto, puesto que ella era su aliada y la necesitaba para llevar a cabo el plan que había estado barruntando.

Desgraciadamente, Richard Miller jamás llegó a su destino y Seraphine tuvo que sufrir en soledad el dolor de haber perdido a su marido sin haber podido despedirse ni decirle cuánto lo quería por última vez. La ausencia del alcalde, por otra parte, no fue evidente hasta el día después, cuando su hermana volvió a telefonarlo y, al ver que no estaba en casa, se puso en contacto con su secretaria, en el ayuntamiento. La joven Christine la informó de que el día anterior el señor Miller había comunicado su intención de ausentarse por unos días, debido a un asunto familiar. Seraphine le explicó de qué se trataba y Christine le dio su más sentido pésame. Lo lamentaba mucho, pero no, no sabía dónde podía estar Richard ni por qué no se había puesto en contacto con ella.

La secretaria, confusa, no pudo hacer otra cosa que poner aquella llamada telefónica en conocimiento del jefe de policía, para que fuera él quien tomara una decisión sobre los pasos que había que seguir en un caso semejante.

Mientras tanto, en la biblioteca, Penny comenzaba un nuevo día, ajena a las tribulaciones que se estaban viviendo en el pueblo. Con tantas preocupaciones, no había pasado una buena noche y las ojeras entristecían su rostro, por lo demás, muy hermoso.

Tal y como le había dicho a Miller el día anterior, no pensaba sentarse a esperar a las represalias por no haberle prestado el periódico. Al contrario, tenía intención de subir al piso de arriba y esperar a que su abuelo le sugiriera alguna otra lectura con la que entretenerse.

Con el mismo cuidado de siempre, se sujetó en el gastado pasamanos y puso un pie sobre el primer peldaño. La madera emitió un quejido lastimero, como si le rogara que no la sometiera al calvario de soportar su insignificante peso ni una sola vez más. Pisó luego el segundo y, a continuación, se saltó el tercero para detenerse ya en el cuarto. Lo peor había pasado, el resto sería más fácil.

Al llegar arriba, observó el espacio que tanto le había costado crear y, por primera vez, tuvo una extraña sensación de desasosiego. ¿Y si las amenazas de Miller acababan por cumplirse? ¿Y si perdía todo lo que había construido con tanto esfuerzo y tanta dedicación? No quería detenerse a pensar hasta dónde podría llegar el castigo por haberse enfrentado a él...

Caminó unos cuantos pasos, hasta la estantería del rincón. Dedicó una mirada a todos los

ejemplares que se apilaban en los estantes y les hizo la firme promesa de no permitir que nadie fuera a perturbar su orden. Después, se quedó quieta, esperando una señal con creciente impaciencia.

Durante varios minutos, deslizó la vista arriba y abajo, adelante y atrás, de lomo en lomo. El abuelo Sam estaba tardando más de lo habitual en mostrarle sus preferencias, y Penny empezaba a pensar que aquel día no se comunicaría con ella. Eso la entristeció: lo echaba de menos y se había acostumbrado a la idea de sentir su presencia de vez en cuando, a través de los libros que le recomendaba.

Pero, entonces, algo sucedió en el estante inferior. Una sustancia oscura y viscosa comenzó a brotar de uno de los ejemplares que allí se hallaban, cayó al suelo y formó una mancha que iba creciendo lentamente, acercándose de forma inequívoca hasta Penelope, que la miraba absorta. La mancha alcanzó sus pies y siguió creciendo hasta rodearla, como un charco de aguas turbulentas que se la fuera a tragar hasta hacerla desaparecer.

Súbitamente, Penelope superó la fascinación y reaccionó extrayendo el libro de entre sus compañeros. La sustancia oscura dejó de manar entonces y la enorme mancha que había llegado a ocupar casi todo el suelo del segundo piso desapareció, como si nunca hubiera existido.

—No vuelvas a hacer algo así —le susurró la bibliotecaria al libro—. La sangre me revuelve el estómago...

El libro en cuestión era un ejemplar en edición de bolsillo que Penelope, lo recordaba bien, había recibido como donación de una biblioteca particular al fallecimiento de su dueña, una anciana aficionada a las novelas de suspense. De hecho, la mayoría de los títulos de la estantería del rincón procedían de esa misma donación. Algunas eran novelas antiguas, escritas décadas atrás, con las páginas amarilleadas por la edad. Las había también más jóvenes, como aquella que la bibliotecaria sostenía en la mano. Se titulaba *La chica de la quinta planta*.

Penelope se sentó cómodamente en el suelo y comenzó a leer:

LA CHICA DE LA QUINTA PLANTA^[3]

PREFACIO

Una manzana roja rodaba por las escaleras sin parar. En cada escalón iba dejando un pequeño rastro de sangre, como si con ello señalase las víctimas que dejaba atrás en cada planta.

En los pasillos, solo las luces de emergencia estaban encendidas. No había nadie; al menos, nadie vivo. Las baldosas del suelo lucían más rojas que nunca.

A medida que la mujer iba bajando las escaleras, la angustia y el dolor crecían. Estaba agotada, dolorida, desesperada... Había sido el peor día de toda su vida.

Salió del portal y buscó con la mirada un coche de policía, pero no vio ninguno. No sabía si detenerse a buscar ayuda o salir corriendo para huir de las imágenes espeluznantes que había dejado atrás, en el edificio.

Cuando pudo reaccionar, empezó a caminar sin rumbo calle adelante. Cruzó la carretera y se adentró en el parque principal: un lugar al que, normalmente, nunca habría entrado a esas horas de la noche. Aunque, dadas las circunstancias, lo mismo le daba hacerlo que no.

Era incapaz de recordar el orden de todo lo que había sucedido allí dentro. Si cerraba los ojos, lo único que veía era sangre: en la ropa, en las paredes, en la moqueta... todo era rojo.

Una imagen le vino repentinamente a la cabeza: un abrecartas teñido de rojo sobre su escritorio.

Se mareó y se asió al primer banco que pudo encontrar.

UNO

17 horas antes...

—Malena, querida, ¿quieres zumo de naranja?

Gabriel y Malena vivían en una casa en el centro de la ciudad. Ambos tenían el trabajo de sus sueños y ganaban lo suficiente como para decir que llevaban una vida más que acomodada. Viajaban, vestían a la última y conducían sendos coches deportivos que eran la envidia de cualquier joven de su edad. Poseían un dinero que habían ganado con el sudor de su frente desde muy jóvenes y, si estaban donde estaban en ese momento, era gracias al esfuerzo y el tesón que habían puesto en ello.

Vivían solos en una casa de más de doscientos metros cuadrados, en la avenida principal. Tenían contratada tan solo a una señora que acudía a limpiar y poner un poco de orden en la casa de vez en cuando. No era fija, no les gustaba demasiado que desconocidos perturbasen su intimidad. Para el resto, incluida la comida, se apañaban entre ellos. Además, Gabriel era un cocinillas excelente y Malena gustaba de poner su toque personal en el resto de las tareas de la casa.

—Sí, cielo —respondió la mujer desde el baño, donde se arreglaba para ir a la oficina, como cualquier otro día.

Mientras se aplicaba un sencillo maquillaje que le daba un toque natural y la favorecía mucho, vio su reflejo en el espejo. Primero giró la cabeza hacia el lado derecho, después hacia el izquierdo; y entonces comprobó cómo su mirada cambiaba. Se acercó un poco más hacia el

crystal, justo hasta que su frente se pegó a él, y se quedó quieta.

Cerró los ojos y una extraña inquietud se apoderó de ella. Un desasosiego que parecía el inicio de un ataque de ansiedad, aunque no lo era; reconocía bien los síntomas de sufrir uno. Esa sensación, en cambio, empezó a alimentar una extraña ira que Malena no entendía de dónde provenía. Bruscamente, se despegó del espejo y sacudió su cabeza como si con ello pudiese apartar un mal pensamiento, una especie de oscuro presagio.

Salió despavorida del baño. Algo extraño le estaba sucediendo y no era capaz de saber de qué se trataba.

—Gabriel...

En ese momento, su marido le daba la espalda porque estaba poniendo los platos para el desayuno, por lo que Malena se aferró a él por detrás como si hubiesen pasado años sin verse.

—¡Eh...! —Gabriel se dio la vuelta y le devolvió el abrazo con una ternura que logró calmarla momentáneamente—. ¿Estás bien, querida?

Malena tan solo continuó agarrada a él hasta que su agitada respiración se calmó.

—Sí, no es nada. Tan solo necesitaba abrazarte fuerte.

Gabriel se apretó un poco más a ella, haciendo que sintiera una especie de liberación que le permitió separarse un poco. Levantó la cabeza y le dio un dulce beso en los labios.

—¿Seguro que estás bien? —insistió el hombre, preocupado.

—Sí, sí. Es que esta noche he tenido una pesadilla, no la he olvidado y me siento un poco mal.

—¡Ay, morena! Tú y tus miedos. ¡Cuándo dejarás de sobrevivir para vivir de una buena vez!

Con otro fuerte abrazo, la soltó y la acompañó hasta la mesa para que desayunase. Malena miró la comida con desagrado.

—¿Qué? ¿Ya no te gustan mis mimos? —preguntó Gabriel, sorprendido por su reacción.

—¡No es eso! Es que tengo el estómago un poco revuelto y no me apetece desayunar ahora mismo —respondió, pero incluso a ella le sonó a excusa.

—Qué raro en ti... ¿Seguro que estás bien? Toma al menos el zumo, anda...

—Vale, tomo el zumo y me llevo uno de tus maravillosos muffins de chocolate por si más tarde me apetece.

Tras dar un par de tragos con desgana, más por no contravenir a Gabriel que otra cosa, cogió el dulce de la cesta, se levantó y lo metió en su maletín, que ya tenía preparado en una de las sillas junto con la gabardina. Se dirigió a la puerta, no sin antes girarse para lanzarle a su chico una de sus sonrisas y un «hasta luego». En apariencia, eso bastó para mostrarle que toda la preocupación anterior se había disipado.

Como siempre, bajó las escaleras y se paró en el recibidor para darse el último retoque de pintalabios en el espejo. Mientras se lo aplicaba, tuvo otra vez la misma sensación, el mismo presentimiento. Se paró para llevarse la mano derecha a la garganta y tratar de devolver la normalidad a su respiración que, sin haberse dado cuenta, volvía a estar agitada y entrecortada. Gotas de sudor recorrieron su columna vertebral y se obligó a respirar hondo. Sintió náuseas...

De pronto, se giró y salió corriendo por la puerta. Estaba alterada, casi enfadada consigo misma porque no lograba entender qué demonios le estaba pasando, qué era eso que no podía evitar sentir y que empezaba a asustarla.

Caminó por la avenida, en dirección a su oficina, en silencio. Menos mal que de su casa al trabajo solo tenía que recorrer una línea recta. De otro modo, estaba segura de que se habría perdido por el camino, porque en el fondo se sentía algo desorientada. El sudor que le caía por la espalda en forma de persistente goteo se negaba a desaparecer, y le hacía recordar esa sensación

una y otra vez.

Se detuvo a unos metros del edificio y miró hacia el cielo, como si buscara un rayo de sol que la iluminara entre las hojas de los frondosos árboles que adornaban la calle en esa época del año; como si esa luz fuese a responder a la confusión que estaba sintiendo; como si eso lo arreglara todo. Tal vez lo hiciera, tal vez no.

Entró en el edificio y saludó al portero, un hombre alto y de mediana edad, que no tenía ningún reparo en comerse con los ojos a todas y cada una de las mujeres que pasaban por delante porque, según él, el riesgo de una denuncia merecía la pena. Bueno, estaba claro que todavía existían especímenes con pensamientos arcaicos sobre la forma de ver a las mujeres.

Lo cierto era que a ella nunca le había gustado su forma de mirar y, a veces, le habría encantado poder soltarle un par de bofetadas y quedarse tan ancha. Después se le pasaba y miraba para otro lado, sin tomar medidas al respecto. Sin embargo, ese peso de incomodidad — provocada por él— permanecía ahí, mucho más profundo de lo que se pudiese imaginar. Al menos, algo tenía que reconocer: por poco que le gustase su forma de mirarla, aquel tarado nunca se había atrevido a hacerle ninguna insinuación obscena a ella ni a nadie, que Malena supiese. Aunque eso era un flaco consuelo.

Apretó el paso al pasar frente al hombre, desviando enseguida la mirada para no enfrentarse a su acoso visual, y montó en el ascensor. Pulsó el botón de la quinta planta y echó una última mirada al espejo. De repente, el malestar volvió, esa sensación de ahogo que tanto la agobiaba.

«¿Qué me está pasando?», se preguntó en silencio.

Ese nudo que daba por desaparecido había regresado. Quizá nunca se hubiera ido y solo emergía en el instante en que daba por hecho que todo estaba bien, que era un mal sueño.

Tres, dos, uno... Realizó una inspiración profunda y soltó el aire justo cuando el ascensor se detenía en su planta. «Menos mal que he subido sola», murmuró, a la vez que salía del interior. Lo que menos le apetecía era que cualquier compañera le preguntara si se encontraba bien. ¿Qué iba a contestar a eso?

DOS

Nunca le habían gustado los pasillos de su edificio de oficinas. Las paredes blancas, los fluorescentes y el suelo con motivos geométricos hacían que la imaginación de todos y todas, a la hora del café, volara hacia *El resplandor* de Kubrick. Las bromas eran frecuentes, pero aquel día, Malena los sentía más téticos que nunca, y eso barría de un plumazo su sentido del humor.

Se ahogaba en ellos: era como si una fuerza superior se estuviera apoderando de ella y, poco a poco, las baldosas rojas intentarían tragársela.

«¡Maldito estrés! —pensó—. Tengo que frenar un poco, antes de que me vuelva loca».

Desde hacía unos meses, estaba tomando tranquilizantes, ya que apenas podía dormir y cualquier situación la alteraba. Gabriel, su pareja, solía estar a su lado apoyándola, y eso había resultado crucial para su mejoría. Aunque, en casos como el suyo, la inestabilidad era normal. Tenía tanto picos altos de alegría, como todo lo contrario. Había pensado que seguir trabajando sería lo mejor, por aquello de tener la cabeza ocupada; en cambio, había ocasiones en las que la presión laboral no ayudaba y recaía en sus angustias. Mañanas como aquella se repetían más veces de las esperadas y, más que avanzar en sus problemas de salud mental, a veces sentía que estos se agravaban con el tiempo.

Se disponía a entrar en su oficina, cuando sonó su teléfono. Al mirar la pantalla, comprobó que se trataba de su chico. Se quedó en los pasillos para responder.

—Cielo...—respondió al teléfono como si Gabriel fuese su bálsamo sanador.

—Querida... ¿Estás bien? —preguntó él. Sonaba preocupado.

—Sí, es que he venido algo ajetreada...

—Malena... que nos conocemos. ¿Estás bien? —insistió él.

—Es que he llegado con algo de ansiedad a la oficina, nada más. Pero me viene fenomenal escuchar tu voz —se explicó ella, tratando de no alarmarle.

—Nena, si no te encuentras bien, puedes volver a casa y descansar, porque no puedes pretender aliviar la ansiedad con más estrés laboral...

—Ya sé, ya... No me riñas—se defendió Malena—, pero es que necesito trabajar para pensar en otra cosa. Si me quedo en casa solo le daré vueltas y entraría en el círculo vicioso emocional del que tanto me cuesta salir.

—Bueno, como quieras. Solo te llamaba para decirte que espero un paquete y he pedido que lo entreguen en tu oficina. Yo hoy no estaré en casa y no lo podré recoger —le comentó, dando un giro a la conversación para que no acabara en una discusión, como otras veces.

—De acuerdo, te lo recogeré —accedió ella—. Pero no te enfades conmigo. Necesito que lo entiendas —le dijo, mientras recorría inquieta el pasillo que daba acceso a otras oficinas.

—Pues créeme que no lo entiendo. En tu caso, yo ya estaría de baja en mi casita. —Malena escuchó su resoplido de resignación al otro lado de la línea—. Te dejo, tengo que llamar a unos clientes.

—Te recogeré el paquete. Te quiero, Gabri.

—Esta tarde paso a recogerte.

Gabriel cortó la llamada de repente. Malena se sorprendió por sus formas y se sintió algo dolida. Aquella era una de las ocasiones en las que su novio no la comprendía y la situación, cada vez que ella tenía una crisis, se tornaba más compleja entre los dos.

Necesitaba refrescarse un poco y tratar de eliminar ese agobio antes de entrar a su despacho, así que hizo una visita al aseo de señoras que había en el pasillo, al otro lado de los ascensores. Se disponía a sujetar la manilla y empujar la puerta, cuando esta se abrió de forma abrupta y, como por arte de magia, el portero salió del aseo apresuradamente. Malena se preguntó cómo habría llegado allí antes que ella.

—¡Por Dios, Elías! ¡Menudo susto me has dado! —le increpó, poniéndose la mano en el pecho por el sobresalto—. Además de llegar aquí antes que yo, eres de un sigiloso temible...

Elías sonrió como respuesta a su comentario. Ni una sola palabra salió de su boca, más allá de un insulso y desagradable gemido. Ella apenas se giró para mirarlo, y retomó su intención de entrar al baño.

Al pasar frente al lavabo se miró en el espejo un instante, luego miró a su alrededor y, por último, se dispuso a entrar en el retrete. Comprobó con fastidio que la puerta estaba cerrada y que en ella había un cartel en el que se podía leer: «averiado». No era que tuviese una verdadera emergencia urinaria, pero necesitaba serenarse un momento y se había hecho a la idea de encerrarse un par de minutos antes de enfrentarse a un nuevo día en la oficina. En cambio, ese deseo se había tornado imposible y tuvo que conformarse con mojarse la nuca con agua fría y emitir un desconsolado suspiro de resignación.

Se disponía a marcharse cuando, de repente, vislumbró la sombra de unos pies por debajo de la puerta cerrada del retrete. La imaginación le jugó una mala pasada y le pareció escuchar, además, un leve gemido, una queja. No podía distinguirlo bien, pero era como si alguien estuviera llorando dentro.

«Pero ¿qué hace alguien dentro si está averiado?», pensó desconcertada.

Dio media vuelta y empezó a golpear la puerta.

—¿Hay alguien ahí? ¿Te encuentras bien? —preguntó, mientras levantaba cada vez más la voz, debido a la preocupación.

Pero nadie contestó.

Lo intentó otra vez y se encontró de nuevo sin respuesta, de tal modo que no pudo evitar mirar de nuevo bajo la puerta. En esta ocasión, la sombra ya no estaba y Malena sintió cómo la asolaba la duda sobre lo que creía haber visto y escuchado. No obstante, no podía echar la puerta abajo para asegurarse, así que dio media vuelta y salió del aseo, aún más agobiada que al entrar.

En el pasillo, casi se dio de bruces con el inoportuno conserje que, según parecía, estaba esperando a que ella saliese para volver entrar. En esta ocasión no cruzaron ni media palabra, Malena no se sentía con ganas de discutir sobre su extraña presencia. En el fondo, seguía pensando que todo podía estar relacionado con su estúpido estrés, que le hacía ver cosas donde no las había. Él era el conserje y había una avería en el baño, así que no iba a ponerse en evidencia o exponerse a quedar como una loca. Echó a andar y no se detuvo hasta llegar a la puerta de la oficina. Tampoco miró atrás.

Una vez allí, sacó la tarjeta de identificación de su bolso y la pasó por la ranura del control de seguridad. Una, dos y hasta tres veces. ¡Vaya, aquel no era su día! Por fin, a la cuarta lo consiguió. La estaba empujando cuando escuchó cómo la puerta del aseo se abrió otra vez. Desvió la mirada y vio salir a Elías: cargaba con tres enormes bolsas de basura negras que chorreaban agua sucia y desprendían un olor nauseabundo que envolvía todo el vestíbulo de la quinta planta, hasta los ascensores.

El hombre se apresuró a entrar en el elevador de servicio, y así desaparecieron tanto él como el desagradable olor que provenía de las bolsas. Malena, por su parte, meneó la cabeza para eliminar por enésima vez en la mañana los pensamientos que la acosaban. Luego, entró en su oficina, donde la palabra silencio dejaba de tener sentido.

TRES

Bullicio. Gente que se movía de un lado para otro. Ruido de teclados de ordenador y de gritos entremezclados... El follón habitual era música celestial para sus oídos.

—Buenos días —saludó al recepcionista sin mucho entusiasmo.

El detalle no pasó desapercibido al hombre, que estaba acostumbrado a su preciosa sonrisa matutina. Aun así, le devolvió el saludo con gesto amable.

Se dirigió con premura a su despacho —uno enorme con unos ventanales del suelo al techo que daban a la avenida—, desde el que se podían ver los cipreses del parque, cuyo balanceo, producido por el viento, siempre le había transmitido cierta serenidad interior. Pero no ese día.

Desde su silla, permitió que el movimiento de los árboles guiara su cabeza hasta que se dejó hipnotizar por el vaivén y destensó ligeramente los músculos del cuello.

No supo el tiempo transcurrido desde que se había sentado, pero de repente escuchó un ruido afuera. Uno ensordecedor que penetró con fuerza en sus oídos. Como si la alarma de incendios del edificio hubiese saltado y el sonido se hubiese elevado a la enésima potencia. Pero no, no era la alarma: en su oficina se realizaban simulacros de forma habitual y no reconocía el sonido. No era capaz de adivinar lo que sucedía, pero si no salía, no lo iba a averiguar.

Se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta, asustada a la vez que intrigada. La abrió y se encontró con que allí no pasaba nada. Todo el mundo continuaba realizando sus tareas como si

no estuviesen escuchando el mismo ruido ensordecedor. Ella era la única asustada, la única que se esforzaba por taparse los oídos; el resto de la oficina se comportaba con normalidad.

¿Qué le estaba pasando? ¿Se estaba volviendo loca?

A punto estaba de gritar cuando, de repente, el sonido se detuvo. Así, sin más; tal y como vino, se fue. La respiración de Malena se aceleró por el temor. Se miró las manos, estaba temblando. Su corazón comenzó a latir desbocado y las piernas casi no la mantenían en pie. La oficina estaba empezando a hacerse más pequeña. El oxígeno no le llegaba a los pulmones, o eso creía ella. Y entonces, se desplomó en el suelo.

A su alrededor todo parecía seguir igual. Nadie parecía haberse percatado de que se había desvanecido.

Cuando abrió los ojos y miró a su alrededor, se encontró con que seguía sentada en su silla, de cara al ventanal. Todo estaba igual que antes de que comenzara el ruido ensordecedor, solo que esta vez tenía en su mano un abrecartas con el filo manchado de rojo. Rojo sangre.

Echó un temeroso vistazo a su despacho, donde no encontró nada fuera de lo común que le diese pistas sobre lo que acababa de suceder en su mente. No hallaba explicación, no podía entenderlo.

Por un instante, miró el abrecartas y empezó a pensar que la sangre podría ser suya, pero no era así. Se revisó a sí misma; brazos, piernas, cara, vientre, y no logró encontrar el rastro de ninguna herida en su cuerpo. Entonces, miró hacia la puerta de su despacho y una idea, en principio estúpida, se le cruzó por la cabeza.

Se levantó con cautela de la silla y, despacio, se dirigió hacia ella. Colocó la mano en el pomo y abrió, temblorosa.

Nada.

Todo el mundo seguía trabajando en sus cubículos con total normalidad. El bullicio normal de un día cualquiera continuaba en la oficina, donde nadie se percataba de la desazón que Malena guardaba en su interior. Ni del abrecartas que portaba en la mano. Era como si no existiese para ellos.

Avanzó entre las mesas de sus compañeros, que estaban a lo suyo, mientras ella sentía que se dirigía al patíbulo. Salió de su lugar de trabajo y fue hacia la puerta del baño de señoras. Entró y, sin pensarlo dos veces, se abalanzó hacia la puerta del retrete y la abrió de golpe.

Le sobrevino una inesperada náusea, que sofocó poniendo la mano sobre su boca. La pared de la pequeña estancia estaba cubierta de restos de sangre fresca y un repugnante olor que no supo qué era, aunque parecía tener origen orgánico. Tal vez de una persona. Miró su mano derecha, donde aún portaba el abrecartas, y soltó un grito de terror.

—¿Qué demonios he hecho? —se preguntó a sí misma, aterrada y sumergida en una inexplicable confusión mental.

Se apoyó de espaldas en la pared junto al lavabo y, desorientada, fue dejándose caer hasta que acabó de rodillas en el suelo. Sus manos temblaban, no entendía nada de lo que estaba sucediendo. Miraba una y otra vez hacia el interior del retrete y solo podía ver la sangre en la pared.

Desesperación, desesperación. Otro ataque de ansiedad y ganas de vomitar.

El sonido de unos tacones la puso sobre aviso de que alguien se acercaba al baño. No le dio tiempo a reaccionar cuando vio entrar a su compañera. Ana era la primera persona que había conocido cuando entró en la empresa a trabajar, hacía ya unos años, y que le había ofrecido su

desinteresada amistad cuando ella no conocía a nadie allí.

—Malena, ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal? —preguntó azorada su colega, al verla en aquel estado.

—Ana, no sé qué me pasa, pero es mejor que te vayas. Yo...

Malena miró hacia las paredes del váter, que seguían teñidas de sangre.

—¿Necesitas que llamemos a un...? —Ana interrumpió lo que estaba a punto de decir cuando vio el abrecartas con sangre en las manos de Malena y la miró, sobrecogida—. ¿Qué demonios te ha pasado?

Ella no supo qué responder. No podía apartar la mirada de las paredes ensangrentadas y tampoco tenía una explicación para lo que su compañera estaba a punto de descubrir.

Ana, angustiada al verla en ese estado, le quitó el abrecartas de las manos y lo dejó en el lavabo.

—Amiga, ¿es otro ataque de ansiedad? ¿Qué haces con esto en las manos? ¿Te has cortado?

—No, yo... Ana... —balbuceó sin saber qué decir hasta que vio cómo Ana miraba a su alrededor, a punto de toparse con la sangre de la pared del váter—. Ana, no sé qué ha pasado ahí dentro, pero yo no he sido, no he hecho nada.

—Malena, cielo, ¿de qué me hablas? ¿Qué ha pasado, dónde? —preguntó la mujer, confundida por lo que su compañera intentaba decir.

—Ahí, Ana, la sangre... —Señaló la pared del baño como si lo que le enseñaba fuese algo obvio—. Ahí.

—¿Dónde? —confundida, su compañera buscaba por todas partes, pero solo veía sangre en el abrecartas—. ¿En tus manos? —. Se las miró con atención, pero estaban limpias—. No veo nada.

—¡Ahí, en el inodoro! —Señaló de nuevo Malena, con desesperación.

—Ahí no hay nada —afirmó la otra, cada vez más preocupada por el estado de su salud mental—. No sé qué te pasa, pero tal vez deberías irte a casa... o llamar a tu psiquiatra para que te ayude.

—¿Qué psiquiatra ni qué psiquiatra, Ana! —Se levantó con brusquedad y fue hacia el urinario para dejar claro de qué se trataba—. ¡Esto! —indicó con sus manos, señalando las paredes.

Pero, de repente, ahí no había nada. Nada. Ni rastro de la sangre, ni una sola señal de que hubiese sucedido nada extraño. Todo estaba limpio y reluciente como si lo hubiesen acabado de limpiar, salvo que Malena sabía que no era así, porque hacía unos segundos acababa de ver las paredes salpicadas de sangre.

Malena comenzó a respirar con dificultad. ¿Acaso se estaba volviendo loca y todo lo que veía eran alucinaciones? Negó con la cabeza, incapaz de creer que aquello estuviera sucediendo. No podía aceptarlo.

—No, no... no puede ser —negaba con insistencia—. Yo antes... Te lo juro, Ana. —Se llevó la mano derecha a la frente y empezó a frotársela, exasperada. Aquello empezaba a ser más que preocupante—. Déjalo, Ana. Déjalo. Creo que he visto la sangre del abrecartas y me he sugestionado —sostuvo, intentando disimular lo alterada que estaba. Aunque no sirvió de mucho, porque ocultar el color blanquecino de su tez era una tarea complicada.

Ana la miró extrañada, aunque no sorprendida. Malena pudo distinguir un atisbo de lástima en su mirada, algo que la hizo sentir peor, si cabía. No quería la pena de nadie, buscaba que la comprendiesen y eso se tornaba complicado en la situación en la que se encontraba en ese instante. Porque, realmente, daba pena.

—Malena, yo...

—Déjalo. Será mejor que vaya a mi despacho y me tome un café largo.

Compungida, salió del baño con la cabeza agachada. Volvió dentro y pasó entre la gente sin mirar a nadie, aunque, en esta ocasión, todo el mundo parecía tener la vista fija en ella.

Todo el mundo la miraba.

Entró en su despacho y se encerró, sin tratar de adivinar lo que significaba cada una de las miradas curiosas que la habían observado regresar tras su extraño ataque de pánico. Sus compañeros pensarían que estaba loca, y ya no estaba segura de que anduvieran muy desencaminados, después de lo sucedido.

Estaba agotada mentalmente y no sabía qué hacer. Su cabeza le jugaba malas pasadas y no parecía que eso fuese a solucionarse. Necesitaba tranquilidad y dejar de pensar. El psiquiatra le solía decir que su mayor problema era que no sabía manejar las situaciones de estrés, que se dejaba absorber por ellas. En aquel momento, Malena pensó que no le faltaba razón.

Fue hacia el sofá, se descalzó y trató de calmarse.

Comenzó a ejercitar la relajación mediante unas respiraciones profundas que, por extraño que pareciera, la retrotrajeron al momento en el que se había encontrado con el conserje del edificio. No supo por qué, pero Elías apareció en su cabeza: su amable, aunque en el fondo, desagradable sonrisa; sus enormes y callosas manos; y esa forma de mirar que siempre la había incomodado.

Esas bolsas de basura chorreantes y ese olor... Ese olor...

Abrió los ojos de repente y recordó el olor que se desprendía de aquellas bolsas. El mismo que había en el váter. De nuevo, la sensación de angustia que antes la había hecho precipitarse hacia el baño, la misma que la dobló hasta casi vomitar, volvía a brotar en su interior.

Toc, toc, toc.

El sonido de la puerta la sobresaltó. Se levantó a toda prisa del sofá y aspiró profundamente hasta que sintió que podía articular palabra.

—Adelante —indicó, con la voz entrecortada.

—Malena. —Ana entró en el despacho con cara de preocupación—. ¿Te encuentras mejor?

—Hola, sí, algo mejor. —Fingir no era su fuerte, pero dadas las circunstancias, mejor eso que admitir que creía estar perdiendo el juicio por momentos—. Supongo que todo el estrés de estos meses me está pasando factura y no logro levantar cabeza. El tiempo pondrá las cosas en su lugar.

—¿Necesitas algo? —Ana revoloteaba a su alrededor como si tratase de descifrar algún enigma que su colega escondiese—. No sé. Hablar, llorar, reír o gritar. Si te quieres desahogar, ya sabes que puedes hablar conmigo.

Malena la miró con una sonrisa que, en fondo, no llegaba hasta sus ojos. En ese momento, no podía dar más de sí.

—Gracias, pero no es necesario. Ahora mismo solo necesito desentrañar mis angustias yo sola. Aunque muchas gracias, Ana.

Con evidente ansiedad, se levantó para acercarse hasta su compañera y le dio un sentido abrazo. Sin embargo, se prolongó demasiado y Malena dejó de sentirse cómoda. Cuando se separaron, Ana salió por la puerta echando una última mirada hacia atrás: parecía tener la clara idea de que su compañera no solo no estaba bien, sino que iba a empeorar a lo largo del día. Lo veía en sus ojos.

CUATRO

Malena se disponía a regresar a la meditación cuando sonó el teléfono de su mesa. Fue a contestar con cierto fastidio. Cierta que estaba en la oficina y allí recibía llamadas telefónicas a menudo, pero en aquel momento solo tenía la sensación de que no la dejaban en paz, de que

alguien quería hacerle jaque mate.

—Buenos días, Malena Román al habla.

—Buenos días, señorita Román. Soy Elías. —Solo con escuchar su nombre, sintió un escalofrío desconcertante—. Ha llegado un paquete para usted y lo han dejado en conserjería por error. ¿Subo a dejárselo?

En su fuero interno, Malena sintió un rechazo visceral por el conserje. Debido a sus nervios, se encontraba más vulnerable que de costumbre y no le apetecía nada ver otra vez a aquel hombre que le ponía los pelos de punta.

—No, Elías, no es necesario. Ya mandaré a recogerlo. Gracias.

Y colgó sin más, dejándole con la palabra en la boca.

Había olvidado que estaba esperando ese paquete, el que iban a mandar para Gabriel.

Ocupada en evitar que Elías subiera a su despacho, no se había dado cuenta de preguntarle qué era o de qué empresa venía, si era grande o pequeño, cuánto pesaba... La verdad era que no se encontraba con fuerzas para ponerse a hacer fitness con una caja y, como había dejado bien claro, tampoco le apetecía ver al portero. Así que salió de su oficina para buscar al chico que hacía ese tipo de tareas para los empleados de la oficina, pero no lo encontró por ninguna parte.

Preguntó a Pablo, un compañero un tanto huraño que apenas hablaba con nadie, pero sí con ella. Resultó que el chico estaba en su tiempo de descanso y se había ido a una cafetería hacía un buen rato.

—Tal vez demasiado, para lo que trabaja —opinó él, con cierta antipatía.

Malena tuvo que conformarse con las opciones que le quedaban: que Elías subiera, que ella bajara a conserjería, o que David volviera de su descanso. Pero no tenía ni idea de cuándo pasaría lo último, así que se resignó a la idea de que tendría que tolerar la presencia de Elías, de una forma u otra.

Como ya le había dicho que no subiera, bajó ella. Aunque en esta ocasión, en vez de utilizar el ascensor, prefirió bajar por las escaleras y así darse un respiro antes de encontrarse con la desagradable mirada del conserje.

Cada piso que bajaba le parecía un paso que la acercaba al infierno. ¡Aquello era peor que ir al dentista! Hasta su estómago empezó a revolverse y tuvo que sujetarse al pasamanos, por miedo a que los nervios le jugaran una mala pasada y se cayera rodando.

Al llegar al vestíbulo, se encontró con que el portero no estaba, aunque el paquete sí. Había una caja pequeña sobre el mostrador, y supuso que sería la de Gabriel. Se acercó para comprobar el destinatario y se llevó una buena sorpresa al ver que era su nombre el que figuraba, y no el de su novio.

En cualquier caso y sin esperar a que el conserje apareciese, se marchó en dirección a los ascensores. Iba a pulsar el botón de llamada cuando uno de ellos se abrió. Pasó dentro y miró la caja, intrigada. Gabriel le había dejado claro que era un paquete para él, aunque dado como era a darle sorpresas, bien podía ser un regalo para ella. Su chico era muy detallista. Desde el inicio de su relación, no había mes en que no hubiera tenido un regalito suyo.

Salió del elevador y se encaminó hacia su despacho, abriendo la caja con ilusión mientras caminaba. Su rostro ya no era el mismo que hacía unos minutos porque, sin poder evitarlo, había supeditado su estado de ánimo a aquel paquete y a su contenido, que aún desconocía. Iba tan entretenida, que ni se fijaba en los que pasaban a su lado y le daban los buenos días. Tampoco se fijó en que Elías se aproximaba directo hacia ella.

—¡Perdone, señorita! —se disculpó el portero—. Iba despistado, pensando.

Malena intentó en vano esquivarlo haciéndose a un lado y al otro.

—Tranquilo, Elías. No pasa nada —contestó ella, molesta por el encontronazo, mientras intentaba apartarse sin éxito con la caja medio abierta en las manos.

—¿Necesita ayuda? —preguntó solícito el hombre.

—No, no. Está todo bien —negó Malena, y alzó la mano derecha para reforzar sus palabras—. Muchas gracias de todos modos, hasta luego.

Elías por fin se hizo a un lado, se despidió con un gesto de la cabeza, y ella pudo avanzar en dirección a la oficina. Pero no pudo evitar mirar hacia atrás y comprobar si el conserje había desaparecido de su campo de visión.

«De verdad, guapa, te estás convirtiendo en una paranoica», pensó mientras avanzaba. Entró en su despacho tan rápido como pudo y cerró dando un portazo. Se apoyó de espaldas a la puerta y sonrió.

Se dirigió hasta su mesa y, tras apoyarse en ella, acabó de abrir la caja. Los ojos le brillaban de la expectación.

Entonces, la sonrisa se le desdibujó y sus manos comenzaron a temblar.

No podía entenderlo. ¿Cómo era posible que el maldito abrecartas hubiese llegado al interior de la caja?

Lanzó el paquete sobre la mesa como si le quemase en las manos y se las llevó al pecho. Una fuerte opresión parecía amenazar con provocarle un infarto. No le llegaba el aire a los pulmones. No podía respirar. Otra vez la horrible angustia. De nuevo el miedo. No, no era un infarto, era otra puta crisis de ansiedad.

Tuvo la tentación de llamar a su psiquiatra y hacer una sesión telefónica para así apagar su desasosiego. En cambio, decidió coger el toro por los cuernos y avanzar ella sola. La solución fácil hubiese sido tomarse un ansiolítico y dejarse llevar, aunque sabía que eso no resolvería nada. Afrontar era afrontar, no esconderse tras la falsa ilusión de paz de las pastillas.

Empezó a darle vueltas a la cabeza, sentada en el pequeño sofá de su despacho. Nada de lo que le había sucedido desde que había llegado a la oficina tenía sentido. Toda había ido bien hasta que había traspasado la puerta y atravesado el vestíbulo aquella mañana. Aunque, pensándolo mejor, eso no era verdad del todo. También estaba aquella sensación que había notado por la mañana, delante del espejo. Pero una cosa eran las crisis de ansiedad que había sufrido hasta ese día, con las que estaba acostumbrada a pelear, y otra muy distinta lo que estaba pasando allí, la sangre y todo lo demás. Algo no encajaba.

Entonces tuvo una revelación. Algo extraño estaba ocurriendo, alguien tenía que estar detrás de todo aquello porque, una cosa era que últimamente se hubiera sentido inestable y muy estresada, pero otra muy distinta era recibir aquel paquete que, claramente, era una amenaza para ella. Solo había un problema: Malena era incapaz de imaginar quién sería capaz de hacerle algo así y, sobre todo, por qué.

Con decisión, cogió el abrecartas de la caja. Al sacarlo, se dio cuenta de que debajo de él aún había algo más: un sobre blanco que se había manchado con la sangre que impregnaba el afilado artilugio. Pensando que las cosas ya no podían ir a peor, lo sacó y lo rasgó para ver qué tenía dentro. Al hacerlo, un papel cayó al suelo. Malena lo recogió y lo desdobló, temiendo leer el mensaje que contenía. Escrita en tinta roja, como la sangre, tan solo había una palabra: «Tú».

La idea que se había empezado a forjar en su cabeza de que alguien trataba de lastimarla cobró fuerza. Al menos, eso sirvió para dar alas a su lucidez. No consiguió serenarse del todo, puesto que el simple hecho de que esa teoría pudiera ser cierta era lo bastante preocupante como para volver loca a cualquiera. Pero algo se despertó dentro de Malena, y se propuso averiguar quién demonios trataba de desquiciarla.

Y lo haría ese mismo día.

CINCO

Un grito.

Dos.

Otro alarido que la despertó de forma abrupta.

Sin darse cuenta, se había dormido en el sofá. Desorientada, por un instante llegó a dudar si había sido o no un mal sueño. ¡Menudo día!

Entonces se incorporó y se encontró con que la caja con el abrecartas estaba ahí, en su regazo. Las palpitaciones volvieron en cuanto se despejó lo bastante como para darse cuenta de que aquello, al menos, no era un sueño.

Fue hacia su escritorio con lentitud y se sentó. Portaba consigo el paquete. Estaba desganada, triste, como si las intenciones de pelear que tenía antes de dormirse se hubieran desvanecido por arte de magia. Su boca estaba seca, casi se le pegaba la lengua al paladar. Cogió de la mesa el botellín de agua que tenía a medias y se lo acabó de un trago. Respiró hondo e intentó renovar su valentía anterior para hacer lo que tenía pensado a continuación.

Se dirigió a la puerta, con la intención de localizar de dónde provenían los gritos, pero no le dio tiempo a llegar hasta ella. Sus ojos se nublaron y empezó a sentirse extrañamente soñolienta. No parecía que acabara de despertar, sino que llevara varios días sin haber pegado ojo. Las piernas le empezaron a fallar. Antes de asir la manilla de la puerta, se le doblaron las rodillas y cayó estrepitosamente al suelo. Todo se volvió negro.

Despertó tiempo más tarde para descubrir con horror que había algo en su mano derecha: el condenado estilete teñido de sangre.

Se levantó como pudo para salir de allí. De pronto, se percató de que ya no había más gritos, ni alaridos, ni siquiera el ruido típico de una oficina. Solo silencio. Giró sobre sus pasos y se acercó al ventanal. Miró hacia la calle y comprobó que allí todo transcurría con normalidad. En cambio, dentro había una tormenta, la suya.

Fue de nuevo hacia la puerta e intentó abrirla otra vez. Ahora sí, con mucha cautela, giró lentamente el tirador y abrió. No había nadie en la oficina, ni un alma. Recorrió cada una de las mesas de sus compañeros y compañeras, pero solo encontró carpetas cerradas y ordenadores apagados; ni rastro de que aquella mañana hubiera habido alguna actividad allí.

Cada vez más confundida, miró su reloj de pulsera, que marcaba las tres y media de la tarde.

—Imposible. A ver, Malena, concéntrate. —Se masajeó las sienes con desesperación—. Piensa, joder, piensa.

Corrió hacia la entrada y miró de un lado a otro del pasillo, pero también estaba vacío. No quedaba una sola persona en la planta. ¿Ya se había ido todo el mundo?

Entonces, aterrada como se sentía, buscó el coraje suficiente como para descender por las escaleras las cinco plantas que llevaban a la recepción. Según bajaba, fue descubriendo que los escalones estaban salpicados por gotas de sangre todavía frescas. En los descansillos, las gotas se convertían en charcos. Además, ese olor pútrido que se le había metido entre ceja y ceja, el de las bolsas de basura del conserje, lo envolvía todo.

«No puede ser, no puede ser...», se decía, desconcertada. Había pasado inconsciente casi todo el día y se sentía como si un camión la hubiese arrollado. Aunque había intentado aclararse y ver las cosas de una forma más fría y racional, era imposible tranquilizarse y actuar con calma en aquellas condiciones. Antes del desmayo, o lo que fuera aquello, se había sentido tan lúcida como

para buscar una explicación, y la había encontrado.

Pero ya no lo tenía claro. Sus pensamientos se habían entremezclado hasta tal punto que volvió a pensar que todo eran alucinaciones: la sangre del baño, los ruidos, los gritos... hasta el desagradable olor. ¿Podía ser todo aquello producto de su mente, que había acabado por desquiciarse? Esa idea hizo que se sintiera indefensa y tuviera ganas de llorar.

Llegó al *hall* y no salió de su asombro al comprobar que Elías se encontraba detrás del mostrador, comiéndose una manzana roja con toda la tranquilidad del mundo. Al parecer, nada de lo que creía estar viviendo llegaba a los oídos del chismoso portero.

—¡Elías! —lo llamó a gritos.

Él ni se inmutó por su bramido. Se levantó tan tranquilo del asiento como si la historia no fuese con él.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

Malena no se le tiró a la yugular porque el puro agotamiento no la dejó hacerlo. ¿Pero es que no había escuchado lo mismo que ella, los alaridos? ¿Nadie lo había hecho?

Iba a preguntarle si todo el mundo se había marchado ya cuando un mensajero entró, con el casco en una mano y un paquete en la otra. Les dio las buenas tardes, lo dejó en el mostrador y leyó el nombre del destinatario.

—Un envío a nombre de Malena Román—dijo, mirando a ambos.

Se quedó a la espera de que respondiesen, mirando sobre todo a Elías, que se había quedado con la manzana a medio morder al escuchar el nombre de la mujer. Malena no supo interpretar esa reacción.

—Sí, soy yo—contestó, mientras observaba la caja con recelo.

El hombre garabateó algo en la tableta de registro y se la entregó a ella para que firmase. Una simple acción que puso de nuevo en alerta a Malena. Cuando se la devolvió, el mensajero se despidió con un gesto de la cabeza y se fue sin más.

Elías tomó el paquete del mostrador y se lo tendió a ella, que lo cogió entre sus manos como si fuese de cristal.

—Señorita Román, ¿se encuentra usted bien? —preguntó Elías, mientras se colocaba a su altura.

Ella afirmó con la cabeza con escepticismo. No sabía cómo decirle las cosas que le habían pasado sin que la tomaran por una trastornada.

—Elías, ¿has visto o escuchado algo raro a lo largo de la mañana en el edificio? —Menuda pregunta le acababa de hacer, como si no fuesen ambos conscientes de la escena con las bolsas de basura apestosas.

—No sé a qué se puede referir, señorita Román —contestó él, encogiendo los hombros—. Si se refiere a su extraña actitud desde que ha llegado, entonces sí. Hoy se está comportando de una forma muy rara.

Malena abrió los ojos a más no poder. No se podía creer lo que estaba escuchando. ¿Que ella había actuado de una forma extraña? Por un instante, temió que el conserje la hubiera estado observando toda la mañana a escondidas. Quizá lo hubiera hecho, y se hubiera dado cuenta de hasta qué punto estaba alterada. En cualquier caso, trató de fingir que no le entendía.

—La que no sabe a qué te refieres soy yo, Elías.

—Mire, señora. —Se acercó un poco más para hablarle casi al oído—. Hoy ha hecho cosas muy extrañas desde que ha llegado. —La miró y comenzó a enumerar con los dedos—: ha entrado en el baño llorando, ha comenzado a dar gritos sin sentido, cuando sacaba la basura del baño me

ha mirado como si llevara dentro de las bolsas un cadáver ...

—Cualquiera diría que me ha estado vigilando —respondió ella, que acababa de sentir la sacudida de un escalofrío en todo su cuerpo.

—Yo solo hago mi trabajo, que es cuidar del edificio.

—Elías —insistió Malena, ya con resignación—. No lo estoy acusando de nada, solo digo que, como usted lo ve todo, tal vez se haya dado cuenta de algo que no va bien.

—Malena, te puedo tutear, ¿verdad? —solicitó el hombre, con una falsa sonrisa. Ella asintió con la cabeza, con desidia—. Eres una de las empleadas más discretas del edificio. Nadie sabe nada de tu vida ni se oye nunca tu nombre. Y de pronto, hoy, te comportas como si estuviésemos en una película de esas de miedo.

«Este hombre me vigila», concluyó ella, mientras él se explicaba. Ni siquiera se molestó en seguir escuchándolo. Tan solo levantó su mano derecha para pedirle que no dijese más y salió a la calle para que le diese el aire. Lo necesitaba.

Comenzó a caminar por la avenida y se dirigió al parque que estaba enfrente. Se acercó a uno de los bancos y se sentó. Apoyó su cabeza en el respaldo y miró al cielo, que ese día lucía impecable, sin una sola de las nubes a las que estaba acostumbrada en su ciudad. Nada, solo azul, uno tan intenso que se reflejaba en el agua de la fuente que había unos pasos más allá. Los árboles danzaban al son de la suave brisa que provenía del norte. La tarde estaba preciosa.

Por un segundo, le dieron ganas de zambullirse en el agua, como Anita Eckberg en *La Dolce Vita*, sin importar que la viesan dando el espectáculo. Solo necesitaba volver a tener aquella sensación de paz interior que estaba perdiendo por momentos. Por otro lado, pensó, la estabilidad no era una de sus virtudes: quizá nadie se sorprendiera si la vieran hacer una exhibición pública de desvergüenza. A lo mejor, ni siquiera ella misma.

Al final, no hizo otra cosa que quedarse sentada hasta que el impulso se le pasó. Era lo que casi siempre hacía con los impulsos, dejar que el aire se los llevara, en vez de darles rienda suelta.

Respiró hondo para paladear el olor a flores silvestres que había en el parque. Le gustaba, era agradable. Aquella zona era un pulmón en medio de la ciudad y durante el día solía estar abarrotado de gente que se acercaba a disfrutar de un trocito de naturaleza. En cambio, y debido a la incipiente delincuencia nocturna, por las tardes se vaciaba hasta quedar desierto.

Aquel día ya apenas había gente paseando. No se oían casi ruidos, salvo algún que otro grito infantil, o de los padres y madres que respondían a aquellos. Todo estaba en relativa calma, como a Malena le gustaba. Su vida era así, calmada y clara hasta que llegaba un cambio de rumbo en el viento y todo se tornaba de nuevo gris.

Cerró los ojos e intentó calmarse. Aprovecharía ese momento.

SEIS

Sintió que algo le abrasaba la cara, que ardía por dentro. Sin embargo, acercó la mano a su mejilla y la sintió fría. Abrió los ojos sobresaltada y miró a su alrededor. Estaba de nuevo en su despacho, tumbada en el sofá. ¿Cómo había llegado ahí? ¿Quién la había llevado? ¿Por qué no lo recordaba?

El reloj marcaba las 19:47.

Otra vez la angustia la absorbió. El sudor empapaba su camisa y la sensación de ansiedad volvía a golpear su pecho. Se incorporó en un solo movimiento y comenzó a llorar con desesperación.

—¿Qué me está pasando? ¿Qué? —Podía notar cómo su corazón latía desbocado.

Ansiedad, pánico.

Como pudo, dirigió sus pasos hacia la salida, aunque no había llegado a la puerta cuando su compañera Ana apareció por sorpresa.

—Cielo, ¿qué haces levantada? —le dijo, como si tal cosa.

—Ana, necesito que llames a una ambulancia, no me encuentro bien —pidió Malena entre lágrimas.

—Tranquila, ¿eh? —Se dirigió a su lado y la sujetó del brazo con el fin de devolverla al sofá —. Es otro ataque de pánico. No te debes angustiar.

—Hablo en serio —insistió Malena, afligida.

Sus pasos empezaron a ser más torpes, indecisos. Sentía que una extraña sensación de vértigo se apoderaba de ella. Ana la ayudó a tumbarse de nuevo en el sofá y empezó a acariciarla para calmar sus nervios.

—Hagamos unas respiraciones juntas e intentemos relajarnos, ¿te parece?

Malena accedió sin quejarse. Se sentía derrotada. Seguía sin comprender cómo había vuelto a la oficina ni qué hacía allí su compañera, si a las tres y media ya no quedaba ni un alma.

Ana se sentó junto a ella y colocó una mano sobre sus ojos para que los cerrase. De pronto, un potente aroma a sándalo penetró en sus fosas nasales. Era tan fuerte que la introdujo en un profundo sueño una vez más.

Caminar por la playa era algo que siempre le había encantado. Todos los fines de semana, cuando podía, dedicaba un rato a pasear por la arena. Posar sus pies en ella y sentir cómo se le metía entre los dedos era una sensación que adoraba. Era sanador: arena húmeda que no solo mejoraba la circulación de sus piernas, sino también la de su cabeza.

Paseaba agarrada de la mano de Gabriel. Su compañero, su amigo, su amante. La persona que siempre la había acompañado en sus problemas y que la comprendía mejor que cualquier psicólogo, o al menos eso creía.

Lo miraba, la miraba. Su mirada tenía el poder tanto de excitarla como de tranquilizarla, todo al mismo tiempo. Se sentía segura a su lado. Pudo leer un «te quiero» en sus labios.

Inspiró hondo el aire que provenía del mar. El olor a salitre inundó sus fosas nasales y la reactivó por completo. La hizo sentir como nueva. Había superado la ansiedad. Volvería a casa y pediría la baja laboral por un tiempo; después ya vería si volvería o no a trabajar. Por el momento, necesitaba un descanso. Y en la playa se sentía muy bien.

Vio a lo lejos cómo una ola se iba acercando a la orilla. Avisó a Gabriel, apuntando con la mano hacia el mar. Sonrieron; era precioso ver el poder del agua golpeando en las rocas. Se dejaron llevar por su sonido, a la espera de que rompiese al llegar a tierra. En cambio, la ola cada vez se iba haciendo más y más grande, en vez de deshacerse. Se asustaron, quisieron escapar, pero algo los retuvo. Fue como si sus pies se hubiesen anclado en el suelo.

Poco a poco, la arena que traía el mar los fue enterrando sin que pudieran hacer nada para evitarlo. La ola llegó a la costa de una forma tan brutal que los devoró a ambos, y el golpe de mar los separó. Malena trataba de salir empujando fuertemente con sus brazos y, a su vez, tratando de localizar a Gabriel, al que el agua había engullido en apenas unos segundos. Ella, sin perder el resuello, intentó salir a la superficie, aunque fue inútil. La fuerza del agua la superaba una y otra vez.

De repente y como si una energía la ayudara desde abajo, se impulsó al exterior y nadó con torpeza hasta el muelle. Agarrada a una roca, desesperada por encontrar ayuda, divisó a lo lejos la

figura de Gabriel que, sonriendo, iba agarrado de la mano de otra mujer, mientras ella no encontraba el modo de poder salir de allí.

Gritó su nombre, pero Gabriel seguía alejándose con la otra mujer e ignoraba sus alaridos de auxilio. Se marchó mientras el mar castigaba a Malena con sus latigazos una y otra vez, hasta que no pudo más y se soltó de la roca para dejarse arrastrar por una última ola, que la llevó hasta el fondo.

Casi no podía respirar, los pulmones le ardían al intentarlo. Luchar ya no era una opción. Lo mejor sería dejarse llevar para que todo terminara. Pero ella nunca se había rendido. Siempre había luchado hasta el último aliento, y aquella vez no iba a ser menos. Una voz interior la hizo reaccionar, la incitó a que de un modo u otro saliera de allí. Tenía de hacerlo. Movi6 sus brazos con toda la fuerza que pudo e intentó salir a la superficie. Las olas la golpeaban, tragaba agua. El salitre que antes era placentero ahora la ahogaba. Un último impulso la sacó con violencia al exterior. Agotada del esfuerzo, se dejó arrastrar sin saber hacia dónde.

Un grito desesperado se oyó a lo lejos. No supo discernir si se trataba de otra persona pidiendo auxilio, o si era ella misma.

—¡Malena, Malena! —Escuchó que la llamaban mientras la sacudían.

Otro zarandeo e intentó abrir los ojos. Alguien la había salvado...

—¿Qué me has hecho? —preguntó la voz cuyo rostro aún no podía identificar.

Empezó a tocarse el cuerpo para comprobar que todo estaba bien. Notó humedad, y dedujo que la habían sacado del agua. Entreabrió los ojos para poder fijarse en su salvadora, pero lo empezó a ver todo de color rojo. Acercó las manos a los ojos y también estaban rojas. ¡La humedad que había notado era sangre!

—Malena —identificó la voz de su compañera Ana, que se presionaba el abdomen con las manos—. Me has apuñalado...

Se despejó por completo, horrorizada al ver que Ana estaba totalmente cubierta de sangre y se daba la vuelta para salir a pedir ayuda. Iba dejando en el suelo un reguero de sangre que revelaba a las claras lo que había ocurrido, aunque ella no lo recordara ni pudiera explicárselo. Aquello se había convertido en una auténtica pesadilla, solo que, de pronto, ella era la asesina.

—Ana, por favor. Déjame ayudarte. Yo... —Se miró las manos, teñidas de rojo—. Yo no quería hacerte daño, no puedo haber hecho esto conscientemente.

Se levantó del sofá y escuchó el sonido de un objeto al caer al suelo. Comprobó que era el abrecartas, que seguía manchado de sangre. La sangre de Ana. Corrió hacia su compañera para intentar socorrerla, pero ella la evitó.

—¡Aléjate de mí! ¡Maldita zorra pirada! —le gritó, intentando alejarse de ella a duras penas.

—¡Ana! Esto tiene que tener una explicación, ¡por favor! —suplicó, deseando que todo fuese un mal sueño.

Apenas tuvo tiempo de correr tras Ana, que ya había salido por la puerta de su despacho y desaparecido de la oficina. Solo pudo seguirla a través de los rastros de sangre que iba dejando y que la condujeron al cuarto de baño. Ni se percató de que había alguien que la estaba observando.

Llegó al aseo de señoras y abrió la puerta, con tal ímpetu que el golpe contra la pared resonó en toda la planta.

—¡Ana! —la llamó, en cuanto estuvo dentro. El rastro de sangre llegaba hasta allí, debía haber entrado, pero... nadie contestó—. ¡Ana! ¿Estás aquí? —insistió con desespero.

De nuevo el ruido sordo y después, sin más, silencio sepulcral. Ni alarmas, ni signos de que alguien pudiese haber escuchado nada desde el exterior; nada que indicase que algún rezagado se

hubiese quedado más tiempo trabajando en otra planta.

Abrió las puertas de todos los retretes en su busca, pero no estaba allí, había desaparecido. Salió de los baños y miró a su alrededor, como si por arte de magia Ana fuese a aparecer. Tampoco. El rastro de sangre se había perdido en el baño, igual que su compañera.

Volvió rápidamente a la oficina para llamar a urgencias, pero algo la detuvo en la misma entrada: el cuerpo de un hombre tendido en el suelo con un charco de sangre a su alrededor, y de nuevo el endemoniado abrecartas junto al cadáver. Ella no podía haber cometido esa atrocidad, ni siquiera estaba allí cuando...

Tenía embotada la cabeza. El miedo se había apoderado de ella y no podía pensar con claridad. ¿Había alguna posibilidad de que, enajenada, hubiera apuñalado a Ana y a aquel hombre y ahora no lo recordase?

Se acercó al cuerpo ensangrentado para comprobar si seguía con vida: quería eliminar un cargo de su desbaratada conciencia. Sin embargo, aquel día no tendría tregua. Al agacharse y voltear la cabeza de la víctima, comprobó que no era otro que su adorado Gabriel.

—Gabriel, mi amor. Pero ¿qué te han hecho? ¿Qué te he hecho? —balbució, mientras abrazaba el cuerpo inerte de su novio y un alarido de dolor salía de lo más profundo de su alma.

La sangre seguía manando mientras lo abrazaba. Arrojó su cuerpo, aún caliente, como si al acunarlo pudiese devolverlo a la vida. Un beso, otro y otro más se mezclaron con las lágrimas y la inminente certeza de que estaba enloqueciendo y cometiendo un crimen tras otro.

Su mundo se estaba desmoronando.

En ese instante, un ruido sordo resonó en el edificio. Y luego otro más, como si el bloque la estuviese castigando desde sus entrañas y le quisiera hacer pagar lo que estaba haciendo.

SIETE

Dejó el cuerpo de Gabriel en el suelo con sumo cuidado y se dirigió hacia la ventana. Miró hacia la calle, donde la vida seguía como si nada sucediera. Fue hacia su despacho para llamar a la policía; sin embargo, al descolgar el teléfono se encontró con que las líneas no funcionaban. Era imposible llamar a nadie del exterior.

«¡El móvil!», pensó, con audacia.

Fue a por su bolso y miró dentro. Rebuscó en el interior, hasta lo volteó, pero nada. El teléfono había desaparecido, y la cartera con su documentación también. Aquello no podía ser fruto de la casualidad, ni siquiera de la mala suerte. Alguien estaba jugando con su mente, y lo estaba haciendo muy bien. Pero ¿por qué?

Desconsolada, rota por el llanto, comenzó a recordar todo lo que había ocurrido desde primera hora de la mañana. No estaba segura de haber ordenado bien los acontecimientos, pero había una cosa que sí tenía clara: desde que había llegado al trabajo, no había habido un momento en que no se hubiera sentido cansada. Cansada y soñolienta, más de lo habitual. Como cuando abusaba de sus ansiolíticos...

¡La habían drogado!, comprendió, de pronto. Tenía que salir de allí y acudir a la policía urgentemente.

Echó a correr como alma que lleva el diablo. Pretendía detenerse un momento al pasar junto a Gabriel, arrodillarse y despedirse de él. El dolor era terrible, pero tenía que dejarlo allí, era su única esperanza. Quería, además, coger algo que, estaba convencida, iba a necesitar: el abrecartas. Fue hacia él y, al llegar al pasillo, descubrió que su cuerpo había desaparecido. Ya ni siquiera se sorprendió, aquel día la realidad se estaba dando un paseo por otra dimensión.

Consideró la opción de volver a su bolso a por un calmante, pero necesitaba estar alerta para lo que iba a tener que enfrentar y tenía la sensación de que, aquel día, ya llevaba en su organismo suficientes químicos.

Cogió el estilete del suelo y volvió a las mesas de sus compañeros, en busca de alguna cosa que le sirviera para defenderse. En la mesa de Pablo, el responsable de marketing y publicidad, encontró una linterna de bolsillo y un pisapapeles en forma de pirámide. Aquello no le iba a servir de mucho si se enfrentaba a una personada armada, pero era lo único que tenía. Con más valentía que fuerzas, salió de nuevo hacia el corredor de acceso a los ascensores.

Ya había pulsado el botón de llamada cuando, súbitamente, el edificio se quedó a oscuras. ¿Casualidad? Por supuesto que no. Nada de lo que había ocurrido allí lo era. Ya casi era de noche y la luz del sol se agotaba por momentos. Era el momento perfecto para cometer un crimen...

Con mucho cuidado de no alertar a su adversario, comenzó a descender andando, por las escaleras. La adrenalina del miedo estaba consiguiendo que, por primera vez en todo el día, pudiera hilar dos pensamientos seguidos: lo más seguro era que la estuvieran vigilando de algún modo. De otra forma, era incomprensible que supiesen dónde estaba en todo momento. Recordó que los pasillos del edificio estaban repletos de cámaras de seguridad, pero no sabía si funcionarían estando cortada la luz principal. Si las nutría la de emergencia, estaba jodida.

La solución vino sola, tras años de ver con Gabriel decenas de películas de intriga: tenía que romper algunas, las que podía ubicar después de haberlas visto día tras día al ir a trabajar. No conocía la posición de todas, pero si eliminaba aunque fuera un tercio, eso le daría alguna ventaja para llegar abajo y salir del edificio, lejos de esa persona que parecía haber estado vigilándola durante todo el día.

«¡Elías!», se dijo, atando cabos. No podía estar segura, pero siempre había sentido una especie de repulsa hacia él. Y aunque eso no era excusa para culparle sin pruebas, era el único en el edificio que no solo la miraba con lascivia, sino que también conocía bastante bien sus movimientos. Lo único que no se podía explicar era el porqué, la razón oculta que podía tener aquel hombre para montar semejante... circo de los horrores.

Con el pisapapeles de piedra y el abrecartas salió corriendo, con la intención de buscar todas las cámaras de seguridad que hallase por el camino y destrozarlas sin pensárselo dos veces. Las luces de emergencia estaban activadas y había muy poca luz, aunque se apañó como pudo para eliminar la amenaza de una decena de ellas. Por un segundo, se sintió tentada a quedarse y pelear contra su acosador, pero la triste realidad era que no estaba por la labor de hacerse la heroína. Eso y la poca lucidez con la que se regía la arengaron a largarse de allí lo más rápido posible.

El ruido sordo y penetrante se escuchó de nuevo, y Malena corrió aún más, si cabía, hasta llegar al recibidor. La puerta principal estaba cerrada.

Se le ocurrió bajar a los garajes y huir por ahí, sin embargo, comprobó con fastidio que el portón estaba sellado a cal y canto. Fuera quien fuese, había alguien más que dispuesto a aislarla del mundo y, aunque ignoraba sus verdaderas intenciones, eso bastó para fracturar su mente un poco más.

A través de los altavoces por los que recibían las instrucciones durante los simulacros de incendio, se escuchó una voz de hombre algo distorsionada:

—Veo que te vas dando cuenta.

Ahora estaba segura de que alguien la estaba controlando; solo tenía que averiguar por qué.

Eran ya casi las nueve, aunque Malena no lo sabía. En medio de la vorágine, no se le había ocurrido consultar el reloj que llevaba en la muñeca. La voz del hombre siguió hablando:

—Seguro que te estarás volviendo loca intentando entender lo que pasa, pero no es eso lo que

quiero. Querrás saber por qué he organizado todo esto, solo para ti.

—¿Qué demonios quieres de mí? ¿Quién eres? —preguntó ella, al borde de la histeria—. ¿Elías? ¿Eres tú? Por favor...—gimió, en un último intento de hacerle hablar.

Pero la voz ya no volvió a dirigirse a ella.

Rompió con rabia la última cámara que encontró y se metió en la recepción, donde el conserje guardaba la caja de herramientas que más de una vez había utilizado para hacer algún arreglo en su planta. Llegó al mostrador y miró debajo: ¡allí estaba! La abrió y, para su desesperación, no encontró nada dentro. Nada, salvo una nota escrita a ordenador: «¿Pensabas que te lo iba a poner tan fácil?».

Se sentó en el suelo, a la misma altura que sus esperanzas, y llegó a una rápida conclusión: su acosador la conocía, y muy bien. Eso era un hecho más que evidente. A pesar de todo, Malena era una persona de recursos y, aunque su salud no la ayudase en lo más mínimo, siempre había pensado que había una salida a todo lo que sucedía. Era luchadora y, en esa situación, no lo iba a ser menos.

Solo alguien que la conociera personalmente podía orquestar algo así contra ella, pero ¿quién?

Elías la conocía, pero él mismo había confesado que siempre había sido lo bastante discreta como para que no tuviese suficiente información sobre ella.

Sus jefes, más de lo mismo. Además, ese día no se habían molestado en aparecer por la oficina.

Sus compañeros... Bueno, que ella supiera no había levantado ninguna envidia lo bastante grande como para que alguien llegase a ese punto.

La única que podía tener algo contra ella era Ana, que había sido novia de Gabriel hacía como unos mil años. Pero eso era imposible: eran amigas, al menos en el trabajo. Eso, sin contar el hecho de que, aparentemente, la propia Malena la había apuñalado en el vientre y, posiblemente, acabado con su vida. Se resistía a creer que, del mismo modo, hubiera asesinado también a Gabriel. Lo amaba demasiado como para hacer algo así, incluso aunque se le hubiera ido la cabeza o la hubieran drogado. Además, la voz que hablaba por el altavoz era de un hombre.

De vuelta a la casilla de salida.

OCHO

—Señorita Román —Elías la llamó en un susurro, asomado a la puerta, con cara de horror.

Malena ahogó un grito, aunque se puso en guardia, abrecartas en mano.

—¡Elías! Me ha dado un susto de muerte. Pero ¿qué hace usted aquí? —Se incorporó de golpe y con suma cautela se colocó frente al portero, que la miraba con desconfianza. Al parecer, el sentimiento era mutuo.

—No sé qué pasa, pero tenías razón, Malena. Algo raro sucede. Hay sangre por todas partes.

El conserje le mostró sus manos ensangrentadas y ella, asustada, se echó hacia atrás y dio un traspies que la hizo caer sobre su trasero. Con toda la pericia que la situación permitía, se levantó del suelo con sus improvisados instrumentos de defensa en las manos. Elías trató de acercarse nuevamente, pero esta vez ella reaccionó con más destreza y levantó las manos a modo de amenaza.

—¿Qué haces, Malena?

—Atrás, Elías —exigió, muerta de miedo.

El hombre trató de avanzar de nuevo hacia ella en vano, porque Malena alzó la mano que sujetaba el pisapapeles y lo lanzó sobre él sin siquiera apuntar. Pero la adrenalina del momento

debió de cumplir su función, porque la piedra dio de lleno en su frente, con tal fuerza que lo derribó y lo dejó sin sentido en el suelo.

Ella aprovechó para acercarse a su supuesto verdugo y tantear si realmente estaba inconsciente. Se colocó junto a él, se agachó y fue a comprobar su pulso. En ese preciso instante, se volvió a escuchar la voz del verdadero criminal.

—Gracias por el favor que me acabas de hacer, querida. Se estaba convirtiendo en una carga para mí. Como tú.

A Malena le dio un vuelco el corazón: creía reconocer esa voz. Difícil en primera instancia, dado que estaba algo distorsionada, pero inconfundible en determinados rasgos. Ese «querida» le resultaba demasiado familiar. Pero era imposible, acababa de verlo desangrarse entre sus brazos...

—¿Gabriel? —preguntó, perpleja.

Silencio. Un silencio que duró más de lo previsto y que acabó con el sobresalto ocasionado por el ruido de un objeto cayendo por las escaleras. Otro abrecartas manchado de sangre.

—¿Gabriel? ¿Eres tú? —insistió, mortificada por la incertidumbre.

Seguía sin respuesta.

Con las manos temblando, Malena fue hasta el portón e intentó forzar la cerradura con el estilete. Algo difícil de hacer, puesto que era un portón de seguridad y ella no tenía ni idea de cómo abrirlo. Estaba a punto de ceder cuando se dio cuenta de que, si seguía intentándolo, existía la posibilidad de hacer sonar la alarma que estaba conectada con la policía. Pero ¿funcionaría con la luz del edificio desconectada? La verdad era que no tenía ni idea, pero ya no había nada que perder.

—¡Maldita sea! ¿Por qué a mí? —blasfemó con desesperación.

Al parecer, su captor debió de escucharla, porque no tardó en responder:

—Porque eres muy útil para mis propósitos, querida. Porque sin ti me sería imposible ganar dos millones de euros limpios.

¿Dos millones? ¡Pero si ella no tenía más que unos pequeños ahorros! ¿De qué demonios le estaba hablando?

—Creo que te has equivocado de chica —le dijo, intentado provocarle—. Yo no soy la dueña de la empresa. No tengo nada más que mi casa.

—Eso es lo que tú piensas, querida—contestó el hombre, con arrogancia.

Ese «querida» empezaba a molestarla, aunque no tanto como la certeza —ya no dudaba— de que se trataba de Gabriel, y de que no sabía a qué dinero se estaba refiriendo.

No comprendía qué significaba eso de los dos millones. Tenía un buen poder adquisitivo gracias a su trabajo, pero no lo suficiente como para que le fuese la vida en ello. Su familia era acomodada, pero tampoco millonaria. No lograba entender de dónde había sacado él aquella conclusión; su vida no valía más que la de cualquier otra persona.

—No sé a qué te refieres. Yo no tengo nada, te estás equivocando conmigo —intentó razonar con él.

—La que no se entera de nada eres tú, querida...

Y la voz se cortó. No volvió a hablar más. Solo quedaron la oscuridad del edificio, su miedo y una certeza: Gabriel quería acabar con ella por una absurda suma de dinero. Tenía que defenderse a toda costa y lograr salir del edificio. Su vida dependía de ello.

Poco después, Malena se rindió ante el infructuoso intento de hacer saltar la alarma para que viniese la policía. Volvió a recepción, a comprobar otra vez si había alguna manera de escapar

por allí. Se coló tras el mostrador y abrió de nuevo la caja de herramientas de Elías, pero seguía vacía, por supuesto.

Frustrada, empezó a darle vueltas a la cabeza para hallar una salida a ese encierro involuntario. No se le ocurría nada factible y, por un momento, se vio derrotada. No obstante, en su mente seguía habiendo solo una idea: salir de allí. De modo que se aferró a lo único que tenía a mano —la silla del conserje— y se fue hasta la puerta para intentar quemar sus últimos cartuchos. Con toda la fuerza que pudo reunir, lanzó la silla contra ella. El estruendo resonó por todo el recibidor, pero no pasó nada más. Hacía un par de años que habían cambiado los cristales ordinarios por otros antialunizaje, y una silla de escritorio poco podía hacer contra ellos. Aun así, Malena siguió lanzando la silla una y otra vez hasta que le fallaron las fuerzas y se dio por vencida.

Ya no pudo controlarse más y comenzó a llorar. Se le acababa el tiempo.

NUEVE

Unos meses antes...

Sedada en la cama de un box de urgencias, Malena descansaba plácidamente bajo los efectos de un fuerte tranquilizante. El último ataque de pánico la había llevado al hospital. Fuertes temblores, taquicardia, sudores...

Durante los últimos meses, todos esos síntomas se habían convertido en una constante en su vida. Todo el mundo le decía que era estrés laboral, o posibles problemas en casa... pero nada de eso suponía una respuesta. Ella se sentía bien en general, y el trabajo no era una carga tan pesada como para no poder con ella. En casa, por otra parte, todo iba bien, mejor que bien, así que no comprendía el motivo de esos inesperados trastornos.

Un ruido tras las cortinas la despertó. Pudo distinguir a duras penas la voz de Gabriel, hablando con el médico que la había atendido.

—Como ella dice, se encuentra bien. No entendemos el motivo de esos ataques. Estamos valorando si derivarla a psiquiatría, tal vez haya algo en su pasado que ni siquiera recuerda y sea la fuente de todo el problema. Ocurre a veces... —alegó el médico.

—La conozco bien, el trabajo no la deja relajarse, aunque se empeñe en no reconocerlo —sostuvo Gabriel—. Está claro que necesita ayuda médica, no hace más que empeorar y estoy muy preocupado por ella.

Malena era consciente de que padecía un problema, aunque no tenía tan claro que necesitase la ayuda de pastillas para salir adelante.

—Nos gustaría hablar con ella antes de tomar una decisión.

—Si se lo preguntan, les dirá que no está dispuesta a medicarse —reiteró Gabriel, mientras Malena lo escuchaba, somnolienta.

Una semana después, estaba en la consulta de una psiquiatra y recibía un tratamiento para la ansiedad crónica. Lo que nunca imaginó fue que, en aquel despacho, en lugar de resolver su situación, iba a comenzar su calvario.

Aquella conversación con el médico de urgencias volvió a su memoria mientras subía las escaleras sin resuello para intentar acceder a los baños de la primera planta, los únicos que tenían una ventana que daba al exterior.

En el descansillo, frente a la puerta de los aseos, se encontró una sorpresa que la hizo frenar en seco. El cuerpo de David, el chico de los recados, estaba en el suelo, inerte. A duras penas

contuvo un grito; no podía permitirse que Gabriel la localizara por ese motivo. El pobre David estaba tendido boca abajo con una puñalada en la espina dorsal, y en su mano derecha sostenía una manzana roja. Cuando Malena lo movió para comprobar que no respiraba, la manzana se soltó y fue rodando hasta las escaleras. Fue cayendo escalón tras escalón, dando un golpe sordo cada vez y dejando en cada uno restos de sangre de una víctima inocente. Con razón el chico no volvía de su café... Quizá vio algo que no debía y esa fue la razón de que lo mataran.

Con todo el sigilo que pudo, sin dejar de mirar el cuerpo de su compañero, se metió en el baño de señoras. No había tenido tiempo de poner el pie sobre el retrete, cuando la puñetera voz de Gabriel retumbó en el edificio.

—¿Dónde crees que vas, mi loca favorita? ¿Acaso crees que te voy a dejar ir, así, sin más? — se burló.

—No me conoces tanto como crees, pedazo de cabrón. No me voy a dejar vencer sin luchar. ¿Por qué me haces esto? —exclamó ella desesperada.

—Porque te necesito, ya te lo he dicho—contestó él, a su espalda.

De la impresión, la mujer dio un trapiés sobre el retrete y se cayó estrepitosamente a los pies de su querido novio, Gabriel.

—¿Sorprendida, Malenita? —preguntó él, con mofa—¿Necesitas que te ayude? —continuó, con falsa amabilidad, ofreciéndole la mano para que se levantara.

Malena estaba impactada, no reconocía al hombre que le hablaba. Gabriel siempre había sido amable con ella, la cuidaba, la mimaba. Eran un equipo... o eso había pensado ella. Ahora comprendía que había estado en un error, estaba claro. Necesitaba llorar, pero no iba a consentir que Gabriel viese caer de sus ojos ni una lágrima más.

—He de admitir que, de todo este paripé, lo más divertido fue acostarme contigo —siguió hablando él—. Con lo palurda que eres, jamás imaginé que se te diera tan bien follar. Será lo único que eche de menos cuando acabemos con esto—admitió con cinismo.

Otra puñalada rastrera, un poco más de dolor. Sin embargo, paradójicamente, por cada una que recibía, Malena se alzaba un poco más, se iba poniendo a su altura.

—Bueno, ¿en realidad fue lo segundo más divertido! ¿Verdad, querido? —vociferó ella, ya en pie, frente a Gabriel—. Volverme loca ha sido lo más entretenido, ¿no?

Comenzó a llorar. Trataba de contener las lágrimas, pero estas acabaron por desbordarla. Al fin y al cabo, tenía muchas: una por cada día que había pasado al lado de Gabriel, pensando que la quería, creyendo que todo era perfecto entre ellos.

Nunca sospechó que todo ese supuesto amor formara parte de un plan para atacar contra ella, y aún se preguntaba por qué lo había hecho. ¿Tanto la odiaba como para someterla a esa tortura psicológica? ¿Se trataba, tal vez, de un profesional que se dedicaba a desplumar a mujeres inocentes? Mil pensamientos, a cual más estrambótico, se mezclaron en su cabeza sin que fuera capaz de hallar una respuesta razonable.

Detrás de Gabriel resonó otra carcajada. Había dos personas riéndose de ella. Intentó contenerse, pero el dolor se convirtió en más lágrimas.

Gabriel se volvió para indicar a su cómplice que se acercase, y Malena casi se desploma cuando vio aparecer a Ana, perfectamente viva y sin un solo rastro de haber sido atacada.

—Perdona que me ría, compañera, pero es que estás muy equivocada. Lo más divertido de todo ha sido hacerte creer que me habías apuñalado. —Su carcajada retumbó en la penumbra de la primera planta—. Fue de lo más gracioso hacerte sufrir. Y más que lo va a ser.

Gabriel se hizo a un lado y Ana se abalanzó sobre Malena con una jeringuilla en la mano. Esta, presa del pánico y la adrenalina, empujó con todas sus fuerzas al que todavía era su novio y lo

lanzó contra la pared, haciendo que se llevara a Ana por delante. Malena aprovechó el instante de confusión para lanzarse escaleras abajo.

Ana salió tras ella y casi la atrapó. La sujetó del brazo, tratando de retenerla, y eso la hizo tropezar y rodar escaleras abajo. Cuando llegó al final, todo su cuerpo estaba dolorido por los golpes y, sin embargo, ni siquiera se detuvo a comprobar los daños. Apenas le dio tiempo a recomponerse, porque la sombra de Ana la acechaba y tenía que defenderse como fuera. A trompicones, llegó al recibidor y se metió en los aseos que había a la izquierda, frente al mostrador del conserje. Ni siquiera se dio cuenta de que el cuerpo de Elías no estaba donde ella lo había dejado hacía un rato.

—¿Dónde estás, Malenita? —preguntó Ana, cantarina—. Mira, no me hagas seguirte mucho. He tenido que aguantar demasiadas cosas de ti como para que encima me lo pongas difícil. Tranquila, no te voy a matar, por muchas ganas que tenga. Gabriel te necesita viva...

Malena contenía la respiración, a pesar de que la ansiedad amenazaba con hacer que se desmoronara. Sin embargo, sabía que, si se aceleraba, Ana la podría localizar con más facilidad. Entonces, y tras un silencio que se le hizo eterno, el golpe seco de la puerta de entrada al baño la puso sobre aviso.

—Malena, deja que te dé un pinchacito de nada, mujer. Es por tu bien...

«Por mi bien, y una mierda...», pensó ella.

Malena escuchó los pasos de Ana avanzando. Portazo tras portazo, iba pasando por toda la fila de aseos para localizarla. Ya solo faltaban dos: en el que ella estaba, y el de al lado. Moviéndose con elasticidad, pasó por debajo del tabique prefabricado que separaba los urinarios para acceder al último. Casi a oscuras, en la penumbra de las luces de emergencia, accedió por fin al cubículo y, al intentar incorporarse, chocó contra alguien. Descontrolada, no pudo evitar un grito que alertó de su posición a Ana.

Había ya pocas cosas que pudieran impactarla tanto aquel fatídico día, pero el cuerpo sin vida de Pablo, su compañero de marketing, era, sin duda, una de ellas. Una enorme y oscura mancha en su pecho mostraba que también había sido apuñalado, y lo habían dejado sentado en el retrete en una postura grotesca, irrespetuosa, miserable. Así era como estaban actuando Ana y Gabriel.

No tuvo tiempo de nada más; Ana empujó la puerta con una fuerza impropia de ella y la golpeó en la espalda, obligándola a caer sobre Pablo. Malena se apresuró a separarse del cadáver, sin poder evitar que el asco que le producía la hiciera sacudirse. La puerta terminó de abrirse y Ana apareció tras ella con una sonrisa demente.

—¿Te he asustado, Malenita? —le preguntó.

—¿Por qué a ellos? ¿Por qué? ¿No os bastaba conmigo?

—Para declararte incapacitada, no.

«¿Incapacitada...?». Así que ese era el macabro plan que se había llevado por delante a varios de sus compañeros, pensó, desolada por la injusticia. Aquellas personas no tenían ninguna culpa de los delirios de Gabriel, pero habían pagado igualmente un peaje demasiado caro.

—Seguro que te estás preguntado por qué te queremos incapacitada, ¿verdad? Eres muy curiosa. Podría saciar tu apetito de información, pero creo que es mejor que te lo explique Gabriel. Después de todo, sois una parejita feliz, ¿no?

Malena se había echado atrás y permanecía pegada a la pared trasera del aseo, al lado del cadáver que amenazaba con caer al suelo, entre ellas. Ana sujetaba la puerta con la mano izquierda de forma innecesaria, solo para mostrar un gesto de poder que intimidara a su aterrada compañera.

—¿Por qué matarlos a ellos, Ana? ¿Qué culpa tienen? —preguntó entonces, para ganar algo de

tiempo.

—Son un daño colateral, un efecto secundario necesario para que un juez te declare loca.

Ana parecía deleitarse con cada explicación que daba, como si se sintiera orgullosa de lo que estaba haciendo. ¿Habría sido idea suya? Algo hacía pensar a Malena que no, que el cerebro de aquel desastre no era otro que Gabriel y que su compañera no hacía más que obedecer ciegamente cada una de sus órdenes. Pero, entonces, ¿cuál era el motivo? ¿Es que había algo entre ellos? ¿Era posible que durante todo el tiempo que había convivido con él la hubiera estado engañando en todos los sentidos? Mentira sobre mentira, toda una vida de falsedades que la habían conducido hasta una situación límite. Qué triste...

Estaba atrapada en un retrete. No tenía muchas opciones de huida, salvo hacia delante, por lo que decidió arremeter contra Ana, confiando en que el factor sorpresa jugará de su parte. Era eso o quedarse a morir, y Malena no estaba por la labor de que su vida terminara en aquellas circunstancias absurdas.

DIEZ

Todo fue muy rápido. Malena se abalanzó sobre Ana empuñando el abrecartas que aún sostenía en la mano. Con todas sus fuerzas, lanzó un golpe a la cabeza que provocó una brecha considerable y un alarido de dolor por parte de la mujer. La sangre brotó con fuerza al tiempo que Ana perdía el equilibrio y se desplomaba en el suelo. Malena aprovechó la circunstancia para echarse sobre ella y descargar toda la furia que había ido acumulando a medida que comprendía todo lo que había pasado desde primera hora de la mañana. Le asestó una cuchillada en el cuello que resultó mortal de necesidad, puesto que le seccionó la aorta y le provocó un desangramiento doloroso y fatal.

Con un cadáver ya frío a su espalda y otro aún palpitante en el suelo, frente a ella, Malena sintió el bajón de la adrenalina en forma de náuseas y una fuerte arcada. En esta ocasión, no tenía nada que ver con la ansiedad, sino con la certeza de que, de alguna forma, Gabriel había ganado: finalmente, se había convertido en una asesina. Primero había matado a Elías —no estaba segura, pero era muy probable—, y luego a Ana. Sería muy difícil demostrar que había sido legítima defensa...

Y luego estaba Gabriel. Todavía quedaba por ver cómo se tomaba lo de Ana. A Malena ya no le quedaban dudas de que esos dos iban en el mismo equipo y solo se preguntaba desde cuándo duraría esa relación que, supuestamente, se había roto hacía años. ¿Habría sido una farsa desde el principio? ¿La habrían elegido a ella, de entre varias opciones, para representar todo su teatro? ¿En base a qué criterios? Había alguna pieza que seguía sin cuadrar, pero lo más importante en ese momento era intentar huir, darle esquinazo a Gabriel y salir de aquel edificio maldito antes de que la muerte la encontrara en el silencio de la oscuridad.

Salió corriendo hacia las escaleras, porque no había otra opción, pero cuando quiso empezar a subir, alguien tiró de ella y la lanzó al suelo.

Al parecer, que los muertos resucitasen se estaba convirtiendo en una costumbre, porque Elías estaba allí, con un enorme chichón sangrante en la frente, pero en perfecto uso de sus facultades y portando un destornillador de estrella que asustó a Malena casi más de lo que lo hubiera hecho un verdadero cuchillo.

El conserje la cogió del brazo y tiró de ella para llevarla a rastras. De un manotazo, le quitó el abrecartas de la mano y, de otro, le cruzó la cara y la dejó fuera de combate.

—Asesina... —Fue lo último que escuchó antes de perder el sentido por un segundo golpe en

la cara.

Las peores pesadillas eran las que continuaban cuando te despertabas. Para Malena, aquella iba a parecer interminable.

Recobró la consciencia pasados unos minutos. Sintió agarrotados los pies y las manos, y se dio cuenta de que era por las cuerdas que la sujetaban a una silla. Entreabrió los ojos, sintiendo un agudo dolor en la mandíbula. Las bofetadas de Elías habían dado sus frutos: apenas podía mover la boca, y no sabía si se debía solo a la contusión o si era que los golpes le habían roto la mandíbula.

Intentó fijar la vista para dejar de marearse y tratar de averiguar dónde estaba. Así detectó la silueta de los dos hombres, que susurraban entre sí. Genial, Elías y Gabriel, ya la tenían.

Al ver que despertaba, ambos se giraron hacia ella. Elías lucía una sonrisa sardónica que daba miedo, y Gabriel la miraba con los ojos cargados de odio. Era comprensible, teniendo en cuenta que acababa de cargarse a su «querida» Ana.

Se fueron acercando hacia ella, con la jeringuilla que antes portara su compañera en la mano. Por un segundo pensó que la iban a matar, aunque tal y como había explicado la difunta, muerta no les servía para sus famosos planes. Planes que, por lo visto, incluían a Elías, por más que Gabriel hubiera confesado que era una molestia para él. Su novio —que ya no lo era y quizá nunca lo había sido—, le puso la jeringuilla frente a los ojos.

—Cinarizina, amor...

Malena lo miró sin comprender. Gabriel respondió con una escandalosa carcajada.

—No tienes ni idea de qué te hablo, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Es un medicamento en apariencia inofensivo que se utiliza para los vértigos. Sin embargo, en dosis altas, puede provocar fuertes ataques de pánico y otro tipo de alteraciones mentales. ¿Lo vas captando?

Por supuesto que lo captaba. Allí estaba su respuesta, el porqué de su inestabilidad y sus continuas crisis nerviosas.

—¿Cómo lo hacías? —preguntó con voz rasposa.

—Fácil: el zumo —respondió él, como si estuviera desvelando un plan maestro.

Malena recordó cada uno de los zumos de fruta que él le había preparado por las mañanas. A ella no le sentaban del todo bien, pero los bebía igualmente, porque él se los preparaba con todo su cariño. ¡Qué idiota había sido! Claro que Gabriel se levantaba a diario para hacerle el desayuno, ¡tenía sus motivos!

—Qué asco —le dijo a Gabriel, revuelta por dentro.

—¿Asco? No me hables de asco. Meses y meses aguantando tus lamentos, tus achaques, tu demanda emocional insaciable...

—¿No decías que tu mayor aspiración en la vida era hacerme feliz? —inquirió ella para provocarlo.

Zas, otro golpe. Esta vez en el estómago.

—¡Joder! No puedo pegarte más, Malena. Eso te va a salvar. Si pudiera, te cosería a golpes por lo que le has hecho a Ana.

Malena dilucidó que, seguramente, si Gabriel la dejaba muy marcada, todos sus planes se irían al traste. Y tampoco podía matarla, por la misma razón. Lo que sí le había dejado claro era que Ana le importaba mucho más que ella. Siempre habría sido así, se dijo, resignada. El fracaso de su relación con Gabriel ya no le parecía tan doloroso, ahora que sabía que siempre había sido una

mentira.

Una mentira planeada con su compañera, posiblemente. Quizá incluso la propia Ana le habría propuesto que intimara con ella, con la inocente Malena que no se enteraba de nada. Pues que se jodieran los dos, porque ahora Ana estaba muerta; y ella, la mosquita muerta de la oficina, había resultado ser en realidad una jodida avispa asiática.

Gabriel cogió la jeringuilla que Elías le tendía. No pudo evitar mirarlo con desagrado, y ese gesto no le pasó desapercibido al conserje. Pero a Gabriel no le importaba, estaba empezando a ponerse nervioso. Era verdad que, en un principio, aquel hombre le había ayudado con su plan de desestabilizar a Malena. Aquellas miradas obscenas desde la conserjería, objetos que desaparecían de su lugar... No le había venido mal. Pero, con el tiempo, se había convertido en un grano en el culo: cada vez le exigía más dinero a cambio de su ayuda.

Cuando Malena le había abierto la cabeza con el pisapapeles, Gabriel había creído que la fortuna se lo había quitado del medio, pero el cabrón debía de tener más vidas que un gato, porque solo se había quedado inconsciente, a pesar de la cantidad de sangre que aún manaba de su cabeza. En cualquier caso, debía librarse de él, ya que, ahora que estaba solo, no necesitaba mantener testigos molestos que le jodiesen el plan.

Entonces tuvo una macabra idea. Con la jeringuilla todavía en su poder, se giró para comprobar si esa dosis bastaría para quitarse de encima de una buena vez al jodido conserje. El otro hombre debió de leerle las intenciones en la mirada, porque se movió con agilidad y le asestó una puñalada en el hombro.

—Maldito hijo de...—Gabriel no pudo terminar la frase porque se desestabilizó y cayó de rodillas, con el arma aún clavada.

Malena no daba crédito a lo que veía, sobre todo cuando Elías se acercó a ella y empezó a deshacer sus ataduras.

—No podía permitir que te hiciese eso. Vales más que todo ese dinero —le susurró el conserje, aparentemente arrepentido de sus actos.

Mientras Gabriel se debatía, cada vez con menos fuerza, el conserje recuperó el abrecartas —lo que arrancó un alarido de dolor al moribundo— y lo usó para cortar las cuerdas que retenían a Malena.

—Lo siento, mi amor, lo siento —empezó a decirle, y ella sintió náuseas. También desconcierto, cuando el hombre la intentó abrazar, después de haberla soltado.

¿La estaba llamando «mi amor»? Lo que le faltaba... No salía de un loco y se metía en otro.

—Escucha, Elías. Debemos salir de aquí y llamar a la policía —le pidió, con la mayor de las cautelas al desconocer su posible reacción.

—Sí, sí —se apresuró a contestar el otro—. Debemos irnos y cobrar el seguro, querida.

De nuevo, el maldito «querida» retumbó en sus oídos. Si salía de aquello con vida, no volvería a permitir que nadie la llamara así jamás.

—¿Seguro? ¿Qué seguro? —preguntó entonces. Acababa de comprender del todo lo que el conserje había dicho, y unas cuantas piezas estaban encajando en el puzle de su cabeza.

—Pues el que Gabriel iba a cobrar en cuanto te volvieras loca. Uno de dos millones de euros que te había contratado por si quedabas incapacitada.

Por primera vez en todo el día, las náuseas de Malena acabaron en vómito.

—¡Joder, qué asco! —dijo él, pero ella no le hizo ni caso. Tenía mucho en lo que pensar mientras se recomponía para poder salir de allí.

ONCE

Un año antes...

—Malena, ¡ha llegado un sobre a tu nombre de la compañía de seguros! —la avisó Gabriel desde la cocina.

Se acababa de comprar un coche nuevo. Había estado comparando diferentes seguros, tratando de encontrar el más económico para su pequeño utilitario. Gabriel era de cochazos, en cambio, ella no: para moverse por la ciudad prefería conducir vehículos cómodos que se pudiesen aparcar en cualquier sitio.

Gabriel se acercó a la habitación, sobre en mano, y se lo fue a entregar, pero ella negó con la cabeza porque se estaba poniendo hidratante corporal y tenía las manos pringosas.

—Ábrelo tú, porfa...

El hombre abrió el sobre con los dedos y leyó lo que contenía. Era el seguro del coche, que incluía de regalo un año de seguro de vida y salud por valor de cien mil euros en caso de accidente, le dijo.

—Hay que devolver los papeles cuanto antes, porque si no, no tendrá validez y circularás sin seguro, querida— le advirtió él, con preocupación.

—Ni que fuese a viajar mañana con él... Aunque esté matriculado, el concesionario todavía no me lo ha entregado —protestó por sus prisas, aunque al verle la cara, cambió de parecer—. Anda, coge mi boli del bolso y dámelo que lo firmo de una vez.

Con las manos embadurnadas de crema hidratante, sin leer los papeles, firmó el contrato del seguro y se lo devolvió a Gabriel, que la miró satisfecho.

Un seguro de vida y salud de dos millones de euros. Eso valía su vida.

—Lo siento, Elías. De verdad, lo siento mucho. Para mí ha sido un shock muy grande saber que Gabriel nunca me amó. Solo fui un juguete es sus manos —le explicó, para tenerlo entretenido mientras pensaba.

Intentó un acercamiento, con la esperanza de que confiase lo suficiente en ella como para poder salir de allí con vida. Una vez fuera, iría directa a la policía. Cuando se agarró a su brazo, vio las llaves del edificio colgadas de la trabilla de su pantalón.

—Muchas gracias por ayudarme. Jamás pensé que te importara tanto —siguió diciendo, ya que la estrategia parecía funcionar—. Vamos, llévame a casa y veamos cómo solucionamos todo esto.

El hombre, que había llegado a obsesionarse con ella a raíz de toda aquella historia de confundirla, vio la luz al creer que podía caer en sus redes. Nunca había llegado a imaginar que ella se fijara en él, y no se le iba la sonrisa de la cara. Confiado, soltó el abrecartas y la sujetó con fuerza para llevarla hasta la salida.

Ella le dedicó una sonrisa tan radiante como pudo.

—Espérame aquí. Antes de irnos necesito coger mi bolso, no quiero dejar mis cosas aquí. Necesito... pruebas de lo que ha pasado —le explicó, atropelladamente.

—Te acompaño—respondió él, mientras su sonrisa iba y venía.

Y así fue como subieron otra vez hasta el despacho de Malena, en busca del bolso, que estaba en el suelo junto a sus pertenencias desperdigadas. El móvil y la cartera seguían sin aparecer.

Con precaución, ella empezó a recoger las cosas mirando de reojo al conserje. Él también la miraba, ilusionado como si todo fuese un sueño.

—Nunca imaginé que acabaría con la chica de la quinta planta, aquella que parecía mirarme mal cuando la saludaba. Pensé que era poco para alguien como tú.

Malena agachó la cabeza, desesperada. Maldijo el día en que comenzó a trabajar en ese edificio, y también confirmó su sospecha de que a ese hombre le faltaba un tornillo.

Al ir a levantarse, se dio cuenta de que casi no podía mover el cuerpo, de tan magullado. Elías se agachó para echarle una mano que, en el fondo, no le quedó más remedio que agradecer. Pero, en el último momento, una sombra se abalanzó sobre él y se asestó una puñalada certera por la espalda.

El conserje se desplomó en el suelo y Malena comprobó con incredulidad que el atacante era Gabriel, a quien había dado por muerto en el piso de abajo. Su ex intentó atraparla, pero ella se zafó a tiempo. Tiró con todas sus fuerzas del llavero de Elías, hasta que la trabilla cedió y ella se quedó con las llaves en la mano. Entonces, salió corriendo del despacho, aprovechando que la pérdida de sangre había debilitado a su agresor.

Se precipitó hacia las escaleras y comenzó a bajar a toda prisa. En alguno de los pisos, tropezó con una manzana pringada de sangre, una como las que solía comer Elías. La fruta comenzó a rodar, pero Malena no le prestó atención, solo siguió corriendo hasta el recibidor de la planta baja.

La manzana la acompañó hasta casi la misma puerta, por donde salió sin mirar atrás. Cuando dejó de correr estaba frente al edificio, en el parque. Se hallaba cansada, desorientada y estaba a punto de perder el sentido.

Anduvo sin rumbo un buen rato, era de madrugada y no había nadie en la calle. Dudaba hasta del día que era. La droga la había dejado atontada, confusa entre lo que era real y lo que era fruto de sus delirios. Quería hablar con la policía, explicar su situación sin que pareciera que había salido de una película de miedo o de un psiquiátrico. Tenía que contar todo para poder empezar de nuevo, en otro lugar.

Siguió andando, pero había perdido la orientación y no iba a ser capaz de encontrar una comisaría. Por suerte, una patrulla del turno de noche se cruzó con ella y, al verla teñida de sangre y con golpes por todo el cuerpo, se detuvieron de inmediato. Uno de los agentes se bajó del coche y se acercó a Malena, que en ese momento era la viva imagen de una víctima de agresión. Ella sintió cómo todo a su alrededor se desvanecía y se volvía negro. Solo pudo escuchar la voz del agente, que la atrapó antes de que se cayera:

—¡Llama a una ambulancia! ¡Señora, señora, no se duerma!

DOCE

Hospital psiquiátrico local, dos meses después...

El doctor se acercó a la ventana que había en la puerta del cuarto de seguridad y observó el interior. Después de tantos años, seguía sin entender que en algunas personas hubiese tanta maldad que las llevara a la locura y al asesinato.

—¿Cómo se encuentra, doctor?

—No le sabría decir —contestó el psiquiatra—. Detrás de esa fachada de dolor hay una persona que ha perdido el norte. Debemos averiguar por qué ha llegado a esto, y cómo.

Al otro lado de la puerta, una mujer gritaba sin descanso que no estaba loca y que era inocente.

—¿Es una demente, doctor? —preguntó el interesado—. Solo quiero que vuelva a ser quien era para poder recuperar algo de la mujer que estuvo a mi lado todos estos años.

—Gabriel —el doctor se dio la vuelta y lo miró—, ella ya no volverá a ser la misma. Fíjese en lo que le produce su presencia, cada vez que viene a visitarla. Además, si está aquí es porque mató a varias personas en plena enajenación mental.

—Es horrible... ¿Cómo alguien tan dulce como ella ha podido llegar a cometer unos crímenes tan horribles? —respondió Gabriel, mostrándose muy abatido.

—Es muy complicado averiguar si detrás de una aparente depresión se esconde algo más profundo; a veces, la propia persona encubre otro tipo de síntomas, por así decirlo. Es normal que usted no viese nada en ella. Las personas con trastornos mentales como el suyo saben camuflar perfectamente sus intenciones bajo una capa de normalidad —le explicó el psiquiatra—. En algún momento de su trastorno, empezó a ver enemigos donde no los había. Así de sencillo es, aunque a usted le parezca sacado de un libro de Stephen King.

—Pero yo no soy su enemigo, doctor. Soy su pareja —contestó el hombre, falsamente abatido.

—Malena ya no es la que usted conocía y no sabemos si lo volverá a ser nunca más —admitió el doctor sin cortapisas—. Será mejor que rehaga su vida. Ella ya no podrá acompañarle, pasará el resto de su vida encerrada por asesinato múltiple.

El hombre agachó la cabeza, y se despidió con un gesto. Salió del hospital camino de su vehículo. Entró en él y se miró en el espejo retrovisor mientras lo ajustaba.

—Ahora, a buscar mi recompensa...

Y sonrió apenado una vez más, como si realmente le importase la vida que había destrozado.

Un par de días después, salió de su casa, cogió el coche de Malena y condujo en dirección a la aseguradora, a cobrar los dos millones de euros por la incapacidad de su pareja. Pensaba disfrutar de ese dinero los próximos años, en las Maldivas.

La sonrisa triste fue sustituida por una de satisfacción al llegar a la aseguradora para certificar el cobro.

—Buenos días, Gabriel. ¿Cómo se encuentra?

—Buenos días... —Se acercó al agente de seguros para estrechar su mano y se sentó frente al él.

—Soy Emiliano Gárriga, el sustituto de mi compañero Alejandro, que está de baja por paternidad. Vengo de otra delegación, por eso no nos conocemos.

—Encantado, Emiliano. Como sabrá, yo soy Gabriel Otáñez, pareja de Malena Román y beneficiario único del seguro que ella quiso hacer para protegernos.

—Su pareja fue muy generosa al saber que la enfermedad que padecía podría ponerle a usted en peligro. Una gran mujer, a pesar de todo.

—Pese a todo lo que ha pasado, yo la sigo queriendo, Emiliano. Fue su enfermedad lo que nos llevó a este calvario de muerte. En el fondo, ella es solo una víctima más —la defendió un compungido Gabriel—. Este dinero servirá tanto para mi rehabilitación como para cuidar de su salud mental con todos los medios disponibles. Aunque no salga nunca en libertad, quiero que la traten los mejores especialistas en la materia.

No tardaron mucho en solucionar el papeleo que llevaba a Gabriel a convertirse en un pequeño millonario. Un dinero a su disposición que, aunque en principio tenía la intención de quedarse, dividió en dos partes desiguales dejando una pequeña cantidad para contratar un buen abogado para ella. Así no levantaría sospechas.

Era un favor muy cruel, además de que a él le iba a reportar pingües beneficios a largo plazo. Aun así, tenía la intención de seguir exprimiendo la gallina de los huevos de oro todo el tiempo que pudiese, con tal de sacar más dinero. Y eso incluía vender los derechos de su historia para hacer una miniserie para uno de los canales nacionales de máxima difusión.

Poco después, Gabriel salió del despacho de la aseguradora con el cheque y se fue directamente a cobrarlo. Quería hacer una última visita a su querida Malena antes de partir hacia

las Maldivas, a disfrutar de su pequeña fortuna.

Fue a una agencia de viajes y se gastó un dineral en un pasaje en *business class*. Se merecía tener un pequeño lujo después de que la pelea con el conserje le costara una herida en el hombro que le había quitado movilidad en parte del brazo. Con el billete en la mano, se fue al psiquiátrico.

Entrar en un área como aquella en la que Malena estaba encerrada requería unas importantes medidas de seguridad, algo que a él no le importó en demasía porque, a pesar de todo lo sucedido y de haber salido victorioso del engaño, estar cerca de ella aún le daba cierto respeto. Nunca había imaginado que ella fuera a revolverse contra Ana, contra Elías y hasta contra él, de haber tenido ocasión.

El personal de seguridad se encargó de revisarle a conciencia y le dejó entrar tan solo con lo que llevaba puesto, sin chamarra ni objetos que pudiesen ser utilizados como arma. Dieron el visto bueno a su atuendo y le permitieron acceder a una sala donde Malena le esperaba, al otro lado de un cristal que servía como medida de protección para el visitante.

Gabriel se sentó frente a ella y esperó a que los dejaran solos.

—Venía a despedirme, querida—le dijo, con una hipócrita sonrisa en la cara.

—Maldito hijo de la gran...

—No te alteres, Malenita. Mira que llamo a los enfermeros y te plantan un calmante rápidamente—la amenazó—. Si quieres ver el sol algún día de tu miserable vida, será mejor que te portes bien y no te pongas pesada, porque por más que insistas, ya nadie te va a creer. Te recuerdo que tú ya ibas al psiquiatra antes de toda esta desgracia. Yo solo soy una de tus víctimas —ironizó, poniéndola a ella más histérica si cabía.

—Pagarás por esto, te lo juro. No sé cómo ni cuándo, pero algún día te arrepentirás de haberme destrozado la vida —le prometió ella, con impotencia, aunque sabía que iba a ser muy difícil cumplirlo estando encerrada.

—Antes de que me metas más miedo del que tengo, te voy a prometer algo: juro gastarme cada céntimo pensando en ti, porque por tu culpa Ana no podrá disfrutar de este dinero. Lo haré yo solo pensando que, mientras, tú te pudrirás aquí o en alguna cárcel casi para el resto de tus días.

Malena escupió al cristal, a pesar de que no le servía para nada. Solo pudo ver cómo Gabriel se reía de ella y salía de la sala lanzándole un falso beso de despedida.

Eso fue lo último que supo de él, porque no apareció ni la mañana que dictaron sentencia. Estaba muy lejos, disfrutando de un dinero que no le pertenecía mientras ella se quedaría allí una buena temporada.

DOCE + UNO

Playa de Olhuhali, Islas Maldivas. Tres años después.

Tras el juicio, Gabriel había tenido total libertad para hablar de su historia con la prensa, momento que había aprovechado para contarle todo en un conocido canal de televisión privado. Eso le reportó aún más dinero, y falta le hacía, puesto que tres años con aquel tren de vida habían reducido bastante su capital. Además, por fin iba a firmar con la misma cadena los derechos para hacer una serie de televisión. Más pasta fresca de la que poder disfrutar. Si seguía así, se podría pasar media vida sin trabajar y vivir a costa de Malena.

Aquella tarde, paseaba a duras penas por la blanquecina arena de una conocida playa de la isla con una sonrisa en los labios y el sexto mojito en la mano. Se sentía afortunado. Sus planes habían salido de maravilla y, si las cosas salían como esperaba, iba a seguir ganando dinero con

su «triste y horrible» historia.

Bebió lo que le quedaba del cóctel y se acercó a la barra del chiringuito, a llenar de nuevo su copa. La noche solo estaba empezando y tenía muchas ganas de fiesta.

—¡Camarerooo, ponme uno más de essto! —gritó, con la arrogancia del que cree que por tener dinero puede tratar a la gente como le dé la gana.

El barman, que estaba atendiendo en otra zona, no le escuchó, lo que le valió una reprimenda de Gabriel, que borracho como estaba, había perdido el saber estar.

—¡Eh, tú! ¡Qué me pongasss otra! ¿Eres ssooordo? —insistió, mientras se acodaba en la barra para intentar mantenerse en pie—. Parece que aquí no trabaja nadie... —farfulló, malhumorado.

Un turista que pasaba junto a él vio que apenas se sostenía en pie y se acercó para ayudarlo.

—¡Eh, amigo! ¡Te vas a caer! —le dijo.

—Graciasss, colegaaa —musitó Gabriel, a la vez que se sacaba del bolsillo unos cuantos billetes de cincuenta arrugados, con la intención de darle uno al hombre.

—No, no. — El desconocido le palmeó el pecho—. No busco dinero. Te ayudo porque quiero, ¿qué crees? —manifestó, con una sonrisa afable en los labios.

—Tío, eres un grannn coolega —acertó a responder Gabriel, hipando mientras le devolvía el palmeo con torpeza—. Y el primer essspañol con el que hablo en muuucho tiempo.

—Muchas gracias, amigo, pero no soy español; soy colombiano —le corrigió el hombre, y le ayudó a sentarse en un taburete—. Me llamo Maximiliano —se presentó, acercando su mano derecha para estrecharla con la de él.

Gabriel hipó de nuevo y comenzó a reírse.

—No entiendo por qué os ponéiss esos nombres taaaan telenovelessscos —comentó, al tiempo que se sujetaba la cabeza con la mano—. Creo que me esstoy mareando.

—Será mejor que dejes de beber, amigo —le aconsejó el desconocido—. Una copa más y la cosa se pondrá bien fea, parece.

—Lo dicho... —Gabriel soltó una carcajada, seguida de una náusea—. Habláiss bien raro al otro lado del océano...

—¿Precisas ayuda, pana? —insistió el turista.

—Lo que necesito es otro mojijito, tíooo... ¡Eh, tú! —gritó, para dirigirse al camarero otra vez—. ¿No me ves, pedazo de sordooo?

—¡Eh, pana! De verdad, será mejor que dejes de tomar y ya celebrarás otro día —le aconsejó el otro hombre, solícito.

—¡No! —Gabriel negó acercándole el dedo índice a la cara—. Estoy celebrando mi buena forrrtuna, chaval...

—¿Buena fortuna, dices? —preguntó, curioso, el colombiano.

—Síp....

Gabriel se levantó de su asiento y se puso a un lado del turista para pasarle el brazo por los hombros y atraerle hacia sí.

—He ganado mucho dinero engañando a una mujer y shhhhh —Se puso el dedo en los labios en señal de silencio—. Y másss que voy a sacar en cuanto se firrme la peli...

Aquello, sin duda alguna, atrajo el interés del turista, que escuchó con atención todas y cada una de las barbaridades que Gabriel le iba contando sobre la forma en que había conseguido trastornar a Malena. A medida que hablaba, Gabriel se despejaba un poco y no tardó en proponer al hombre que se alejaran del bar. Aquella conversación no debía hacerse pública de ninguna manera. Así, se fueron andando hacia la playa, que estaba desierta, y desde la distancia tan solo se

escuchaban las carcajadas ebrias de Gabriel.

El chiringuito empezaba a hervir de gente que se acercaba a disfrutar de la velada, y el camarero ya no vio a los dos hombres cuando fue a servir el mojito a su exigente cliente.

A la mañana siguiente, el cadáver de Gabriel apareció tirado en la orilla de la playa. Tenía una puñalada en el abdomen que había hecho que se desangrara. La policía dedujo que había sido un robo con violencia: teniendo en cuenta que varias personas del servicio del hotel reiteraron su ostentación, a nadie le extrañó que hubiese llamado la atención de los ladrones de la zona.

No se encontraron huellas, testigos ni cualquier otra prueba que ayudase a atrapar al asesino, por lo que el caso acabó archivándose.

Después de casi cuatro años internada en el psiquiátrico, Malena era otra persona. Le habían bajado la medicación, y desde hacía ya unos meses era capaz de volver a pensar por sí misma. Su vida estaba destrozada y, como de momento no había remedio, se había conformado con intentar adaptarse a la rutina diaria. Eso le sirvió para que los médicos revisaran su caso: eliminaron algunos de los fármacos que le daban y le permitieron relacionarse con los enfermos menos peligrosos en la sala común.

Allí tuvo la oportunidad de conocer a Luz Marina, una enferma con trastorno bipolar que era ingresada por su familia cuando se pasaba de la raya, pero que tenía un corazón enorme. Aun estando casi siempre en su mundo, escuchaba a Malena, y eso había sido de gran ayuda para ella.

A Luz Marina le habían dado el alta hacía ya veinte días, aunque Malena estaba segura de que volvería más tarde o más temprano. Además, se había acostumbrado a recibir regalos suyos cuando la ingresaban otra vez: bombones, caramelos, regalices, colonia... y una vez hasta unas bragas de encaje «para que se ligase al psiquiatra y así pudiera salir». Eso le había devuelto una sonrisa que en los últimos tiempos había echado de menos.

Aquella mañana, Malena recibió un paquete supervisado por su enfermero de referencia. Se trataba de una bolsa de chucherías ácidas y un sobre cerrado, que llegó hasta ella abierto. Malena lo vació como se vacía un sobre cuando las noticias que lleva dentro se esperan con impaciencia. Dentro había una sola hoja, doblada por la mitad, en la que había escrita una nota a mano. Se quedó con la boca abierta cuando la leyó: «Hecho».

Malena dobló el papel de nuevo y se lo metió en el bolsillo. Fue hacia la ventana, miró al exterior a través de las rejas —echaba de menos respirar libertad—, y sonrió con deleite verdadero por primera vez en mucho tiempo.

FIN

Sin darse cuenta, Penelope sonreía también. Le gustaban las mujeres que no se dejaban vencer, por muy adversas que resultaran las circunstancias, y Malena era una de ellas, sin ninguna duda. Había leído página tras página con un apetito voraz, primero angustiada ante la posibilidad de que el mundo se confabulase contra una víctima inocente; después, satisfecha por la cucharada de justicia cósmica que la había ayudado a digerir semejante amargura.

La hora de comer había pasado sin que se percatara, y el turno de tarde había comenzado hacía rato, por lo que aquel día no haría descanso de mediodía. Por suerte, ni siquiera había comido la manzana de media mañana que llevaba en el bolso. Al menos, eso acallaría los ecos de su estómago vacío.

—Ni una sola broma con mi manzana —le dijo al libro, al acordarse de Malena y los escalones salpicados de sangre. Este, sin embargo, parecía haberse quedado tranquilo por una

buena temporada.

No obtuvo respuesta, así que depositó el ejemplar en su lugar de origen y fue abajo, en busca de su bolso.

Rebuscaba en su interior cuando Arthur, el jefe de policía, entró en la biblioteca. Llevaba su uniforme, por lo que Penelope dedujo que estaría de servicio.

—Buenos días, Arthur —saludó, amable.

—Buenos días, señorita Penny —dijo él, con gravedad. Algo iba mal, o eso le pareció a la joven.

—¿Qué ocurre, Arthur? —preguntó, olvidando su manzana por el momento.

—Verá, tengo que hacerle unas preguntas... —murmuró él, ruborizado—. No es que yo piense que... En fin, eso no importa, claro..., pero...

—Oh, Arthur, me estás asustando —lo interrumpió Penny, cada vez más preocupada—. ¿De qué se trata? Dilo sin rodeos.

—Se trata del señor Miller, señorita.

—¿Qué le ocurre?

—Aún no lo sabemos, pero el hecho es que... tengo que hacerle unas preguntas.

—¿A mí? —dijo Penelope, confusa.

—Así es, desgraciadamente.

Mientras trataba de lidiar con la sorpresa, propuso al policía que se sentaran en una de las mesas de consulta, a lo que él accedió de forma tácita.

—Adelante, Arthur —lo animó—. Pregunte lo que necesites.

—¿Cuándo vio a Richard Miller por última vez, señorita Cartwright?

—Ayer, por la mañana —respondió ella.

—¿Está segura?

—Por supuesto. Vino aquí y estuvo un buen rato consultando los periódicos de la hemeroteca. Lo hacía algunas veces —añadió, recordando el día en que había estado buscando algo sobre Spencer Olson.

Arthur pasó por alto aquella información y prosiguió.

—¿No volvió a verlo después de eso?

—No —contestó Penelope, asertiva.

—¿Sucedió algo fuera de lo común mientras estuvo aquí? —preguntó entonces el jefe de policía.

Penelope no tardó en decidir que no tenía ningún sentido esconderle su pequeña desavenencia con el alcalde.

—El señor Miller quería llevarse uno de los periódicos —explicó—. Le dije que el contenido de la hemeroteca no está en préstamo, y no le pareció bien.

—¿Que no le pareció bien?

La joven dudó antes de responder.

—A decir verdad, le molestó mucho —aclaró, finalmente—. Me dijo que disponía de los medios para cambiar las normas de la biblioteca, debido a su cargo.

—¿Podría explicarme eso? No acabo de comprender...

—Creo que he sido clara, Arthur —dijo Penelope, incómoda.

—¿Me está diciendo que el señor Miller la amenazó de alguna manera para conseguir que usted le permitiera llevarse un periódico?

—La verdad es que trataba de no decir eso, precisamente.

—Señorita Cartwright, le ruego que sea clara...

—El señor Miller nunca está conforme con mis normas —suspiró, abochornada—. No le parece bien tener que lavarse las manos antes de tocar los periódicos, ni tampoco usar un par de guantes de vinilo para manipularlos. Creo que lo que de verdad le molesta es que alguien ponga freno al ejercicio libre de su santa voluntad. Y eso es precisamente lo que sucedió ayer, Arthur.

—¿Hubo una discusión?

—Yo no diría tanto, pero todo se puso muy tenso cuando le dije que no podía llevarse nada de la hemeroteca. Me comprendes, ¿verdad? Este es mi trabajo, Arthur, yo velo por el contenido de esta biblioteca, y las normas son iguales para todos los ciudadanos y ciudadanas de Battle Hollow, incluso para mí misma...

—Comprendo —respondió el policía. Apreciaba a la señorita Cartwright y se sentía incómodo por tener que hacerle todas aquellas preguntas, pero, dadas las circunstancias, no le quedaba otro remedio—. ¿Qué es lo que quería llevarse exactamente?

—Un periódico de hace un par de años.

—¿Por algún motivo en especial?

—Quería comprobar si la imagen de un turista que estuvo de visita en el pueblo coincidía con la de un hombre que lleva dos años desaparecido —explicó la joven, haciendo un resumen de su conversación con el alcalde.

—¿Por qué? —quiso saber Arthur—. Quiero decir, ¿a qué se debía su interés?

—A la filantropía, al parecer —dijo ella, poco convencida.

Arthur no hizo más preguntas en ese sentido.

—¿Qué hizo ayer por la tarde, señorita Cartwright?

—Yo... —Por primera vez, la joven pareció dudar—. Pasé por el ayuntamiento, a disculparme.

—¿Disculparse? —se sorprendió Arthur—. ¿Por qué habría de hacer eso?

—Porque no puedo permitirme una enemistad con el señor Miller —reconoció Penelope—. La biblioteca se cae a pedazos —continuó, apenada—, y nadie parece interesado en destinar algo de dinero a realizar las reformas necesarias. Por eso fui allí, pero el alcalde ya no estaba.

—¿Alguien puede corroborar eso?

—Desde luego —respondió, molesta—. Christine estaba allí. Solo que ella no sabe que fui a disculparme.

—¿Cómo dice?

—Que ella ignora el motivo de mi visita —repitió—. Soy una persona orgullosa, Arthur. No lo considero una virtud, pero así es. Espero que no me juzgues con dureza por haberlo reconocido —añadió Penny, conteniendo lágrimas de rabia.

—No se disguste, señorita Cartwright —le pidió él, al ver cómo sus ojos brillaban—. No son más que preguntas de rutina. Richard Miller está desaparecido desde ayer y debo tratar de encajar el rompecabezas de las últimas horas, ¿comprende?

—¿Desaparecido? Por favor, Arthur, no te preocupes. Haz las preguntas que necesites.

—A decir verdad, no tengo más, señorita Penny —dijo el hombre, frustrado—. Puede que cuando haya hablado con otras personas...

—Ya sabes dónde encontrarme. Solo espero haberte ayudado en algo.

—Se lo agradezco, de veras. Me pondré en contacto con usted si necesito algo —respondió el policía, mientras se ponía en pie para marcharse.

Penelope lo despidió con amabilidad, pero cuando el hombre echó a andar, de pronto recordó algo:

—Arthur, ¡espera! —fue a su mesa y abrió uno de los cajones—. Tengo algo para ti. Para Isaac

y Ernest, a decir verdad...

Le tendió un sobre y él volvió atrás en su busca. Ante la mirada de la bibliotecaria, lo abrió y extrajo el contenido de su interior.

—¿Son carnés de la biblioteca? —preguntó Arthur, sorprendido.

—Así es —sonrió la mujer—. De hecho, vuestros hijos son los socios más jóvenes que haya habido nunca —añadió, para deleite del hombre, que era un gran aficionado a la literatura, a pesar de que le faltaba tiempo para leer cuanto deseaba—. Pensaba llevarlos a vuestra casa en cualquier momento, pero ya que has venido hasta aquí...

—Se lo agradezco mucho, señorita Cartwright. Es todo un detalle por su parte.

—No es nada, los pequeños son adorables y se me ocurrió que... En fin, espero que empiecen a disfrutarlos enseguida. Saluda a Moira de mi parte, ¿quieres?

—Desde luego, delo por hecho. Y gracias otra vez.

—No hay por qué darlas —dijo Penelope, y Arthur se marchó, esta vez sí, emocionado con los nuevos carnés para sus hijos.

PARTE IV

Durante dos días, el pueblo fue un hervidero de rumores, acusaciones veladas y miradas suspicaces. Toda aquella desconfianza empezaba a volver loco a Arthur, que era incapaz de discernir entre la verdad y las habladurías provocadas por antiguas rencillas entre las personas.

La señora Colton, la dueña de la pensión, aseguraba una y otra vez que Richard debía de haberse perdido en la carretera, y que aparecería en cualquier momento. Ella siempre culpaba de todo a las carreteras que rodeaban Battle Hollow: de que los suministros no llegaran a tiempo, de que no hubiera huéspedes para alojarse en sus habitaciones, de que los demócratas estuvieran perdiendo cada vez más votantes... Pero Arthur dudaba mucho que Miller simplemente estuviera dando vueltas por Virginia, sin dar señales de vida a su hermana ni en el ayuntamiento.

El viejo Lewis King, el dueño de la gasolinera, no paraba de hablar sobre la posibilidad de un secuestro, en el marco de un supuesto ataque por parte de integristas islámicos. Y, aunque la mayoría no prestaba atención a esta posibilidad, lo cierto es que el pánico empezaba a cundir entre algunas personas, que habían empezado a hablar de reunir provisiones para atrincherarse en sus hogares. El jefe de policía se frotaba las sienes con impaciencia cuando alguien mencionaba algo semejante. Habría apostado su mano derecha a que la desaparición del alcalde nada tenía que ver con los terroristas, y eso fue lo que explicó a quien quiso escucharle en un escueto comunicado que se vio obligado a realizar en la plaza del ayuntamiento.

Incluso hubo quien insinuó que el alcalde se había fugado llevándose consigo parte del dinero público de la última recaudación, aunque esta posibilidad fue inmediatamente descartada en cuanto Christine, profundamente ofendida, aseguró que las cuentas estaban en perfecto orden y que denunciaría por calumnias a cualquiera que osara poner en duda la integridad de Miller como alcalde.

Así las cosas, Arthur Adams tenía la impresión de estar dando palos de ciego. Había pedido ayuda al servicio de asistencia en carretera, por si se hubiera notificado algún accidente en un radio de cuatro horas, pero no había sido así. También a los del servicio forestal, por si fuera cierto que Richard se había desorientado o había decidido viajar por rutas alternativas. Tampoco la mujer que le había atendido por teléfono había podido ayudarle.

Miller se había esfumado, parecía haberse volatilizado o que la tierra se lo hubiera tragado. No había rastro de él ni de su coche, y el jefe de policía no tenía una sola pista que le indicara por dónde seguir trabajando.

Penelope, por su parte, pasaba el rato en la biblioteca, como era habitual, aunque en las últimas horas había desarrollado la costumbre de acercarse a la ventana y contemplar el clima de intranquilidad que se estaba viviendo fuera.

La gente se paraba en corrillos, chismorreaba entre susurros y se miraba con desconfianza, como si pensarán que todas las demás personas tenían algo que ocultar. En un momento dado, la bibliotecaria se preguntó cuánto tardaría algún dedo en apuntarla a ella como responsable de lo ocurrido. Era lógico, teniendo en cuenta que el mismo día de la desaparición había tenido unas palabras fuera de tono con el alcalde. Solo era cuestión de tiempo que se enteraran y desataran sus

lenguas contra ella, y esa certeza estaba empezando a hacer que el estómago se le contrajera por la ansiedad.

A última hora de la tarde, tras pasar el día observando las idas y venidas de sus conciudadanos y conciudadanas, no pudo soportarlo más y subió a buscar otro libro en el que perderse durante unas horas. Ascendió por las escaleras con el mismo cuidado de siempre y se detuvo al llegar arriba para dirigir una mirada a aquel remanso en el que todas sus inquietudes parecían desvanecerse.

Observó con fascinación cómo la luz crepuscular se colaba por las saeteras de la torre creando extraños ángulos sobre los libros, que descansaban en paz. Caminó unos cuantos pasos, directa al rincón, y se detuvo nuevamente, a la espera de instrucciones.

Los haces de luz que iluminaban las estanterías se movieron lentamente con la caída del sol, decayendo como flores que se marchitan y languidecen. Todos se fueron retirando con parsimonia salvo uno, que seguía fijo en un punto determinado. Penelope clavó sus ojos en aquel lugar y encontró lo que había subido a buscar. Levantó la mano y extrajo del primer estante un ejemplar ajado que parecía haber pasado de mano en mano durante años. Los bordes de las páginas estaban gastados y la imagen de la cubierta se había cuarteado y hasta perdido su color, como si hubiera estado expuesta a la intemperie hasta casi resquebrajarse. *Cordero de Dios*, se titulaba, y la bibliotecaria pudo sentir en las palmas de sus manos la calidez que lo impregnaba, como si el sol lo hubiera templado con pertinaz incandescencia.

—Vamos a casa —le dijo la joven, dulcemente—. Es tarde y estoy cansada de estar aquí, esperando que vengan a acusarme.

Bajó las escaleras con desgana, acusando un cansancio que parecía haber estado esperando a ese día para manifestarse por primera vez. Después de cuatro años como bibliotecaria en Battle Hollow, había llegado a sentirse alguien importante para la comunidad, alguien cuya aportación al día a día del pueblo se iba tomando en consideración. Sin embargo, la sombra de la duda que esperaba que cayera sobre ella de un momento a otro dio al traste con aquellas esperanzas de aceptación y reconocimiento.

Battle Hollow era, en cierto sentido, como el menú del restaurante de la señora Colton: un par de platos aclamados por los clientes y, el resto, una serie de recetas sin trascendencia alguna. Así se sentía Penelope, como unas gachas de avena o un puré de patatas, sin la menor oportunidad de formar parte del pedido diario, pese a su sabor suave y su valor nutricional.

Sumida en aquellos símiles gastronómicos llegó hasta casa, donde se descalzó y se puso algo de ropa cómoda. Estaba agotada, como si hubiera caminado kilómetros y kilómetros. Tomó un poco de ensalada para cenar y después, con una taza de té humeando en sus manos, fue a sentarse en el sofá de la salita, donde habría de pasar el resto de la noche absorta, leyendo aquel libro que todavía parecía templado por el rayo de luz que lo había señalado entre los demás. Decía así:

CORDERO DE DIOS¹⁴

UNO

Apenas eran las ocho de la mañana cuando Leilan aparcó su destartalado Cadillac.

Las escuetas parcelas de residentes se hallaban en la parte trasera del macizo de hormigón pintado de amarillo meada, en el que había vivido los últimos quince años.

El coche, una reliquia que había conocido tiempos mejores, había pasado casi por tantas manos como una prostituta de carretera y, como ella, hacía mucho que había dejado atrás el esplendor de su juventud y el brillo de aquello que apenas ha sido usado. Descolorido, arañado y con manchas de óxido que se lo empezaban a comer como un tumor te corroe los pulmones, aquel trasto cada vez le ponía más difícil la tarea de ponerlo en marcha: al girar la llave en el contacto, renqueaba un par de veces; después tosía como un anciano tuberculoso; esputaba, de vez en cuando, gargajos de aceite que nadie se molestaba en reponerle con la suficiente asiduidad y, por último, como vencido por la férrea obstinación de su dueño por no dejarlo descansar en paz, acababa por arrancar una vez más, siempre como si fuera la última.

Leilan ni siquiera se había planteado deshacerse de semejante reliquia: lo había ganado en una partida de cartas, no recordaba cuánto tiempo atrás. Pero sabía que esa había sido la última vez en la que la suerte había accedido a sonreírle y estaba decidido a conservar aquel vestigio de su fortuna costara lo que costase, hasta el mismo día en que se despiezara en plena carretera o el motor explotara y ardiera con él dentro, arrastrándolo a un final tan patético como memorable; lo que ocurriera primero.

El aparcamiento, cuatro rayas amarillas que el pavimento parecía estar absorbiendo poco a poco, moría sin avisar en un descampado arenoso y reseco que nunca había llegado a edificarse. Apenas una docena de parcelas que casi siempre estaban desocupadas salvo por el Cadillac, un viejo Ford que apestaba a perro mojado y un par de utilitarios baratos cuyos motores rugían como aviones al ponerse en marcha. Por lo demás, completaba el paisaje un cerco de basura antigua que se arremolinaba bajo la pared del edificio de tres pisos y que el viento solía mover atrás y adelante, hasta volverlo a depositar en su lugar de origen, sin que nadie nunca hubiera pensado en sacar de allí aquellos desperdicios variopintos.

El hombre cerró la puerta con la misma desgana de siempre y caminó de igual manera, bordeando el edificio hasta alcanzar las escaleras principales, el único acceso al bloque. Se agarró al pasamanos de madera ignorando las escamas de barniz levantadas por el sol inclemente y comenzó su ascensión al tercer piso.

Se detuvo en el descansillo del primero, dispuesto a dar un respiro a sus castigados bronquios, y escuchó a la señora Norris discutiendo con Simon. Aparentemente, aquel sinvergüenza recién llegado a la familia no estaba conforme con el desayuno que ella le ofrecía y Leilan se dijo que no le envidiaba a ella el trajín de convivir con cinco anarquistas testarudos y contestones que la ignoraban tanto como la hacían trabajar. Definitivamente, él odiaba a los gatos.

Despacio, como si los catorce peldaños fueran catorce latigazos, llegó al descansillo del segundo. Silencio total. Eva Leinman habría salido temprano hacia el trabajo y su marido, el joven Bobby Leinman, no volvería del turno de noche hasta pasadas las once. Cuando él tenía ese turno, no coincidían en casa hasta después de las cuatro, momento en que Eva regresaba y apenas

quedaban seis horas para que él se marchara de nuevo. Sin embargo, Leilan podía dar fe de que aprovechaban bien el poco tiempo que pasaban juntos. Bobby era un cabrón con suerte, no todo el mundo podía encontrar una mujer como aquella, un bomboncito que hacía que los muelles del colchón resonaran por todo el edificio como si los cuatro jinetes que anunciaban el fin del mundo se aproximaran entre alaridos desenfrenados.

Leilan dejó atrás esos pensamientos que no le reportaban más que una envidia rastrera y cochina, y prosiguió su camino hasta hacer cumbre en el descansillo del tercer y último piso. ¿En qué momento le habría parecido buena idea alquilar un apartamento allá arriba? En el mismo en que el casero le había informado de que aquello era lo mejor que podía pagar con el miserable sueldo que ganaba en la conservera, supuso. Al menos allí había ventanas: las dos traseras daban al descampado y el paisaje, aunque desolador, se extendía hasta donde llegaba la vista. También había agua caliente casi siempre, y eso era más de lo que podía decirse de su anterior cuchitril.

Medio asfixiado y sudando, se acercó a la puerta y extrajo del bolsillo de su cazadora un manojo de tres llaves. Solo una de ellas pertenecía al apartamento, la más pequeña. La introdujo en la cerradura y la hizo girar tres vueltas provocando que el mecanismo resonara como si se tratara del cerrojo de un sótano abandonado. Una vaharada fétida se le vino encima y cerró la puerta con prontitud, impidiendo que el aire del exterior se colara dentro e hiciera el ambiente respirable. «Mierda —se dijo—, he olvidado sacar la basura».

En efecto, así había sido en los últimos tres meses, y ahora las bolsas medio cerradas se amontonaban junto a la puerta como un gigantesco mueble informe y pestilente, poblado por una colonia perenne de hormigas y algunos otros moradores igualmente insalubres. Leilan se reprendió por el descuido y decidió, en un alarde de resolución, que esa misma noche, antes de ir al trabajo, lo sacaría todo al contenedor comunitario que había junto a la carretera.

Luego pensó que le resultaría imposible bajar todas las bolsas en un solo viaje. Barajó la posibilidad de ir lanzándolas por encima de la barandilla, pero cayó en la cuenta de que alguna podría romperse. En ese caso, la señora Norris pondría el grito en el cielo y le obligaría a recoger todo lo que se hubiera desperdigado, con la excusa de que sus «pequeños» —así solía llamar a los cinco gatos— podrían intoxicarse si comían basura.

Eso lo disuadió de su primera intención y lo llevó a plantearse las cosas con más calma: bajaría un par de bolsas cada día, procurando que su maltratada espalda no sufriera, hasta vaciar completamente el diminuto recibidor. Una vez que hubiera terminado, podría hacer lo mismo con los trastos que se amontonaban bajo la ventana de la salita de estar.

Al pensar en todos aquellos cacharros, asomó la cabeza por el quicio de la puerta y sopesó cuánto de aquello podría llegar a necesitar. La tostadora era demasiado grande y tenía restos de pan que ya formaban parte de su carcasa. Sin embargo, lo único que le faltaba para funcionar era una pequeña resistencia que, estaba seguro, encontraría el día menos pensado. Y entonces se arrepentiría de haberla tirado. Lo mismo le ocurría con la radio —le faltaba el interruptor de encendido— y con el cuadro de bicicleta. Sí, encontrar dos ruedas funcionales y todas las demás piezas que necesitaba para reconstruirla le resultaría más complicado que conseguir una pequeña resistencia, pero todo el mundo sabía que el cuadro era lo más valioso, y eso ya lo tenía. Pensándolo bien, quizá no tuviera que retirar nada de lo que había bajo la ventana. Tal vez lo único que tuviera que hacer sería poner un poco de orden y buscar un lugar para cada cosa. Pero ¿dónde iba a encontrar tanto espacio?

Su dormitorio rebosaba de todo. El ridículo ropero de dos cuerpos había perdido una puerta, resultado de una quijotesca batalla nocturna contra Leilan y una botella de Jack Daniels. El miembro amputado reposaba ahora, bisagras incluidas, tras la puerta que nunca se cerraba. Eso

también tenía que arreglarlo, pero seguía furioso contra el conglomerado por haber opuesto tan osada resistencia a sus envites, así que aún le haría sufrir un par de meses más.

Mientras, el interior desordenado del armario constituía un espectáculo vivo y cambiante para cualquier observador, pues Leilan no era lo que se decía un genio en la poco fértil labor de doblar y colocar su ropa. Se limitaba a sacarla de la secadora —cuando encontraba un rato para hacer la colada—, echarla en una cesta de plástico y, de ahí, transportarla directamente a las desportilladas baldas en las que se mezclaban calzoncillos, calcetines, vaqueros y camisetas negras triple XL que compraba de oferta en el centro comercial.

El cuerpo de Leilan no era tan grande como para necesitar esa talla, pero había descubierto que con ropa holgada soportaba mejor el calor y que una sisa más ancha permanecía más tiempo alejada del sudor de sus axilas, por lo que no necesitaba ser lavada tan a menudo. A partir de semejante epifanía, no había vuelto a comprar nada más pequeño, pese a que las oscuras camisetas que le bajaban hasta medio muslo le conferían un aspecto marginal y desaseado. O tal vez la culpa no era de ellas.

Cansado y a falta de sueño, pero todavía demasiado activo como para meterse en la cama, Leilan se dirigió a la cocina y sacó de la nevera una Budweiser de medio litro. Pese a que era temprano, el calor ya empezaba a golpear y el primer trago arrastró a su estómago la pátina de polvo reseco que llevaba adherida a la garganta por conducir con las ventanillas del Cadillac abiertas.

La noche anterior, había tenido el buen juicio de no terminar la última porción de la pizza familiar que un mocosito comido por el acné le había entregado hora y media antes de que empezara su turno en la conservera, así que ahora podía disfrutar de un desayuno completo y desequilibrado antes de tirarse sobre la cama y dejarse arrastrar a niveles inferiores de conciencia. Los dos pedazos de piña reseca que sobresalían de la superficie uniforme de queso plástico eran lo más cerca que Leilan estaría de tomar un alimento fresco aquel día.

Pertrechado con la pizza y la cerveza, se dejó caer en el sofá, frente a la televisión, y comenzó a desayunar mientras canaleaba con poco interés. El primer bocado de aquella masa fría y gomosa le llenó el paladar de una sensación suave y grasienta que casi logró despertar a sus papilas gustativas del letargo perpetuo en el que estaban sumidas. La constante exposición al pescado había conseguido que el hedor se adhiriera a las fosas nasales de Leilan y ya no era capaz de encontrar sabor a la comida, por muy potente que fuera su aderezo. Se limitaba a contemplarla y a arañar en sus recuerdos alguna sensación vieja con la que conformarse. Después, la empujaba con cerveza.

Al pasar por el canal de noticias, algo captó su interés y apartó el dedo gordo del botón del mando a distancia. Una reportera de mediana edad que no había tenido tiempo de retocarse las raíces oscuras y que iba demasiado maquillada incluso para salir en la televisión acercaba el micrófono a una joven llorosa, mientras la cosía a preguntas cuyo significado Leilan tardó varios segundos en captar. Por último, cerró su presuntuosa boca y permitió que la otra mujer pudiera empezar a hablar, aunque sus sollozos hacían que tuviera que concentrarse de verdad para comprender lo que decía.

—...rogar encarecidamente a cualquiera que tenga noticias sobre Sharon que se ponga en contacto con la Policía estatal...

Leilan se preguntó qué coño querría decir «encarecidamente» y por qué la gente que enviaba un mensaje pidiendo ayuda lo hacía usando palabras que, estaba seguro, muchas personas no podrían entender. Si de verdad quería que hicieran algo por ella, que se dejara de monsergas y lo

dijera claramente.

—Mi hermana desapareció hace dos noches —seguía diciendo, deshecha en llanto—. No ha vuelto a casa y no tenemos ninguna noticia de ella. Por favor, ¡por favor!, les pido que nos ayuden a encontrarla. Cualquier información puede ser crucial...

Ahí estaba de nuevo. «Crucial». Leilan tenía una idea remota de su significado, pero estaba casi seguro de que nunca la había utilizado. Sin embargo, él tenía otra palabra para aquella mujer que salía en la pantalla: «petulante». ¡Ja! ¿Quién era el listo ahora?

—Repetimos que la mujer desaparecida responde al nombre de Sharon Lambert —informó la periodista, una vez que el comunicado de la otra terminó—. Su hermana, la señorita Louise Lambert, avisó ayer a las autoridades después de recibir una llamada telefónica que la informaba de que Sharon no se había presentado en el trabajo ni se había puesto en contacto con la empresa. La joven, que trabaja desde hace año y medio en Spencer & Cabot, continúa en paradero desconocido y la policía ya está recabando información en busca de hipótesis que puedan esclarecer este misterio. Como ha dicho Louise, cualquier pista en esta investigación puede ayudar a descubrir dónde se encuentra Sharon y qué es lo que le ha sucedido, por lo que se ruega a cualquiera que...

Leilan había dejado de prestar atención. Una foto de Sharon ocupaba la esquina inferior izquierda de la pantalla y la periodista teñida seguía hablando a la cámara, con el patético fondo de la chica llorosa, que no había quedado completamente fuera de plano.

De modo que la estaban buscando. Él ya sabía que no se había presentado en el trabajo; llevaba semanas, meses controlando sus horarios, calculando cuándo coincidirían sus turnos, cuando podría verla y cruzar algunas palabras con ella.

Al principio se había sentido agradecido con Spencer & Cabot por brindarle la oportunidad de conocer a una chica como aquella. Sharon era joven, de piel clara salpicada de pecas y pelo castaño un poco desvaído. Tenía los ojos tristes de un cordero lechal y solía ser poco habladora. Era lo bastante feucha como para que su autoestima recorriera la cuerda floja, pero no tanto como para no resultarle atractiva a alguien como Leilan.

En su imaginación, se acercaba a hablarle y ella le respondía con una sonrisa tímida, complacida por su humor ocurrente y su carácter abierto. Luego, le ofrecía tomar juntos un café y Sharon aceptaba, así que al final del turno salían de la fábrica y desayunaban algo en la cafetería de la esquina. Por último, la montaba en su Cadillac —¿cómo podría resistirse a eso?— y la llevaba a su casa, donde acababa follándosela en su cama una y otra vez para dar una lección de resistencia a esos presuntuosos Leinman.

La mayoría de las veces, esa ristra de pensamientos acababa conduciendo a Leilan directo al cuarto de baño, donde podía dar rienda suelta a sus bajas pasiones mediante actos íntimos tan intensos como un trueno y tan breves como el relámpago que siempre lo precede. Sin embargo, cuando por fin llegó el día en que la rotación de los turnos los puso a trabajar en la misma máquina durante la misma noche, el resultado de las tribulaciones de Leilan no fue tan satisfactorio como él había supuesto al tomar la decisión de acercarse a la chica. No solo no había sonreído, sino que había rehusado abiertamente cualquier tipo de relación con él, incluso una meramente cordial entre compañeros.

Aquello había dolido tanto como meterse un hierro al rojo por el mismísimo ano. Leilan no había previsto la altivez con la que ella lo rechazó, la seguridad en sí misma ni la involuntaria mueca con la que lo había recorrido de arriba abajo, arrugando la nariz ante la cercanía de su cuerpo. ¡Y una mierda! Como si aquella zorra fuera capaz de olerlo por encima del tufo a pescado en salazón.

No era más que otra frígida amargada de las que rechazan a un hombre porque tienen miedo de no ser lo bastante buenas en la cama, de eso estaba seguro. Conocía muy bien a las de su clase, se había topado con unas cuantas a lo largo de su vida. Parecían una cosa y luego eran otra; eran poco para que nadie se fijara en ellas y se acostumbraban a vivir así hasta el punto de que, cuando un verdadero hombre se les acercaba, el miedo al fracaso las hacía salir corriendo en dirección contraria. ¡Que la jodieran! Él no iba a perder su tiempo suplicando por un poco de sexo.

Sin embargo, estar tan cerca de una mujer lo había llevado casi al límite y se vio obligado a ir al servicio para aliviar la tensión que oprimía sus recalentados testículos.

Después de ese día jamás habían vuelto a dirigirse la palabra. Leilan la miraba de vez en cuando, eso sí. Estaba seguro de que eso la hacía sentir incómoda y experimentaba una satisfacción morbosa sabiendo que ejercía tal influencia sobre su estado de ánimo.

Y ahora su hermana estaba en la televisión nacional llorando por su desaparición. Mierda, eso no lo había previsto. La posibilidad de que alguien estuviera al tanto de su pequeña historia nada romántica se materializó ante Leilan con toda nitidez. Si la Policía ataba cabos, no tardaría en tenerlos llamando a su puerta y husmeando en sus asuntos como los perros sarnosos que eran.

No podía permitir que se le acercaran demasiado, tenía que tomar ciertas precauciones antes de que el tiempo se le echara encima. Apuró la lata de un solo trago y se limpió los restos de grasa fría en la pernera del pantalón. No había lugar para finuras: tenía que mover el culo ya. Apagó el televisor y se levantó del sofá con esfuerzo. Estaba reventado, pero el descanso podía esperar.

Dos minutos después, salía de su apartamento sin molestarse en echar la llave y volvía a bajar las escaleras, esta vez con algo más de brío, sin percatarse de que había dos asuntos importantes que estaba pasando por alto: un ojo curioso y retorcido vigilaba sus movimientos desde el raído visillo de la ventana del primer piso y, en otro orden de cosas, había vuelto a olvidarse de las bolsas de basura que colapsaban su recibidor.

DOS

La señora Norris siempre se habíapreciado de ser una mujer inteligente y muy capaz de atar cabos que la mayoría de las personas acostumbraba a pasar por alto. De modo que, aquella mañana, cuando escuchó al palurdo de Leilan casi asfixiarse tratando de subir las escaleras y de nuevo, poco después, bajar en un ridículo trote que solo evidenciaba los muchos kilos que llevaba adheridos a su apestoso corpachón, no le había costado nada poner a funcionar los engranajes de su preclara mente en busca de una razón que justificara tan absurdo comportamiento.

Amanda Norris llevaba viviendo en aquel bloque casi desde que había sido construido, unos cuarenta años atrás. Había conocido tres versiones de la misma pintura para fachadas, aunque las tres habían acabado recordándole a los meados de los muchos gatos que habían pasado por su apartamento, aquellos que con tanto esmero había tenido que limpiar una y mil veces.

Daños colaterales, eso eran para ella. Cuando una mujer quedaba viuda poco después de haberse casado con el hombre de su vida, no le quedaban muchas alternativas entre las que decidirse. De hecho, si no escogía a otro para que ocupara el lugar del primero, las opciones se reducían drásticamente. Pero ella nunca le habría hecho eso a Thomas.

En lugar de andar por ahí buscando a quien le calentara la cama, había asumido estoicamente la soledad y se había rodeado de aquellos seres fabulosos que le daban todo cuanto necesitaba para sentirse en paz.

Por un lado, eran animales inteligentes que sabían valerse por sí mismos y no necesitaban una atención constante. De otro modo, le habrían robado demasiado tiempo para dedicar a sus demás ocupaciones, que nunca habían sido pocas.

Además de eso, resultaban fácilmente sustituibles porque su forma de ser obedecía a tres patrones que se alternaban de forma aleatoria: el gato cariñoso, el indiferente y el abiertamente hostil. Cuando uno de ellos desaparecía, no era difícil insertar otro en el lugar que había dejado vacante.

Por último, y aquello era lo que más espoleaba la morbosidad de Amanda Norris, si un día era ella la que amanecía sin vida en su propia cama, siempre podría confiar en que sus cinco fieles partenaires se darían un buen festín a su costa antes de que el hedor de la descomposición de su cuerpo superara la pestilencia que salía del apartamento de Leilan y alguien echara la puerta abajo para allanar la santidad de su humilde morada.

Así que todo eran ventajas, incluso sin tener en cuenta que, si nuestro señor Jesucristo le había quitado a su esposo para que consagrara su vida al cuidado de aquellas hermosas obras de arte de su creación, por algo habría sido. Amanda confiaba ciegamente en los designios de Dios, cuyas razones eran inextricables para los simples mortales.

Mientras cepillaba a Moisés III con un práctico guante que había comprado en la teletienda una noche de insomnio hacía ya varios meses, no dejaba de pensar en el lerdo de su vecino. ¡Qué hombre tan pusilánime y repugnante! No se parecía en absoluto a su Thomas. De hecho, casi estaba convencida de que ambos pertenecían a especies distintas y así lo habría afirmado si alguien se lo hubiera preguntado, tal era la distancia entre ellos.

Sin embargo, y a pesar del rechazo físico que él le producía siempre que lo veía, Amanda era una mujer con un ansia de conocimiento muy viva y no podía evitar hacerse preguntas cuando algo le parecía extraño o inusitado. ¿Qué habría podido provocar que Leilan se precipitara escaleras abajo cuando jamás, en los quince años que llevaba habitando —y apestando— el apartamento de

la difunta Caroline Buchanan, le había visto apresurarse ni tener prisa por nada en absoluto?

Amanda recordaba con claridad el día en el que su vecino se había mudado al bloque. Su memoria era tan buena como sus dotes deductivas, quizá incluso mejor. Por aquel entonces, llevaba el pelo corto y bien arreglado, vestía camisas con los faldones por dentro del pantalón y no iba siempre cubierto por una capa de asquerosidad inmunda cuyo olor anunciaba su proximidad con antelación. Tenía un trabajo. ¿Qué era? Contable, o algo así. Y un coche decente. Ridículamente pequeño, pero decente, no como aquel imán de furcias que ahora aparcaba con desfachatez debajo de su ventana.

Para Amanda, un coche con el asiento trasero del tamaño de un sofá tenía que ser forzosamente un invento del demonio porque ¿qué otro objetivo podía tener la comodidad en un vehículo si no era facilitar que los jóvenes cometieran actos impúdicos a escondidas y lejos de la seguridad de sus hogares? Ciertamente dudaba que Leilan hubiera tenido mucho éxito con las mujeres, pero la intención estaba ahí y no podía pasarse por alto como si nada. De hecho, la verdad era que su popularidad entre los hombres también brillaba por su ausencia, pero eso era culpa suya y de nadie más.

Aquel estúpido comportamiento le había costado la vida, metafóricamente hablando. Pero eso también había sido previsible. Ella podría haberlo alertado si él no hubiera estado tan ocupado rechazando su hospitalidad innata. Ni una sola vez había accedido a entrar en su casa a tomar un café con ella. Ni tan siquiera había mostrado el menor interés en conocer los nombres de sus adorados mininos. No, desde el principio se había mostrado distante, como si fuera la típica vecina molesta de la que era mejor mantenerse apartado.

No obstante, en el pecado llevaba la penitencia y Amanda era tan consciente de ello que se había sorprendido en más de una ocasión poniendo en peligro su alma al alegrarse por el mal ajeno. En esos momentos de debilidad, se reprendía por sucumbir a la tentación de sentir un placer oculto y secreto ante la desgracia de un semejante, aunque se consolaba siempre diciéndose que él había sido el primero en pecar de arrogancia. Y es que, si la hubiera escuchado, ella podría haberle dado varias buenas razones para evitar el descalabro que había sufrido al perder su empleo.

Sí, toda la desgracia de aquel infeliz había empezado un día de invierno en el que lo había visto volver a casa antes de tiempo, llevando una caja de cartón a medio llenar con material de oficina. Después, indagando con artes certeras, la señora Norris había descubierto cuál había sido el motivo de su despido. Aunque adjudicarse todo el mérito no le parecía del todo correcto: no se habría enterado de la verdad de no haber escuchado una conversación a voz en grito entre Leilan y otro hombre en la misma puerta del apartamento del tercer piso. Cuando se aclaró el enigma, Amanda frunció los labios con frustración. Era algo que podía haberse evitado aplicando la lógica y nada más. Porque ella podría haberlo avisado de que no era un hombre lo suficientemente listo ni carismático ni resuelto como para robar a los clientes de su empresa y salir indemne.

En ese momento fatídico había comenzado el declive de Leilan. Y no solo eso, sino que no se había detenido hasta convertirlo en el despojo que era en la actualidad. Poco a poco, lo había ido perdiendo todo: el trabajo, el coche, el estilo y hasta el sentido de la higiene y la más básica dignidad.

A Amanda le sorprendía que no hubiera perdido el apartamento también, pero suponía que el nuevo trabajo en Spencer & Cabot había llegado en el momento más oportuno, justo antes de la desgracia definitiva. Gracias a la conservera, su vecino había podido seguir pagando las facturas y no se había visto en la calle.

Aquello sin duda era obra de la intervención divina: por alguna razón que ella no podía

comprender y que no debía poner en tela de juicio, el Señor había decidido salvar a Leilan del destino que aguarda a quienes no son capaces de cuidar de sí mismos y acaban en la cuneta, ebrios, drogados o, en el mejor de los casos y haciendo un favor a la sociedad, muertos.

De modo que sí, Leilan había tenido una suerte mucho mayor de la que merecía, y a Amanda le molestaba profundamente que no fuera capaz de verlo y que se hubiera dejado arrastrar a las capas más bajas de la mediocridad, en lugar de fijarse en su ejemplo y seguir adelante, fueran cuales fueran las cartas que se le repartían en la vida.

El caso era que, desde aquella primera vez que lo había escuchado discutir en la puerta de su casa, nunca había vuelto a notar ningún comportamiento extraño en su vecino. La vida de Leilan se había vuelto patéticamente monótona y repetitiva justo hasta aquella mañana en la que había logrado intrigarla con su desmañada forma de correr escaleras abajo. Y, por mucho que se estuviera esforzando, por una vez Amanda no lograba dar con la conexión oculta entre los hechos objetivos y el comportamiento que las personas muestran ante ellos. Eso, por descontado, la estaba desquiciando.

Recorría el breve pasillo que llegaba hasta la cocina cuando, sin darse cuenta, pisó la cola de Abraham Junior Junior, que maulló asustado antes de salir despavorido a esconderse bajo el sofá. Al igual que su predecesor y el que fue antes de este, era un animal dócil y asustadizo que huía de los problemas a la velocidad del viento. Se sirvió un café solo, aunque ya se había tomado uno a eso de las siete y media, y fue a beberlo en la salita, sentada bajo la ventana en su mecedora de rejilla. Inquieta y frustrada, se levantó de nuevo y se acercó al pequeño televisor de pantalla plana que el señor Everet había tenido el detalle de regalarle después de que ella le sacara de un buen apuro con aquel asunto de su hija y el profesor de matemáticas.

Ayudar a los demás a volver al camino del bien era una obligación moral para la señora Norris. Por eso no había dudado en mover los hilos pertinentes para denunciar el comportamiento inadecuado de aquel tipejo y que la Asociación de Padres lo echara del instituto en menos de dos días. Saber que su joven esposa estaba esperando su segundo hijo y no haber podido encontrar ninguna prueba que corroborara la versión de la pequeña de los Everet habían sido pequeños escollos con los que Amanda se había visto obligada a lidiar. Sin embargo, una vez que el hombre estuvo fuera de juego y la niña a salvo de sus maquiavélicas intenciones, le sobrevino la paz de haber hecho exactamente lo correcto y lo que se esperaba de cualquier buena cristiana.

La recompensa había llegado en forma de una nueva televisión y Amanda se repetía una y otra vez que lo mismo le habría servido simplemente saber que había obrado bien, pero lo cierto era que disfrutar de la programación a todo color era un lujo que hasta entonces no había podido permitirse y que, negarlo sería pecado, la satisfacía enormemente.

Otra vez en la mecedora y con el mando a distancia en la mano, Amanda dio un repaso a sus canales más habituales. Pasó por alto varios, hasta que se detuvo en uno que, en ese momento, emitía noticias. El presentador, un hombre apuesto con traje de chaqueta impecable —al menos la parte superior, que era todo lo que se veía tras el escritorio—, comunicaba en aquel momento la desaparición de una joven hacía dos noches.

Embelesada por la voz profunda que le hablaba desde la pantalla, la señora Norris siguió escuchando sin prestar demasiada atención hasta que el periodista comentó que la joven, una tal Sharon Lambert, era una empleada de la conservera Spencer & Cabot. Aguzó el oído con un renovado interés y hasta se acercó a la pantalla del televisor cuando repitieron imágenes en diferido de la hermana de la desaparecida pidiendo ayuda ciudadana. Pero su cara no le resultaba familiar. Tampoco la de Sharon, cuya fotografía la mostraba sonriendo con la cabeza un poco

ladeada.

Sin embargo, la especulación era demasiado jugosa como para dejarla escapar y Amanda se puso a la labor de tratar de reconstruir escenarios posibles, desde los más ridículos hasta los verdaderamente truculentos. Todo podía ser posible, como bien demostraba la estadística, así que nada se podía descartar. Cuanto más imaginaba, más se preguntaba qué tipo de terrorífico monstruo sería capaz de hacer desaparecer a otro ser humano.

La respuesta se presentó ante ella con tanta claridad que se sintió deslumbrada. Alguien sin escrúpulos, desde luego; capaz de haber cometido otras infamias en el pasado e incluso de mantenerlas durante años en secreto; alguien que no tuviera demasiado que perder, quizá.

No, Amanda no tenía ni la más remota idea de quién podía ser esa mujer, pero sí sabía algo con certeza: había llegado el momento de volver a ponerse al servicio del bien supremo. Por sí misma no había sido capaz de esclarecer el inusual comportamiento de Leilan, así que había llegado la hora de pedir ayuda a los agentes del orden y la ley. Que ellos se encargaran de hacer la investigación y confirmar o desmentir una idea repentina que había brotado en medio del caos de sus pensamientos; que fueran ellos los que descartaran la posibilidad de que el comportamiento de Leilan tuviera algo que ver con la chica desaparecida.

Enardecida por su nueva misión divina, se dispuso a levantar el teléfono y hacer aquella llamada, pero entonces recordó que hay deberes más urgentes que otros y se apresuró a su dormitorio. Abrió el primer cajón de la mesita de noche y rebuscó entre su ropa interior, pasada de moda incluso cuando la compró, hasta dar con lo que tan afanosamente buscaba. Con mano temblorosa, sostuvo el asidero de madera oscura y tiró de él hasta que los cuatro cordones de cuero que se unían en una sola empuñadura salieron completamente y quedaron colgando de su mano, no por flácidos menos amenazadores.

Tres fustigaciones le parecieron suficientes para corregir un simple pecado de pensamiento, aunque fuera tan ominoso como haber sentido el deseo carnal despertar en su interior ante la evidente virilidad del presentador de la voz profunda.

Uno por uno, desabrochó los botones de su bata de estar en casa y la dejó caer al suelo, a sus pies. Hacía años que había cambiado el sujetador por una simple combinación: sus pechos resecos y estériles, que nunca habían amamantado, no necesitaban más que eso para quedar ocultos a las miradas viciosas. Dejó que aquella prenda interior resbalara también y su espalda, toda cubierta por largas y finas cicatrices que se entrecruzaban mil veces formando un entramado de dolor y vergüenza, quedó expuesta para una nueva punición.

Con la determinación que da la fe ciega, descargó el primer latigazo, que le arrancó un grito profundo al tiempo que un pellizco de su envejecida piel. Afrontó el segundo con igual entereza y, ya con el tercero, el dolor lacerante recorrió su espina dorsal y se reflejó en otros puntos de su cuerpo en forma de calor. La sangre se agolpó en sus mejillas mientras jadeaba y sintió cómo algunas gotas rodaban desde las heridas hasta sus piernas, como la caricia tierna y sensual que había añorado durante toda su vida.

Antes de manchar la moqueta, descolorida por el amoníaco que le aplicaba para borrar las inmundicias de sus cinco compañeros de piso, fue al cuarto de baño y echó mano de su botiquín de primeros auxilios, que contenía todo lo necesario para tratar de forma rudimentaria las heridas provocadas por la fusta de cuatro puntas. Una vez cortada la hemorragia y con la ropa puesta, acometió, entonces sí, la noble tarea de denunciar el extraño comportamiento de su vecino.

TRES

Sharon despertó en la oscuridad.

Percibió la negrura incluso antes de abrir los ojos, pero lo hizo de todas formas. No notó ninguna diferencia y, por un momento, su cerebro confundido envió señales de pánico a todo su cuerpo. ¿Estaba ciega? Por mucho que parpadeara, no lograba discernir ni una sola señal de claridad alrededor. Solo dolor: una jaqueca tan intensa que no la dejaba concentrarse ni tratar de averiguar qué había ocurrido.

Haciendo un soberano esfuerzo de concentración, trajo a la superficie su último recuerdo consciente. Había salido de casa en dirección al trabajo, a la conservera, con mucho tiempo. Caminaba sola, tranquila, sumida en pensamientos que ahora no podía recuperar, cuando había sentido la presencia de alguien que se aproximaba por detrás. Pero no había tenido miedo, había seguido andando como un cordero confiado, inconsciente del peligro que se cernía sobre ella.

Luego se le habían venido encima, agarrándola desde atrás y tapándole la cara con una toalla empapada que desprendía un olor agradable y dulzón. Estaba segura de haber tratado de zafarse, pero el forcejeo solo había servido para acrecentar la sensación de ahogamiento y de terror. Por último, todo se había puesto blanco y eso era cuanto podía recordar.

Ahora estaba tendida en el suelo, duro y frío, sin duda encerrada en algún lugar del que no iban a dejarla escapar. Sharon no era estúpida: veía las noticias y sabía lo que era un secuestro. Sin embargo, no podía comprender por qué alguien habría de capturarla precisamente a ella. Su familia no podría conseguir dinero para pagar un rescate, así que ese no podía ser el motivo.

La posibilidad poco halagüeña de que se tratara de alguna clase de perversión sexual empezó a cobrar sentido y acrecentó las náuseas que sacudían su estómago. Antes de que pudiera evitarlo, el vómito le sobrevino. Cada una de las arcadas le producía en la cabeza un pinchazo agudo y penetrante. No obstante, no había manera de evitarlas. Vació su estómago con la primera; las sucesivas trajeron a sus labios el sabor amargo de la hiel, que se le quedó adherida en la lengua y en la superficie de los dientes, ahora ásperos al rechinar unos contra otros. Odiaba vomitar, la hacía sentir enferma y le provocaba un malestar que persistía durante horas.

Pero ya no tenía remedio y, por si eso fuera poco, su cabeza pulsaba como si estuviera a punto de reventar. Se llevó las manos a los ojos y los sostuvo en su lugar. Parecía que se le iban a salir de las cuencas y la leve presión que ejerció sobre ellos alivio un poco aquel dolor que amenazaba con volverla loca. Sin embargo, la descarga de adrenalina que habían liberado los espasmos de las náuseas había despejado en cierta forma su mente. Ahora era consciente de que estaba empapada en sudor y no tardaría en ponerse a temblar en cuanto se enfriara.

Con una decisión que no sabía de dónde salía, trató de incorporarse, con mucho cuidado de no poner las manos sobre los fluidos que ella misma había regurgitado. Lentamente, comenzó a arrastrarse hacia su derecha. No podía ver nada, pero tarde o temprano se toparía con una pared y podría seguirla. Eso le daría una idea de las dimensiones de aquel lugar. Solo había un problema: tenía que palpar el suelo con las manos y sobre la baldosa rugosa había... cosas que chocaban con sus temblorosos dedos. «Dios, que no sean bichos, que no sean bichos», lloriqueó para sí misma, tratando de discernir si algo de aquello se movía al ser tocado. No fue así. Lo que fuera que cubría el piso, era inorgánico o ya estaba muerto.

Después de unos larguísimos segundos, Sharon chocó contra una pared y se aferró a ella para recuperar la verticalidad. La jaqueca seguía castigándola, pero intentó controlarse para no volver a dejarse vencer por las náuseas. Poco a poco, empezó a caminar hasta que sintió que otra pared

la detenía. Había llegado a un rincón. Desde allí, podría medir los pasos del cuadrilátero que la sitiaba.

El esfuerzo de caminar, no obstante, había hecho que volviera a marearse y tuvo que detenerse al sentir que estaba cerca de desvanecerse otra vez. Reconocía los síntomas, se mareaba muchas veces cuando tenía el periodo: su visión se volvía borrosa y los oídos le pitaban suavemente al principio, con mayor intensidad justo antes de perder el conocimiento. Así que se quedó quieta y apoyó la frente contra la pared, tratando de respirar despacio hasta recobrar el control de su propio cuerpo.

Entonces lo oyó. Una especie de voz que se deslizaba por la oscuridad y llegaba hasta ella, como un quejido lastimero que golpeaba su cordura amenazando con quebrarla como un espejo. Instintivamente, se llevó las manos a la cabeza y no pudo evitar que un alarido brotara de lo más profundo de sí. Nunca, en toda su vida, había sentido tanto miedo como en aquel momento. Mientras rompía a llorar, aguzó el oído para ver desde dónde se aproximaba el peligro, pero no fue capaz de captar nada en absoluto. Si había alguien allí, tendría que ser capaz de escuchar al menos su respiración, pero no era así. No se oía nada.

Permaneció casi un minuto alerta sin percibir otra cosa que sus propios jadeos angustiados. De vez en cuando, dejaba de respirar para oír mejor, pero seguía sin captar nada. «Es el miedo —se dijo—, solo el miedo. Aquí no hay nadie más».

Con todo, justo cuando estaba a punto de echar a andar sus ojos la traicionaron. Todo estaba oscuro, no podía ver nada, pero el instinto la hacía mantenerlos abiertos en busca de la más mínima señal. Y entonces, al girar el cuerpo para empezar a dar pasos hacia delante, le pareció que algo se movía frente a ella. No era una forma en la oscuridad, no parecía estar allí realmente, pero lo vio: una mancha en movimiento delante de ella, como a dos metros de distancia, quizá en tonos rojizos, tal vez púrpuras. Una vez más, Sharon sostuvo su cabeza entre las manos mientras los gritos resonaban en la quietud de aquel espacio desconocido y hostil. El ímpetu de sus alaridos la lanzó de espaldas contra la pared y su cuerpo reaccionó agachándose y haciéndose un ovillo en el suelo. Allí continuó durante un rato, sacudiendo las manos para quitarse de encima lo que fuera que la acompañaba, dando voces de auxilio y apretando con fuerza los párpados para no volver a ver aquello que había logrado aterrarla.

Pero el momento pasó y Sharon dejó gritar. La garganta le ardía como si hubiera tomado un trago de aguarrás y, al inhalar por la nariz para llenar sus pulmones, también sintió un escozor profundo y desagradable allí dentro. Pensó en la toalla mojada con la que la habían inutilizado y comprendió que, fuera lo que fuese aquella sustancia, había abrasado sus vías respiratorias.

Todavía aterrada, comenzó a abrir los ojos con suma cautela. ¿Realmente había visto algo frente a ella? Se esforzó por localizar cualquier cosa en la sombra, pero allí no había nada. Ya no estaba segura de nada, de lo que había oído ni de lo que había visto. No podía confiar en sí misma, sus sentidos la habían traicionado fingiendo responder a estímulos que no parecían existir. Oía voces y veía... algo difícilmente descriptible que, sin embargo, no encajaba con una imagen real recorriendo el camino de la retina al cerebro, aunque sí con otra que circulara en sentido contrario.

Eso solo podía significar que estaba alucinando, como esa gente que chupaba gotas de LSD sobre diminutas cuadrículas de papel. Solo que su «viaje» no estaba siendo placentero en absoluto: era como una flecha que apuntaba al centro de sus más cervales temores y hacía que se materializaran ante ella para desquiciarla y enviarla directa al círculo de la locura. Si solo hubiera una pequeña rendija de luz, ella podría barrer a los monstruos y asirse a la realidad durante unas horas más. Solo un poco de luz...

El deseo de Sharon se convirtió en un mantra repetido en silencio hasta el infinito, una banda sonora para un pasaje de su vida del que, lo tenía claro, jamás lograría desprenderse, si es que sobrevivía. Con el arrojo que da la desesperación, logró ponerse en pie y retomar la absurda tarea de calcular las proporciones de su prisión. Comenzó a dar pasos: ni demasiado cortos ni demasiado largos. Con las yemas de los dedos iba trazando una línea imaginaria en la pared, a la altura de sus hombros. Había contado tres pasos cuando su mano topó con algo que la sobresaltó e hizo que la retirara de forma refleja.

El movimiento que provocó con su contacto produjo un sonido de roce leve contra el tabique, de vaivén perezoso que, sin embargo, la tranquilizó porque podía identificar de qué se trataba: era un cuadro que colgaba. Confirmó sus sospechas palpándolo con ambas manos. Parecía una pintura con un marco grueso y decorado con algo de filigrana. Si estaba en lo cierto, eso debía de significar que la habían encerrado en una habitación o una sala; en alguna estancia de una vivienda, en todo caso, y no en un sótano o un garaje.

Animada por el descubrimiento, terminó de recorrer la pared. Contó cinco pasos y chocó de frente al ir a dar el sexto. Cinco pasos, aproximadamente. Giró a la izquierda y empezó de nuevo, pero se detuvo no bien hubo dado uno más. Allí había algo, algo grande.

Sus manos tentaron el segundo tabique con desesperación, tratando de reconocer la información que recibían. Aquello que tocaba era madera: vasta y sin tratar, en forma de tablón, sujeta de tal forma que, por más fuerza que hiciera, no podía moverla ni un ápice. Alguien había tapado una ventana. ¡O una puerta!

No, eso no. El tablón terminaba más o menos a la altura de sus muslos; no podía esconder una puerta. En todo caso, se dijo la mujer, lo mismo daba: no tenía fuerza suficiente como para arrancarlo de cuajo. Habían hecho un buen trabajo de carpintería y que la dejaba sin una vía de escape virtual, por desgracia. Así que siguió andando.

Seis pasos, casi siete. Y no había tropezado con nada en todo su camino. Sentía pequeños objetos rozar sus zapatos, irregularidades en el piso, basura, en definitiva. Pero ni un solo mueble, ni un catre, nada que sugiriera un desagüe por ninguna parte.

La tercera pared estaba completamente desnuda, así que la puerta tenía que estar, forzosamente, en aquella que había recorrido en primer lugar. Es decir, enfrente de la ventana clausurada. Como no tenía nada más en lo que ocupar un tiempo que parecía detenido, avanzó un poco para comprobarlo.

En efecto, la entrada estaba allí. Era una puerta de madera de dimensiones corrientes y totalmente lisa, sin molduras ni líneas fresadas. Sharon la recorrió a ciegas por tres veces, hasta que se convenció de que el tirador había sido sustraído de su lugar y el agujero resultante tapado con algo que no cedía ante la horadación frenética de sus uñas.

Comprobado esto y sin dejarse vencer por la desilusión, se dejó caer al suelo y pegó su rostro al sucinto hueco que había entre la puerta y el piso, pero era demasiado estrecho como para que pudiera ver nada. Además, no sabía lo que había al otro lado, pero tampoco allí había el más mínimo resquicio de luz. Volvió a preguntarse si no la habrían cegado de alguna manera, pero su instinto le dijo que no se trataba de eso. Tan solo estaba encerrada en la oscuridad más absoluta.

Tras comprobar todo lo que estaba en su mano, trató de orientarse. Si empezaba a hacer diagonales por la habitación, acabaría pasando sobre su propio vómito, cuyo desagradable olor se había propagado por toda la estancia.

Maldito dolor de cabeza. No podía pensar con claridad. Habría matado por un analgésico. En serio, lo habría hecho. Estaba a punto de sufrir un derrame cerebral, o algo así.

A duras penas logró hacer varios cálculos sencillos y volvió al punto de partida. Se acuclillo y

husmeó el suelo sin tocarlo hasta que dio con la fuente de la pestilencia. ¡Allí estaba! Si era cuidadosa, no lo pisaría. Solo tenía que alejarse de ese punto que ahora estaba claro en su visión mental. De hecho, si se quedaba siempre junto a una de las paredes, ni siquiera estaría cerca.

Sharon no sabía por cuánto tiempo podría seguir controlando su vejiga, pero no sería mucho. En un nivel subconsciente, había estado esperando a que alguien viniera y la sacara de allí, pero seguramente habrían pasado horas y nada indicaba que su situación fuera a cambiar de forma inminente. La conciencia de esa realidad hizo que seguir conteniéndose le resultara casi imposible.

Orinar en el suelo de una habitación cerrada y sin ventilación le parecía algo que transgredía tanto los límites de la más básica higiene como los de la propia dignidad. Aun así, atosigada por la vergüenza de ser forzada a contravenir irremisiblemente sus principios, contó los pasos para llegar hasta el centro de la habitación y, una vez allí, se agachó con cuidado y lo hizo.

Vaciarse supuso un pequeño alivio para la presión que le oprimía el cráneo. Era como si cada vez que expulsaba algo de sí se sintiera mejor, por poco que fuera. La jaqueca persistía (y temía que sería así durante varias horas), pero ya no le producía ganas de seguir vomitando. Luego volvió junto a la pared en la que estaba la salida y se dispuso a recostarse en el suelo.

No tenía ni idea de la hora que era, así que quedarse dormida no la haría sentir más desorientada. Se sentó, primero, para luego barrer el suelo con las manos y tratar de limpiarlas en las perneras de su pantalón. Hecho esto, pudo acurrucarse con la espalda en el tabique y, pese al desasosiego que sentía, el sueño acabó por vencerla. Quizá fuera lo mejor. Al fin y al cabo, dormir era la única manera que tenía de escapar, tanto de su dolor de cabeza como de la depresiva realidad en la que se encontraba.

Terribles pesadillas en las que trataba de correr y no lo lograba la estaban atormentando cuando un ruido inesperado la arrancó de los brazos del sueño. Alguien forcejeaba con la puerta, lo que hizo que su adrenalina se disparara y se pusiera en pie con celeridad. El corazón iba a salirse del pecho, tenía ganas de gritar y sentía los jadeos sacudiendo su pecho. ¡Luz! Un fino abanico de luz se colaba por la única rendija que comunicaba la habitación con el resto del mundo. Eran apenas unos hilos de claridad, pero la percepción de Sharon cambió por completo. No estaba ciega y volver a ver, aunque eso anunciara la presencia de quien la tenía retenida, le infundió un optimismo inesperado y refrescante.

El subidón, no obstante, fue más que breve. La puerta se abrió y sus ojos, en penumbra durante tanto tiempo, quedaron deslumbrados por la repentina claridad. Ese lapso fue suficiente para que una enorme sombra se le viniera encima, la sujetara con fuerza y le cubriera la cabeza con un saco de tela negra cuyo cordón le apretó demasiado alrededor del cuello. Sharon gritó y forcejeó, pero físicamente no tenía nada que hacer contra su captor. El revés de una mano poderosa y enorme golpeó su cabeza y la dejó aturdida el tiempo suficiente como para maniatarla y dejarla en el suelo, incapaz de levantarse.

La persona que había entrado comenzó a moverse a su alrededor. En aquel momento, Sharon sufría demasiado como para preocuparse por lo que estaba haciendo: el golpe que había recibido había transportado el dolor a una cota más alta, además de ampliar su radio de acción hasta las primeras vértebras. No podía ni mover la cabeza, pese a que la habían dejado en una postura incómoda y poco natural.

Le pareció escuchar un sonido de repugnancia y supuso que él —sonaba como si se tratara de un hombre— se habría topado con los charcos que sus fluidos habían formado. Unos pasos se alejaron y no se escuchó nada más.

Sharon trataba de volver en sí, pero estaba atontada. El saco, por otra parte, era de un tejido muy grueso: no podía ver nada y cada vez le costaba más respirar sus propias exhalaciones.

Cuando empezó a sentir el temor de la asfixia, los pasos volvieron hasta ella y se movieron alrededor. Estaba confundida; le costó comprender que el hombre —ya había decidido que era un hombre— se estaba ocupando de limpiar el suelo. Primero se sintió agradecida por ese detalle. Después, estúpida por agradecer algo a la misma persona que lo había provocado. Por último, su mente se aclaró un poco y, de manera automática e irreflexiva, comenzó a suplicar por su vida.

—Silencio —fue la única respuesta que recibió.

En efecto, se trataba de un hombre. Ahora ya no tenía duda. Su voz era inequívocamente masculina y había sonado grave y contenida. Sin poder evitarlo, Sharon gimoteó otra vez varias incoherencias apenas hiladas en una frase.

—He dicho que te calles. —Esta vez, la voz sonó más clara, más alta, más cercana.

La chica tuvo miedo de que él se acercara y la golpeará de nuevo. Apretó los labios y lloró quedamente, sin casi hacer ruido. Cuando el trasiego terminó, sintió su presencia a su lado, pero no llegó a tocarla.

—Si gritas o golpeas las paredes o haces ruido de alguna otra manera —le susurró, provocando un terror mucho mayor que si gritara—, vendré aquí y te cortaré uno a uno todos esos preciosos deditos. ¿Está claro?

Sharon asintió con un gemido más agudo, pero su respuesta no fue suficiente para el hombre.

—¿Está claro? —repitió, estirando del saco negro hasta retorcerle el cuello y casi asfixiarla con el cordón.

—Sí, señor —contestó, medio ahogada. Pero él no pareció impresionado. Aún sostuvo la tela un momento más antes de soltarla y que Sharon diera con su cabeza en el suelo.

—Todo lo que necesitas está junto a la puerta. Úsalo. Por las noches, duerme. No te esfuerces en llamar a nadie, no vendrán.

Dicho aquello, se alejó para volver con algo que arrastró hasta el lugar que le acababa de indicar. Lo dejó allí y se agachó una vez más para desatar sus manos.

—No te muevas —le dijo, y a Sharon no se le ocurrió desobedecer.

Antes de que se diera cuenta, él se había marchado y la puerta volvía a estar cerrada desde fuera. No hizo falta quitarse el saco para saber que volvía a estar a oscuras, pero lo hizo porque la atadura en su cuello empezaba a provocarle una fuerte sensación de ahogamiento.

Estaba sola de nuevo, pero las hebras luminosas que se filtraban por la puerta le hacían compañía de alguna manera. Ahora sabía que la noche había pasado y que, al menos durante unas horas, no estaría sumida en aquella negrura que se alzaba por encima de su cordura convirtiéndola en un animal encerrado que esperaba el momento de ser llevado al matadero.

CUATRO

La mejor parte de pertenecer a un programa de protección de testigos era, sin ninguna duda, tenerla a ella.

Iban a cumplirse ya cinco años desde el maravilloso día en que Rob Harris accediera, no sin antes haber sopesado superficialmente los pros y los contras, a dar el sí a lo que entonces consideró un mero trámite matrimonial susceptible de ser fácilmente disuelto cuando llegara el momento. Pero las tornas habían cambiado y una situación que escapaba por completo a su control había provocado, a Dios gracias, que ese momento se tornara cada vez más lejano.

Robert Emmett Harris siempre había sido un don nadie con ínfulas, un vago redomado que no sabía dar palo al agua y que había tratado de abrirse un hueco en determinados círculos, creyéndose narco cuando apenas alcanzaba a ser camello. Aquello podría haber sido su final. Podría haber terminado sus días rajado bajo un montón de basura en algún callejón oscuro y lleno de mierda, o flotando en la superficie del río, hinchado y a medio descomponer. Pero, también en eso, el azar se había posicionado a su favor y lo había rescatado de un ajuste de cuentas que le había rondado mucho más de cerca de lo que nunca llegó a imaginar.

Las cosas no pintaban demasiado bien cuando conoció a Nadja. Debía mucho dinero a algunas personas y, aunque su inherente insensatez lo llevaba a pensar que todo saldría bien y que la sangre no llegaría al río, la verdad era que había empezado a ponerse nervioso cada vez que los chicos de Arnie lo miraban al pasar e interrumpían sus conversaciones para resoplar e intimidarlo, como los matones que eran.

Una tarde, mientras meditaba las opciones que tenía de hacer que saliera dinero de la nada, entró al Seven Eleven de la comarcal en busca de una sopa deshidratada para la cena, sin saber que su vida estaba a punto de dar un giro inesperado. Al acercarse a la caja, se topó de bruces con la mujer más jodidamente erótica que había visto en toda su vida. Llevaba una chapa con su nombre prendida en el escote y Rob se demoró tanto mirándole las enormes tetas que tardó una eternidad en darse cuenta de que ella tenía los ojos enrojecidos por haber estado llorando.

No había nadie más en la tienda y le pareció buena idea interesarse por ella. No tenía prisa por volver al agujero que llamaba hogar y, ¡qué demonios!, nunca se sabía. Quizá un poco de atención y algunos halagos le consiguieran una noche de sexo con aquella belleza de pelo oscuro y ojos casi transparentes. Nada le habría hecho más feliz en aquel momento que hundir la cara entre aquellos gloriosos pechos, ni siquiera encontrar por casualidad el dinero que le debía a Arnie. De hecho, si le hubieran ofrecido un polvo a cambio de morir en el momento mismo del orgasmo, habría aceptado sin dudarle. Es más, habría añadido su alma al trato.

De modo que, de forma descarada y poco sutil, Rob desplegó sus encantos y media hora después ya se había hecho partícipe del secreto de Nadja: su visado estaba a punto de caducar y el dueño del Seven Eleven no estaba dispuesto a renovarle el contrato porque iba a colocar en su lugar a una supuesta sobrina suya a la que —Nadja estaba segura porque había visto algunos videos— llevaba semanas tirándose.

¿Por qué no era ella la inmigrante a la que el viejo se follaba? La respuesta era simple: aunque no estaba segura de que le quedara mucha dignidad en aquel momento, lo que sí tenía claro era que le sobraban escrúpulos para chuparle el rabo a aquel engendro pervertido y apestoso. De modo que, sí, iban a deportarla en unos días sin que la ocasión de encontrar a un benefactor que la salvara se hubiera presentado todavía.

Cómo una cosa llevó a la otra y Nadja acabó ofreciéndole dinero a cambio de que se casaran

para que ella pudiera nacionalizarse norteamericana era algo que Rob aún no tenía claro en el presente. El caso es que, hipnotizado por aquellos melones que parecían hacerlo orbitar alrededor de la mujer que los ostentaba, aceptó la proposición en la idea de que, además de procurarse una oportunidad de sacar tajada sexual de su buena acción, conseguiría al menos un adelanto con el que aplacar las veladas amenazas de Arnie y sus secuaces.

Unos días después, con los datos más relevantes de las vidas de ambos sujetos con pinzas en sus respectivas memorias, Rob y Nadja contrajeron matrimonio en los juzgados con dos testigos acordes a la situación: Charlie Stevens, un raterillo del barrio que apenas acababa de alcanzar la mayoría de edad y le debía un par de favores a Rob; y Leilahni Swait, la prostituta que compartía habitación con Nadja en una pensión barata y destartada de las afueras.

Empujada por la necesidad y el chantaje, aquella misma noche Nadja accedió a acostarse con su recién estrenado marido por primera vez. Haciendo de tripas corazón y diciéndose a sí misma que, al menos, él era joven y acababa de darse una ducha, respiró hondo y entregó su cuerpo al tipo que la había sacado del atolladero en el que se encontraba. Cualquier cosa sería mejor que verse obligada a volver a casa y tener que renunciar definitivamente al sueño americano.

Lo que Nadja no esperaba era que la cosa no fuera mal del todo. Rob era egoísta y sabía bien poco de cómo tratar a una mujer en la intimidad. Pero todo eso se veía compensado con creces por el desmesurado tamaño de su polla. Casi parecía imposible que un pringado como aquel caminara por la vida con semejante herramienta entre las piernas. Así que ella cerró los ojos y se adentró profundamente en fantasías irrealizables que incluían a algún actor de éxito del momento, mientras dejaba que Rob se ocupara de los aspectos técnicos con una maestría aún en vías de desarrollo.

El resultado fue inesperado. Una vez resueltos sus problemas con la oficina de inmigración y con sus apetitos más primarios sorprendentemente saciados, Nadja experimentó un tipo de paz que hacía mucho que creía haber perdido para siempre. No sabía cuánto duraría aquel estado de embriaguez y, ¿para qué engañarse?, Rob era un gañán al que no estaba dispuesta a soportar por el resto de su vida; sin embargo, mientras pudiera aprovecharía el momento, tal y como había hecho siempre.

Él, por su parte, se sentía nadar en las mieles de la buena fortuna. Con un fajo de billetes apretando sus pantalones aún más que la incipiente erección que lo acompañaba cada vez que se fijaba en su nueva esposa, el muy patán ya había comenzado a hacer planes de futuro que incluían saldar su deuda a costa del esfuerzo de Nadja y mojar cada noche como si fuera la última de su patética vida.

Pero entonces todo se fue a pique.

Al día siguiente de la boda en los juzgados, Rob le dijo a su mujer que tenía que hacer una visita a un colega. Sin otra ocupación que la de arreglar una y otra vez su manicura casera, Nadja se ofreció a ir con él, más por hastío que por otra cosa. Al principio él se mostró reticente. Cuanto menos supiera Nadja de sus manejos, tanto mejor para todo el mundo. Pero el fanfarrón que llevaba dentro —y que solía dominar su forma de desenvolverse— no tardó en señalar los posibles beneficios de llegar a casa de Arnie acompañado por semejante belleza europea.

¿Hasta qué punto ella tendría miedo de que se descubriera que su matrimonio no era más que una farsa? ¿Lo bastante como para mostrarse cariñosa con Arnie y ayudarlo a él a saldar definitivamente la deuda que se cernía sobre su cabeza? Engrandecido por el poder que le confería el chantaje, le sugirió que se pusiera guapa para causar una buena impresión: el hombre al que iban a visitar no era ningún don nadie y no quería que se hiciera una imagen equivocada de ella.

Nadja escuchó aquella estupidez en silencio y con una ceja ligeramente arqueada. Aquel imbécil parecía pensar que ella saldría de casa en chándal, o algo así. Ni corta ni perezosa, ignorante de las maquinaciones de Rob, se vistió con lo mejor que tenía: un vestido cruzado cuyo escaso tejido apenas era capaz de cubrir por completo sus desmesurados pechos. Después se recogió el pelo, para que el efecto del escote fuera incluso más evidente. Por último, se maquilló para destacar sus ojos claros y sus gruesos labios y se puso algo de perfume tras las orejas y en el canalillo, tal y como había visto hacer en muchas de sus películas favoritas. Una vez terminó, salió de la habitación y se plantó ante Rob, ufana y satisfecha por su propio aspecto.

Lo había logrado, parecía talmente una prostituta de algún local de carretera decadente.

Rob se las prometía muy felices cuando montaron en su vieja tartana y condujo unas pocas manzanas hasta la casa de Arnie. Si hubiera tratado de indicarle a Nadja cómo tenía que vestirse para impresionar al gran hombre, no habría sido capaz de lograr el mismo efecto que ella sola se había procurado. Nadja despertaría un único pensamiento en cualquier hombre que se cruzara con ella: follársela a cuatro patas mientras la azotaba con una mano y, con la otra, la sujetaba por el cabello.

Cegado por la vanidad de quien posee un objeto de deseo, detuvo el coche en el borde de la carretera y concibió la ocurrencia que estaba a punto de desencadenar una serie de sucesos cuyo final nunca hubiera imaginado: entrar a la casa de Arnie sin antes llamar, como si su mera presencia fuera un honor en lugar de la molestia de un grano en el culo.

Nadja, silenciosa y observadora, lo siguió mientras caminaba hacia la puerta con andares de chulo del tres al cuarto y una sonrisa bobalicona que solo le había visto después del sexo y que, ya entonces, le había resultado penosa. No obstante, no dijo una sola palabra y se mantuvo a la expectativa, un paso por detrás de él.

La puerta cedió sin esfuerzo y ambos se adentraron en los dominios del hombre que más negocios manejaba en el barrio. Un silencio ominoso se extendía por la habitación, como un gas dulzón que se pegara al paladar dejando un regusto rancio y desagradable. La mujer sintió erizarse el vello en sus brazos cuando el aroma inconfundible y conocido a hierro y entrañas penetró con violencia en sus fosas nasales.

—Rob, creo que deberíamos marcharnos de aquí —musitó, deteniéndose por instinto.

—Pero ¿qué dices? —susurró él, ajeno a la cruda realidad que su esposa había percibido claramente—. Arnie me espera, no vamos a ir a ninguna parte.

A Nadja aquella forma de tratar de mostrarse autoritario le resultó ridícula y fuera de contexto, una muestra más de la imbecilidad de aquel hombre que tenía por marido. Solo que en esa ocasión temió que su pequeño y atrofiado cerebro fuera a llevarlos a un final precipitado y truculento.

—Hazme caso —repitió—. Aquí no...

Pero él no le permitió seguir hablando. Con el dedo índice en los labios y los ojos cargados de un odio que se le antojó tan visceral como peligroso, le hizo un gesto para que lo siguiera y, sin saber por qué, obedeció.

Cruzaron una sala pobremente iluminada debido a los cortinones que cubrían las ventanas y llegaron a otra estancia cuya puerta estaba entornada, como si alguien la hubiera abierto empujándola con fuerza y se hubiera vuelto a cerrar tras rebotar en la pared.

—¿Arnie? —llamó Rob, que no era tan valiente como trataba de hacer ver—. Oye, Arnie, ¿estás ahí dentro, tío? Soy yo, Rob Harris.

Silencio.

Rob empujó la puerta con dedos temblorosos y otra vaharada del perfume de la muerte aturdió a Nadja, que apenas pudo contener las náuseas.

—Pero ¿qué coño...? —alcanzó a gritar él, mientras retrocedía un paso, aterrado ante el panorama que encontró en el interior del despacho de Arnie.

Nadja alcanzó a ver un par de cuerpos en el suelo, sobre sendos charcos de sangre y pedazos humanos que explicaban el olor que había notado un par de minutos antes. Una matanza con armas de fuego, pensó, rebuscando entre la pestilencia hasta encontrar un leve tufillo a pólvora.

Estaba claro que tenían que salir de allí cuanto antes, pero ninguno de los dos fue lo bastante rápido como para reaccionar a tiempo. En cuestión de segundos, la puerta de la calle se abrió con un sonoro golpe y la casa se llenó de maderos armados que a voz en grito les ordenaron echarse al suelo con las manos sobre la cabeza. La pareja obedeció sin rechistar ni dedicarse una sola mirada, velando cada uno por su propia seguridad y temiendo por motivos diversos que nada tenían que ver entre sí.

Una hora después, permanecían esposados en comisaría: ella miraba al frente y se había negado a contestar a las preguntas de la policía sin la presencia de un abogado de oficio, aun cuando él hacía rato que se había venido abajo y había cantado casi todo lo que sabía sobre Arnie y sus chicos.

Pero el asunto estaba lejos de terminar con aquella declaración. Al parecer, había policías involucrados en el tiroteo. Al menos dos habían perdido la vida en casa del traficante y Rob y Nadja habían resultado ser unos testigos de lo más jugosos.

—Así están las cosas —dijo el inspector que se había ocupado de interrogarlos—: estabais presentes en el lugar de los hechos y tú —añadió, mirando a Rob como si no fuera más que una escoria de crisol— aseguras haber mantenido una relación... comercial con el principal sospechoso.

Nadja quiso taparse los ojos con las manos, pero no podía hacerlo por culpa de las esposas, que iban a dejarle unas preciosas marcas alrededor de las muñecas. Había que ser gilipollas...

—Dos de mis hombres han muerto en esa casa —continuó— y no voy a dejar que las cosas queden así, ¿está claro? Vais a testificar en el juicio contra Arnold Hayes y os vais a ocupar de dejar bien claro que ese tío era un mierda que se cargó a dos agentes de la ley. Y a nadie le quedará ninguna duda de que los dos estaban limpios y murieron cumpliendo con su deber y defendiendo a los ciudadanos de los Estado Unidos de América. ¿ESTÁ CLARO? —bramó, para que su voz se escuchara por encima del sonido de sus puños al golpear la mesa tras la que se escudaba.

Así que se trataba de eso, pensó Nadja. Su marido era un mierda, pero un mierda muy útil para limpiar la reputación de dos agentes que habían metido las narices donde no debían. Se preguntó cuántos otros policías habrían estado involucrados en la matanza y cuánto habrían tardado en salir para luego volver al interior. Hasta pensó que, con toda probabilidad, alguno de ellos los habría visto llegar en el coche de Rob y habría sugerido aprovechar la ocasión para trazar un plan maestro. Y su recién estrenado marido ni siquiera sabía por dónde le llovían las hostias.

Asqueada por haber caído en una trampa burda y rastrera, decidió que era el momento de tomar las riendas de la situación, de interrumpir el mutismo con el que había obsequiado a aquel hombre uniformado que no hacía más que intentar evitar que su mirada se detuviera en los pezones que a Nadja se le marcaban a través de la fina tela del vestido.

—No podemos hacer eso —dijo, recuperando por arte de magia el acento extranjero que solía esforzarse por disimular.

—¿Qué? —respondió Rob, que la miraba con ojos desorbitados, como si estuviera completamente loca—. ¿Qué mierda estás diciendo, maldita...?

—Cierra la puta boca, Robert —dijo sin mirarlo, pronunciando las erres como lo hubiera hecho en su lengua materna. Eso fue suficiente para que él, sorprendido, dejara de interrumpirla y de ponerlos en ridículo—. Nosotros no podemos declarar contra Arnold, ¿comprende? Eso sería como poner nuestras vidas en peligro de forma gratuita. Sería... firmar una sentencia, ¿comprende?

Se preguntó si había sonado lo bastante vehemente y si había elegido las suficientes palabras con ese sonido que caracterizaba a sus paisanos. No estaba segura del modo en que actuarían los prejuicios en su interrogador, pero había decidido apostar por que él la viera de forma totalmente distinta a cómo ambos veían a Rob.

—¿Se refiere a que hay más... socios en los negocios del acusado?

Bingo. Nadja pudo saborear con fruición la gula con que el inspector degustaba la información que le había sugerido. ¿Más hombres involucrados? Sí, ¿por qué no? Lo que fuera para no ser marionetas en un teatrillo policial mediático e hipócrita.

—Si nosotros habláramos —explicó, sopesando cada una de sus palabras—, habría gente que vendría a visitarnos, ya sabe.

—Tienen que testificar —insistió el hombre, apretando cada sílaba como si las estuviera pariendo—. Es su deber de ciudadanos y, además, estaban en el escenario del crimen y...

—No tiene nada contra nosotros —aventuró la mujer, completamente templada—. No íbamos armados ni hallarán una sola de nuestras huellas. Además, ustedes saben que llegamos después de... la fiesta.

Lo último era un farol que adornó guiñando al hombre el ojo que Rob, sentado a su derecha, no podía verle. También sonrió levantando apenas la comisura, mientras erguía la espalda para que sus pezones apuntaran directamente a la entrepierna del inspector, que observaba su actuación con los labios fruncidos y comenzaba a sudar profusamente. Si dispusiera de unos minutos a solas con él, pensó Nadja, su pantalón no tardaría en abultarse. Si le quitara las esposas, no tardaría en hacer que la inflamación desapareciera. Había algo en él que la atraía. O quizá era la sensación de poder que le daba el hecho de que no hubiera dejado de desearla desde que habían llegado a la comisaría.

—Si quiere que le ayudemos en su... blanqueo, tendrá que ofrecernos algo más a mi esposo y a mí.

Y así fue como la pareja había acabado formando parte del programa de protección de testigos, asumiendo las identidades de Eva y Bobby Leinman, viviendo en el segundo piso de aquel bloque color orín y perpetuando un matrimonio de conveniencia del que ambos salían beneficiados.

Robert tenía —por fin— un trabajo al que acudía cada día y una esposa que lo mantenía firme en todos los sentidos imaginables. Eva, por su parte, había logrado que su nacionalidad no estuviera en tela de juicio y se había acostumbrado a la presencia del cretino de su marido, hasta el punto de que, una vez pulidas ciertas asperezas de su estúpida forma de ser, su presencia ya no le molestaba tanto. Al fin y al cabo, follar se les daba bien y tenían cierta seguridad económica que el estado les garantizaba durante unos cuantos años. ¿Qué más podían pedir?

Por eso, cuando aquella mañana Bobby llegó a casa y se encontró de frente con el coche patrulla, sus alarmas saltaron y el corazón se le disparó como un caballo desbocado. ¿Qué mierda estaba haciendo allí la pasma?

Su cabeza bullía como un hervidero, sopesando sus actos de los últimos meses, así como la posibilidad de que estuvieran allí por cualquier otra razón. Quizá la vieja Norris hubiera sufrido

al fin el colapso que se merecía. Sí, eso podría haber ocurrido. Tal vez la había palmado y sus gatos la estaban devorando dentro del apartamento. Eso sería algo digno de salir en las noticias, ¿no?

O tal vez el muerto fuera Leilan. A lo mejor su gordo corpachón no había podido más y el corazón había dejado de latirle de una jodida vez. Le asqueaba oírlo jadear cuando subía por las escaleras. En el fondo, temía que un día se desplomara en el descansillo: no pensaba agacharse sobre él para hacerle un masaje cardíaco ni, mucho menos, practicarle la respiración asistida. Tampoco permitiría que Eva lo hiciera, por descontado. No podría volver a besarla si juntaba sus labios con los de aquel tío repugnante. Solo que, entonces, quizá podrían acusarlo de un delito por omisión del deber de socorro y el agente que se ocupaba del programa de protección se lo había dejado bien claro desde el principio: nada de problemas con la justicia, o todas las molestias que se habían tomado con ellos se irían al traste.

Con cautela, tras aparcar su tartana —por razones evidentes se trataba de una nueva versión de su antiguo trasto— en la parte trasera del edificio, se acercó con cuidado a la escalera delantera y, pasando junto al vehículo policial como quien camina junto a un tigre dormido, comenzó a subir. Nunca lo reconocería, pero subía cada peldaño mientras en su interior rezaba cuanto sabía, que no era mucho, para que los polis no estuvieran esperándolo en su apartamento. Por muy poco que pudiera parecerle a cualquiera, Bobby no deseaba perder nada de lo que la vida y las circunstancias le habían dado en los últimos años.

Al llegar al primer piso se detuvo a escuchar, pero la silueta de la señora Norris atisbando entre las cortinas con el ceño fruncido le rebeló que no estaba muerta ni había sido devorada por ningún animal doméstico, así que siguió subiendo. No tenía ninguna excusa para llegar hasta el tercero, por lo que sacó su propia llave y la introdujo en la cerradura de su apartamento. En ese preciso instante, escuchó cómo se abría la de su vecino, en el piso de arriba, y se apresuró a meterse en casa para poder echar un vistazo entre los visillos, tal y como había visto hacer a la vieja. Su curiosidad era grande, pero no tanto como para arriesgarse a que lo vieran o trataran de relacionarlo de algún modo con los líos de sus vecinos. La mala suerte ya le había hecho testificar en una ocasión, pero no le ocurriría de nuevo. Además, si trataban de preguntarle alguna cosa no sabría ni cómo responder. Y Eva no estaba en casa...

No obstante, ninguno de sus temores acabó cumpliéndose.

Instantes después de que se parapetara tras los cristales, dos agentes comenzaron a descender, conduciendo escaleras abajo a un Leilan esposado y algo vapuleado a quien sujetaban como si se tratara de un enemigo público. ¿Qué cojones habría hecho el puto gordo?, se preguntó Bobby, antes de ponerse un bocadillo y abrir una Coca-Cola.

Se sentó en el sofá y encendió la tele, como siempre. Había desarrollado la sana costumbre de ver las noticias al llegar a casa, buscando alguna información, casi un mensaje secreto de tranquilidad para quienes, como él, vivían una vida prestada. Nunca encontraba nada, aunque aquella mañana se estaban ensañando con el caso de una joven que había desaparecido de camino al trabajo. Cuando dijeron que la policía ya tenía al menos a un sospechoso, la cabeza de Bobby casi ardió en busca una conclusión que para cualquiera hubiera sido mucho más sencilla de alcanzar.

—¡No me jodas! —exclamó, tirándose del sofá para comenzar un baile frenético en la alfombra de la pequeña sala—. ¡No me jodas! ¡No me jodas!

Y así continuó, incrédulo y atisbando de hito en hito por las ventanas, en busca de una patrulla que no volvió a aparecer, hasta que Eva llegó a casa del trabajo, varias horas después.

CINCO

El cabrón le había dejado un kit de supervivencia al lado de la puerta.

Un rollo de bolsas de basura con autocierre y una palangana. Papel higiénico.

Dos botellas de agua de dos litros y un par de cajas que Sharon rasgó para saber qué contenían. ¿Chocolatinas? Abrió una, a pesar de que no se sentía capaz de probar bocado. Eran barritas de cereales, veinte, en total.

Un paquete pequeño y cuadrado, blando, de plástico. Compresas.

Un saco de dormir.

Repasó el contenido una y otra vez, incrédula. Nada de aquello tenía sentido. ¿Por qué alguien que la mantenía encerrada y no dudaba en golpearla —y casi asfixiarla— iba a preocuparse por que comiera, bebiera y se ocupara de su higiene íntima?

Por más que lo pensaba, no lo comprendía. Solo una idea parecía caber en aquel sinsentido, una que al principio la puso furiosa pero que, más tarde, la sumió en una tristeza profunda y devastadora. «Quiere que esté aquí durante mucho tiempo —se dijo—. Me va a tener encerrada, pero no quiere dejarme morir».

El futuro se convirtió entonces en una quimera, en una posibilidad que alguna vez había sido real, pero que ahora se tornaba más y más lejana, inalcanzable. Desde su prisión oscura, Sharon era incapaz de vislumbrar una forma de escapar, y tampoco concebía que nadie la fuera a encontrar. Además, estaba dando por hecho que él no la liberaría nunca, que la dejaría allí para siempre, a su merced. ¿Para qué? Eso lo ignoraba, aunque su mente empezaba a delirar y algunas imágenes de barbarie, violación, mutilación y descuartizamiento se mostraban ya, recurrentes y cada vez más corpóreas.

El tiempo parecía no avanzar y ella seguía allí, sentada junto a los objetos de los que él la había provisto, contemplando el fino abanico luminoso que se colaba por debajo de la puerta. Le recordaba algo, pero no sabía qué. Era como si ya lo hubiera visto antes, en otro momento de su vida que ahora ya quedaba muy lejano. De forma inconsciente, se estaba esforzando por recuperar aquel recuerdo perdido que le provocaba una sensación de dejá vu. Con los ojos fijos en el brillo amarillento de la luz, que ejercía cierto poder hipnótico sobre ella, dejó que su mente vagara por las praderas de la memoria hasta que fue a detenerse en el lugar exacto, en el momento justo.

Sharon tenía entonces siete años. Su hermana la había convencido para dar un buen susto a su madre.

—Entra ahí dentro —le había dicho, empujándola al interior del armario de los abrigos que había en el recibidor—, y espera hasta que mamá abra la puerta. Entonces, levantas las manos así y gritas ¡buh! ¿Entendido?

—Sí, Louise.

—Y no se te ocurra salir antes de que mamá venga, o lo estropearás todo.

A Sharon le daba miedo la oscuridad, pero no se atrevía a llevar la contraria a su hermana. Si se enfadaba con ella, le haría la vida imposible durante semanas. Así que se quedó allí quieta, en silencio, mirando fijamente el tenue rayo de luz que se colaba por la esquina superior, donde la vieja puerta no encajaba del todo con el marco.

Escuchó los pasos de Louise mientras se alejaba, en busca de la madre. Y esperó, esperó, esperó. Pero nadie venía a abrir esa puerta y la luz se iba consumiendo como los últimos estertores de una vela moribunda. Cuando se apagó, al caer la tarde, Sharon se abrazó con fuerza y cerró los ojos. Ya no podían tardar mucho en venir a buscarla. Seguramente su madre habría

estado planchando o lavando ropa o preparando algo para cenar. Le habría dicho a Louise que esperara hasta que terminara, pero ya no podría faltar mucho, porque tenía la sensación de que llevaba horas allí dentro.

Recordaba con claridad cómo el vacío del armario se iba cerniendo sobre ella, acosándola, obligándola a estremecerse mientras el miedo se la comía viva. Cuando ya llevaba un buen rato en la oscuridad total, aparecieron las manos. Podía verlas en su mente, ganchudas y nudosas, de un negro demoníaco, acercándose por detrás para agarrarla y llevársela consigo al infierno. Desesperada, había empezado a rezar, pero Dios no parecía estar escuchando su silenciosa súplica y las garras oscuras cada vez se le acercaban más.

Primero las sintió en las piernas, por debajo del vestido blanco con lazos azules que había heredado de Louise. Era la misma sensación que cuando un insecto se posaba en su piel, delicada pero insoportable.

Después notó como una de aquellas emnegrecidas uñas arañaba su brazo. Trató de apartarla de un fuerte manotazo, pero aquello las enfureció y se revolviéron contra ella.

En el momento en que sintió que la agarraban por el cuello y tiraban con fuerza hacia las profundidades de la oscuridad, Sharon gritó. Gritó con todas sus fuerzas para salvar su vida mientras manoteaba para zafarse del agarre terco de aquellas sombras infames.

Entonces la puerta del armario se abrió y la luz se hizo de nuevo, mostrándole el rostro demudado de su madre, que trataba de sujetarla para que no la siguiera golpeando. Su mente tardó en comprender que el peligro había pasado pero, cuando al fin lo hizo, el llanto de la niña resonó frenético por toda la casa. Apenas era capaz de soportar el abrazo de su madre, que le preguntaba una y otra vez por qué se había encerrado en el armario.

No fue hasta después de la cena que Louise confesó lo ocurrido. Se había olvidado de que Sharon estaba allí. Había subido en busca de su madre y se había entretenido en su habitación, perdiendo la noción del tiempo. Su padre la castigó sin postre durante dos semanas. Su madre, furiosa, tuvo que respirar varias veces para contener el impulso de darle un bofetón. En lugar de eso, aquella noche permitió que Sharon durmiera junto a ella y veló sus pesadillas hasta que el amanecer se llevó consigo a los fantasmas de la oscuridad.

—Eres una estúpida —le reprochó su hermana, al día siguiente—. Podías haber salido tú sola del armario. Por tu culpa estoy castigada, ¡estúpida!

A partir de aquel día, su madre había extremado la vigilancia de las niñas hasta el punto de no volver a dejarlas solas durante más de cinco minutos. Solo el paso de los meses hizo que aquel episodio se fuera desdibujando y llevó de nuevo la normalidad a aquella casa. Las manos de sombra... Esas jamás volvieron a abandonar a Sharon.

Ahora, encerrada en aquella habitación de clausura, la joven comprendió de pronto cuál era el verdadero enemigo al que se enfrentaba. Cuando el abanico de luz empezara a mermar hasta consumirse por completo, la oscuridad volvería a reinar sobre ella y los demonios de manos heladas aparecerían una vez más, dispuestos a caerle encima y despedazar su cordura en un particular descenso a los infiernos.

Vencida por el pánico, se acurrucó junto a la luz y lloró. Y su llanto era, de nuevo, una súplica silenciosa por su vida. Aunque en esta ocasión tenía la certeza de que no había nadie escuchando al otro lado, nadie para atender a una plegaria desesperada. Estaba sola; su madre no abriría la puerta ni la arroparía con el consuelo de sus brazos. Cuando vinieran, la encontrarían.

SEIS

A media mañana, los agentes que habían efectuado la detención de Leilan Harper tomaban un café en la comisaría mientras el inspector al frente del caso, Scott Craig, preparaba la línea de interrogatorio en su despacho.

—¿Crees que habrá sido él? —preguntó el primero, un hombre que rozaba la cincuentena y cuya forma física había conocido tiempos mejores.

—Ni idea —respondió su compañero, más joven y deseoso de colgarse su primera medalla—. Pero, ojalá me dejaran interrogarlo a mí. Te aseguro que le sacaré hasta el apellido de soltera de su madre...

Sin embargo, el inspector Craig tenía otros planes para Leilan. Había sido detenido porque una vecina de su edificio lo había denunciado, pero él no creía que el tipo fuera un secuestrador. Siempre era lo mismo: antiguas rencillas saldadas con una denuncia oportunista que se resolvía con una coartada y todo quedaba en nada. Tiempo y recursos policiales desperdiciados por culpa del rencor y el egoísmo de las personas.

Lo más probable sería que el tipo declarara que tenía algún testigo, algún lugar al que habría ido cuando aquella vieja chismosa lo había visto, según ella, «bajar las escaleras como alma que lleva el diablo» para luego regresar de nuevo a su apartamento. Quién sabía, tal vez se había quedado sin cerveza. O sin hierba, esas cosas pasaban. Craig solo deseaba que se aclarara cuanto antes para poder seguir buscando al verdadero culpable. La vida de una joven estaba en juego y su deber, la razón por la que había entrado en el cuerpo hacía ya unos cuantos años, era encontrar al canalla que la tenía. Eso, con suerte. En el peor de los casos, buscarían al desgraciado que se la había cargado y la justicia se ocuparía de que pagara su crimen. Ojo por ojo, sin el menor remordimiento.

Se disponía a entrar en la sala e interrogar al hombre cuando su bolsillo empezó a vibrar. Era su teléfono particular y solo había una razón por la que Patty pudiera llamarlo mientras estaba de servicio: la hora había llegado.

Scott y Patty llevaban juntos una eternidad; toda la vida, como suele decirse. Habían ido al mismo instituto y habían empezado a salir juntos meses antes del baile de graduación, al que habían asistido como pareja, desde luego. Las votaciones maquiavélicas de sus compañeros no los habían elevado hasta la categoría de rey y reina del baile, pero eso a él no le había importado lo más mínimo. De hecho, se había sentido aliviado. Subir a un estrado a que le colocaran una corona de plástico con un baño dorado era una situación tan estresante y ridícula que, cuando el director, el señor Hopkins, nombró a Peter Gilligan y Selma Black y todo el gimnasio prorrumpía en emocionados aplausos, no pudo evitar un sonoro suspiro de satisfacción. Solo cuando miró hacia abajo y vio la desilusión en el rostro de Patty comprendió que, en su caso, había albergado esperanzas de llegar a pertenecer a la monarquía estudiantil. La razón la ignoraba pero, por si acaso, se abstuvo de preguntar y pasó el resto de la noche tratando de hacer que se sintiera única y especial, como él la había visto desde el principio.

Siempre había intuido que todo cuanto hizo en aquel baile no había sido suficiente para ella, pese a que Patty se había esforzado por mantener una fachada de felicidad y una sonrisa en los labios, que no en los ojos. Ya entonces, Scott comenzó a entrever en el carácter de su chica una cierta tendencia a la competitividad que antes le había pasado desapercibida, pero nunca se preguntó hasta dónde llegaba ni cómo afectaría al futuro de ambos.

Apenas terminaron los estudios, unos años en los que su relación sobrevivió a base de

llamadas telefónicas y fines de semana en los que él no hacía más que buscar su cercanía mientras ella se negaba a descruzar las piernas, los dos jóvenes se casaron y se establecieron por su cuenta en un apartamento diminuto en la ciudad. Scott ya era policía y Patty, una consultora cualificada que, no obstante, no había aceptado el primer empleo que le habían ofrecido en previsión de un embarazo que empezaron a buscar primero con ilusión y, más tarde, con auténtica desesperación.

Dos años después de la boda sus esfuerzos aún no habían dado fruto y, finalmente, Patty aceptó un trabajo aduciendo que, si llegaba a quedarse embarazada, siempre podría dejarlo. Scott estuvo de acuerdo con aquella decisión, en la creencia de que una carrera profesional la ayudaría a sobrellevar el tema de los niños. Él ya había empezado a mentalizarse de que su esposa nunca concebiría y lo cierto era que no le parecía tan importante. Había querido aumentar la familia, sí, pero el mero hecho de compartir su vida con Patty ya le parecía un motivo para sentirse afortunado. La tenía a ella y tenía el trabajo que había elegido, pedir más sería tentar a la suerte.

Pero ella no se conformaba. Al contrario, cuanto más imposible parecía el embarazo, más parecía desearlo. Como si el hecho de no ser madre la hiciera quedar descalificada en la carrera hacia la mujer perfecta, o algo así. Scott no podía entender su obsesión, pero la respetaba y seguía poniendo todo su empeño cada vez que aquel condenado palito anunciaba el momento de la ovulación.

Pasó otro año más antes de que se decidieran a consultar a un especialista. El resultado fue demoledor para Patricia: poco esperma y un útero hostil, la combinación para el fracaso. Había llorado durante tres días, a pesar de que el doctor les había ofrecido información sobre otras posibilidades de alcanzar la ansiada maternidad. En aquel momento, ninguna le pareció aceptable y el conocimiento de su situación fue como un disparo en pleno corazón: sorprendente y letal.

Scott tuvo que redoblar sus esfuerzos para hacerla feliz, sabiendo que a pesar de todo nada garantizaba que lo consiguiera. Se negó a aceptar la rotundidad con la que se les había negado la posibilidad de tener un bebé e insistió en que siguieran intentándolo aun cuando Patty casi había tirado la toalla. Por supuesto, nada ocurrió.

Aún tardaron unos meses más en aceptar la realidad y, cuando lo hicieron, cuando la frustración de Patricia se aplacó, ella le propuso valorar aquellas otras opciones que al principio había descartado con tanta ligereza. La adopción, el útero de alquiler, la inseminación... pasaron a ser los únicos temas de conversación entre ellos, hasta el punto de que Scott empezó a desarrollar por el tema un pequeño rechazo que se esforzaba en mantener bien sujeto en lo más profundo de su psique.

Patricia descartó el útero de alquiler. Le dijo que no podía soportar que otra mujer llevara en su vientre al hijo de él, y Scott lo aceptó. De hecho, la subrogación del embarazo le generaba un conflicto moral relacionado con los derechos de la madre biológica, de modo que no volvieron a mencionarlo.

Entonces él se negó a adoptar a no ser que no quedaran más opciones y, en contrapartida, Patty le confesó que no deseaba gestar a un bebé de otro hombre, por muchas ganas que tuviera de ser madre.

Para ellos solo quedaba una opción: un bebé *in vitro* que Patty pudiera llevar en su vientre. El camino no sería sencillo y tendrían que someterse a varios tratamientos de fertilidad que no garantizaban al cien por cien el éxito del programa. Además, por si todo eso fuera poco, iba a resultar tremendamente caro, tanto que en aquel momento ni siquiera podían permitírselo.

Y entonces empezó el verdadero calvario. Scott empezó a meter horas extra y Patty se buscó otro empleo en su tiempo libre, planchando unas horas en la lavandería que había dos calles más arriba. Ahorraban hasta el último centavo de lo que ganaban para acortar cuanto pudieran la

espera que estaban afrontando. El doctor les había explicado que cada vez que lo intentaran se implantarían tres óvulos fecundados en el útero de la mujer, para tratar de garantizar al menos un veinticinco por ciento de posibilidades de éxito. Era un porcentaje ridículo, pero Patty se habría agarrado a un clavo ardiendo.

La primera vez que se sometieron al tratamiento y Patricia fue inseminada de forma artificial, la pareja sufrió el golpe más duro de su vida hasta aquel instante. La sangre, pocos días después, caló hasta el colchón y quedó allí incrustada como un recordatorio constante de su fracaso. Ella no permitió que Scott comprara un nuevo colchón, no estaba dispuesta a tirar a sus hijos a la basura de cualquier manera, le dijo, mirándolo como si fuera un monstruo desconsiderado.

Después de aquello, pasaron unos meses sin que ninguno de los dos sacara el tema. La locura reproductora de Patricia parecía haber remitido y daba la sensación de haberse conformado con ser solo dos. Se cogían de la mano y paseaban por la calle, miraban escaparates, planeaban algún viaje. Scott vivía el mejor momento de su matrimonio y, por si eso fuera poco, por fin fue ascendido a inspector. Todo iba de maravilla hasta aquella noche en que se despertó y se dio cuenta de que Patty no estaba en la cama con él. La encontró encerrada en el baño, llorando en silencio encogida sobre sí misma en una estampa tan patética que temió que hubiera perdido el juicio. No era la primera vez y tampoco fue la última, pero sirvió para que Scott le prometiera que volverían a intentarlo tantas veces como fuera necesario.

Y así se había ido desarrollando su vida, entre el trabajo y la frenética búsqueda de un grial que no parecía existir para ellos, hasta que el cuarto tratamiento de fecundidad, milagrosamente, había dado resultado. Patty estaba a punto de cumplir cuarenta y un años, no era una madre joven y el embarazo había supuesto para ella una presión más grande de la que quizá estaba preparada para soportar. Desde el principio Scott la había mantenido entre algodones, alimentando su fragilidad y con la esperanza puesta, él también, en que aquella vez fuera la definitiva. Estaba convencido de que su matrimonio, a pesar de la veneración que sentía por Patricia, no soportaría un aborto más. Y quizá sus corduras tampoco.

En contra de todo pronóstico, los mellizos prosperaron y Patty se convirtió en la mujer que parecía haberse comido a sí misma. Scott quería verla radiante de pura felicidad, pero la verdad era que solo la veía hinchada, sudorosa y terriblemente lenta, teniendo en cuenta que siempre había sido una persona incapaz de sentarse a ver la vida pasar. El doctor les había avisado de que era probable que el embarazo no llegara a término y se había programado una fecha límite para realizar una cesárea en caso de que el parto no se desencadenara antes.

En cuanto sintió la vibración de su móvil personal en la pierna, Scott supo sin necesidad de contestar que ya no tendrían que practicarle esa intervención a Patty. Ella nunca lo habría llamado de no ser por algo relacionado con la gestación, y cualquier cosa al respecto solo podían ser malas noticias. Por eso, antes incluso de contestar, tiró de su chaqueta y gritó mientras se dirigía a la puerta:

—O'Rilley —el agente más joven clavó sus ojos en él, sobresaltado por su inusitado tono de voz—, acaba con el detenido cuanto antes, yo tengo... No puedo quedarme —dijo, evitando unas explicaciones que suscitarían la lástima de toda la comisaría.

—Sí, señor. No se preocupe —respondió el joven, aunque Craig ya había salido por la puerta sin mirar atrás.

El motivo por el que Craig se había dirigido a Justin O'Rilley siempre sería un misterio. Quizá, simplemente, era la primera persona que había visto al levantar la cabeza en su apresurada partida. Tal vez, de no haber sentido en su interior la urgencia por escapar de la comisaría antes

de descolgar el teléfono y recibir la temida noticia de que el parto se había desencadenado a las veintiocho semanas de gestación, habría recapacitado y se habría fijado en que Marcus Connelly estaba allí, justo a su lado, tan sorprendido por la elección del inspector como el propio Justin. En cualquier caso, ninguna elucubración tenía ya sentido: la elección había recaído sobre el chico nuevo y, por mucha intranquilidad que suscitara en Connelly la codiciosa ansiedad que el joven había mostrado respecto al interrogatorio de Harper, ya nada podía hacerse al respecto.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Marcus, de todas formas, en un intento por equilibrar la balanza con la experiencia táctica que los muchos años que llevaba en el cuerpo le otorgaban.

—No será necesario —respondió el agente, con una sonrisa torcida que evidenciaba lo muy pagado de sí mismo que sentía en aquel momento—. No tardaré mucho en sacárselo todo y, en cuanto ese gordo de mierda haya confesado, tú y yo saldremos volando a por esa chica, Sharon, y volveremos con ella como auténticos héroes. ¿Qué dices? ¿No te parece un buen plan?

Marcus asintió, silencioso, mientras su cerebro echaba humo por todas las alarmas que se habían encendido en su interior. Sintió cómo el desastre se cernía sobre ellos en cuanto comprendió que O'Rilley no estaba cualificado para encargarse de aquel caso. Sus motivos no podían ser más erróneos y, espoléada por su prepotencia, su táctica de interrogatorio resultaría por completo infructuosa. En otras circunstancias, aquello no habría tenido mayor relevancia que la de un asunto de poca monta chapucosamente resuelto. Sin embargo, con la chica desaparecida y un único sospechoso, de una actuación policial negligente podrían sobrevenir dos consecuencias a cual más nefastas: la primera, negarle a Sharon la posibilidad de volver a casa con vida; la otra, no tan noble pero igualmente preocupante, provocar que la prensa se les echara encima como los carroñeros que eran, convulsionando la opinión pública con informaciones tergiversadas que podrían llegar a provocar la apertura de algún que otro expediente sancionador, en el peor de los casos.

Si la cosa se complicaba, se abriría una investigación y el barro salpicaría la camisa del inspector, de eso estaba seguro. Se cuestionaría su decisión de dejar el interrogatorio en manos de un agente sin experiencia y se indagaría en su vida personal hasta demostrar que esta había influido de manera negativa en su profesionalidad. Eso podría costarle caro a Scott, y Marcus lo conocía y lo admiraba desde hacía mucho tiempo. Era un hombre de nobles ideales, justo y ecuánime, todo un modelo de buen policía. Estaba al tanto de su situación familiar y conocía superficialmente a Patty, de quien no podía hablar con tanta generosidad. Ella era complicada y los entresijos de su personalidad carecían de la transparencia de la mente de su esposo. Y, aunque Marcus era consciente de que los dos habían sufrido mucho, se preguntaba muchas veces si la vida de su superior no habría sido más sencilla de haber atravesado los mismos baches junto a una persona diferente.

En todo caso, no veía cómo impedir que aquellos temores suyos se cumplieran. No había nada que pudiera hacer, la orden de Craig había sido clara y directa. Lo único que se le ocurría era rezar con toda la fuerza de su fe cristiana porque O'Rilley no perdiera los papeles en la sala de interrogatorios y los condenara a todos a la tragedia del fracaso. Y eso fue precisamente lo que hizo, rezar en silencio sosteniendo el vaso de cartón en el que apenas quedaban unos posos fríos de café mientras lo veía encaminarse pasillo adelante, con insensato arrojo, decidido a lucirse ante el mundo sin tener en cuenta lo que su soberbia podía acarrearles a las demás personas.

Ajeno a tanta cavilación y tanto fatalismo, Justin iba perfilando en su mente la mejor estrategia para acojonar a aquel tío con pinta de pusilánime y que cantara cuanto antes en clave de sol. Se río en sus adentros y el regocijo asomó a sus labios. Le encantaba aquella broma de la clave de

sol. Se le había ocurrido estando aún en la academia y había esperado el momento de aplicarla a una situación real. Ese momento por fin había llegado, y Justin no podía sentirse más satisfecho de su suerte. Ignoraba por qué había sido designado por el inspector, pero le importaba más bien poco. Estaba claro que la suerte había estado de su parte, le había brindado por fin la oportunidad que tanto merecía. Si todo salía como esperaba, el ascenso debía ser inminente. ¡Sus hermanos iban a alucinar! Y su madre... Qué orgullosa estaría de él. Seguramente eso taparía la decepción que había sentido aquella vez en la que, siendo niños, en casa había faltado dinero de la caja para los gastos. Ella nunca lo había acusado directamente, pero él había sentido la desolación de la certeza en su mirada. Llevaba años tratando de resarcirse de aquel error de juventud, pero nunca había tenido la ocasión de hacer algo tan bueno como para arreglar una confianza profundamente defraudada.

Sin embargo, el día de su redención había llegado por fin. Demostraría a su madre el hombre en el que se había convertido, el héroe que se escondía bajo el recuerdo de aquel adolescente que tantas veces la había jodido. Con un poco más de suerte, volvería a ser su preferido y sus hermanos tendrían que tragarse todas y cada una de las palabras de reproche que alguna vez le habían dedicado, haciéndolo sentir insignificante y rastrero.

Convencido de que Dios ayuda a quien se ayuda a sí mismo, llegó hasta la puerta custodiada por el agente Jefferson y se detuvo ante él, sonriente y ufano.

—Gracias, Tomy. A partir de ahora, yo me encargo.

—¿De qué hablas? —dijo el hombre, extrañado.

A Tommy Jefferson le gustaban los formalismos. No podía evitarlo, le daban seguridad, le hacían sentir que todo iba a salir bien. Por la mañana le habían encomendado la tarea de apostarse en la puerta de aquella sala a vigilar al detenido y, mientras no apareciera alguien de rango superior a liberarlo de su responsabilidad, no pensaba mover un solo músculo para dejar su puesto. En todo caso, no lo haría solo porque el niño de Justin se lo pidiera.

—El inspector me ha encargado el interrogatorio —explicó O'Rilley, jactancioso—. Yo me ocupo de Harper.

—Ocúpate de lo que quieras —respondió, rudo, minando por un momento la seguridad de su compañero—. No voy a moverme de aquí hasta que no me releve el inspector.

—Craig ha salido —informó Justin, molesto.

—Le esperaré. No tengo otra cosa que hacer hasta que mi turno termine...

Vaya, pensó O'Rilley, el primer escollo. La presencia de Jefferson parecía restarle autonomía a su actuación, como si solo por estar allí su trabajo fuera a ser menos meritorio. Su carácter fuertemente individualista se resentía con facilidad cuando no se le permitía despuntar por encima de los demás agentes. Era algo en lo que creía estar trabajando, aunque sus intentos eran tan superficiales como vacuos.

—Como quieras —concedió resoplando, antes de tratar de recomponer una sonrisa de cortesía que Jefferson ignoró deliberadamente.

Esperó a que el hombre se hiciera a un lado hasta que, viendo que literalmente no pensaba moverse de su puesto, extendió el brazo para abrir la puerta y colarse por ella de perfil. No pudo evitar rozar con el pecho el brazo de Jefferson y sintió en su interior una furia sorda por aquella tozudez que lo hacía quedar por debajo, casi humillado ante aquella mole de carne obediente y servil.

Una vez que estuvo dentro, trató de controlarse antes de mirar de frente al hombre que esperaba sentado con las esposas todavía ceñidas a sus muñecas. Sin embargo, su sola presencia

le despertaba un sentimiento de rechazo tan fuerte que la ira, en vez de aplacarse, fue en aumento hasta obligarle a apretar los puños y sacudir la cabeza. Observó con satisfacción que aquella reacción asustó al detenido, quien dio un respingo en su asiento con la respiración entrecortada por la impresión. «Menudo maricón —pensó divertido—, casi se mea encima».

—Muy bien, escoria, vamos allá —escupió, paladeando el miedo que se respiraba en el pequeño cuarto.

Entonces, el interrogatorio comenzó.

SIETE

—De acuerdo, gracias. Manténgame informada de cualquier cambio en su estado.

Louise colgó el teléfono y empezó a frotarse el puente de la nariz con dos dedos, el dolor de cabeza ya en ciernes.

La había llamado el director de la residencia Praderas de esplendor, en la que su madre había pasado los últimos cuatro años a la espera de una muerte que nunca parecía decidirse a llevarla consigo. Internarla había sido una decisión difícil, sobre todo por la resistencia de Sharon, pero al final la lógica se había impuesto y habían hecho lo que tenían que hacer. Ninguna de las dos podía dejar su vida en suspenso para ocuparse de los estragos mentales y físicos que la demencia había ocasionado en la anciana y, cuando por fin convenció a su hermana de que lo más piadoso sería asegurarse de que alguien cualificado la atendiera veinticuatro horas al día, Sharon no había tenido más remedio que claudicar y aceptar que, una vez más, ella tenía razón.

No había sido fácil, desde luego. Se había resistido. Aún tenía aquellos instantes de lucidez en los que parecía experimentar un despertar a la vida real y enfocaba su mirada desesperada en ellas como si les suplicara sin palabras. Probablemente así era, pero eran instantes escasos y durante el resto del tiempo había demostrado con creces que era un peligro para sí misma y una carga demasiado pesada para las conciencias de las dos hermanas. Ninguna podía cargar con la responsabilidad de dejarla sola un momento y que se lesionara de alguna manera, como ya había ocurrido antes. ¿Y si una de aquellas crisis acababa en un resultado fatal? Sus conciencias no podrían soportarlo, pero tampoco estaban listas para abandonar por completo sus vidas y dedicarse únicamente a pasar el tiempo encerradas con su madre. De modo que, a fin de cuentas, no habían tenido más opciones, a pesar de que Sharon la había machacado durante meses con sus remordimientos y su mala conciencia.

Aquellos días habían sido duros de verdad, pero ya habían quedado atrás. En los últimos cuatro años, Louise se había encargado con celo casi profesional del bienestar de su madre. Había establecido unos horarios de visitas a los que su hermana se había amoldado y permanecía en permanente contacto con la dirección de la residencia, al tanto de medicaciones, alimentación y variaciones en su estado. Después, informaba escrupulosamente a Sharon, quien había aceptado de forma tácita el papel protagonista de su hermana mayor y se limitaba a aceptar todas sus decisiones y mostrarse disponible para todo lo que ella le pidiera, sin cuestionarla jamás.

No obstante, un par de semanas atrás la situación había cambiado. El doctor Adams, el director, se había puesto en contacto con ella una madrugada para informarla de que su madre estaba en plena crisis. Era grave, sí, tenían por su vida. Las dos mujeres tardaron unos cuarenta minutos en presentarse allí, con el corazón encogido de pensar que no llegarían a tiempo de verla con vida por última vez. Pero la crisis había pasado y, milagrosamente, Aurora no había dejado el mundo de los vivos.

—Lamento ser tan directo —había dicho Adams—, pero no puedo permitir que se engañen. Aurora se muere. No podemos precisar si será esta noche, mañana o la semana que viene. Eso no lo sabe nadie, salvo nuestro señor Jesucristo —se santiguó y las dos mujeres se apresuraron a imitarlo—, pero es mi deber informarlas de que el desenlace está muy próximo, inminente.

La forma en que las hermanas habían aceptado aquel mensaje de desesperanza había sido similar en esencia, aunque distinta en cuanto a signos externos. Las dos habían sentido la misma sensación de orfandad y abandono, de soledad y desprotección pero, mientras que Sharon no había podido reprimir el llanto, Louise se había aferrado a los aspectos más prácticos, algo

que podía gestionar con eficacia y que le permitía evadirse de lo que realmente se iba a ver obligada a afrontar.

—No podemos permanecer aquí hasta que mi madre... hasta que todo termine —había respondido, visiblemente nerviosa, mientras agarraba con fuerza sus propias manos—. En sus manos está avisarnos ante cualquier indicio que indique, ya sabe, que el final se acerca.

—Podría ocurrir durante la noche —insinuó el director, amable pero profesional. No podía permitir que después se responsabilizara a su residencia por no haber avisado a la familia.

—No podemos hacer más que arriesgarnos —le había dicho ella—. Y rezar para que el Señor nos permita acompañar a nuestra madre cuando llegue su hora de partir.

Antes de responder, él había mirado a Sharon, que permanecía muda en aquella butaca elegante, aunque un tanto trasnochada. Al asentir la joven, el doctor Adams había acabado aceptando las instrucciones de Louise.

—No se preocupen, las avisaremos cuando empeore.

Las dos habían abandonado aquel despacho asumiendo la posibilidad de no volver a ver a su madre con vida. De hecho, Louise había conducido de vuelta a casa con la sombra de la duda acechándola como una tercera pasajera en su coche. Aguzaba el oído una y otra vez, creyendo que su teléfono sonaba, mientras Sharon miraba por la ventanilla, ensimismada, digiriendo la realidad de la misma forma introspectiva que lo había hecho siempre.

Aurora no murió aquella noche ni tampoco la siguiente. Las estaba manteniendo en una vigilia permanente, en un estado de tensión con altibajos que no las permitían descansar. El doctor Adams había llamado a Louise cada día y le había referido un informe completo de la situación, que había variado muy poco. En dos semanas, Louise y Sharon habían visitado la residencia cuatro o cinco veces y en cada una de ellas habían encontrado a su madre más consumida, más ausente, más ajena a la imagen que tenían de ella.

Louise podía sentir cómo la vida la iba abandonando, cómo se iba convirtiendo en un guiñapo que ya poco tenía que ver con ellas. Aunque hacía meses que había dejado de reconocerlas y hasta había perdido por completo la noción de su propia identidad, ese último estadio en el que se había sumido le resultaba excesivo, casi imposible de soportar. Deseaba con todas sus fuerzas que, el día en que llegara su propio final, ocurriera de forma rápida, incluso repentina. Cualquier cosa sería mejor que consumirse inválida en una cama dependiendo de que otros se hicieran cargo de preservar su dignidad hasta que por fin descansara en paz.

Y luego... Luego había ocurrido lo de Sharon. Otro problema con el que enfrentarse. Todo lo tenía que hacer ella, todo el peso de las dificultades caía siempre sobre sus hombros y eso, no podía negarlo, la crispaba. Cuando su madre muriera, sería ella la que se encargaría del funeral, del entierro, del papeleo. Y mientras tanto, también asumiría lo de Sharon.

Deseó ser libre por una vez en toda su vida, no deberle nada a nadie, no tener que rendir cuentas ni que ninguna persona esperara que ella se hiciera cargo de todo. «¡Dejadme en paz!», pensó. Pero luego recordó que la vida no es sencilla, que si una quiere salir adelante debe obligarse a ser fuerte y a tomar todas las decisiones que sean necesarias sin contar con nadie. No, no podía apoyarse en nadie: la mejor forma de que algo saliera mal era confiarle el mando a otra persona.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Carl, que había aparecido junto a ella sosteniendo un enorme vaso de leche.

Por Dios santo, ¿cuánta leche podía consumir un hombre sin acabar metamorfoseado en un ternero orondo y estúpido?

—No hay cambios —le respondió, en un alarde de paciencia. Él la agotaba mentalmente, pero

era lo único que tenía en aquel momento.

Carl hizo un gesto indefinido y se quedó mirándola con aquella cara de merluzo que ponía cuando no se atrevía a hacerle una pregunta.

—¿Qué te pasa? —dijo Louise, a punto de empezar a gritar.

—Parece que lo de tu madre te preocupa más que lo de Sharon, ¿no?

Aquello era el colmo. Estaba claro que cada día que pasaba se volvía un poco más imbécil.

—Por supuesto que no —escupió, como si cada palabra fuera un insulto en sí misma—. No digas bobadas, Carl. Mi madre morirá antes o después, está desahuciada. No hay nada que yo pueda hacer para ayudarla, ¿entiendes? Ahora mismo, mi mayor preocupación es Sharon. Eso no lo dudes. Llevo horas sin dormir con este asunto, con la incertidumbre de no saber hasta cuándo se va a tener que prolongar.

—Perdona —repuso él, temiendo hacerla enfadar.

Aquello la aplacó un poco. Nunca había conocido a nadie que estuviera tan dispuesto a plegarse a sus deseos, fueran cuales fueran. Estaba casi segura de que esa era la única razón por la que todavía seguía con él.

—Se me ocurre una forma de ayudarte a conciliar el sueño —propuso el hombre, tratando de sonar como el seductor que imaginaba que a ella le gustaría. Dejó el vaso de leche sobre la encimera y le dedicó un guiño junto a una leve inclinación de cabeza que apuntaba hacia el dormitorio.

La primera reacción de Louise fue de incredulidad. ¿Cómo esperaba que pudiera concentrarse en el sexo con la que estaba cayendo? Era de locos.

Pero luego recordó lo mucho que Carl se esforzaba por complacerla también en el dormitorio y un estremecimiento la recorrió, haciéndola sentir culpable por una sensación física que no podía controlar. Decidió que el hecho de que ella y Carl se acostaran no cambiaba nada. Sus problemas no iban a solucionarse solos por que se condenara al celibato y Dios sabía que ella necesita alguna válvula de escape para tanta presión. Estaba a punto de explotar y la oferta de Carl era una opción tan válida como una sesión de ejercicio o un par de pastillas para dormir, solo que mucho más satisfactoria. Así que se levantó del sofá y lo siguió hasta la cama, concediéndose el privilegio de olvidarse por un rato de su madre y de su hermana.

Hicieron el amor durante más de una hora y Louise permitió que Carl se ensañara con su cuerpo como pocas veces lo había hecho. Le abrió todas sus puertas y se abandonó a las abrumadoras sensaciones que la recorrían cuando él se ponía en plan salvaje, sin tratar de ahogar los gritos que salían de su garganta ni de contener los sonidos inequívocos que inundaban la casa cada vez que él la azotaba, frenético, en busca del placer prometido.

Al terminar, ambos cayeron rendidos, sudorosos y enrojecidos por el esfuerzo. Tal y como él había predicho, Louise se dejó vencer por el sueño y descansó durante un par de horas. Era lo menos que se merecía después de una noche en vela y una mañana infernal con la prensa.

OCHO

Sharon se preguntó si, vista desde fuera, daría la misma imagen de patetismo que sentía en su interior.

Se había deslizado por el suelo hasta el otro lado de la puerta, desde donde el haz de luz rozaba sus piernas y le mostraba los temblorosos dedos de su mano, apoyada en el suelo. Era cuanto podía ver, lo único que la mantenía alejada y a salvo de las sombras que permanecían en la quietud, esperando su oportunidad. Se había forzado a no volver la vista hacia el otro lado, a no caer en la tentación de otear en aquel reino de la oscuridad que, antes o después, acabaría por tragársela para luego escupir sus restos triturados en el mismo suelo tosco y frío.

Sentía la lengua pegada al paladar y los dientes ásperos por el vómito. La bolsa que él le había dejado seguía allí. Se había prometido no comer ni beber nada que procediera de su captor, como si con ese gesto se alzara, soberbia, contra su poder. Sin embargo, su débil cuerpo no respaldaba los valerosos esfuerzos de su dignidad y la sed se convirtió en el único pensamiento de su mente, por encima incluso del temor a las sombras.

Aguantó cuanto pudo como una heroína trágica, hasta que las lágrimas salpicaron en las perneras de su pantalón y, vencida por el envite de sus necesidades más básicas, se arrastró hasta los víveres y busco con desesperación una de las botellas de agua que había palpado al principio. Primero bebió furiosamente, mientras un hilillo del líquido caía por la comisura de sus labios hasta mojar el cuello de su camiseta. Entonces se detuvo. No sabía cuándo tenía pensado volver aquel desgraciado y dos botellas de agua no eran suficientes para sobrevivir durante demasiado tiempo. Tomó un poco más, con mesura, y mantuvo el líquido en la boca, moviéndolo de un lado a otro como un enjuague matutino. Hizo unas gárgaras breves y, entonces sí, lo tragó, cerrando a la vez el tapón con un par de vueltas. Regresó la botella a su lugar y se hizo atrás hasta recuperar posiciones junto al haz de luz.

¿Y si la comida y el agua se acabaran y nadie apareciera a llevarle más? ¿Y si el tipo se olvidara de que ella estaba allí o no pudiera encontrar el momento de volver con otra bolsa llena? Esas y muchas otras preguntas resonaban en su cabeza como campanadas atronadoras entre las que uno de los tañidos se alzaba por encima del resto: ¿por qué ella?

Estaba lejos de comprender la razón que la había llevado a su encierro. Si conociera el porqué, tal vez podría adivinar si él pensaba mantenerla viva o la dejaría pudrirse allí dentro. Aunque lo último no tenía sentido para Sharon. Si hubiera querido que muriera, no le habría llevado ninguna de aquellas cosas. Simplemente, la habría encerrado y habría tirado la llave en la primera alcantarilla. Aun así, el instinto de supervivencia la obligaba a centrarse en sus propias posibilidades. Si el agua se terminaba, no duraría demasiado, fueran cuales fuesen las intenciones de su captor. A lo sumo tres días, aunque le resultarían tan largos como un infierno en el que la condenaran para siempre a sufrir la agonía de la sed. Si las botellas se vaciaban y nadie volvía con más, ella sería Tántalo bajo el inframundo.

Aquella alusión la transportó directamente al instituto. La profesora Wilkins explicaba su materia después de la comida, en el aula del final del pasillo. La luz de la tarde se colaba por las ventanas mientras aquella mujer hablaba y hablaba sin parar sobre mitos clásicos y sus posibles interpretaciones. Nadie parecía escucharla; la mitad estaban aletargados y la otra mitad se escabullía en sus propios pensamientos. Pero Sharon la oía con toda su atención. Contaba cosas terribles, penurias inimaginables que muchos personajes mitológicos habían tenido que soportar. A veces, no podía evitar imaginarse que un cuervo le roía las entrañas, que se convertía en laurel

o que le cosían los párpados en uno de los infiernos para que no codiciara los bienes ajenos. El estómago se le revolvía con solo pensarlo, como si contemplara la posibilidad de que algo así sucediera en la vida real.

¿Por qué habían sido castigados con aquellos sufrimientos sobrehumanos? ¿Cuál había sido su pecado para merecer tormentos capaces de aturdir a los más fuertes? Sísifo fue castigado por engañar a Hades; Zeus condenó a Atlas a soportar el peso del mundo; Prometeo osó robar el fuego y su destino fue, como el de Ticio, que le royeran para siempre las entrañas. La respuesta era simple: todos aquellos insensatos habían ofendido a unos dioses que, en el mundo de Sharon, solo eran personajes de películas y cómics. Y, sin embargo, en algún momento habían sido reales para las personas, el ser humano había tenido fe en todos ellos.

¿Y su dios? ¿No castigaba también a quien se alzaba en su contra? ¿Acaso no había expulsado de su reino al más bello de los ángeles por haberle desobedecido? Y el Antiguo Testamento estaba poblado de puniciones divinas contra los que no cumplían los preceptos de la religión. Parecía evidente que la consecuencia de insultarlo acarrearía una venganza en forma de ira todopoderosa. Tal vez así debía ser, pagar el pecado con dolorosa penitencia.

Solo que algunas veces las penitencias venían solas, sin pecado alguno. Como le pasó a Moira, su compañera de clase. Un día estaba bien y al siguiente el cáncer la devoraba por dentro. Había vivido una dolorosa agonía antes de que todo terminara y, por fin, pudiera descansar tranquila. Y nada de lo que aquella pobre niña hubiera hecho en toda su corta vida podía ser tan malo como para justificar semejante destino.

En aquel tiempo, Sharon tenía la costumbre de rezar cada noche por el perdón de sus pecados. Su madre se lo había enseñado siendo niña, lo mismo que a Louise, y ambas dedicaban un instante a recitar silenciosamente una oración para la salvación de su alma. Durante meses rogó, asimismo, que Moira superara su enfermedad y volviera a sonreír. Pero tampoco entonces su fe recibió una respuesta. Al contrario, después de la muerte de su amiga las pesadillas habían comenzado.

Cada noche Sharon se despertaba, sudorosa y asustada, con la imagen de aquellas garras oscuras todavía persiguiéndola hasta que las brumas del sueño se disipaban por completo. En sus sueños, todo era oscuridad y manos negras que se cernían sobre ella, como aquella otra vez en el interior del armario. Quería gritar, pedir ayuda, pero se había quedado muda y nadie podía escucharla. Cuando al fin aquellos dedos conseguían sujetar sus brazos y sus piernas, una risa diabólica que Sharon identificaba como la de Moira resonaba de forma estridente y la hacía despertar justo antes de que ellos pudieran torturarla como pretendían. Las pesadillas terminaron cuando el doctor Everett, su pediatra, le dio unas pastillas que hacían que durmiera toda la noche sin recordar ninguno de sus sueños. Por la mañana se sentía algo espesa, como si la cabeza le pesara demasiado, pero al menos irse a la cama ya no le provocaba espasmos de terror ni lloraba sin consuelo hasta quedarse dormida.

Eso había sido hacía mucho tiempo. Habían pasado años desde la última vez que Sharon había pronunciado una oración con verdadera fe, quizá demasiados. Ahora se preguntaba si ese habría sido su pecado, si esa sería su mancha. Tal vez Dios había dispuesto que el final de su vida le llegara encerrada en la oscuridad, castigándola así a soportar un infierno personal que consistía en el mayor y más íntimo de sus terrores.

—¿Es por eso? —preguntó en voz alta, levantando la vista en un comportamiento aprendido—. ¿Me castigas porque ya no rezo? ¿Cambiaría algo que empezara a hacerlo ahora mismo?

Sin esperar una respuesta que nunca antes había recibido, Sharon comenzó su letanía de oraciones de la infancia, ese periodo en que la memoria tiene tal plasticidad que los recuerdos se adhieren en lo profundo como cicatrices indelebles. Uno tras otro, pronunció cada rezo con el

fervor de quien súbitamente ha recobrado una devoción perdida. En algún momento, sus manos se unieron y sus dedos se entrecruzaron instintivamente, pues su cuerpo, además de su mente, también tenía memoria. Volcó en cada sílaba toda su esperanza, como si fuera posible que Dios apareciera ante ella para liberarla de la maldad de los hombres.

Y entonces oyó la voz. Estaba segura de haberla escuchado, casi segura. Su madre estaba allí, a su lado, pero temió que si abría los ojos su presencia se evaporaría y volvería a sentirse tan sola como un náufrago en mitad del océano. Evocó su rostro lleno de amor, su abrazo protector y aquella sonrisa que, de niña, la hacía sentirse a salvo de todo. Si su madre sonreía, todo iría bien. Después, el rostro marchito y ajado por la edad de aquella mujer a la que adoraba se superpuso al otro y la realidad interrumpió las oraciones de Sharon.

Hacía mucho tiempo que la había perdido sin remedio. Aurora ya no podía ayudarla, ni siquiera podía ayudarse a sí misma. El doctor les había dicho que su final era inminente. Puede que, en aquel momento, mientras ella permanecía encerrada, su madre ya hubiera abandonado para siempre el reino de los vivos. Y ni siquiera podría llorarla con la certeza de la convicción. Hasta eso le había sido arrebatado.

Otro pensamiento, más confuso y esotérico, la abordó entonces. Quizá la muerte ya había venido para llevarse a su madre y tal vez, solo tal vez, se le hubiera ocurrido aprovechar el viaje para ir en su busca también. Aquella vieja y aterradora calavera podría estar esperando, acechándolas a ambas para borrarlas de la faz de la tierra con sus manos huesudas y su aliento fétido y helado.

—¡No! —gritó, aterrorizada por su propia indefensión—. ¿Por qué? ¿Por qué no me escuchas?

Apenas tuvo tiempo de echarse sobre el bulto junto a la puerta y desenrollar una de las bolsas de basura que su carcelero le había dejado para hundir la cabeza en ella y vomitar una vez más, presa de temblores y sollozos. La hiel la devoraba desde dentro, arañando su garganta y carcomiendo sus encías, abrasando su lengua y obligándola a toser una y otra vez, hasta que por fin lo expulsó todo de sí. Pasaron muchos minutos antes de que reaccionara e hiciera un nudo a la bolsa, alejándola de su lado para que el hedor del pánico no la embriagara y le hiciera perder el sentido.

NUEVE

Aquel demente llevaba casi una hora interrogándolo, entre faltas de respeto, insultos e involuntarias salpicaduras de saliva cada vez que se acercaba a su cara para intimidarlo. Y lo estaba consiguiendo.

Había empezado preguntándole su nombre completo, mostrando una insistencia enfermiza por el apellido de soltera de su madre. Casi se había decepcionado cuando Leilan había contestado a su pregunta sin vacilar. ¿Por qué no habría de hacerlo? La verdad era que no comprendía para qué podría servirle esa información a la policía ni hacia dónde llevaría esa línea de investigación pero, mientras las preguntas se habían mantenido en torno a su infancia y su vida familiar, él había seguido respondiendo, consciente de la gravedad de la situación.

Desde que aquel capullo de O'Rilley y su compañero se habían presentado en su puerta aquella mañana, Leilan se había percatado de la poca paciencia que gastaba el primero. De hecho, había sido brusco al esposarlo y ni siquiera le había permitido escuchar por qué estaba detenido. No, había estado farfullando amenazas veladas en su oreja mientras el otro, Jefferson, musitaba una breve explicación que a Leilan se le había escapado. Después, en el coche patrulla, había tratado de preguntar el motivo de la detención, pero O'Rilley casi se le había echado encima, furioso como un perro hambriento.

—¡Cállate, maldita escoria! Sabes de sobra por qué estás detenido. Será mejor que no me busques las cosquillas, ¿comprendes? —le había soltado, sin apartar la mirada de la carretera ni las manos del volante.

Sí, Leilan lo sabía. Desde el mismo momento en el que urdió su plan para salir de la miseria, había temido que pasara exactamente aquello. De alguna manera, habían descubierto su escondite secreto y ahora se le iba a caer el poco pelo que le quedaba. Lo único que se le ocurría era negar rotundamente cualquier acusación. Eso, y rezar porque O'Rilley no se volviera realmente loco, lo cual cada vez le parecía una posibilidad más plausible.

Llevaba demasiado tiempo sentado en una silla de plástico, con las esposas atenazando sus muñecas y lacerando poco a poco su piel. Lo que había sido una molestia incómoda estaba empezando a volverse un dolor difícilmente soportable que entretenía su atención y le impedía pensar con claridad. Tenía que hacerlo mucho mejor, debía convencer a aquel tipo de que no sabía de qué demonios le estaba hablando y, por el momento, no parecía ir por buen camino. Si su estrategia fallaba, solo veía la posibilidad de ganar tiempo y que no encontraran ni una sola de sus huellas dentro del agujero. Entonces tendrían que soltarlo, ¿no?

O'Rilley lo miraba con fijación desde el otro lado de la mesa, como si tratara de freírlo con un rayo invisible, o algo así. Leilan podía ver cómo sudaba bajo el uniforme y, de no haber estado tan acojonado, probablemente le habría dado la risa cuando el agente introdujo su dedo índice en el cuello de la camisa para poner un poco de espacio entre esta y su prominente nuez.

—¿Dónde la tienes?

La pregunta resonó por toda la habitación cuando, abandonado todo preámbulo, el joven policía decidió que ya era hora de pasar a la acción. Podía sentir como aquella escoria se burlaba de él, cómo le daba respuestas fáciles que no estaban acercándolo a la verdad. La sangre le ardía en las venas y espoleaba una agresividad que le había costado mucho esfuerzo mantener a raya durante todo el tiempo que había pasado en la academia.

—¡Responde, maldito cabrón! ¿Dónde la tienes? —repitió, alzando la voz hasta el límite que marcaba la presencia de Jefferson al otro lado de la puerta.

Por primera vez, Leilan se hizo consciente del verdadero peligro que se cernía sobre él. Nadie le había dicho nada sobre un abogado y presentía que el policía no tendría escrúpulos en arrancarle una confesión a bocados. Literalmente, si nadie más aparecía en su ayuda. Y eso sería su final, no habría modo de que saliera bien parado si lograban hacer que lo soltara todo. Tenía que aguantar como fuera, con su mejor cara de póquer, soportar con estoicidad y sangre fría tantas horas de interrogatorio como O'Rilley quisiera imponerle. Debía convertirse en su héroe personal, una versión de sí mismo de la que pudiera sentirse orgulloso durante el resto de su vida, un tipo duro capaz de crecerse ante el peligro y hacer lo que fuera necesario para que su plan siguiera adelante. El plan que le aseguraría un buen pellizco en sus agujereados bolsillos. Pero no pintaba bien.

Ahora era él quien había roto a sudar, amedrentado por las perspectivas que su futuro le ofrecía en ese momento. Se había quedado bloqueado, mirando al agente con algo que podía interpretarse equivocadamente como altanería cuando en realidad no era más que incapacidad para reaccionar a la presión que estaba recibiendo.

O'Rilley no pudo contener por más tiempo a la bestia que dormía en su interior y se abalanzó sobre él con los ojos inyectados en sangre. Leilan perdió el control de su vejiga antes incluso de que el primer grito brotara de su temblorosa garganta. Con el policía apretando su garganta en un arrebato homicida, cayó hacia atrás hasta que su cabeza golpeó el suelo violentamente, los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Dí-me-lo —farfullaba O'Rilley, incapaz de comprender que Leilan no estaba en condiciones de pronunciar una sola palabra mientras la tráquea se le cerraba cada vez más bajo la presión de sus fuertes manos—. ¿Dónde está escondida?

La puerta de la habitación se abrió súbitamente poco antes de que Leilan perdiera el conocimiento por la falta de oxígeno. Jefferson entró con el ímpetu de un huracán y, aplicando una técnica de defensa personal, aprisionó el cuello de O'Rilley, que no tardó en soltar a su víctima para tratar de zafarse, sin éxito, del abrazo férreo de su compañero.

—¿Qué estás haciendo? —repetía Jefferson una y otra vez junto a la oreja del otro agente, hasta que logró que dejara de revolverse y levantara las manos en un gesto de rendición.

—Lo siento. —La voz de O'Rilley era apenas audible—. Lo siento —repetió, amoratado por la falta de riego.

Cuando Jefferson lo soltó, no pudo evitar hincar una rodilla en el suelo y echarse mano a la garganta.

—Casi me partes el cuello —reprochó, mirándolo hoscamente.

—¿En serio? —repuso el otro—. No me había dado cuenta de que eras tan blandengue.

Sin escuchar la desagradable respuesta del joven, se agachó junto a Leilan escrutando su estado con una mirada rápida y reveladora.

—Joder, se ha meado encima... —musitó, a modo de evidente reproche—. Eres un gilipollas, ¿lo sabías?

Con paciencia —debía controlarse para no echar mano de la porra y reventar el cráneo vacío del imbécil de Justin—, levantó como pudo al detenido y volvió a colocarlo como al principio, o casi. Leilan apenas reaccionaba y su cuello pareció troncharse hacia delante, dejando que su frente chocara ruidosamente contra el tablón de conglomerado imitación madera que constituía la mesa de los interrogatorios.

Con cuidado, le ayudó a erguirse y lo miró a los ojos, buscando algún resto de lucidez en ellos.

—¿Se encuentra bien, amigo? —le preguntó.

—¡Lo que me faltaba! —protestó O'Rilley, cada vez más furioso—. ¡Es un puto secuestrador! Él la tiene por ahí escondida en algún agujero infecto y tú le preguntas si se encuentra bien... Esto es de locos.

—Cierra la puta boca —dijo Jefferson, sin levantar la voz. Curiosamente, aquel tono comedido y grave hizo que a Justin se le erizara el pelo de la nuca—. Sal ahí fuera, ahora.

La intención del hombre era llevarse al pasillo a aquel capullo que estaba poniendo en peligro el caso, junto con el buen nombre de la comisaría, para reconvenirlo debidamente y darle, si se terciaba y no había nadie a la vista, el cachete que se había ganado con todo su esfuerzo. Jefferson conocía bien a los que eran como él: niños violentos que entraban en el cuerpo de policía con la idea infame de que allí podrían dar rienda suelta a sus más repugnantes apetitos; mierdecillas que pretendían ampararse en el cuerpo policial para sentirse superiores, jefecillos del cotarro; descerebrados que soñaban con convertirse en héroes impartiendo su propia justicia.

Pero la realidad no era esa, no debía serlo. Ya había una justicia para todos, una que los jueces dictaban y en la que ellos, los agentes de la policía, eran una pieza clave como detectores del mal y sus múltiples caminos. No había héroes, o todos lo eran. Todos los que hacían su trabajo cada día, dejándose la piel para que las normas fueran cumplidas. Proteger y servir, de eso iba todo aquello. Y Jefferson pensaba pararle inmediatamente los pies a aquella garrapata y a sus ansias de reconocimiento, así se ganara una sanción por tener un cuerpo a cuerpo con un compañero.

Sin embargo, antes de que ninguno de ellos pudiera atravesar la puerta, la voz afónica de Leilan los hizo detenerse en seco y girar sobre sus talones al mismo tiempo, interesados en la primera declaración que podía echar algo de luz sobre un caso en el que no estaban progresando.

—No he secuestrado a Sharon.

Cinco minutos después, los agentes Jefferson y O'Rilley se miraban estupefactos, tratando de digerir la rocambolesca historia que Leilan acababa de contarles.

—A ver si me aclaro —dijo el primero, con las manos en las caderas y la ceja ligeramente alzada—. ¿Nos está diciendo que esta mañana abandonó apresuradamente su domicilio para ir a comprobar si la puerta tras la que esconde su... «pequeña plantación» estaba debidamente cerrada? ¿Es eso?

—Sí, señor —aseguró Leilan, tratando de asentir con la cabeza, lo cual le resultaba sumamente doloroso.

—No me lo trago —intervino O'Rilley, visiblemente molesto por el giro de los acontecimientos.

—Cállate, Justin —ordenó Jefferson por segunda vez—. No tiene sentido que mienta. Nos costará un cuarto de hora comprobar su versión y no podrá salir de aquí hasta entonces. Además, ¿por qué iba a inventar algo así sabiendo que lo tendríamos cogido por los huevos?

—¡Precisamente! Trata de tapar el secuestro con esto, ¿no te das cuenta?

—No sé... —Jefferson dudó—. La pregunta es: ¿por qué iba a denunciarlo su vecina si no tuviera sospechas de que usted ha tenido algo que ver con la desaparición de una mujer?

—¿Mi vecina? —preguntó entonces Leilan—. ¿Se refiere a la vieja Norris?

—Alguien dio el aviso de un comportamiento inusitado esta mañana —Explicó Jefferson, eludiendo la pregunta al darse cuenta de que había hablado de más—. Dijo que usted había abandonado el edificio apresuradamente y que había regresado algo después, lo que, por lo visto, nunca antes había hecho. Sabemos que la desaparecida y usted trabajaban ambos en la conservera, tenemos un vínculo. ¿Qué me dice de eso?

—Ya les he dicho todo lo que sé —respondió Leilan—. Esa vieja arpía sarnosa... —se detuvo

al darse cuenta de que los agentes lo miraban con atención—. No sé por qué lo ha hecho. Su única ocupación es vigilar tras las cortinas e inmiscuirse en la vida de los demás. Pero yo no he secuestrado a nadie. Pueden buscar pruebas en mi casa y en mi coche, no encontrarán nada en ninguna parte.

—Descuide, lo haremos —dijo Jefferson, que no veía el momento de salir de la sala para poder hablar libremente.

Por algún motivo, creía a Leilan. Quizá fuera porque desde donde estaba todavía podía oler la peste de sus pantalones, o porque tenía aquella mirada de animalillo en la que no detectaba la inteligencia suficiente como para tramar el secuestro de una persona y salir airoso de un interrogatorio. No lo sabía, pero el caso era que acababa de darse cuenta de que, si Leilan no era su hombre, tenían un problema.

—¿Qué pasa con la agresión? —preguntó el sospechoso, mientras veía a los agentes alejarse en dirección a la puerta.

O'Rilley ni siquiera se giró. Consciente de hasta qué punto la había cagado y olvidadas sus ínfulas de presentarse ante su madre como un héroe, empezó a temer que Harper presentara una denuncia y acabara con su carrera en el cuerpo de policía. Era consciente de que su compañero no se posicionaría a su favor.

Jefferson tomó las riendas de la situación de nuevo. Miró al detenido y, como si no tuviera la menor importancia, le dijo:

—Podemos olvidarla, amigo. Lo mismo que podemos fingir que no hemos enviado a un agente a comprobar lo que se esconde en la dirección que nos ha facilitado ni a recoger huellas dactilares que, estoy convencido, coincidirán con las suyas, ¿cierto? —hizo un guiño mientras sonreía—. Usted decide.

Leilan Harper, el mayor de los cobardes que Jefferson había visto en su vida, bajó la vista y asintió, sumiso.

Una vez en el pasillo, O'Rilley se dirigió a su compañero para agradecer que hubiera salvado su culo, que en aquel momento estaba tan apretado que dolía.

—Buena jugada —le dijo—. No sé cómo agradecerte...

—Olvidalo —le interrumpió el hombre—. Esperaremos unos días a que desaparezcan las marcas de tus dedos en su cuello y, después, iremos allí y lo hundiremos en el fango hasta el cuello, ¿entendido? Plantar hierba es ilegal y todo crimen debe tener su castigo. Eso es la justicia.

—¿Hablas en serio? —preguntó el joven, con verdadera admiración por la maniobra del otro agente.

—Siempre. Respecto a ti —prosiguió—, si alguna vez vuelvo a verte poner la mano encima a una persona, lamentarás haber arriesgado la reputación de esta comisaría y el buen nombre del inspector. Iré a por ti y conseguiré que te expulsen del cuerpo definitivamente, ¿lo has entendido?

—Claro, Tommy. Yo...

—Tú has superado el periodo de formación, pero veo que no has aprendido ni lo más básico. Ten cuidado, te estaré vigilando.

El inspector Craig llamó poco después para avisar de que tenía que tomarse la tarde libre. Parecía que todo había sido una falsa alarma, pero los médicos todavía no estaban seguros de dejar que Patty volviera a casa, de modo que tenía que quedarse a acompañarla.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó a Marcus Connelly, quien ya había sido informado por Jefferson de todo lo sucedido.

—Estamos comprobando su coartada, señor.

—¿O'Rilley ha dado la talla?

Marcus dudó. Scott era su amigo y, a pesar de que no había comprendido por qué dejaba a Justin al cargo del interrogatorio, seguía confiando en él. Sin embargo, lo que Jefferson le había explicado tenía sentido: si llegaba a saberse que O'Rilley había agredido al detenido, las repercusiones para la investigación y la comisaría podrían llegar a ser desastrosas.

—Sí, señor —dijo al fin—. Su estrategia ha sido eficaz.

—Me alegro. Mantégame informado y, por lo que más quiera, busque otra línea de investigación. Busque testigos, interroque a la familia, a los demás compañeros y compañeras de la conservera. Consígame algo, Connelly. La vida de esa mujer está en juego.

—Sí, señor. Descuide, haré todo cuanto pueda.

—Marcus —dijo entonces el inspector—, siento lo de antes, no podía pensar con claridad. Ya sabes cuánto nos jugamos con el embarazo y...

—Tranquilo, me hago cargo.

—Estás al mando, ¿de acuerdo? Haz todo lo que yo haría.

—Gracias, Scott —dijo el hombre, tragando saliva—. Saluda a Patty de mi parte.

—Descuida, lo haré.

DIEZ

Poco antes de las cuatro de la tarde, tras haber comprobado que, en efecto, había un cuartucho alquilado a nombre de Leilan Dinn —apellido de la señora Harper y recurso poco imaginativo— a pocos kilómetros del bloque amarillo meada, que apeataba a Chronic y estaba plagado de las huellas del hombre, el agente Connelly lo envió a casa. Antes, no obstante, le dio una palmadita en la espalda y le recordó sutilmente que las pruebas de su delito dormirían durante mucho tiempo en uno de los archivadores de la comisaría, de donde saldrían inmediatamente si alguna vez se le ocurría insinuar que el trato recibido de parte de los agentes no había sido correcto y cordial.

Como muestra de su buena fe, Connelly pidió un taxi para Leilan, aunque se abstuvo de acompañarlo más allá de las puertas de cristal de la comisaría. Aquello habría sido demasiado, a nadie le interesaba llamar la atención sobre un asunto tan poco ético.

Media hora después, el taxi se detenía frente al edificio amarillo sin apenas salirse de la carretera ni apagar el motor. Arrancó de nuevo antes incluso de que la puerta trasera estuviera cerrada y Leilan lo vio realizar una maniobra precipitada y dudosa para dar la vuelta y marcharse por donde había venido. No esperó a verlo desaparecer en la distancia, sino que se dio la vuelta y se quedó allí parado, con la vista fija en la ventana del primer piso, desde donde estaba seguro de que unos ojos diminutos y maliciosos lo escrutaban. Musitó una sarta de insultos cargados de veneno, deseando que la vista de su vecina fuera tan buena como para leer en sus labios todos los males que le deseaba. Luego, echó a andar. La humedad de sus pantalones casi había desaparecido; las marcas de las muñecas tardarían días en hacerlo. Y, aunque las laceraciones en su piel escocían y alcanzaban el límite del dolor, la humillación a la que había sido sometido dolía de una manera mucho más profunda y perturbadora.

Para cuando alcanzó la escalera principal, la furia se lo había comido por dentro. Con el corazón a punto de salirse por la boca, las venas de su frente congestionadas y los puños apretados amenazadoramente, Leilan comenzó a subir los peldaños uno a uno. Hubiera querido saltarlos a pares, pero hacía años que ni toda la ira del mundo le habría permitido semejante proeza física a aquel cuerpo sobrecargado por el peso de los excesos. Alcanzó el rellano rebufando como un toro de lidia y se detuvo frente a la puerta de la señora Norris. Golpeó con fuerza al tiempo que hacía resonar su voz, todavía ronca por efecto del apretón con el que O'Rilley casi lo asfixia unas horas antes.

—Abre la puerta, maldita vieja pirada —vociferó, golpeando de nuevo al ver que no había respuesta—. Sé que estás ahí dentro, no te has movido de tu agujero en años...

En el interior de la casa, Amanda temblaba agazapada tras la cortina. Desde el momento en que lo había visto apearse del taxi, había sabido sin ningún género de duda que iría a por ella.

Aquella mañana, al dar el aviso a la policía, no había esperado que las cosas salieran de aquel modo. En primer lugar, tenían que haberlo llevado a la cárcel por secuestrar a aquella pobre alma indefensa. De tanto pensarlo, se había llegado a convencer de que el culpable solo podía ser él. El hecho de que ambos trabajaran en la conservera y los pocos datos que ella conocía sobre la vida de Leilan ya le parecían suficiente motivo para justificar su culpabilidad y, tras la llamada, se había convencido de que no podía haber otro culpable. Por otra parte, no había esperado que los policías le pusieran al tanto sobre la identidad de la persona que había dado el soplo. ¿Qué clase de seguridad ciudadana procuraban aquellos patanes si dejaban a una pobre mujer como ella, observadora y servicial, desamparada ante la fuerza bruta de un energúmeno como Leilan Harper?

Ahora sentía el peligro como una amenaza real y hasta se cuestionaba si merecía la pena

cumplir con su sagrada misión cuando el riesgo personal alcanzaba aquellos límites. Sin embargo, enseguida borró ese pensamiento de su mente. Ella tenía un deber, una obligación con la que cargaba y que obedecía a un bien superior, mucho más importante que su propia integridad. El Señor la había bendecido con una capacidad única para enmendar el mal causado por el hombre —y la mujer, desde luego—, y ella no podía fallarle, porque eso le cerraría las puertas de su reino. No, ya no había vuelta atrás. Aceptaría cualquier consecuencia de sus actos con valentía, porque era la voluntad de Dios. Y si aquel desgraciado acababa con ella, sería una especie de santa, un cordero de dios que alcanzaba el paraíso tras su particular guerra contra la inmundicia humana. Decidida por aquellos argumentos delirantes, se encaminó a la puerta y, tomando aire con los párpados apretados por el miedo, descorrió el cerrojo que la había mantenido a salvo de su depredador.

Desde fuera, Leilan escuchó el ruido del metal deslizándose. Poseído por una locura vengativa, ignorando el hecho de que su oponente no era más que una vieja loca, insignificante y consumida por un erróneo fervor religioso, echó mano del pomo y empujó la puerta con tal violencia que Amanda fue arrollada y derribada a un metro de distancia. Su cuerpo quedó arrinconado en el suelo del recibidor, encogida e inmóvil como una enferma terminal. La más que evidente superioridad física empujó a Leilan a una cota de agresividad desmesurada y cobarde, totalmente fuera de la realidad. Lejos de acercarse para socorrer a su vecina, se adentró en su apartamento como una fiera hambrienta y se lanzó sobre ella, quizá dispuesto a terminar con su patética e insignificante vida.

El sonido del golpe y los gritos oscuros de Leilan alertaron a Eva Leinman, que en aquel momento llegaba a casa del trabajo. Ignorante de todo lo sucedido durante la mañana, echó a correr creyendo que la señora Norris estaba siendo atacada por algún delincuente que se había colado en su casa. Subió los peldaños en tres ágiles zancadas mientras gritaba una y otra vez «¡Bobby, Bobby!», esperando que su marido estuviera despierto. Si dormía, ningún ruido sería capaz de despertarlo.

Al llegar a la puerta del primer piso un espectáculo grotesco la recibió: Leilan, medio tirado sobre Amanda, la sujetaba por la pechera y vociferaba todo tipo de insultos y acusaciones a la vez que sacudía su cuerpo, que parecía a punto de resquebrajarse como una hoja seca al intentar retorcerla. Ni corta ni perezosa, Eva se precipitó a interponerse entre ellos, pero Leilan resultó más fuerte de lo que había pensado y menos dispuesto a soltar a su presa por las buenas.

En un pensamiento instantáneo, casi reflejo, Eva decidió que habría de ser por las malas. Soltó las manos del hombre y, decidida, se colocó tras él colgándose de su cuello. Era una mujer fuerte, se había enfrentado a tipos mucho más peligrosos que Leilan Harper y conocía algunos trucos para el cuerpo a cuerpo. Pero no había contado con la ira que cegaba a aquel hombre, por lo demás gordinflón y cobarde. Él se irguió como un gran oso pardo, sacudiéndose la carga de los hombros, y Eva cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra el tabique que separaba el recibidor de la pequeña e impoluta cocina de la señora Norris. Aturdida, se preparó para recibir el golpe.

El puñetazo de un hombre podía encajarse de dos maneras muy distintas: como víctima o como contrincante. Si lo hacías de la primera, el miedo de saberte inferior haría que el impacto fuera mucho más duro porque, además de golpearte la carcasa, estaría atacando directamente a tu psique, y eso te dejaría incapacitada. Por el contrario, si solo permitías que maltratara tu cuerpo, el dolor sería probablemente terrible, pero tu instinto de supervivencia te haría levantarte y luchar para defenderte. Nadja sabía de qué hablaba, había recibido muchos golpes de los dos tipos. De modo que fijó sus ojos en los de Leilan, que parecían velados por una pátina de demencia, y se

dispuso a tratar de minimizar el daño que estaba a punto de sufrir.

Él levantó el brazo derecho, preparado para descargar su puño contra quien lo había sujetado por el cuello, que aún ardía debido a la brutalidad policial. Ella tomó aire, sabía que no estaba preparada para incorporarse, el mareo debido al golpe en la cabeza todavía era demasiado intenso. Leilan se movió como una bola de demolición, primero atrás y luego adelante, pero en el último momento, el golpe no llegó.

Nadja comprendió que, pese a su experiencia, había cerrado los ojos. Un error que no había podido evitar, se dijo, dándose cuenta de hasta qué punto el matrimonio y la vida tranquila la estaban ablandando. Todo se pierde por el desuso, hasta las costumbres más arraigadas de una niña rusa con un padre que solo lo era de nombre.

Cuando los abrió de nuevo, se encontró con una escena tan confusa que la sensación de vértigo desapareció por completo. Bobby estaba allí, podía reconocer su silueta a pesar de que la luz que entraba por el hueco de la puerta no le permitía verlo completamente. Sostenía algo en la mano derecha y respiraba con esfuerzo, como cuando estaba asustado o acababan de follar durante un par de horas. Un rápido vistazo le mostró el resto del teatrillo: la señora Norris se había replegado sobre sí misma, apartándose de los otros tres; Leilan había caído al suelo, donde ahora lloraba sujetándose la rodilla. Bajo él, un charco de sangre se hacía cada vez mayor.

Nadja tardó solo un segundo en comprender.

—¡No! —gritó, dirigiéndose a la sombra de Bobby—. ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho, maldito idiota?

—Lo tenías encima —respondió él, escondiendo el arma en la parte trasera de la cinturilla de su vaquero—. Iba a destrozarte.

—¿Y solo se te ha ocurrido pegarle un tiro? —le reprochó mientras se incorporaba y sujetaba su cabeza con las manos para que no explotara por el dolor.

—¿Qué querías que hiciera? Te he oído llamarme y parecías asustada. He oído golpes y temía que te hicieran daño. Ha sido legítima defensa...

—Legítima mierda, estúpido. Ahora se nos echarán encima y todo esto se acabará para siempre —le escupió, haciendo un gesto que abarcaba tanto el edificio como la falsa vida en la que tanto se habían acomodado ambos.

Sin embargo, secretamente Nadja estaba orgullosa de su hombre. Por fin estaba comportándose como tal, después de todo. El tipo con el que se había casado era un rematado cobarde que se escondía detrás de sus faldas y no era capaz de dar la cara, un niño que jugaba a vivir en un mundo de hombres que le quedaba demasiado grande. Pero este nuevo Bobby... cumplía las expectativas de Nadja para convertirse en alguien con quien mereciera la pena pasar el resto de su vida. Descubrió que un nuevo sentimiento afloraba en su corazón y comprendió, sorprendida, que se trataba de respeto.

—Vamos a limpiar todo esto y a taponar esa herida, antes de que este gilipollas se desangre y tengamos que pasarnos la noche haciendo un hoyo junto al aparcamiento —le dijo a su marido, con un nuevo tono de voz que él nunca había merecido—. Señora Norris, haga el favor de levantarse de ahí y traiga unas toallas o lo que sea. No querrá que esa mancha se quede para siempre en su bonita alfombra, ¿verdad?

La anciana, tan fuera de sí por el terror que era incapaz de pensar por sí misma, se arrastró hasta el cuarto de baño y volvió al de poco con un cubo de agua caliente, un paño y un bote de amoníaco.

—Yo me ocuparé —le dijo al cuello de su vestido, y esperó pacientemente a que movieran a Leilan para poder limpiar la mancha que su sangre había provocado.

El matrimonio movió al hombre hasta depositarlo en el suelo de la cocina, de donde resultaría mucho más sencillo limpiar la sangre. Nadja se desprendió de su cinturón y lo colocó sobre el muslo de Leilan, pero no era lo bastante largo como para rodear su pierna y pasar el extremo por la hebilla.

—Maldito gordo de mierda —le dijo, furiosa—, la gula te va a matar...

Leilan, casi desmayado por el dolor y la pérdida de sangre, se sintió en aquel momento avergonzado por cada porción de pizza, por cada refresco, por cada tarro de helado que había ingerido en los últimos años. Con su vecina inclinada sobre él, tan cerca de su entrepierna —que apestaba a orines rancios—, se sintió insignificante a pesar del volumen desproporcionado de su cuerpo. Ella jamás se fijaría en alguien como él, lo mismo que Sharon. Y no podía reprochárselo a ninguna de las dos.

—Lo siento —murmuró, antes de perder el conocimiento.

—Y una mierda —respondió Nadja, sacando el móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Rob, retrocediendo en la escalinata del respeto, cuyo ascenso recién acababa de iniciar.

—No te cagues ahora, ¿vale? Es esto o la pala...

—Vale —respondió. Se daba cuenta de lo duro que sería cavar un hoyo en el que esconder aquella mole de carne y comprendió que, probablemente, sería mejor que se encargaran los de urgencias.

—Lo más seguro es que se desangre y no pueda testificar contra ti —explicó Nadja—. Les diremos que fue legítima defensa y ella nos respaldará, ¿verdad, querida? —Volvió su atención al teléfono—. Sí, hola, verá, necesitamos una ambulancia...

Amanda, por su parte, asentía una y otra vez mientras frotaba vigorosamente la farragosa mancha. Estaba hipnotizada por el halo de luz que creía ver alrededor de aquella mujer que había aparecido de la nada para salvar su vida. Eso es lo que era: una salvadora enviada por el buen Señor para protegerla, una Juana de Arco, un ángel custodio encarnado en un cuerpo de pechos prominentes que se balanceaban ante su vista mientras se afanaba en mover el cuerpo inerte de su potencial asesino.

La luz del sol comenzaba a decaer cuando la ambulancia llegó y se detuvo frente al bloque amarillo. El corazón de Leilan latía débilmente y todos eran consciente de que pronto dejaría de hacerlo. Solo tenía que aguantar hasta que los médicos pudieran intervenir, solo tenía que morir en sus manos.

ONCE

Connelly estaba sentado frente a su escritorio, con una libreta y un lapicero como única compañía. Había garabateado algunas notas sobre el secuestro de aquella mujer, Sharon Lambert, buscando una nueva línea de investigación, tal y como Scott le había rogado que hiciera. Pero lo poco que tenía no parecía indicarle ningún camino o él estaba demasiado espeso aquella tarde.

La denuncia contra Leilan Harper había supuesto un momento de euforia en un caso tan opaco como aquel. Todos habían creído que la chica aparecería en algún momento, sin vida en alguna cuneta, medio descompuesta y mordida por las alimañas de la noche. Pero aquella llamada había sido como un rayo de esperanza, una señal de que podían buscar porque aún había tiempo de encontrarla con vida. Descubrir que aquel patán no era más que un camello de poca monta había sido todo un jarro de agua fría. Y el incidente protagonizado por O'Rilley... Bueno, eso había sido la cagada del año. Quizá de la década.

En cualquier caso, ahora él estaba al cargo y tenía que hacer lo imposible por encontrar alguna pista oculta entre la escasa información que llenaba la primera hoja de su libreta. Lo primero que se le había ocurrido había sido mandar a dos agentes a comprobar las coartadas de los demás trabajadores de Spencer & Cabot. Eran catorce en total y hacía unos minutos que la patrulla había informado por radio de que los primeros cinco podían probar que habían estado acompañados desde la última vez que Sharon había sido vista hasta la hora en que debía haber llegado a la conservera. Todavía había que preguntar a los otros nueve, pero Connelly tenía la corazonada de que allí no iban a encontrar absolutamente nada.

Sharon no tenía pareja conocida así que, al menos en apariencia, se podía descartar un crimen de violencia doméstica. Su familia se reducía a una madre enferma y una hermana que se había prestado a mostrarse ante la prensa con tal de aportar algo a aquella investigación estéril. Connelly había hablado con ella unos minutos antes de que las cámaras de televisión se la comieran como bestias hambrientas.

—Soy la hermana mayor —le había dicho—, es mi obligación ocuparme del bienestar de mi familia.

Y entonces había roto a llorar, desgarrada.

Por lo demás, no había nada. Ni amigas, ni clubes de lectura, ni talleres de manualidades. Una cuenta de Facebook con media docena de amigas, todas mujeres, y sin actividad desde hacía más de seis meses era su única presencia en las redes sociales.

Marcus se echó las manos a la cabeza. Jamás la encontrarían. Lo más probable era que alguien la hubiera abordado por la calle, en algún rincón apartado de la gente, y se la hubiera llevado de allí en un coche sin dejar ningún testigo. Un móvil sexual, seguramente. Muy difícil de rastrear sin ningún indicio. Por mucho que se esforzara, no tenía por dónde empezar a buscar y eso lo hacía sentir como un completo inútil. ¿De qué valía la existencia del cuerpo de policía si no eran capaces de dar con una pobre chica antes de que algún cabrón enfermizo la violara y la descuartizara en un descampado? Cuando algún chucho husmeara su cuerpo sin vida mientras su dueño lo paseaba para que hiciera sus necesidades matutinas, ellos solo podrían llamar a su hermana y comunicarle el fatal desenlace, al tiempo que la citaban para la desoladora tarea de identificar el cadáver.

Quería hacer algo más por esa mujer, ayudarla de alguna forma, ya que no estaba en situación de devolverle a su hermana pequeña. Así que decidió coger el teléfono y llamarla, preguntarle cómo se encontraba, interesarse por ella para que no se sintiera sola en aquellos momentos tan

crueles.

—¿Hola? —una voz masculina respondió al teléfono.

Connelly se dijo que era un imbécil: había dado por sentado que ella no tendría pareja porque se había presentado sola ante las cámaras. Ahora estaba claro que se había equivocado.

—¿Domicilio de Louise Lambert? —preguntó, tratando de sonar profesional—. Le habla el agente Connelly, de la comisaría.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—¿Oiga? ¿Está usted ahí? —insistió Marcus.

—Sí, aquí es. Soy Carl. ¿La han encontrado?

Mientras paseaba por su despacho con el inalámbrico pegado a la oreja, Marcus pensó que el hombre sonaba genuinamente preocupado, incluso ansioso. Se había presentado como Carl, no como su esposo, así que se trataría de su novio o su prometido.

—Lo lamento —dijo—, pero aún no hemos dado con Sharon.

—Ya veo —musitó Carl, haciendo que Marcus se sintiera como un completo inútil.

—Oiga, ¿podría hablar con Louise, por favor? —pidió entonces. Aquella voz al otro lado de la línea le estaba haciendo sentir incómodo.

—Lo siento, pero ella no está en casa.

—¿Puedo localizarla en su número de móvil? —insistió. Estar al mando en el caso de Sharon tenía que contar algo a la hora de permitirse ciertas licencias.

—Puede intentarlo, pero ha salido pitando a la residencia.

—¿La residencia?

—Así es. Se trata de su madre, ¿sabe? Está en las últimas, puede que ni siquiera llegue a tiempo.

Marcus sabía que la madre de Louise estaba enferma, pero ignoraba que su estado fuese grave hasta ese punto. Un interés puramente personal lo empujó a seguir haciendo preguntas.

—¿Y dice que está en una residencia?

—Pues claro. —Carl resopló—. ¿No esperará que Louise se haga cargo de todo ella sola?

—¿Cuánto tiempo lleva allí? —quiso saber.

—Mucho —confesó el hombre—. Más de lo que cualquier bolsillo puede permitirse.

—¿Y es Louise la que sufraga esos gastos?

Había creído entender aquello cuando Carl le había dicho que ella debía ocuparse de todo. En ese momento, le pareció de lo más injusto para la pobre mujer.

—Desde luego que no, ¿por quién nos toma? La vie... Aurora lo paga todo —se corrigió sobre la marcha.

—¿Ella sí puede permitírselo?

Marcus tuvo la sensación de que el otro hombre iba a contestar algo, pero en el último momento no lo hizo. En lugar de eso, ignoró su pregunta y decidió cambiar de tema.

—¿Todo esto tiene algo que ver con Sharon? —le dijo.

—Lo siento, tiene usted razón. No le molestaré más, solo he llamado para informar a Louise de que seguimos trabajando para encontrar a su hermana.

—Vale, pues gracias —respondió Carl con cierta sequedad.

Ambos hombres se disponían a colgar cuando Connelly tuvo una última ocurrencia.

—¿Oiga? ¿Podría darme el nombre de la residencia?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Por si no tiene cobertura y tengo que llamarla allí —improvisó el agente.

—Praderas de esplendor —soltó Carl, justo antes de colgar el teléfono.

¿Tal vez se había tomado demasiadas confianzas?, pensó Marcus. Si era sincero, aquella mujer le había gustado y podía ser que su prometido —o lo que fuera— se hubiera percatado de su interés. Lo mejor sería que no volviera a llamar a su casa.

Encendió el ordenador y escribió «Praderas de esplendor» en el buscador. Bajo la página web de la residencia, una fila de imágenes le daba una idea bastante clara de lo que Carl había querido decir con eso de los bolsillos. Cambio el criterio de búsqueda a «imágenes» y la pantalla se llenó de recuadros en los que aparecían distintas fotografías de una enorme mansión rodeada de terrenos donde el verde se regodeaba en su preeminencia sobre los demás colores.

Pues sí que debía de ser caro. La madre de su amigo Steven había pasado un par de meses en una residencia de mala muerte cuando la operaron de la cadera, dos años atrás. Nada como aquella casa, desde luego, tan solo un edificio viejo, aunque remodelado, en las afueras. El caso era que por ese tiempo habían pagado una fortuna, y Carl le había dicho que la madre de Louise y Sharon llevaba mucho internada en Praderas de esplendor.

Marcus se preguntó cómo podría permitírselo. Esa información no le cuadraba con el hecho de que Sharon trabajara en una conservera ni con la imagen que se había hecho de Louise en las dos ocasiones en las que se habían visto. ¿Por qué habían de llevar ambas hermanas una vida de austeridad cuando su madre nadaba claramente en la abundancia?

Confuso, llamó a Sheridan, el chico listo de la oficina, y lo puso a investigar a la señora Lambert.

—Avísame en cuanto lo tengas —le pidió—. Y rastrea cualquier cosa: cuentas, facturas, fondos... ya sabes.

—Ya lo sé —respondió el informático, con media sonrisa de suficiencia. Después, salió del despacho de Connelly y se puso manos a la obra.

En menos de media hora lo tenía de vuelta en su despacho.

—¿Qué tienes? —preguntó Connelly ansioso, abandonando definitivamente su libreta y haciendo un gesto para que se sentara frente a él.

—Aurora Lambert —empezó Sheridan—, antes Clyton. Ochenta y cinco años, enferma de demencia. Lleva cuatro internada en una residencia, Praderas de esplendor. Es uno de los hospitales mentales más caros del estado, señor, no está al alcance de cualquiera.

—¿Cómo lo están pagando?

—Hay un fondo administrado por el director, señor. Esa señora está forrada. La casa familiar se vendió poco antes de que la internaran, era una herencia de sus padres y todo el dinero fue a parar a ese fondo del que le hablo, que ya estaba bastante inflado, por así decirlo.

—¿Ha dicho administrado por el director?

—Así es, señor. Por lo visto, la propia Aurora lo dispuso así antes de perder la razón. El director de la residencia, un tal Adams, es quien administra ese dinero. De ahí se paga su estancia, medicación, tratamientos y todo lo demás.

—No comprendo...

—¿Señor?

—Ella tiene dos hijas —explicó—, no veo la necesidad de que una persona ajena a la familia administre el dinero. ¿No son sus herederas?

—Lo son, señor. Pero no pueden tocar un céntimo hasta que ella muera. En ese momento, todo lo que quede será escrupulosamente repartido entre las dos hermanas.

La mente de Connelly bullía frenética. ¿Qué había podido llevar a aquella anciana a nombrar a un médico fideicomisario de sus bienes? ¿Acaso no creía que sus hijas fueran capaces de

administrar el dinero? ¿Pensaba que se lo gastarían y ella se quedaría en la calle al final de su vida? ¿Esa era la escasa confianza que demostraba hacia ellas? Las dos mujeres tenían trabajos de bajo perfil con sueldos mediocres, vivían en zonas nada favorecidas y se ocupaban —aunque no económicamente— de las necesidades de su madre. Sobre todo, en el caso de Louise, que parecía sostener el peso del mundo sobre sus estrechos hombros. Entonces, ¿por qué privarlas de una vida mejor mientras ella estuviera viva? ¿Por qué esperar a repartir el dinero en dos partes iguales una vez que ella ya no estuviera?

—A no ser que... —pensó en voz alta, para desconcierto de Sheridan.

—Jefe, ¿qué quiere decir?

—Avisa a Jefferson y O'Rilley —ordenó el hombre, poniéndose en pie con celeridad—. Que salgan inmediatamente hacia esa residencia, Louise Lambert está allí, según me ha indicado su novio. Sheridan, llévese a un compañero a la dirección que Louise nos facilitó el otro día y detengan a ese hombre. Yo me quedo a la espera de noticias. Saldré inmediatamente en cuanto alguno de ustedes me lo indique, pero antes tengo que hacer una llamada.

—Sí, señor. ¿Cree que...?

—Dese prisa, Sheridan. Que no se les escape el hombre...

Mientras los cuatro agentes montaban en los coches patrulla y se dirigían a los puntos que Connelly les había indicado, este cogió el móvil para telefonar al inspector Craig. No quería molestarlo aquel día, sabía que se volvería loco si algo salía mal con el embarazo de Patty, pero tenía que informar de sus suposiciones. Secretamente, deseaba que su amigo Scott le diera el visto bueno, que compartiera la intuición que él había tenido y le diera una metafórica palmadita en la espalda.

—¿No tienes nada más que eso? —La respuesta de Craig enfrió al instante los ánimos de Connelly.

—¿Crees que me estoy equivocando? Piénsalo, Scott. Una herencia suculenta, una vida de privaciones y una hermana que se interpone entre ella y un dinero que cree que le corresponde por derecho. ¿No puedes ver el enlace?

—Podría ser —reconoció el inspector—. Pero ¿no hay nada más?

—Si excluyo a la hermana —claudicó Connelly—, solo me queda un crimen sexual, un sujeto desconocido y oportunista que podría haber abandonado el cuerpo de Sharon en cualquier lugar del estado, incluso más allá.

—Comprendo. De acuerdo, entonces. Sigue por ese camino y mantenme informado.

—Lo haré. ¿Cómo está...?

Scott Craig colgó el teléfono antes de que su amigo y compañero, Marcus, tuviera tiempo de tratar temas de índole personal.

Los agentes Mathew Sheridan y Evelyn Whailer llegaron al domicilio de Louise Lambert en pocos minutos. El apartamento estaba en un edificio de tres plantas, en una calle secundaria, aunque cerca de la principal. Aparcaron en el lado opuesto de la carretera, unos metros más adelante, y bajaron del vehículo policial dispuestos a cumplir las órdenes de Connelly. Cruzaron la carretera en el momento justo en que Carl salía del portal y saludaba a una vecina que llegaba.

—¿Se acabó por hoy? —dijo el hombre, jocosamente.

—Sí, ya he cumplido. —La mujer era visiblemente más joven que él. Llevaba una mochila sobre el hombro derecho y se colocaba una y otra vez un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Que descanses, Linda.

—Gracias, Carl, nos vemos.

Evelyn detuvo a a Matt con un movimiento de su brazo.

—Vamos tras él —susurró, dándose la vuelta para fingir que se fijaba en un coche rojo aparcado demasiado lejos del bordillo.

Sheridan reaccionó rápidamente y Carl ni siquiera reparó en la presencia de los dos agentes. Iba concentrado, ajeno a todo lo que no fueran sus propios pensamientos. Lo vieron montar en un Focus metalizado y se apresuraron a seguirlo.

—Conduzco yo. —Evelyn ya estaba tomando posiciones en el coche patrulla, antes de que a Matt se le ocurriera adelantarse.

—¿Por qué siempre te toca lo divertido?

—Porque tengo mejor visión que tú. Te pegarías a él para no perderlo y acabaría dándose cuenta de que nos lleva detrás. Eso haría que cambiara de trayectoria, ergo... conduzco yo.

Mathew le sonrió. Desde que se había acostado con ella por primera vez, había tenido claro que ya nunca podría negarle nada. Sus amigos se lo habían avisado, pero ya no le importaba.

DOCE

El haz de luz se estaba resumiendo muy deprisa. En pocos minutos, se replegaría bajo la puerta hasta desaparecer y Sharon se quedaría sola, abandonada en la oscuridad.

Sintió el impulso de aferrarse a la bolsa de supervivencia —en su cabeza tenía ese nombre—, por si luego no era capaz de encontrarla. Solo estaba a un metro de ella, pero lo que estaba por venir la aterraba tanto que dudaba incluso de sus facultades más elementales. Esperó sin hacer nada y el impulso pasó. A fin de cuentas, lo que contenía le serviría de poco cuando las sombras comenzaran a moverse a su alrededor. Ni la comida ni el agua la mantendrían con vida si ellas volvían, y estaba convencida de que lo harían. Una vez que te localizaban, ya nunca se olvidaban de ti.

Con la visión fatalista de quien sabe que ya lo ha perdido todo, Sharon dejó que su ánimo decayera hasta quedar completamente paralizada. Sus ojos, nerviosos y empañados por el miedo, volvían una y otra vez a aquella línea de claridad mortecina que parecía ir a apagarse del todo si ella respiraba demasiado fuerte.

En una versión acelerada de la línea temporal, el brillo que se colaba por la rendija desapareció al fin y dejó a Sharon desprotegida como una cría ante la tempestad. La memoria de la luz en su retina aún brillaba cuando se percató de que no era más que una vana ilusión óptica. El sol se había escondido y, con él, sus esperanzas de supervivencia.

Con cada fibra de su cuerpo tensa por la premonición del peligro, se agazapó contra la pared y cerró los ojos con fuerza. Los temblores comenzaron a sacudirla y trató de replegarse un poco más, pero fue inútil. Sintió su presencia enseguida, como un viejo conocido al que ves acercarse por la calle sin titubear, directo hacia ti. Hasta le pareció sentir esa misma sonrisa torva con la que te saludaría aquel que se sabe poseedor de tu insignificante futuro.

La primera garra oscura rozó su brazo en una aterradora caricia. Sharon se la sacudió de encima, lo mismo que habría hecho con una araña venenosa, sintiendo un escalofrío recorrerla de arriba abajo. En su desesperación, cometió el error de abrir los ojos y entonces la negrura la devoró y la arrastró hasta lo profundo de la garganta del mismo infierno.

Todas a la vez, como un enjambre famélico, las manos la alcanzaron y se apoderaron de su cuerpo, violando con su inmundicia cualquier atisbo de respeto a la intimidad. La mujer, aterrorizada, comenzó entonces a retorcerse entre gritos suplicantes que reverberaban en los seis lados del cubo que la mantenía encerrada. Y por todas partes llegaban más y la tocaban y se agarraban a sus vestiduras hasta llegar a rasgarlas.

En su delirio, le pareció reconocer la imagen de su madre, que la miraba apenada desde una distancia que crecía y crecía, como si se deslizara hacia atrás sobre una plataforma que cada vez la alejaba más de Sharon. Aurora levantó la mano y la movió lentamente para despedirse en silencio; su hija supo, sin ningún género de duda, que acababa de dejar el reino de los vivos para siempre.

«¡No! —gritó para sí—. ¡No me dejes sola, madre!». Pero Aurora ya había desaparecido y no volvería, no estaría ahí para abrir la puerta del armario y que la niña asustada que se escondía dentro pudiera salir al amparo de la luz.

Las macabras garras habían logrado sujetarla por las cuatro extremidades. Por un momento, pensó que todas tirarían a la vez hasta descoyuntarla para luego engullir sus pedazos en una orgía demoníaca de gula y sadismo. Pero luego sintió su conocida frialdad alrededor de su cuello, rozando su rostro y tan cerca de su boca que apenas pudo contener el vómito. Jamás la soltarían;

tampoco acabarían con ella. Tan solo la martirizarían durante toda la eternidad, la retendrían en la oscuridad y se alimentarían del temor de su alma hasta resecarla y convertirla en polvo, pues ese era el destino de toda la humanidad. Polvo somos, y al polvo volveremos.

La visión de sí misma reducida casi a la nada catapultó a Sharon a una nueva fe desesperada y postrera. El fin la rondaba y se preguntó si todavía tendría tiempo de reconciliarse con aquel dios omnipotente del que nunca había recibido una respuesta. Se encomendó al Señor como nunca lo había hecho, exponiendo su cuerpo y su alma inmortal, y le dijo:

—Señor, aquí estoy, haz conmigo lo que quieras. Perdona mis pecados y no me abandones en el final de mi vida.

Pero nada sucedió.

Sharon volvía a ser una niña sola y asustada que lloraba el miedo como quien sangra una herida mortal. Las manos heladas laceraban su piel abrasándola como el hielo y, entonces, volvió a gritar. «¡Por favor!», suplicó, quebrada su voz por los sollozos.

De nuevo, nada.

Después, una pausa en el devenir del tiempo que duró la eternidad de un parpadeo.

Más tarde, todo, detenido como en suspenso.

Y en la oscuridad surgió una luz y las sombras se apartaron de su brillo incandescente. Las garras de tinieblas retrocedieron, se retorcieron, se resumieron y, en lenta agonía, volvieron al interior del abismo que las había escupido. Y la mujer quiso abrir los ojos, pero el brillo la cegaba porque era la luz de todas las luces. Y una voz le habló, y ella supo que su plegaría iba a ser respondida. El precio que habría de pagar a cambio le pareció poca cosa en aquel momento.

—Yo soy —respondió, inundada por el júbilo—. Soy tu cordero, señor. El que viene a quitar el pecado del mundo...

TRECE

Sheridan y Whailer siguieron a Carl durante unos minutos, hasta que la mujer lo vio detenerse y se hizo a un lado de la carretera con discreción. Salió del coche ataviado con ropa oscura y los agentes supusieron que se habría cambiado en el interior. Llevaba una sudadera con capucha y lo que desde lejos parecía una bufanda negra alrededor del cuello.

—Es un *buff* —dijo Evelyn, con los ojos entrecerrados—. Con eso y la capucha, solo se le verán los ojos.

—¡Joder! —exclamó Matt, con una mirada significativa—. ¡La tiene por aquí!

—No te precipites, Matt. Hay que dejar que entre a buscarla.

—¿Y si llegamos tarde? ¿Y si...?

—Aún no tenemos nada. Si lo detenemos y se niega a hablar, puede que no la encontremos. Hay que dejarle entrar, Matt. Necesitamos que nos muestre el camino.

Sheridan asintió. Sabía que ella tenía razón, aunque la sangre le ardía pidiendo a gritos que acabara con aquel desgraciado.

Lo vieron cruzar la carretera e ir directamente hacia uno de los edificios. Estaban en una calle de la periferia, poco transitada y, en apariencia, apenas habitada. Había pocas luces en las ventanas, pese a que la noche ya había caído. Todos los bloques tenían viviendas por debajo del nivel de los portales, a las que se accedía por escaleras metálicas de descendían cuatro o cinco peldaños y desembocaban en estrechas puertas de madera, algunas de las cuales estaban clausuradas con candados y cerraduras exteriores. Como la que Carl abrió.

—¡Bingo! —murmuró Whailer, echando mano de la radio que llevaba prendida del cinturón. Dio el aviso a la central e hizo un gesto a Sheridan, quien la siguió sin pestañear. Habían localizado algo, solo esperaba que no se estuvieran equivocando.

Una vez dentro del agujero, Carl volvió a cerrar la puerta que daba a la calle usando el mismo candado que había abierto desde fuera. Estaba muy oscuro y quiso encender una pequeña bombilla quitamiedos que había dejado en un enchufe junto a la entrada, pero antes de que pudiera hacerlo algo lo sorprendió. Bajo la puerta de la habitación del fondo había aparecido un resplandor dorado que iluminaba casi todo el pasillo con la intensidad de un velón.

—¿Qué cojones...? —se preguntó, confundido.

Eso fue todo cuanto pudo decir.

Se acercó a la puerta para recorrer el desmesurado pestillo que le había instalado semanas antes, cuando surgió la idea de mantener a Sharon escondida hasta que el tema del dinero de su madre estuviera resuelto. Por un momento, dudó si habría incluido una linterna en la bolsa que le había llevado a su cuñada esa mañana pero, antes de que pudiera abrir, un estallido fulgurante lo hizo salir despedido y caer al suelo, donde se golpeó fuertemente la cabeza. Y su corazón dejó de latir para siempre.

Los dos agentes escucharon el estruendo y se apresuraron a echar la puerta abajo, temerosos de que aquel bastardo estuviera apalizando a la chica desaparecida. Al entrar, solo encontraron el cuerpo del hombre en el pasillo, abrasado como si se hubiera estado cociendo en una barbacoa gigante. La puerta del fondo se había salido de sus goznes y en el interior de la habitación no había nadie.

Mientras Sheridan y Whailer se ponían en contacto con Connelly para que enviara al juez, a

los del depósito y a la policía científica a aquel lugar que les ponía los pelos de punta, Louise Lambert conducía frenéticamente de vuelta a casa. Había llamado al imbécil de Carl unas mil veces en el último cuarto de hora, pero su móvil no daba ninguna señal, como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

La cosa se estaba complicando por momentos. Aurora había fallecido aquella tarde, mientras ella le sostenía la mano y la acariciaba con inmenso cariño. Había sido un momento íntimo y lleno de paz, una despedida a la altura de la mujer que iba a regalarle una vida tan cómoda como ella había merecido siempre. Louise permaneció aferrada a su madre inconsciente hasta que el último aliento hizo desfallecer completamente su temblorosa mano, que cayó inerte sobre la sábana blanca.

El papeleo tras la muerte de Aurora se hizo con celeridad y eficacia. En cuanto Louise dispuso del certificado de defunción, salió de la residencia tan deprisa como pudo. Montó en el coche y forzó el motor al máximo para tomar la autopista lo antes posible. Tenía que hablar con Carl; había muchos asuntos que solucionar.

Sin embargo, algo se torció en mitad del viaje. El coche empezó a fallar sin que pudiera dilucidar cuál era el motivo. El volante no la obedecía, casi como si se hubiera desvinculado de la dirección o como si alguien lo sostuviera siempre en el sentido contrario al que ella pretendía girar. Louise forcejeaba tratando de mantener las riendas del vehículo, pero los bandazos del coche eran tan evidentes que los demás conductores empezaron a hacer sonar sus cláxones.

Asustada por el estruendo, alzó la vista de la carretera y puso los ojos en el retrovisor. La imagen de Sharon en el asiento trasero la sobresaltó tanto que un aullido gutural escapó de su garganta. Incrédula, giró la cabeza para comprobar que su cerebro le había jugado una mala pasada. Pero su hermana seguía allí, hierática y con gesto adusto, clavando en ella su mirada, juzgándola como Louise no esperaba que la juzgaran hasta el último día de su vida.

—Arrepiéntete —dijo Sharon, y su voz resonó como los truenos. Luego, desapareció.

El coche de Louise continuó oscilando de un lado a otro todavía unos segundos. Poco después, como guiado por una mano demente y suicida, aceleró en dirección a la mediana. El violento impacto hizo que saliera por los aires, diera varias vueltas sobre sí mismo y acabara cayendo en uno de los carriles del sentido contrario.

O'Riley y Jefferson iban de camino hacia Praderas de esplendor cuando ocurrió el accidente en la autopista. El primero, aunque era un conductor hábil y de buenos reflejos, no pudo hacer nada para evitar la colisión. El otro vehículo se les vino encima a tal velocidad que apenas tuvo tiempo de levantar el pie del acelerador. Ambos coches quedaron destrozados y arrastraron a algunos más a un choque en cadena que se saldó, milagrosamente, con solo dos víctimas mortales. Jefferson y el resto de las personas que habían resultado heridas irían abandonando paulatinamente el hospital a medida que se recuperaran de unas lesiones que, nadie entendía cómo, no habían resultado tan graves. Louise Lambert y Justin O'Riley habían dejado de respirar en el acto.

Los médicos de la ambulancia que atendió a Leilan Harper escucharon con atención la historia que contaron sus vecinos y que la señora Norris corroboró con solemnidad. Leilan se había presentado en casa de la anciana y se había echado sobre ella como un poseso. La señora Leinman había tratado de ir en su auxilio, pero el hombre era tan fuerte que las había reducido a ambas. El señor Leinman, alarmado por los gritos de auxilio, había bajado corriendo con su arma y se había encontrado una escena aterradora. Había tratado de intimidar al agresor, eso había hecho, pero él

parecía fuera de sí, como una bestia. Le había golpeado con fuerza y, aunque Bobby juraba que solo había pretendido usarla para amedrentarlo, la pistola se le había disparado alcanzando al hombre en la rodilla. Podían demostrarlo todo con los hematomas que tanto la señora Leinman como su esposo lucían por todo el cuerpo.

Amanda Norris callaba: aún estaba conmocionada por la paliza que se habían dado el uno a la otra y, pese a que durante toda su vida había sido una acérrima detractora de la mentira, el temor a las represalias que aquellos dos pudieran tomar sobre su persona le mantenía la boca cerrada como una enorme tira de cinta adhesiva. Eso y el halo de poder que todavía relumbraba alrededor de aquella mujer salvaje llegada de tierras remotas y bárbaras.

Como Nadja había supuesto, Leilan no pudo superar la pérdida de sangre y, por tanto, no sobrevivió para negar la versión que ellos tres habían construido en maléfico cóncave. Sin embargo, ni todo su esfuerzo por «limpiar» lo que había ocurrido evitó que, en los días posteriores, policía y prensa se acercaran al bloque amarillo meada para husmear en el «crimen del desquiciado», que aparecería en la primera página del periódico local y tendría su pequeño espacio televisivo.

Jake «el carnicero», entretanto, trataba de convencer a su esposa para que organizara una cita a ciegas entre la hermana pequeña de esta y su amigo Larry «dientes largos». Acababan de sentarse en el desmesurado sofá de piel color mostaza que presidía el salón de su casa, un museo kitsch abarrotado por una ornamentación hortera que evidenciaba la falta de gusto de ambos. Precious estaba a punto de ceder cuando, de pronto, la enorme pantalla de televisión se encendió y ambos fijaron su atención en ella.

—Maldito trasto —murmuró la mujer. Después agarró el mando a distancia y lo golpeó varias veces contra el brazo del sofá—. Ya va siendo hora de que te deshagas de este aparato, Jake. No quiero nada que empiece a fallar...

Pero su marido no le prestaba atención; estaba absorto en las imágenes que aparecían en pantalla. En cuanto la noticia terminó, se levantó y se fue directo al cuarto de baño, donde se encerró para desoír las quejas de Precious, que ya no descansaría hasta tener su tele nueva. Por suerte, Jake estaba a punto de recibir un sobre abultado como pago por un trabajo que tenía pendiente desde hacía tiempo.

Con una calma autoimpuesta, marcó en su teléfono móvil un número que había tenido que memorizar y esperó varios tonos hasta que una voz grave y desprovista de emoción respondió escuetamente.

—Los tengo —dijo, solamente. Después recibió instrucciones concisas y, con una sonrisa de satisfacción, se fue al garaje a afilar su machete y sus cuchillos.

Pocos días después, un pesquero de arrastre daba aviso a la policía de un hallazgo que había conmocionado a toda la tripulación: al levantar las redes, una bolsa de viaje oscura había quedado enganchada en ellas; en su interior habían hallado un macabro puzle de restos humanos despiezados con la precisión del mejor de los maestros de la carne. Las cabezas de un hombre y una mujer habían sido abiertas en dos mitades, tal y como las de los corderos antes de preparar un asado.

Por su parte, un aturdido Scott Craig recibía, en el ala de maternidad del hospital Once de septiembre, terribles noticias sobre su familia.

—No lo comprendo... —repetía el hombre, una y otra vez—. Ustedes dijeron que todo iba bien.

Su voz herida ni siquiera alcanzaba a reflejar reproche, solo el dolor y la perplejidad del

desposeído.

—Lo lamento de veras, señor Craig —decía el médico, sin atreverse a poner su mano en el hombro del inspector, aunque ese había sido su primer impulso—. Todo iba bien, la complicación ha sido repentina y no hemos podido hacer nada.

Nada. Todo el equipo de médicos del hospital no había podido hacer nada. El parto de los gemelos se había precipitado de nuevo, incluso después de que hubieran estabilizado a Patty tras el susto de aquella mañana. ¿Qué era lo que había ocurrido? Su cuerpo había expulsado a los bebés, incapaz de retenerlos por más tiempo, y ahora su familia yacía ensangrentada en el interior de un quirófano frío e impersonal, lejos de su amor incondicional y de unos cuidados que, aunque inútiles, habrían servido para reconfortar su alma y su castigada conciencia.

—¡Todos ellos! —clamó Craig, desatando una ínfima porción de la furia que lo estaba corroyendo.

El médico frunció el ceño, confuso.

—Oh, no, señor Craig. Usted no me ha entendido, los niños viven.

En aquel momento, el inspector Craig, todo un policía endurecido por años de experiencia, se dejó caer al suelo —o quizá las piernas no pudieron sostenerlo por más tiempo— y, de rodillas, con la frente a los pies del doctor Byron, comenzó a llorar como un chiquillo, repitiendo sin cesar una letanía mediante la que aceptaba, contrito, los designios de un dios que lo había privado de su compañera pero le concedía, a cambio, la descendencia que habían llegado a buscar con herético empeño.

«Gracias, señor», decía todavía, cuando le mostraron a sus hijos en la incubadora y pudo escuchar, a través del cristal, el sonido inocente de sus llantos prematuros.

EPÍLOGO

John Strudding, inspector de sanidad y hombre, por lo demás, poco destacable en todos los sentidos, había recibido en su despacho una llamada desde asistencia social en la que se le instaba, como responsable de tales menesteres, a organizar el desalojo y desinfección de un inmueble en un edificio vacío a las afueras de la ciudad. Probable síndrome de Diógenes, había dicho el casero, después de quejarse de que no había forma humana de realquilar aquella vivienda en las condiciones en que el difunto inquilino la había dejado, a su muerte.

Rápidamente avisó a David, su hombre de confianza, y le expuso la situación para que se aplicara a la noble y poco gratificante tarea de hacer habitable otra vez aquel cúmulo de basura y virtual foco de infección.

David avisó a Lisa, una mujer eventual que cobraba por horas y se avenía a cualquier acuerdo que le permitiera poner en la mesa de sus hijos un plato de comida tres veces al día. Juntos, montaron en la furgoneta de limpieza y recorrieron el camino hasta allí charlando animadamente sobre el último partido de los Cowboys contra los Eagles.

Al llegar, se toparon con un edificio amarillo de aspecto descuidado, alrededor del cual solo se escuchaba un silencio sepulcral que hizo que Lisa se estremeciera.

—Joder —comentó, más por escuchar su propia voz que por que fuera a decir algo de importancia—, me recuerda al color de los meados de Gregory...

—¿De quién? —preguntó David, arqueando una ceja.

—De Gregory —repitió ella—. Es mi gato —aclaró.

David no respondió, sino que con un gesto la invitó a caminar hacia la casa. Pertrechados con bolsas de basura, cubos, fregonas y desinfectantes altamente corrosivos, comenzaron a subir por la escalera exterior. Al llegar al primer rellano, Lisa hizo ademán de ir hacia la puerta, pero el hombre la detuvo.

—El aviso es para el tercer piso —informó.

—¿Estás de coña? Será un error. ¿No notas la peste? Eso no sale del tercero...

David dio un par de pasos hasta alcanzar a Lisa y, con la cautela de la experiencia, aspiró.

—Mierda —murmuró, echando mano del teléfono que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón de trabajo.

—¿Qué? —preguntó la mujer, intrigada.

—Eso no huele a basura.

La policía llegó poco después. Dos agentes encontraron a la pareja del servicio de limpieza frente al edificio, apoyados en la furgoneta, dando las últimas caladas al tercer cigarrillo consecutivo. David, como responsable del aviso, los puso al corriente de lo sucedido repitiendo las mismas palabras que había usado antes.

—¿Está seguro? —quiso saber el agente.

—Al noventa y nueve por ciento —dijo él—. No es la primera vez que me topo con algo así.

El otro hombre asintió y él y su compañera dejaron atrás a David y Lisa para alcanzar la puerta cerrada del descansillo del primer piso.

—¿A la de tres? —preguntó ella.

—¡Tres! —dijo él, hincando el hombro en la puerta con todo el peso de su cuerpo.

El ajado marco de madera no pudo soportar el envite y la barra de la cerradura superior arrastró a su paso parte de él, que quedó convertido en astillas. La puerta se abrió y una vaharada

de inmunda pestilencia sacudió los estómagos de la pareja, que se retiró presurosa hacia el exterior en busca de aire.

—Es peor de lo que parecía —comentó ella, sacudiendo la mano para apartar de su nariz aquella peste.

Poco después, tras asumir que no podrían airear el apartamento lo suficiente como para que el olor desapareciera, se adentraron en aquella ciénaga silenciosa y lúgubre. La cocina, a la derecha de la puerta, estaba vacía y en orden. La moqueta del recibidor presentaba un cerco más oscuro, como si hubiera habido una mancha en el perímetro que indicaba y esta hubiera sido refregada hasta casi desaparecer.

Se adentraron un poco más, los dos en silencio. El apartamento no era demasiado grande, pero los escasos segundos que emplearon en recorrerlo por completo se alargaron como una escena cargada de tensión dramática. Por fin, llegaron al cuarto de baño.

—La madre que... —dijo el agente, mientras volvía la vista y se llevaba la mano a la boca para evitar el vómito.

—¿Qué coño es esto? —respondió su compañera, sobrecogida por la impresión.

Media docena de gatos volvieron sus ojos hambrientos hacia ellos, provocando que la sangre se les helara y sus poros exudaran un sudor agrio y repentino. Los animales, tras sopesar la escasa amenaza que suponía la presencia de aquellas dos personas en su particular ritual alimenticio, continuaron deleitándose en un silencio solo quebrado por el relamer de las lenguas y el desgarrar de los tejidos.

Bajo la colonia de felinos, el cuerpo descompuesto y medio devorado de una anciana constituía un espectáculo solo apto para los estómagos más audaces. El vientre abierto ofrecía una cascada de intestinos que los animales aprovechaban con fruición, pugnando con otros merodeadores que habían salido presurosos de sus larvas. El rostro había sido mutilado en su mayor parte y ahora parecía una calavera ataviada grotescamente con una máscara parcial de piel y un solo ojo.

La mujer policía, los ojos fijos en la debacle de vísceras, comenzó a concebir una sucesión de ideas que la llevaron a imaginar su propio útero, que contenía el germen de lo que ocho meses después sería su hijo, engullido también por aquellas fieras que parecían poseídas por una fuerza muy superior a la de los simples mortales. A duras penas dominó la primera arcada con tiempo para abandonar el escenario de tanto horror. La segunda le vino ya en el rellano, desde donde se asomó a la barandilla de madera y vació su estómago ante la atónita mirada de David y Lisa, que todavía esperaban abajo.

—Te lo dije, eso no era basura —comentó él. Ella calló, no se le ocurría nada que decir.

El inspector en funciones Marcus Connelly se hallaba en su despacho, frente a los agentes Matt Sheridan y Evelyn Whailer. Sostenía en sus manos el informe que la pareja había entregado y volvía una y otra vez sobre un párrafo en concreto, incapaz de comprender.

—Necesito más datos sobre esto que relatan —les dijo.

—¿Señor? —inquirió Matt, confuso.

—¿A qué se refieren con «la espalda abierta en profundas llagas sangrantes»?

Los agentes cruzaron una mirada antes de contestar.

—Vera, señor —respondió la mujer—. Encontramos en su habitación un... no sé cómo llamarlo.

—Una fusta, señor —intervino el hombre.

—Una fusta, sí —continuó ella—. También había una correa de cuero con hebilla y pequeños

pinchos metálicos.

—¿Insinúan que la víctima tenía aficiones sadomasoquistas?

—Oh, no, señor —explicó Matt—. Tanto la fusta como el otro objeto, el cilicio, son empleados por fanáticos religiosos para producirse agonía física y castigar así sus manchas morales. Sus pecados, señor.

—Comprendo, sé lo que es un cilicio. Lo que no me cuadra es que una anciana sea capaz de producirse a sí misma profundas llagas sangrantes que le ocasionen la muerte por pérdida de sangre. Lo que quiero saber es si ustedes consideran que esa mujer fue capaz, es decir, tuvo la fuerza suficiente como para infligirse esas heridas mortales.

—No estoy segura, señor —respondió Evelyn—. Los de la científica no han encontrado una sola huella en toda la casa, todo estaba inmaculado. La fusta solo contenía huellas de la víctima en la empuñadura y restos de su ADN en cada una de las cuatro puntas de cuero. Nada más. Y, sin embargo, usted tiene razón. Las heridas que vimos en su espalda eran profundas, como si alguien hubiera abierto hasta el límite unos simples arañazos. No sé cómo explicárselo, la piel se había abierto sobre sí misma rizándose como los bordes de un pergamino, ¿sabe?

—Y el charco de sangre seca bajo el cadáver era lo suficientemente grande como para provocar su muerte, señor —apostilló el agente Sheridan.

—¿Me están diciendo que esta señora se fustigó para expiar su culpa y que, una vez en el cuarto de baño, «algo» hizo que las heridas se abrieran y se desangrara hasta la muerte, dando lugar a que sus propios gatos se agacharan sobre ella y devoraran parte de su cuerpo sin vida?

—Eso es lo que parece, inspector Connelly —dijo Whailer, estirando la espalda cuanto pudo para transmitir seguridad—. La autopsia y el informe detallado de la policía científica serán los que esclarezcan un poco este asunto.

Marcus bajó la vista, reflexivo. No tenía forma de relacionar el fallecimiento de la última vecina de aquel maldito edificio amarillo con el secuestro y desaparición de Sharon Lambert. Sin embargo, algo en su interior le decía que todo era parte del mismo hilo argumental. El primer sospechoso había muerto a manos de sus vecinos, que posteriormente habían desaparecido sin dejar rastro. Al menos eso habían creído, hasta que la luz negra había revelado una verdadera carnicería en su apartamento. El cuñado de la desaparecida se había desnucado al caer de espaldas en una explosión, solo que no había más resto de ella que una puerta fuera de sus goznes y el cuerpo del hombre totalmente abrasado. Su pareja, la hermana de Sharon, se había salido de la carretera en un tramo tan poco problemático que, en un principio, habían pensado que conduciría bajo los efectos del alcohol o las drogas. Pero no había sido así. Y, pese a que habían hallado pruebas de que Sharon había permanecido al menos unas horas encerrada en aquella habitación a la que su cuñado los había guiado, no habían sido capaces de dar con una sola pista que les dijera adónde había ido la chica ni si aún seguía con vida. Lo de la vieja de los gatos había sido el remate a una larga serie de hechos sin respuesta.

Tras despedir a Sheridan y Whailer, Connelly extrajo un dólar del bolsillo de su pantalón. No era la primera vez que se veía en un atolladero semejante y hacía tiempo que había encontrado un sistema infalible para guiarse en situaciones de difícil resolución. Con habilidad, lanzó la moneda al aire mientras pensaba con claridad en la pregunta que necesitaba responder: cara, todo habían sido casualidades; cruz, había un vínculo entre todos aquellos casos.

Observó cómo la moneda alcanzaba el cénit de su ascensión y después la vio caer lentamente sobre la mesa de su oficina. «Señor, dame una respuesta», rogó, como siempre hacía cuando usaba aquel medio de comunicación con su dios. Marcus se reía de toda aquella gente que rezaba y rezaba para luego quejarse de que él nunca respondía a sus plegarias. Tonterías, Dios siempre

daba una respuesta, solo había que encontrar el código correcto para poder descifrarla, como había hecho él. Cuando lanzaba su dólar de plata, estaba seguro de que era la mano divina quien marcaba la trayectoria y determinaba el lado que habría de quedar hacia arriba.

Por eso aquel día dio un respingo cuando, al caer sobre la mesa, el pequeño pedazo de metal redondo y brillante se posó de canto, por primera vez en su vida. Rápidamente, devolvió la moneda a su bolsillo y se santiguó con presteza, disculpándose por tres veces y agachando la cabeza con humildad. Estaba claro que él le enviaba un mensaje inequívoco y de obligado cumplimiento: «Ocúpate de tus asuntos, Marcus».

FIN

Penelope cerró el libro, con reverencia, cuando el sol ya comenzaba a atravesar los finísimos visillos que cubrían las ventanas de la sala de estar de su pequeña casa.

¿Una inmolación en nombre de Dios, nuestro señor? No quería ni pensar en lo mucho que se indignaría el reverendo Moore si supiera lo que se escondía entre aquellas páginas. Probablemente él y Harriet asaltarían la biblioteca para llevárselo y, aprovechando la ocasión, harían desaparecer muchos otros. La mayoría de los que había en el estante del rincón, sin ir más lejos.

Por suerte, nadie estaba al tanto de que la bibliotecaria, a riesgo de su propia integridad física, seguía frecuentando el piso de arriba casi a diario. Tampoco sabían de la existencia de aquella «otra» biblioteca, cuyos ejemplares no estaban a disposición del público, ni tan siquiera a la vista.

Agotada, Penny se dejó caer un momento sobre el brazo del sofá y, sin darse cuenta, se quedó dormida. Aquella mañana no fue a trabajar.

Eran más de las once cuando el canto de un pajarillo en el jardín la despertó. Sobresaltada, necesitó unos segundos para orientarse y comprender que, por primera vez sin causa de fuerza mayor, había faltado a sus obligaciones municipales.

Pensó en ponerse cualquier cosa y echar a correr, pero el turno de mañana terminaba a las doce. Lo mejor sería darse una buena ducha, desayunar y afrontar la tarde con una pequeña dosis de autoindulgencia.

Cierto que no era el mejor momento para fallar en sus funciones, ahora que presentía que se iba a convertir en el mismo centro del huracán, pero un error lo cometía cualquiera. Con el estado de tensión que se estaba viviendo en el pueblo, ¿quién podría reprocharle que se hubiera pasado la noche dando vueltas y, al amanecer, se le hubieran pegado las sábanas? Al menos, podrían concederle ese respiro, tras cuatro años de abnegada entrega y devoción por su trabajo.

Después de comer, ya más despejada, Penelope salió de casa con su bolso en el hombro y el libro bajo el otro brazo. Hacía una bonita tarde, para estar a mediados de octubre. Las lluvias habían cesado para dar un breve respiro a todo el pueblo, lo cual era de agradecer. Al menos, una podía dar un paseo hasta el trabajo sin calarse hasta las rodillas ni salpicarse de agua sucia en los adoquines sueltos de la Avenida de la Confederación, pensó la joven, optimista.

Recorrió varios metros poniendo especial atención en las demás personas. Quería saber si los rumores la habían alcanzado ya, si su discusión con Miller era de dominio público y la gente había comenzado a señalarla con el dedo. Pasó por delante de la panadería y comprobó, aliviada, que Mary Joan la saludaba con una sonrisa. Se conocían desde la escuela primaria; nunca habían sido íntimas, pero sí que mantenían una relación cordial en un nivel superficial.

Más adelante, el señor Pendelton, el carnicero, despiezaba una enorme mole de ternera sobre su mostrador de mármol. Penny pasó frente a él con parsimonia. No quería llamar su atención de forma directa, pero esperaba que él se percatara de su presencia para ver cómo reaccionaba. Casi había dejado atrás el establecimiento cuando el hombre levantó la cabeza y la saludó con efusividad.

—¡Señorita Cartwright! —le dijo, dicharachero como siempre—. ¿Cómo le va?

—Bien, gracias, señor Pendelton. ¿Cómo está Lavinia?

—Con sus achaques, como siempre. Pero no nos quejamos, señorita...

—Dele recuerdos de mi parte —dijo Penelope, mientras se despedía con un gesto de la mano y continuaba caminando.

Una escena similar se repitió algo más abajo, en la tienda de artículos de deporte de la señora Brooks. La bibliotecaria le dio recuerdos para su marido, Walter, y la dueña de la tienda se lo agradeció amablemente.

Todo parecía estar en orden hasta que Penelope dio unos pasos más y divisó, a lo lejos, al reverendo Moore y a su esposa, Harriet. La mujer, visiblemente nerviosa, tiró del brazo de su marido y lo obligó a cambiar de acera. Cuando llegaron a su altura, comenzó una conversación que iba destinada, muy a las claras, a evitar la obligación de saludarla.

Penny recordó lo que había visto hacía unos días: Harriet y el alcalde, en la plaza del Gobernador, cuchicheando y lanzando curiosas miradas hacia la biblioteca. Más que nunca, sintió la necesidad de saber qué diablos le habría contado Miller para provocar que su animadversión hacia ella creciera.

Aquella mujer la asustaba; no por su fuerza física, desde luego —era casi una anciana—, sino por su capacidad de mover los hilos como una araña paciente y manipuladora que lograba todas las presas que se proponía. Por nada del mundo habría querido buscarse su antipatía ni estar en su punto de mira, pero la actitud que había presenciado le había hecho ver que ya era tarde para protegerse de algo así. Richard Miller le había contado algo a Harriet. Penelope no podía saber el qué, ni podía tratar de averiguarlo, pero estaba convencida de que iba a tener problemas. Solo esperaba que no fueran a echarla del trabajo porque el cazurro de Miller hubiera estado quejándose de sus normas de higiene y de su celo en el mantenimiento de la hemeroteca.

Cuando alcanzó la tienda de armas y artículos de caza, cansada ya de hacer comprobaciones, pasó de largo discretamente y se fue directa al portón de la biblioteca. Una vez allí, sacó de su bolso el juego de llaves y abrió las tres cerraduras que, de día, no hacían tanto ruido como en el silencio de la noche.

Al entrar, le pareció que olía un poco raro y abrió un par de ventanas, a fin de ventilar el ambiente. El asunto de Harriet Moore la había alterado más de lo que ella misma hubiera esperado y ni la quietud de su adorada biblioteca era suficiente para lograr que su corazón se calmara un poco. Agobiada entre los muros de piedra de aquella antigua torre, decidió salir por la puerta de atrás a tomar un poco de aire.

Había un pequeño jardín allí, si es que se le podía llamar así. Eran unos metros de tierra en los que crecía el césped, rodeados por un muro de casi metro y medio de altura que la hiedra había colonizado en los últimos tiempos. Daba a una calle secundaria y, al otro lado de la carretera, había una hilera de viviendas con automóviles aparcados junto a las puertas. Por allí apenas circulaba nadie y Penelope salía algunas veces a respirar y a descansar la vista.

Se hallaba mirando a la lejanía cuando un movimiento a su lado la sobresaltó. No se había dado cuenta, pero un gato se había colado en la hierba y se había detenido frente a ella. Ahora la

observaba con descaro, como si tuviera algo que reprocharle. Por el tamaño, se trataba de un animal adulto, aunque era evidente que no estaba bien alimentado. Su pelaje, negro como las profundidades de un pozo, estaba sucio y encrespado en algunas zonas. Tenía una cicatriz que surcaba su ojo derecho, una cuenca reseca y atrofiada que resultaba espeluznante. El izquierdo, de un amarillo escalofriante, permanecía fijo en Penelope.

—En Battle Hollow no hay demasiados gatos callejeros —le dijo la joven, sin levantar la voz—. Supongo que no querrás entrar a comer algo...

El animal bufó como única respuesta, y la bibliotecaria se dio por enterada. Continuó mirándolo mientras se alejaba, contoneando su pequeño y oscuro cuerpo. De un salto, trepó a lo alto del muro de piedra y, desde allí, volvió a mirarla. Antes de saltar al otro lado, emitió un maullido largo y espeso que hizo que a Penelope se le pusieran los pelos de punta. Luego, desapareció.

—Lo que me faltaba —murmuró la joven. Resopló sonoramente y volvió dentro, dispuesta a limpiar el polvo de los estantes con la esperanza de que aquello la mantuviera ocupada y, sobre todo, distraída.

Pero la aparente paz de la biblioteca no iba a durar mucho aquel día.

Sobre las cuatro y media, el portón principal se abrió con un sonoro crujido y Penelope vio a Arthur entrando con otros dos hombres. Llevaban ropa de trabajo, el uniforme municipal que usaban los jardineros, barrenderos y encargados del mobiliario urbano en Battle Hollow. Por un momento, la imaginación le jugó una mala pasada: creyó que venían a reparar la «escalera de la muerte», como había empezado a llamarla cuando hablaba consigo misma. La realidad, no obstante, era muy distinta.

—Buenas tardes, Arthur —saludó Penelope, amable.

—Señorita Cartwright —respondió él, con una actitud de lo más distante—. Estos son Peterson y Hope —señaló a los operarios—. Me acompañan porque... En fin, su presencia es necesaria debida al derribo y...

—¿Qué derribo? —preguntó entonces la joven, perpleja.

—Verá, ha habido una denuncia y... —Se acercó más a ella, donde los dos hombres no pudieran oír lo que decía—. Lo siento, señorita Penny, pero no puedo hacer nada para impedirlo. Tengo que cumplir con mi deber, ¿comprende?

Ella asintió, cada vez más asustada, y el jefe de policía dio órdenes a los obreros para que comenzaran con su trabajo.

—Si es tan amable de abrirnos, señorita —pidió Arthur.

—¿Abrirles? ¿El qué?

Pero entonces comprendió...

—Oh, por Dios santo, Arthur... ¿No iréis a echar abajo la hemeroteca? ¿Por qué? ¿Qué creéis que vais a encontrar ahí dentro? —Penelope sonaba compungida, como si estuviera imaginando la debacle que estaba a punto de cernirse sobre su santuario.

—Lo lamento de veras, señorita Cartwright. Me gustaría poder evitarlo, pero, como le he dicho, ha habido una denuncia y debemos asegurarnos de que la persona en cuestión se equivoca en sus conjeturas.

—¿Destrozando la hemeroteca? Adelante —añadió, vencida—. No tiene sentido que me detengas por resistencia a la autoridad...

La bibliotecaria tendió su llavero al jefe de policía, sosteniéndolo por la llave que iba a necesitar, para indicarle cuál era. Arthur fue hasta la puerta y la abrió con resignación: no podía

creer que tuviera que hacer aquello. Cuando los dos hombres se acercaron para adentrarse en aquel pequeño espacio con sus martillos en las manos, el jefe de policía les pidió que esperasen un momento.

—Señorita Cartwright, sería tan amable de proporcionarnos unos guantes de vinilo para sacar de aquí estos periódicos...

La intervención del agente fue tan providencial para la joven, que no pudo evitar derramar unas cuantas lágrimas de emoción. Simplemente, brotaron y bajaron en silencio por sus mejillas. Asintió con la cabeza —no podía pronunciar ni una palabra— y les indicó por gestos dónde estaban los guantes y dónde podían depositar los periódicos. Los hombres fueron rudos con aquel trabajo extra, pero ella había perdido hasta la fuerza necesaria para pedirles que obrasen con cuidado.

Mínutos después, las mesas de consulta rebosaban montones de periódicos viejos y, por fin, Peterson y Hope se pusieron manos a la obra.

Cada golpe resonaba en el alma de Penelope como terroríficos truenos capaces de quebrar su sensible conciencia. Al poco, cuando el polvo blanquecino comenzó a salir hacia la biblioteca y a cubrirlo todo —periódicos, libros, estantes, mesas y sillas—, tuvo que huir hacia una de las ventanas y mirar hacia otro lado. El dolor era demasiado grande.

Estaban echando abajo el muro que había al fondo de la hemeroteca, el mismo que Miller había estado golpeando unos días antes. No tardarían en destruirlo por completo y, entonces, ¿qué? ¿Qué iba a ser de ella si una simple denuncia bastaba para que la policía se personara en la biblioteca y la echara abajo? No quería ni imaginar los pasos siguientes a aquel. ¿Quizá entrar en su casa y ponerlo todo patas arriba? Sin duda, aquello no sería tan doloroso como verlos destruir su amada biblioteca en busca de pruebas que la inculparan.

¿Qué otra cosa podían estar haciendo, sino eso? Ahora no tenía dudas: Miller la había denunciado, había tenido que ser él. Y todo por ser tan terriblemente cabezota como para no permitir que se llevara un maldito periódico, todo por haberle plantado cara, pobre ilusa. Solo una cosa se preguntaba, a medida que el temor de ser acosada por la policía se iba adueñando de ella: ¿hasta dónde había llegado Miller? ¿Por qué, exactamente, la había denunciado?

Los golpes continuaron durante varios minutos interminables. Penny continuaba en la ventana, llorando silenciosamente, y Arthur se había quedado cerca de la hemeroteca, supervisando la tarea de los otros dos hombres. Finalmente, el ruido cesó. El polvo aún tardaría mucho tiempo en posarse y, al girar la cabeza, la bibliotecaria pudo ver cómo el jefe de policía se internaba en aquella nube asfixiante, iluminado por las luces casi cegadas de la lámpara que colgaba del techo y las dos linternas que sostenían los operarios.

Casi al instante, Arthur volvió a salir, seguido por los otros dos hombres.

—Es una cámara de aislamiento para la humedad —le dijo, imprimiendo una disculpa en cada sílaba.

—Desde luego que sí —respondió Penelope, humillada—. ¿Qué pensabais encontrar? ¿Huesos humanos? —apostilló luego, con indignación.

—Señorita Cartwright, le pido mil perdones, pero...

—Lo sé, lo sé. Es tu trabajo, Arthur. Solo quiero que comprendas las implicaciones de lo que habéis hecho: nadie sufragará los gastos del arreglo de esa pared; yo misma tendré que hacerme cargo de limpiar todo esto, y la hemeroteca... ha quedado destrozada.

Arthur la miraba con los ojos llenos de lástima. Sabía que ella tenía razón: no había dinero para hacer una reparación. Lo había, pero no para eso. No podía comprender el motivo de aquella

absurda denuncia, francamente. Tal y como él lo veía, Penelope Cartwright era lo mejor que le había pasado a la biblioteca de Battle Hollow en muchos años. Era una joven discreta, pulcra, meticulosa... y amante de la literatura. ¿Por qué arremeter contra ella? Él, al menos, tenía claro que la joven quedaba fuera de toda sospecha. Muy equivocado tenía que estar, y no solía estarlo.

—Chicos, haced el favor de sacar de aquí los cascotes y barrer este desastre —dijo entonces a los dos hombres—. Tranquilos, se contará como servicio.

Penny lo miró, con gratitud infinita, y él se acercó un poco, indeciso, para tomarle la mano entre las suyas y hablarle en voz baja.

—Lo siento, Penelope —la tuteó por primera vez—. Créeme que lo siento, no he podido evitarlo. Haré lo que pueda por echarte una mano con esto, ¿de acuerdo? No te disgustes, por favor.

—Arthur, yo... no sé cómo darte las gracias —respondió la joven, emocionada.

—¿Por qué no vienes un día a cenar con Moira y los pequeños? —le propuso él, y el brillo de la mirada de Penelope se fue apagando lenta pero inexorablemente.

—Dalo por hecho, Arthur —le dijo, soltando su mano con suavidad—. Pregunta a Moira cuándo le viene mejor, ¿de acuerdo?

—Sí, eso haré —dijo él, desviando la mirada. Luego, se marchó de la biblioteca dejando allí a Peterson y Hope, que no terminaron de desescombrar hasta dos horas después.

Penelope decidió que necesitaba escapar de la imagen horrible de aquellos hombres que escarbaban en las cenizas de su hemeroteca. Ni siquiera se molestó en tratar de cubrir los periódicos sobre las mesas: ya era tarde, el polvo los había impregnado casi por completo. Tan solo caminó hasta la puerta de atrás y salió por segunda vez al patio de césped. Una vez allí, sacudió su ropa y se deshizo el recogido del cabello, que parecía cubierto de canas. Pasó un buen rato quitándose de encima aquella pátina blanca, hasta que se percató de que alguien había vuelto.

—No me interesa lo que hayas venido a decirme —le dijo al gato negro, que la miraba fijamente con su único ojo—. No creo en tus augurios, ¿entiendes? No eres más que un estúpido y obstinado animal callejero que la ha tomado conmigo.

El animal maulló con desdén; con la insoportable elegancia del orgulloso felino que habitaba en el interior de aquel cuerpo desastrado por la mala vida.

—¡Lárgate! —le siseó Penny, y aquello lo entendió con claridad. De un solo salto, superó la altura del muro de piedra y se perdió entre las calles secundarias de aquel barrio construido a la sombra de la torre de la biblioteca.

Cuando volvió dentro, los obreros habían terminado de recoger los cascotes del derribo en varias bolsas de basura negras, y las estaban sacando una a una para depositarlas en el furgón que habían aparcado en la calle, unos metros más abajo. Al ver que se llevaban las últimas, la bibliotecaria les dio las gracias y se despidió de ellos, tratando de mantener la entereza.

Le esperaba una tarea ingente si quería recuperar la pulcritud de aquel espacio. Tanto, que solo pensarlo ya hizo que se viniera abajo. Se sentía agotada, vencida, completamente superada por una circunstancia que escapaba a su control. Estaba, en definitiva, al borde de una crisis nerviosa.

Pero Penelope tenía, en el fondo, un espíritu práctico y poco dado al melodrama. Si limpiar lo que aquellos hombres habían ensuciado iba a ser finalmente tarea suya, lo mejor sería empezar cuanto antes. De modo que, sin pensarlo dos veces, se fue hasta el cuarto de las escobas —últimamente olía fatal allí dentro— y se pertrechó con lo necesario para dejarlo todo immaculado otra vez.

Con un plumero recién estrenado, comenzó a desempolvar las estanterías una por una, desde

los estantes más altos a los inferiores, en un alarde de paciencia sin parangón. Pasó casi dos horas haciendo solo aquello, repitiendo maquinalmente los mismos movimientos una y otra vez, hasta que sintió que el cansancio le entumecía los brazos. Solo había limpiado la mitad, pero ya no podía seguir. El resto tendría que esperar al día siguiente.

Sin molestarse en recoger los útiles de limpieza, se metió en el aseo y se lavó concienzudamente las manos, repitiendo tres veces el ritual de ponerse jabón. Después se refrescó la cara, lo que ayudó a eliminar los restos de polvo de sus ojos, que llevaban un buen rato irritados y enrojecidos. Hecho esto, se sintió mejor y tomó una repentina decisión: necesitaba otro libro.

Todo lo que había ocurrido aquel día era demasiado, su cerebro necesitaba evadirse de la realidad por unas horas y no había mejor manera de hacerlo que leyendo. Puede que la hubiera, pero no para Penny.

Consultó su reloj. La hora de cerrar había pasado hacía mucho tiempo, así que decidió no demorarse demasiado: cerró las ventanas, hizo unas anotaciones en un cuaderno que llevaba en el bolso, se puso este al hombro y fue arriba a por un nuevo título, solo a falta de apagar las luces cuando volviera a bajar.

El chirrido de la escalera fue escalofriante. Pese a no haber puesto el pie en el tercer peldaño, tanto los anteriores como los siguientes gimieron dolorosamente cuando Penelope los fue pisando. Sujeta al pasamanos, que parecía bambolearse más que nunca, la bibliotecaria extremó la precaución caminando inusitadamente despacio. Tenía que hacer algo con su biblioteca secreta, rescatarla de allí antes de que fuera demasiado tarde. En cuanto acabara con la limpieza, se dijo, iría bajando los libros poco a poco. Ya buscaría un lugar donde alojarlos, eso era lo de menos. No podía dejarlos arriba por más tiempo, ni podía seguir arriesgando su vida cada vez que recorría aquella condenada escalera.

Al llegar a lo alto no pudo evitar un suspiro de alivio. Apoyó el bolso en el suelo y se acercó a los libros del rincón. ¿Para qué intentarlo con otros subgéneros, si eran aquellas historias de misterio y muerte las que la hacían estremecer? El abuelo Sam lo sabía, allá donde estuviera. Penny estaba segura de ello. Por eso le recomendaba una tras otra, sin descanso. Él era un guía para ella, solo que, en lugar de ser espiritual, lo era literario.

Sin embargo, aquella tarde no parecía estar por la labor de comunicarse con ella, y la joven se preguntó qué podía estar yendo mal.

—Abuelo, ¿estás ahí? —preguntó con timidez—. ¿No podrías hacerme una pequeña señal?

Pero Penelope no recibió la respuesta que esperaba, sino otra que la hizo temblar de los pies a la cabeza.

—Sabía que él andaba detrás de todo esto... —dijo una voz a su espalda.

Luchando contra el impulso de gritar —el respeto por el silencio estaba tan arraigado en su subconsciente que ni en aquellas circunstancias se permitía romperlo—, Penelope giró sobre sí misma. Era tarde, y la luz que hasta entonces se había filtrado por las saeteras ya no era suficiente para auxiliar al escaso y titilante brillo de la bombilla que colgaba del techo. Entre sombras, pudo ver la figura de una mujer junto a la escalera. Ni siquiera se había percatado de que hubiera subido hasta allí, tan absorta estaba en los libros y en la ausencia de su abuelo. Iba vestida toda de gris, y a Penelope le recordó a una de las hermanas que llevaban el colegio religioso del que Samuel Cartwright la había rescatado, tras la muerte de sus padres. La sensación de pavor se acrecentó cuando se fijó en su cabello, cano y cardado, que semejaba una de aquellas pelucas que tanto chiquillas como chiquillos solían usar en la noche de Halloween.

—Señora Moore... —acertó a decir en un susurro.

—¿Qué es todo esto? —preguntó la vieja, señalando alrededor—. ¿Sabe el reverendo que estos libros están aquí? Por supuesto que no... Esto es obra tuya —la acusó—; tuya y de Samuel, ¿me equivoco?

—No comprendo...

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando, no te hagas la tonta conmigo.

Penelope quería responder, pero por más que buscaba, no encontraba voz para hacerlo. Harriet Moore estaba usando con ella un tono autoritario, decepcionado, que Penny había sido educada para acatar como el perro acata las órdenes de su amo.

—Acabo de escucharte hablando con él, ¿no irás a negarlo?

La bibliotecaria no respondió, no tenía sentido intentar desmentir algo evidente.

—Hace tiempo que sé lo que te traes entre manos —siguió diciendo la señora Moore—. Pero ahora mis peores temores se han confirmado: ¡el Maléfico está detrás de todo esto!

—Por Dios, ¡no! —estalló entonces Penelope, temiendo un renacer de la Inquisición en Battle Hollow—. Son solo libros...

—No he venido aquí por tus estúpidos libros —escupió la esposa del reverendo, tras masticar un buen bocado de ira—. He venido a desenmascarar tus crímenes —añadió, y Penelope vio cómo se aferraba al crucifijo dorado que pendía de su cuello.

—Harriet, por favor —suplicó—, sea razonable. No puede estar hablando en serio.

—Puedes estar segura de que hablo en serio. No permitiré que te salgas con la tuya ni un segundo más. Puede que no hubiera nada tras ese tabique de escayola, pero...

—¿Cómo sabe usted eso? —la interrumpió Penny, sorprendida. Al poco de hablar, sin embargo, se dio cuenta del absurdo de su pregunta: aquella mujer era los ojos y los oídos de Battle Hollow, el corazón de la congregación y las garras de la justicia, al parecer—. Usted puso esa denuncia —comprendió de pronto—, y no Miller.

—El señor Miller no tuvo tiempo de hacerlo, porque tú te encargaste de que así fuera —la acusó otra vez—. He tardado demasiado en darme cuenta, pero ahora ya lo sé: Penelope Cartwright, eres una asesina, del mismo modo que lo fue su abuelo, Samuel. ¿Qué has hecho con los cadáveres? ¿Dónde los has metido?

El corazón de Penelope se detuvo un instante, para luego volver a latir desahoradamente. Aquello era más grave de lo que había pensado.

—Señora Moore, por favor, creo que no está pensando con claridad. Yo no soy ninguna asesina, como tampoco lo fue mi abuelo. Le ruego que retire esas palabras, por favor; son muy dolorosas. Mi abuelo era un hombre bueno que se hizo cargo de mí cuando mis padres fallecieron.

—¡Ja! —respondió la anciana—. Se hizo cargo de ti después de matar a su propio hijo y a su nuera. Te sacó del colegio, a pesar de que era la voluntad expresa de tu madre que permanecieras allí. ¿Y todo por qué? Por una desviación enfermiza, por una enfermedad del espíritu que lo pudría por dentro. Lo mismo que a ti, Penelope. Eres una digna heredera del asesino de tus padres...

—Por el amor de Dios, señora Moore, ¡ya es suficiente! —se defendió Penny—. Deje de decir esas barbaridades de mi abuelo, que en paz descanse.

—¿En paz? Lo dudo mucho, querida. Solo hay un destino eterno para los pecadores confesos que no se arrepienten, y ese es el infierno. Allí es donde mandamos a Samuel después de aplicarle la pena capital.

La vieja Moore apenas lograba decir todo aquello sin alzar la voz, mientras apretaba los puños y soltaba espumarajos por la boca. Penelope, por su parte, tenía el alma hecha pedazos: ¿por qué inventar aquella historia sobre la ruina de su familia, cuando ella sabía que sus padres

habían muerto en un accidente y su abuelo, años después, de un ataque mortal que sufrió mientras ella estudiaba un semestre fuera del estado? Como si hubiera leído sus pensamientos, Harriet volvió a hablar, esta vez con más odio, si cabía.

—El reverendo y yo tuvimos que buscarte aquella beca universitaria para que no sufieras la desgracia de ver ejecutar a tu propio abuelo. Pensamos que eso te mantendría a salvo, pero estábamos equivocados, ya era tarde. La semilla del mal estaba en tu interior, y allí germinó y brotó hasta que acabaste convertida, tú también, en la asesina que eres...

—¡Basta! —rogó Penelope—. Basta, por favor. Deje de decir esas cosas horribles sobre nosotros. Mi abuelo era un buen hombre...

—Era un psicópata, igual que tú. Vamos, confíesalo, ¿dónde están esos hombres? ¿Qué has hecho con el alcalde?

Harriet parecía a punto de volverse loca, y Penelope apenas era capaz de articular palabra. Aquella mujer jamás la dejaría vivir en paz, la denunciaría una y otra vez porque ella era su obsesión, la razón de sus desvelos.

—Señora Moore —le dijo, armándose de paciencia—, esas acusaciones son muy graves. No hay una sola prueba que demuestre que yo haya estado involucrada en un asesinato en toda mi vida. Deje de ofenderme y ofender la memoria de mi familia, se lo ruego. Váyase a casa y olvidemos esta desafortunada conversación.

—Ah, pero te equivocas —dijo la otra mujer, sonriendo torvamente—. Tengo pruebas y pienso demostrar todo cuanto he dicho.

—¿De qué pruebas habla, Harriet? Usted sabe que eso es imposible.

—Richard me lo contó todo —confesó la vieja—. Me dijo lo que habías hecho, me dio datos que había sacado de la hemeroteca... Él también sospechaba de ti, ¿sabes? Porque él conocía muy bien a Samuel Cartwright, y sabía el tipo de asesino que era. Por eso, cuando las desapariciones comenzaron, empezó a investigarte. Y siguió haciéndolo hasta que, el otro día, lo hiciste desaparecer también a él, ¿no es así?

—¡Desde luego que no! —Penelope negó con vehemencia, el miedo metido ya en el cuerpo—. Yo no he hecho nada, señora Moore. Usted está alimentando las fantasías de Miller, que me odiaba porque yo no le reconocía ninguna autoridad en la biblioteca. Le pido encarecidamente que mida sus palabras, o me verá obligada a denunciarla por calumnias.

—A mí no me amenace, señorita Cartwright —respondió Harriet, súbitamente envarada. Su voz sonaba de nuevo como las voces de las monjas del colegio, y Penelope experimentó la misma reacción de miedo cervical—. Sé todo lo que Richard averiguó, ¿comprendes? No me asustas, porque encontraré las pruebas que necesito para inculparte y conseguiré que la justicia caiga sobre ti. Richard Miller ha muerto tratando de vengar los asesinatos de Spencer Olson y Declan Foster. Yo seré más rápida, y tú pagarás por los tres. ¿Me has entendido? Te pudrirás en una celda hasta el día en que una inyección acabe con tu vida...

Penelope detectó una nota sutil de demencia en la voz de la señora Moore, pero eso solo hizo que se sintiera aún más asustada por su presencia y sus amenazas. Tenía que salir de allí como fuera, correr y buscar ayuda. Necesitaba hablar con Arthur, solo él podría socorrerla en esos momentos. Pero era imposible bajar las escaleras, porque Harriet se había quedado ante ellas y la bibliotecaria sabía que no tenía la más mínima oportunidad de echar a correr hasta la salida. No, estando allí arriba.

Para agravar la situación, la señora Moore se percató de que el bolso de Penny estaba en el suelo, a su lado, y antes de que ella pudiera impedirlo, se agachó con increíble agilidad y lo agarró con fuerza.

—Creo que cogemos esto y nos iremos las dos a la comisaría —dijo—. Estoy segura de que en su interior habrá algo de interés para el jefe Adams, ¿me equivoco? Vamos, Penelope, no trates de resistirte... Si es cierto que no eres la responsable de esas muertes, no tendrás inconveniente en demostrar tu inocencia ante todo el pueblo de Battle Hollow, ¿o sí?

La bibliotecaria no contestó enseguida. Barruntaba las palabras de aquella mujer, las masticaba antes de digerirlas. ¿Demostrar su inocencia ante todo el pueblo? Bien sabía Harriet que eso era una quimera. Si ella la acusaba, el brazo de la ley la estrangularía sin piedad, porque nadie osaría decir una palabra en contra de la esposa del reverendo. Lo mismo daba ser inocente o culpable; poco importaba el cariz de la realidad... Incluso aunque no hubiera un solo testigo en su contra, aquella mujer lograría que alguien hablara para incriminarla de un modo u otro. Tal era el alcance de su poder, según parecía.

Lo que sí la inquietaba, sin embargo, era que la anciana se abrazara con fervor a su bolso, el depósito de sus pertenencias y, en otro orden de cosas, una propiedad privada de la que nadie —salvo, quizá, la policía— debería disponer sin su consentimiento.

—Deme eso, señora Moore —le pidió, con cierta urgencia.

—Olvídalo. Acompáñame a la comisaría y podrás recuperar tus cosas, si Arthur lo estima oportuno.

—Señora Moore, deme eso —repitió, esta vez tendiendo la mano hacia delante—. Son mis cosas, Harriet, no tiene derecho a tocarlas.

—Por supuesto que lo tengo —reivindicó la vieja Moore—. Me lo he ganado haciendo lo correcto, y pienso ejercerlo...

La bibliotecaria presenció con estupor cómo la esposa del reverendo se disponía a meter sus manos, retorcidas por la artrosis, en el interior de su bolso negro de piel. En la penumbra del segundo piso, le parecieron garras de un animal de rapiña. Tan hondo le caló semejante violación de su intimidad que, olvidada toda prudencia, se echó sobre aquella urraca descolorida, dispuesta a recuperar lo que era suyo.

—He dicho que me des el bolso, vieja demente —casi gritó Penelope, la voz distorsionada por la ira. Pero la otra no estaba dispuesta a ceder.

—¿Qué escondes en su interior, asesina?

—¡No es asunto tuyo! No eres más que una meapilas entrometida que se ha propuesto destrozarme la vida —rugió Penelope, tirando del bolso con todas sus fuerzas.

Nunca hubiera imaginado que Harriet Moore pudiera ser una seria competidora física. Engañada por su edad, que no era tan avanzada como su deseo de salir victoriosa, había supuesto que le arrebataría el bolso con suma facilidad. La realidad, sin embargo, estaba resultando desconcertante: la anciana seguía aferrada al cuero, una mano dentro y otra fuera, como si su vida dependiera de ello. Mientras, Penelope sacudía las asas, buscando la manera de que la otra deshiciera su presa.

—Ahora está hablando la verdadera Penelope Cartwright —dijo la señora Moore, en el borde de la histeria—, y no esa otra que tiene engañado a todo el pueblo. Pero a mí no, ¡a mí no!

El forcejeo entre las dos mujeres era cada vez más intenso. Las dos aferradas al bolso, tiraban cada una en una dirección y no parecía que fuera a haber una ganadora clara en la contienda. La bibliotecaria, enrojecida por la furia, apretaba los labios con tanto ímpetu que su boca parecía haber desaparecido. La esposa del reverendo, por otra parte, continuaba increpándola sin parar, salpicando su rostro con la saliva que se le escapaba en cada grito, en cada imprecación.

De pronto, y sin que Penelope lo viera venir, Harriet perdió pie.

La vio caer de espaldas, asida con fuerza al bolso, y supo de antemano que la escalera no

resistiría el impacto.

Lo lógico habría sido soltar aquellas asas de cuero que tan enérgicamente se había empeñado en aferrar, pero lo cierto es que sus manos no tuvieron tiempo de reaccionar. El peso de la señora Moore la arrastró hacia delante, haciendo que perdiera el equilibrio y se precipitara tras ella. Ambas rodaron uno o dos escalones, tal vez tres, antes de que la madera moribunda cediera y toda la estructura, incluido el pasamanos, se viniera abajo y las devorara. El estruendo del derrumbamiento amortiguó los gritos de las dos mujeres y sus voces se acallaron para siempre cuando el peso de aquella escalera centenaria las aplastó. La muerte se las llevó en el acto, ante la presencia desapercibida de un único testigo que lamía sus patas mientras lo veía todo desde su único ojo.

EPÍLOGO

El reverendo Moore, hombre tranquilo y de costumbres conservadoras, dormía ya cuando su esposa salió de casa, de modo que no echó en falta su presencia hasta la mañana siguiente, cuando comprobó que no estaba a su lado y que, además, su camisa continuaba debajo de la almohada.

Hizo varias llamadas, todas infructuosas, antes de decidirse a avisar a Arthur Adams.

El jefe de policía, sin embargo, no estaba en la comisaría en aquel momento. Liam Whailer, barrendero municipal de Battle Hollow, había dado aviso un cuarto de hora antes de que el portón de la biblioteca estaba abierto y las luces encendidas. Temiendo algún acto de violencia contra Penelope Cartwright, Arthur se había personado lo más rápido posible para encontrarse, al entrar, con las ruinas de la escalera bajo la que, estaba seguro, encontraría a la joven bibliotecaria.

La presencia del cadáver de Harriet Moore fue una desagradable sorpresa que llegó después, cuando la brigada de bomberos retiró parte de los escombros en su intento por llegar hasta Penelope. Al final del día, los dos cuerpos habían sido rescatados, así como también el bolso de cuero al que se aferraban.^[5]

ANEXO I



Informe policial de la comisaría de Battle Hollow Inspector Arthur Adams

Informe sobre siniestro en la biblioteca municipal.

La antigua escalera de madera para subir al segundo piso de la biblioteca se viene abajo en la noche del 20 de octubre.

El accidente se descubre al día siguiente, cuando Liam Whailer, vecino del municipio, notifica en comisaría que la puerta de las dependencias municipales permanece abierta.

Se procede a avisar a los servicios de emergencia, que se personan enseguida, junto al cuerpo de bomberos.

No pueden hacer nada por las víctimas, que son identificadas por el que suscribe como Penelope Cartwright y Harriet Moore.

Los cadáveres de ambas mujeres son llevados al depósito municipal, a la espera de autopsia forense.

Entre los escombros, asimismo, aparece un bolso con las pertenencias personales de P. Cartwright. Todo su contenido pasa a disposición judicial y se deposita en caja segura en la comisaría.

Debido al hallazgo y a la denuncia que Moore había interpuesto contra Cartwright, me pongo en contacto con la oficina del FBI en Richmond.

Battle Hollow
21-10-2019

ANEXO II

CONFIDENTIAL



Prueba n° 003-B78 en El caso del Estado contra Penelope Cartwright.

Extractos del diario de Penelope Cartwright, requisado como prueba para la investigación llevada a cabo tras el derrumbamiento de la escalera de la biblioteca municipal de Battle Hollow (Virginia).

Acusada

Nombre: Penelope Cartwright

Fecha de nacimiento: 13 de septiembre, 1995

Dirección: 112 Avenida Robert E. Lee, Battle Hollow, Virginia

Objetos requisados:

El bolso de la fallecida contiene:

- Diario personal **(1)**
- Gafas de pasta negras
- Mapa de carreteras de Battle Hollow y alrededores
- Bolígrafo con prendedor de oro
- Monedero con varios carnés (permiso de conducir, carné de la biblioteca, pasaporte)
- Una manzana, un cepillo de dientes de viaje, pañuelos de papel y artículos de higiene íntima femeninos

(1) Los fragmentos del diario pertinentes a la investigación en curso se anexan en copia facsímil.

ANEXO III

Fragmentos del diario de Penelope Cartwright correspondientes al año 2016

10 de febrero, 2016

Después de un año trabajando como bibliotecaria, he comprendido al menos dos cosas: la primera, que este pueblo no se merece el privilegio de tener una biblioteca; la segunda, que jamás me ayudarán a llenar este espacio de grandes obras de la literatura.

En consecuencia de estos descubrimientos, he tenido que tomar una drástica decisión que me verá obligada a cumplir durante los próximos años: defender este bastión que me ha sido encomendado y hacer cuanto esté en mi mano, tanto por surtirlo adecuadamente, como por preservar todo ejemplar impreso que sea capaz de conquistar para esta vetusta torre que ahora, más que nunca, considero mi verdadero hogar.

Así, prometo dedicarme en cuerpo y alma a proteger este tesoro de la cultura de toda amenaza, venga de donde venga, y hacer cuanto sea necesario para que nadie ponga en peligro aquello que solo yo estoy en situación de defender.

25 de febrero, 2016

Ya hace más de un mes que dejaron de aparecer por aquí los alumnos de Melanie Piglet, la maestra de la escuela. ¡Qué descanso!

Sé reconocer el interés de niños y niñas por los libros, y debo confesar que aparece con más frecuencia de la que cabría esperar. No obstante, su presencia desordenada y bulliciosa estropea por completo el clima de quietud de la biblioteca y, francamente, a veces me crispa. Es un descanso que hayan terminado sus trabajos y que a la Piglet no se le haya ocurrido todavía repetir la tarea por Pascua o en algún otro momento del año.

Ahora estoy casi todo el día sola, salvo alguna visita ocasional que recibo de vez en cuando. Eso me da tiempo para establecer un orden que estas estanterías nunca antes habían conocido. Si el abuelo Sam pudiera ver lo que estoy haciendo... se sentiría orgulloso de mí.

Algunas tardes, el señor Olson pasa un rato aquí, en la mesa del rincón, leyendo tranquilamente los libros de historia, que no están en préstamo. Es un hombre agradable, silencioso. Las gafas le dan un aspecto curioso, no pegan nada con su atuendo, más propio de un granjero.

28 de febrero, 2016

Señor, ¿por qué tiene que ser todo tan complicado?

Esta tarde he descubierto a Spencer Olson doblando la esquina superior de uno de los libros que viene a leer a la biblioteca. Entiendo que su memoria ya no es la que era (eso supongo, dado que ya no es joven), pero ¿por qué ha de pagar por ello un volumen ilustrado sobre el surgimiento y auge de la Confederación?

No puedo permitir semejante comportamiento, eso sería negligente. Mañana mismo iré a reconvenirlo para que ese hábito suyo tan atroz no persista.

7 de marzo, 2016

Tras explicar con detalle al señor Olson los inconvenientes de maltratar los libros municipales, me prometió que no volvería a cometer semejante infamia.

Después de eso, no vino a la biblioteca durante unos días, al parecer debido a un resfriado que se alargó más de lo que él mismo esperaba.

Esta tarde ha regresado. Ha leído durante un par de horas y, luego, ha cerrado el libro sin hacerle ninguna muesca. ¡Qué alivio!

10 de marzo, 2016

Ha vuelto a hacerlo. Aun a pesar de mis explicaciones.

12 de marzo, 2016

Permanece sordo a mis recomendaciones. Va a destrozarse todos los libros que pasan por sus manos. No puedo soportarlo, es superior a mis fuerzas.

Echo de menos al abuelo. Él sabría qué hacer con esto o, al menos, sabría qué decirme para hacer que me sintiera más tranquila. Él siempre tenía una buena solución para cada problema pero, desde que no está, lo único que puedo hacer es arriesgarme a equivocarme decidiendo por mí misma.

15 de marzo, 2016

Una noticia terrible ha asolado a nuestro pueblo esta mañana: el señor Olson desapareció anoche sin dejar rastro.

La policía lleva buscándolo varias horas y Arthur Adams, el jefe de policía, ha comunicado al alcalde Miller que no cejarán en su empeño hasta que den con él. El pueblo entero ha querido volcarse con esto y se están organizando batidas ciudadanas para peinar la zona de las montañas. Temen que saliera a cazar y se perdiera durante la noche. Al parecer, de vez en cuando hace este tipo de cosas. Sin duda su mente viaja a tiempos mejores en los que la edad no era un impedimento para semejantes correrías.

Me commueve que las personas sean capaces de unirse para mostrar ayuda a quien la necesita.

18 de marzo, 2016

Las batidas han terminado. Nadie ha sido capaz de encontrar al señor Olson y, tras varios días sin descansar, la gente ha decidido volver a sus hogares, perdida casi por completo la esperanza de dar a este infortunio un final menos desdichado.

Nadie puede culparles, dado que es imposible que lo encuentren. No se puede buscar sobre la tierra lo que ya está bajo la tierra, esta es una ley natural indiscutible.

2 de abril, 2016

Ayer en la biblioteca se respiraba un delicioso silencio, solo interrumpido por el trino de los pájaros que poblaban las ramas de los árboles, en la plaza del Gobernador. Es primavera y andaban soliviantados, cantando al sol para agradecer el calor de sus rayos.

Hoy, al amanecer, no había nadie en el parque. Los pájaros han bajado enseguida a engullir los pedazos de pan que he desmigado para ellos. En un abrir y cerrar de ojos, el suelo se ha llenado de aves que devoraban vorazmente todo cuanto he tenido tiempo de repartirles.

Recoger sus cuerpos, aún calientes, y guardarlos todos en una bolsa antes de que nadie descubriera mi pequeña limpieza no ha sido fácil, lo reconozco. He tenido que ocultarme detrás de un árbol cuando el reverendo ha cruzado el parque, de camino a la iglesia. Ignoraba que madrugara tanto, esa es la verdad.

El nunca habría aprobado lo que he hecho. Nunca aprueba nada de lo que hago, ninguna de mis decisiones. No hace más que cuestionar los libros de la biblioteca y en dos ocasiones se ha llevado algunos alegando que no le parecían apropiados para estar expuestos al alcance de cualquiera.

12 de junio, 2016

Hoy han dado por finalizada oficialmente la búsqueda de Spencer Olson. El jefe de policía ha hecho un comunicado oficial frente al ayuntamiento. Creen que pudo despeñarse por algún risco y que las bestias salvajes se ocuparon de hacer desaparecer sus restos.

3 de noviembre, 2016

Me hallaba esta mañana quitando el polvo del piso de arriba, cuando uno de los tabiques que separan las tres estancias ha crujido de manera sospechosa. Inmediatamente, he avisado al conserje del ayuntamiento, que es quien viene también a la biblioteca a ocuparse de ese tipo de asuntos.

Ha tardado casi una hora en venir, y cuando ha terminado de examinar la torre de arriba abajo, ha dicho dos cosas: que hay que demoler esos tabiques antes de que se vengán abajo y provoquen un accidente, y que la escalera de madera no aguantará mucho más sin deshacerse en pedazos.

He solicitado una entrevista con el alcalde, Richard Miller, para exponerle la necesidad de realizar esos arreglos lo antes posible. La secretaria me ha dicho que estaba ocupadísimo; me atenderá después de Navidad.

20 de diciembre, 2016

¡Hace un frío terrible!

Al cabo de las horas, la biblioteca parece una nevera y hasta exhalo vaho cuando respiro. Hoy ni siquiera me he quitado el abrigo en todo el día. La calefacción es antigua y apenas alcanza a calentar nada. Como no había nadie, he movido mi silla junto al radiador y me he quedado ahí toda la tarde, como una indigente junto a una hoguera dentro de un bidón.

Los gatos no paraban de maullar junto a la puerta de atrás, imagino que a punto de congelarse. He sentido lástima por ellos, que no tienen un hogar donde cobijarse de la crudeza del invierno, y he creído que tenía que hacer algo para aliviar su sufrimiento. Todos han entrado sin dudarlos cuando he abierto la puerta y los he guiado al escobero, salvo uno. No se puede engañar a un gato negro para que se alimente con pan y residuos cáusticos.

ANEXO IV

Fragmentos del diario de Penelope Cartwright pertenecientes al año 2017

17 de enero, 2017

La próxima semana comienzan las obras para vaciar el piso superior de tabiques que no pertenezcan a la estructura original de la torre. El riesgo de que todo se venga abajo es demasiado grande, según han dicho.

Cuando terminen, aprovecharé ese espacio para ocultar de la vista del reverendo algunos de los títulos que sé que no aprueba.

6 de julio, 2017

Hoy ha venido a la biblioteca un forastero: Declan Foster.

En un primer momento, me ha parecido un hombre atractivo e interesante, con una sonrisa diáfana que, por un rato, me ha hecho olvidar al resto del mundo.

Necesitaba consultar un mapa de la zona, porque andaba despistado, y le he ofrecido los que tenemos en la biblioteca, a disposición pública. Mientras le buscaba una versión algo más antigua, aunque más detallada, que yo sabía que había en alguna parte, me ha solicitado una copia del mapa, pero me ha sido imposible ayudarlo: en la biblioteca de Battle Hollow jamás ha habido, ni creo que haya, una fotocopidora. Por ridículo que pueda parecer, lo cierto es que ni siquiera estoy segura de que el tendido eléctrico pudiera soportar un solo vatio más...

Declan me ha pedido permiso para llevarse el mapa y hacer una copia en otra parte, pero eso es del todo imposible: los mapas, las enciclopedias y los libros de geografía e historia no están en préstamo. Lo único que he podido hacer para ayudarlo ha sido enviarlo a la gasolinera de Lewis, a comprarse uno. Eso ha puesto fin a su visita, y yo he vuelto a quedarme sola en el silencio de los libros.

7 de julio, 2017

Hoy se celebra una fiesta en honor del reverendo Moore, pero no sé si asistiré.

No estoy de humor, debido a los tristes acontecimientos que sucedieron ayer y en los que no puedo dejar de pensar.

Cuando Declan Foster se marchó de la biblioteca, me dispuse a recoger todo lo que había estado consultando. Cuál no sería mi sorpresa cuando descubrí que el hombre de la sonrisa maravillosa había pintarrajeado encima de uno de los mapas para marcar la ruta que pretendía seguir cuando se marchara del pueblo.

Mi corazón no podía dejar de palpar, acelerado, al pensar en aquel agravio irreparable. Sentí el sudor perlado mi frente y temí sufrir un golpe de calor debido a la impresión. Me llevó gran parte de la noche serenarme y, lo confieso, acabé tomando un sorbo del whisky del abuelo para poder conciliar el sueño.

Esa es la razón por la que no sé qué hacer: si voy allí, puede que me encuentre con él, y no tendríamos una conversación agradable, de eso estoy segura.

Por otra parte, todo el mundo asistirá, y no estaría bien que yo, como bibliotecaria, dejara de hacerlo. No, no puedo hacer semejante cosa. No tengo más remedio que acudir y tratar de evitar a ese hombre en público...

8 de julio, 2017

Ayer, finalmente, estuve en la fiesta.

Declan tuvo la desfachatez de acercarse a mí para mostrarme alegremente el mapa que había comprado en la gasolinera. Lo llevaba encima, en una bandolera que siempre le acompaña.

Traté de no ser desagradable delante de las demás personas, pero él debió de notar algo, porque la conversación decayó enseguida y cada uno se fue por su lado. Poco después de eso, Martin, el fotógrafo oficial del pueblo, se empeñó en hacer una fotografía del momento. Traté de hacerme a un lado, pero creo que no lo conseguí del todo. Él dijo que era para el diario local, de modo que tendré ocasión de comprobar si salgo o no a un lado de la imagen.

Por la noche, cuando la fiesta terminó, volví a casa dando un paseo para tratar de tranquilizarme. Al cabo de unos pocos pasos, tuve la certeza de que me estaban siguiendo. Estaba a punto de pedir ayuda cuando Declan dijo mi nombre y me reveló su presencia a mi espalda.

Mortificado por mi actitud, me preguntó qué era lo que había hecho mal. Sentía un interés por mí y había creído que era mutuo hasta aquella tarde, en la que mi desdén lo había golpeado con rudeza. Se disculpó una y otra vez por cualquier cosa que me hubiera podido molestar y yo... finalmente me rendí.

Era su última noche en Battle Hollow. Me acompañó a casa y se quedó conmigo. Siento vergüenza al recordar todo lo que pasó entre nosotros.

De madrugada, volvió a preguntarme el motivo de mi actitud de la tarde anterior. Abrumada por sus encantos, acabé confesando hasta qué punto me había ofendido que trazara líneas en el mapa de la biblioteca. Y él cometió el error de reírse de mí por aquello.

Hacer que el corazón de un hombre se detenga de una puñalada mientras duerme no es sencillo. Acarrear su cuerpo inerte hasta su coche, una labor hercúlea. Colarse en la pensión de la señora Colton sin ser vista para recuperar sus pertenencias es casi un milagro. Y conducir hasta las montañas antes de que salga el sol para esconder el coche y todo lo demás... es imposible; a no ser que el senderismo haya formado parte de tu vida desde siempre y conozcas rincones a los que nadie más ha tenido la osadía de llegar. ¡Gracias por nuestros paseos de fin de semana, abuelo Sam!

ANEXO V

Fragmentos del diario de Penelope Cartwright pertenecientes al año 2019

15 de octubre, 2019

Esta mañana el alcalde se ha presentado aquí otra vez. He tratado de ser amable para que no le vaya con el cuento a Harriet. No quiero que el reverendo Moore aparezca de improviso y expurgue mis libros, como ha hecho otras veces.

Resulta que Miller quería buscar una fotografía sobre una fiesta que se celebró en honor del mismísimo reverendo. Y la ha encontrado, por supuesto. El esfuerzo que dedico a garantizar el orden y la pulcritud en la biblioteca han dado su fruto, una vez más.

Después, Miller se ha acercado hasta mi mesa y ha manifestado su deseo de llevarse consigo el periódico en cuestión. Sobra decir que le he denegado el permiso: las normas son las normas, hasta para él. Pero no es una persona de buen conformar y, ante mi negativa, me ha amenazado con usar su situación de superioridad en mi contra. ¡Habrás visto! Si mi abuelo estuviera vivo, no habría consentido semejante manifestación de autoritarismo contra mi persona.

Cuando se ha marchado, tras casi arrojarme el periódico a la cara, no he podido sino echar un vistazo a la maldita fotografía de la discordia. La recordaba vagamente, de haberla visto el día en que salió publicada. Sin embargo, el interés del alcalde me ha hecho verla de forma distinta, como por primera vez.

Todas las personalidades que acudieron a la fiesta aparecen en el centro, en primer plano. Es una fotografía multitudinaria. Declan Foster está a la izquierda, en una posición poco importante, casi pasa desapercibido. Y yo, como ya sabía, estoy en la parte derecha. Mi tentativa por escabullirme del marco no dio resultado y acabé por estar presente.

Tras un par de minutos observándola, de pronto algo en mi percepción ha cambiado y he comprendido, sin ningún género de duda, qué era lo que buscaba Richard Miller y de dónde provenía su interés por llevarse el periódico a toda costa.

¡Soy yo! Es a mí a quién buscaba... A primera vista es difícil darse cuenta, lo reconozco, pero si alguien se toma su tiempo para apreciar los detalles, es fácil darse cuenta de que aparezco mirando directamente al forastero.

Recuerdo el instante en que Martin disparó su cámara. Declan sonreía con amplitud, como siempre, mostrando todo ese encanto que te nublaba la razón. Era como si brillara con luz propia, y yo no pude evitar sentirme defraudada por la forma en que su apariencia chocaba con el monstruo que había escondido en su interior. Nadie que fuera capaz de destruir un documento de uso público debería tener aquel aspecto engañoso de belleza sin parangón...

Y luego estaba yo, que confiaba en hallarme fuera de plano. El gesto con el que lo miraba desde lejos era inequívoco: lo odiaba.

Lo odiaba, no solo por haber destruido uno de mis mapas, sino por haberme engañado para beneficiarse de mi confianza.

Y Miller ha descubierto ese odio, no me cabe la menor duda.

16 de octubre, 2019

A veces, hay cosas que una tiene que hacer, no importa a qué precio. No podía permitir que Richard Miller contara a todo el mundo lo que había averiguado sobre mí.

Ayer por la tarde me acerqué hasta el ayuntamiento para reunirme con él. Pretendía ofrecerle mis disculpas por haberle negado el periódico y, en un alarde de audacia, iba a tratar de llevarlo de vuelta a la biblioteca. Una vez allí, algo se me ocurriría.

Pero, al llegar, me topé con Christine, que me informó de que Miller ya se había marchado. Planeaba un viaje a la ciudad para ver a su hermana, y yo tuve que inventarme una excusa para justificar mi presencia en el ayuntamiento. Le dije a Christine que temía por mi integridad, y que quería insistir una vez más en el arreglo de la escalera. No se sorprendió, habida cuenta del número infinito de ocasiones en las que he rellenado una instancia por ese mismo motivo en el pasado. Me preguntó si quería esperar a que Miller regresara, y aproveché aquella oportunidad para salir de allí pitando.

No voy a decir que fuera fácil colarme en el asiento trasero de su coche; tampoco esperar pacientemente en completo silencio a que saliera del pueblo y tomara la autopista. Lo cierto es que asumí un grave riesgo personal al sedar a un conductor al volante, estando yo en el interior de su vehículo. Pero tuve suerte, el golpe solo me produjo hematomas en el muslo y el brazo derechos; mi ropa habitual los cubrirá sin problemas.

Después, solo tuve que conducir unos cuantos kilómetros más, hasta un recóndito escondite entre las montañas donde dos automóviles pueden despenarse, uno sobre otro, y permanecer ocultos a la vista durante años.

Lo peor de todo fue regresar caminando hasta el pueblo y entrar en casa sin que nadie me viera hacerlo. Eran casi las cuatro de la madrugada. No he dormido nada, me siento exhausta...

17 de octubre, 2019

¡Oh, señor! Perdóname por haber engañado al pobre Arthur...

No podía decirle la verdad, reconocer lo que Miller había descubierto y que su astucia me tenía entre la espada y la pared. Ha sido una suerte que no se le haya ocurrido seguir preguntando por el dichoso periódico, porque no sé si habría sido capaz de seguir disimulando. Me siento absolutamente avergonzada de haberlo mirado a los ojos y haber inventado esa historia sobre el orgullo y todo lo demás. Conocía de sobra su simpatía por mí y la he utilizado despiadadamente para librarme de sus sospechas...

20 de octubre, 2019

Mucho me temo que mi vida ha empezado a desmoronarse.

Arthur ha vuelto, acompañado por dos hombres, para derribar la pared del fondo de la hemeroteca. Ha insistido varias veces en que habría querido evitarlo, pero no importa; lo único que de verdad trasciende de todo esto es que estoy en el punto de mira, y no tardarán mucho en encontrar algo en mi contra.

Cuando han terminado con el destrozo, cuando ya mi biblioteca era un caos de escombros y suciedad que solo Dios sabe cómo lograré hacer desaparecer, Arthur se me ha acercado para hablarme sin que los hombres pudieran escucharle. Ha tomado mi mano entre las suyas y me ha llamado por mi nombre. Después, ha nombrado a Moira para marcar una distancia entre nosotros. Y yo que creía que...

No tiene importancia, no tenía derecho a hacerme ilusiones.

He pasado más de dos horas tratando de restituir el orden anterior a este desastre, pero ha sido en vano. Ni siquiera he terminado la mitad del trabajo y, en cierto sentido, casi ha dejado de importarme. Arthur dejará de creer en mí en algún momento, y perderé la única baza que tenía para salvarme. Ignoro cuál será mi destino, pero nada parece indicar que vaya a ser grato.

Abuelo, siempre he tratado de conducirme con rectitud, de establecer unos principios y regirme por ellos, tal y como tú me enseñaste. Me dijiste muchas veces que ese era el mayor tesoro que una persona podía tener, y yo he tratado de obrar con coherencia. Me dijiste que yo era lo más importante para ti, y que habías hecho todo lo necesario para que pudiéramos estar juntos.

Yo he tratado de ser como tú; si en algo me he equivocado, ¿quién puede culparme? He consagrado mi vida a los libros, a mantenerlos y cuidarlos para que nuestro pueblo gozara del tesoro de constituyen; a gestionar este torreón como si se tratase de una fortaleza y yo fuera su guardiana; a promulgar normas que garantizaran la absoluta protección de la palabra escrita, la santidad del papel impreso, el silencioso clima de comunión con el texto... ¿Para qué? ¿Para que vayan a castigarme por haber librado a esta comunidad de cada una de las amenazas que han acechado a esas máximas?

Es tan injusto... En los últimos cuatro años no he hecho otra cosa que apartar una tras otra todas las piedras que han ido apareciendo en mi camino. Y eso es lo que pienso seguir haciendo hasta mi último aliento. Tanto da si esas piedras tienen nombre propio, como Harriet, o Arthur.

Agradecimientos

Emma Crespo:

A mis compañeras, por este proceso creativo conjunto del que hemos logrado salir con vida; por todo lo que hemos aprendido, que no es poco; por estar ahí para escuchar mis locuras y respaldarlas con las suyas propias.

A mi familia, por darme el tiempo que se necesita para este tipo de proyectos y por motivarme siempre para seguir en el camino de la literatura. Sois absolutamente imprescindibles.

A mis amigas, por formar a mi alrededor una red capaz de frenar cualquier caída.

A mis hermanas, por seguir ahí después de tanto tiempo para que las cuatro hagamos juntas una entrada triunfal en los cuarenta.

A ti, que sigues leyendo, gracias.

Eva M. Soler & Idoia Amo:

A nuestras familias, por apoyarnos en todos y cada uno de nuestros proyectos y darnos el tiempo y espacio que necesitamos. ¡Os queremos!

A nuestros lectores, por seguirnos y leernos en nuestras diferentes facetas: sin vosotros, nada de esto sería posible.

A nuestras compañeras: por compartir locuras como esta.

Margot Recast:

A mis compañeras por el apoyo cuando quise dejar este proyecto junto a ellas y, en especial, a Izaskun Avellanal por no haberme dejado hacerlo.

A mi familia por estar ahí en estos momentos difíciles y dejarme el espacio necesario para poder escribir.

Iria Blake:

Muchas gracias a mis compañeras Idoia, Eva, Emma y Margot porque sin su ayuda me habría sido muy difícil acabar este reto. Gracias por aguantarme y tener mucha paciencia conmigo.

A mis padres, mi marido e hija, que son los pilares de mi vida.

A mis insumisas, que me siguen fielmente todos los días y leen todas y cada una de mis locuras. ¡Nos vemos en la próxima historia!

ÍNDICE

PARTE I

SIGUE SIENDO PRIMAVERA

PARTE II

SUSURROS DE MUERTE

PARTE III

LA CHICA DE LA QUINTA PLANTA

PARTE IV

CORDERO DE DIOS

EPÍLOGO

ANEXO I

ANEXO II

ANEXO III

ANEXO IV

ANEXO V

Agradecimientos



⌞ Autoras: Eva M. Soler & Idoia Amo

⌞ Autora: Margot Recast

⌞ Autora: Iria Blake

⌞ Autora: Emma Crespo

⌞ A continuación, adjuntamos el informe policial sobre el accidente, así como algunos otros documentos anexos que, creemos, serán de interés general.